

Mariano José de Larra



*Escribir en Madrid es llorar:
es buscar una vox sin encontrarla
como en una pesadilla
abrumadora y violenta.*

M. J. de Larra

ARTÍCULOS (selección)

Edición escolar realizada por el
Departamento de Lengua Castellana y Literatura

IES Maese Rodrigo

Carmona 2012

La mayor parte de esta edición ha sido extraída de la
Biblioteca de autor Mariano José de Larra en la
Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
(http://bib.cervantesvirtual.com/bib_autor/larra/index.shtml),
completada con otros artículos encontrados en internet.

Edición con propósito exclusivamente educativo.

INDICE

Larra: esperanza y melancolía (biografía de Larra, por José Escobar, de la York University).....	5
--	---

Selección de artículos sobre Larra y su obra

Prosa romántica. Mariano José de Larra (por Justo Fernández López).....	15
Risa en Larra, la risa de Larra (por Leonardo Romero Tobar, Universidad de Zaragoza).....	25
Larra y el 98 (Jesús Miranda de Larra).....	32
Larra y la revolución burguesa (José Escobar).....	34
Patriotismo y nacionalismo en la obra de Larra (Andrés de Blas Guerrero, UNED).....	40
Bibliografía	45

Nuestra selección de *Artículos de Larra*

– El casarse pronto y mal.....	47
– El castellano viejo.....	51
– El Día de Difuntos de 1836. Fígaro en el cementerio	58
– El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval.....	62
– En este país.....	70
– La Nochebuena de 1836. Yo y mi criado. Delirio filosófico.....	74
– Los tres no son más que dos, y el que no es nada vale por tres. Mascarada política.....	79
– Manía de citas y de epígrafes.....	84
– Nadie pase sin hablar al portero, o los viajeros en Vitoria.....	86
– ¿Quién es el público y dónde se le encuentra?.....	90
– Vuelva usted mañana.....	94
– El hombre pone y Dios dispone, o lo que ha de ser el periodista.....	100
– La cuestión transparente.....	102
– Lo que no se puede decir, no se debe decir.....	103
– Los barateros, o el desafío y la pena de muerte.....	105
– ¿Qué cosa es por acá el autor de una comedia?.....	108
– ¿Quién es por acá el autor de una comedia? Artículo segundo.....	110

– Literatura.....	112
– La educación de entonces.....	117
– El café.....	120
– Las casas nuevas.....	127
– La fonda nueva.....	131
– La alabanza, o que me prohíban éste.....	135
– Impresiones de un viaje.....	138
– Las palabras.....	142

Larra: esperanza y melancolía

No tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía;
era de aquellas melancolías de que sólo un liberal español
en estas circunstancias puede formar una idea aproximada.

Cuando Mariano José de Larra nace el 24 de marzo de 1809, en un Madrid ocupado por el ejército de Napoleón, hacía ya casi un año que había empezado la Guerra de la Independencia. Vemos cómo las circunstancias históricas marcan los acontecimientos personales de su infancia: hijo de notorio afrancesado, a los cinco años tiene que salir al exilio con sus padres, a Francia. Don Mariano de Larra y Langelot, el padre de Mariano José, casado en segundas nupcias con doña María Dolores Sánchez de Castro, era un médico conocido, bien relacionado en los medios profesionales, que había ampliado sus estudios en París. Durante la ocupación francesa se incorporó a la sanidad militar del ejército invasor, por lo que en 1813 tuvo que seguir a los franceses en su retirada. El españolito asistió a colegios de Burdeos y de París, de los cinco a los nueve años, hasta que volvió a España con sus padres en 1818, en el séquito del infante don Francisco de Paula, a quien su padre había acompañado como médico de cabecera en un viaje por Europa. Es decir, que recibió su enseñanza primaria en lengua francesa, aunque parece que antes de salir de España ya sabía leer. En todo caso el francés se sobrepone al español infantil aprendido en su patria. Al volver a Madrid, sus padres lo pusieron interno en las Escuelas Pías de la calle de Hortaleza donde continuó la enseñanza, ahora en español. Tuvo, por lo tanto, que habituarse en su instrucción al cambio de lengua. Esto es lo que quiso decir cuando en 1835, desde París, en una carta a su editor explicándole la "gran dificultad" que representaba para él tener que escribir en francés, le indicaba que "el francés fue mi primera lengua y *estaba rouillé*, como los goznes de una puerta". Creo que esta frase señala bien, ni más ni menos, los límites de su educación en aquella lengua, si bien los de su conocimiento de la cultura francesa fueran más amplios que los lingüísticos, como ocurría por entonces con muchos de los jóvenes españoles aficionados a las letras. A partir de los nueve años, Mariano José sigue lo que Mesonero Romanos, en sus *Memorias*, considera "pasos contados" en la educación de un muchacho madrileño de su clase en aquella época. Son los años que van del Trienio Liberal a la Ominosa Década. Asiste al colegio de los Escolapios (1818-1822), mientras su padre sigue de médico de Francisco José. En 1822 obtiene el puesto de médico de Corella y allí pasa el muchacho el "frío invierno de 1822 a 1823" (Cayetano Cortés). 1823 es el año de la invasión de los Cien mil hijos de San Luis, en nombre de la Santa Alianza, para restablecer en España el Absolutismo. Empieza la represión política de la Ominosa Década. Su padre se traslada a Cáceres y el hijo, de nuevo en Madrid, asiste a clases de taquigrafía y de economía política en la Sociedad Económica de Amigos del País y de matemáticas en el Colegio Imperial de los Jesuitas (1823-1824). Durante el curso de 1824-1825 estudia en la Universidad de Valladolid, mientras su padre pasa de Cáceres a Aranda de Duero. No se presentó a los exámenes de junio, pero después del verano, en octubre aprobó todas las asignaturas. El no presentarse en junio quizás se deba a aquel "acontecimiento misterioso" que alteró su carácter completamente, según refiere Cayetano Cortés, uno de los primeros biógrafos del escritor, seis años después de su muerte. Luego se ha dicho que lo que ocurrió fue que descubrió que una mujer mucho mayor que él de la que estaba enamorado era la amante de su propio padre. Deja los estudios de Valladolid y vuelve a Madrid. En 1825-1826 se matricula en los Estudios de San Isidro donde estudia física y griego y se pone a trabajar de escribiente en la Junta Reservada de Estado y en las oficinas de la Inspección de Voluntarios Realistas, por lo que tuvo que ingresar en el cuerpo, con todo lo que ello significaba como contradicción política. Lo solicitó en noviembre de 1826, pero quizás por no haber cumplido aún los 18 años reglamentarios no fue aceptado. Al año siguiente, a punto de cumplir la edad requerida, presentó una segunda instancia, siendo admitido en marzo de 1827, mes de su cumpleaños. Los Voluntarios eran fervientes militantes del Absolutismo y elementos significados de la opresión realista que dominaba en aquellas fechas. Si hubiera que darle una interpretación ideológica a la afiliación a este cuerpo paramilitar no podría ser precisamente la de una manifestación de la ideología propia del realismo moderado. Absolutistas obstinados, los Voluntarios Realistas eran

contrarios a cualquier inclinación moderada del realismo fernandista. Luego, en 1835, en una carta desde Londres, le señala a su padre precisamente aquel año de 1826, a sus diecisiete años, como inicio de su inseguridad vital: "y como estoy viviendo de milagro desde el año 26, me he acostumbrado a mirar el día de hoy como el último". Y añade: "usted dirá que vuelvo a mis ideas juveniles; yo no sé si algún día pensaré de un modo más alegre; pero aunque esto empezara a suceder mañana, siempre resultaría que había pasado rabiando una tercera parte lo menos de la vida; todavía quedaría por averiguar cuál de las tres es la más importante". ¿Cuáles serían estas "ideas juveniles" tan sombrías que le recuerda a su padre? En la misma carta relaciona la angustia vital iniciada en aquellos años de su adolescencia con las circunstancias políticas actuales de la guerra carlista: "hasta ahora no he visto nunca delante de mí un horizonte bueno, y ahora empiezo a verlo malo si triunfa D. Carlos". Es sobrecogedor este desahogo referido retrospectivamente al muchacho de 1826, abriendo una continuidad vital iniciada en la adolescencia, con desavenencias familiares, cuando domina el ambiente represor del Absolutismo en "medio de esta oscura noche intelectual", al decir de Mesonero Romanos. Se anuncia ya la desesperanza y la melancolía de su visión de Madrid como un cementerio, pocos meses antes de su suicidio. A lo largo de su obra la desazón existencial se manifiesta siempre en función de la desesperanza política.

Con estos sentimientos juveniles, se pone a tomar apuntes. El tema de la patria en el *Génie du Christianisme*, la obra de Chateaubriand de la que traduce algunos fragmentos, le sugiere estos versos sueltos:

¿Por qué pudiendo ser madre querida
quisiste ser madrastra aborrecida?

Escribe versos en la tradición dieciochesca, lo que entonces se consideraba poesía útil: la oda y la sátira. Tomás de Iriarte, Moratín y Quintana son sus modelos. Pero por muy obligado que esté el aprendiz de poeta a lo consabido de los poemas satíricos y a sus temas tópicos, no podemos menos de ver una expresión personal e imaginarnos al joven escribiente metido en su covachuela, recién abandonados sus estudios, cuando encontramos expresada, en su sátira a Delio, una insatisfacción que se repite a lo largo de toda su obra ("escribir en Madrid es llorar"):

¿Cuándo, Delio, insensato he de mirarte
libro y pluma arrojar y en el tintero
dejar metido entre algodón el arte?
¿Estudias en España majadero?
¿No tienes experiencia? ¿Estás demente?
¿Tan poco aprecias, bárbaro, el dinero?

También de entonces es su oda a la libertad con motivo de la intervención europea en Grecia que el joven Larra aprovecha para exaltar la libertad contra el fanatismo, el despotismo y la tiranía, no muy de acuerdo con los principios de los Voluntarios Realistas a que está afiliado.

Todos estos escritos permanecieron inéditos. Su primera publicación fue un folleto de dieciséis páginas con una *Oda a la exposición de la industria española del año 1827* en la que los industriales Fernández y Martínez se codean con los dioses mitológicos Júpiter, Minerva y Vulcano, como indicio de la presencia de la clase burguesa sobre la que se asienta el Liberalismo político, en un género ya anacrónico. Recordemos que la Revolución francesa se había vestido de ropajes helénicos. Su poética neoclásica queda inadecuada para las necesidades expresivas requeridas por las circunstancias sociales a las que se refiere. La burguesía industrial rompe el molde de la oda aristocrática. La poesía moderna apunta a otros derroteros inaccesibles al joven literato que encuentra en la prosa del ensayo periodístico el medio expresivo adecuado a las exigencias históricas de su tiempo. Este nuevo camino lo entronca también con la tradición dieciochesca ilustrada, pero en una dirección que desde el siglo anterior apunta a la modernidad. La publicación que Larra saca a lo largo del año 1828, *El duende satírico del día*, es una serie de cinco cuadernos en la línea de las revistas de ensayos inauguradas en Inglaterra a comienzos del XVIII con *The Spectator*, de Addison y Steeles, y que en España representan *El duende especulativo de la vida*

civil, *El Pensador* y *El Censor*, dedicados a la crítica de la sociedad de su tiempo, a "lo que ocurre entre nosotros", según *El Pensador*. Un crítico contemporáneo de Larra (González Carvajal, 1834), cree que en este "opúsculo casi periódico... ya se entreveía el genio satírico que ha desplegado con posterioridad". Aquí nos interesa destacar que, aunque el joven literato no se empeña en una abierta actividad de oposición al régimen (¿cómo iba a hacerlo si pertenecía al cuerpo de Voluntarios Realistas?), no era un conspirador, ni había participado en reuniones subversivas, siquiera como sus compañeros *Numantinos*, *El duende satírico* constituye una acusación a la situación social y política del momento y no es una empresa solitaria de su autor, sino que representa a un grupo de jóvenes inquietos, disconformes, agrupados a su alrededor, que se juntan ahora en el Café de Venecia y de allí se pasan luego al del Príncipe para fundar "El Parnasillo". En el mismo café se reúne otra tertulia de signo contrario, de gente mayor, la de José María Carnerero, director del *Correo literario y mercantil*, único periódico estable no oficial permitido en Madrid, privilegiado por el Gobierno. El núcleo del grupo juvenil lo forman antiguos alumnos de Alberto Lista en el Colegio de San Mateo, procedentes de la Academia del Mirto y de los Numantinos. Ventura de la Vega, Juan de la Pezuela, Miguel Ortiz, Juan Bautista Alonso, Bretón de los Herreros son de los que corean a Larra apoyándolo en los improperios que lanza en el café a José María Carnerero, con el cual había polemizado el *Duende* en sus dos últimos números, de septiembre y diciembre de 1828. Carnerero recurrió a las autoridades y los alborotadores tuvieron que pasar por el juzgado, con lo que el *Duende* terminó malamente. Larra tuvo que retractarse y el maestro Alberto Lista, entonces al servicio del régimen fernandino, acriminó a los alborotadores, reprobando severamente en la *Gaceta de Bayona* la algarada del autor del *Duende* y de sus antiguos alumnos, como un acto subversivo.

Larra no tuvo más remedio que dejar la prosa de crítica social y volver a los versos, poesía ligera -todavía poemillas anacreónticos- que dejó sin publicar. Se casa en agosto de 1829 contra la voluntad de sus padres con Pepita Wetoret y pronto empiezan las desavenencias de un matrimonio del que nacieron un hijo, en 1830, y dos hijas, en 1832 y 1834. Lo único que publica al año siguiente del *Duende*, en contraste con la poesía ligera inédita, es una oda elegíaca *A los terremotos ocurridos en España en 1829* que en marzo habían asolado Orihuela y sus alrededores. Aquí, como si fuera un homenaje, alude al poeta *Anfriso*, a Lista -ahora al servicio del régimen y que, como tal, había condenado al *Duende*-, recordándole sus poemas masónicos de su época de afrancesado en Sevilla en los que exaltaba los ideales revolucionarios de libertad, igualdad y fraternidad clamando contra el fanatismo fomentado por el Altar y el Trono. Lista volvió a condenar a Larra después de su muerte.

Larra vive en Madrid durante aquellos últimos años de Absolutismo en el ambiente de reuniones y tertulias, entre salones y cafés. Es la época del "Parnasillo" y de las tertulias en casas particulares de que nos habla Mesonero. Alguno de sus contertulios termina en la cárcel, como Olózaga e Iznardi, o en el patíbulo, como el librero Millar. Con Larra se cuenta para escribir versos de circunstancias en homenaje a María Cristina, la nueva esposa de Fernando VII en la que los liberales habían puesto sus esperanzas. En aquel ambiente, hacia 1830, conoce a Dolores Armijo, casada con un hijo del famoso abogado Manuel María Cambroner. El amor por Dolores ya se trasluce en algunos versos íntimos que escribe por entonces y que no publica. La poesía ya no es su principal dedicación literaria, ahora parece que se dedica sobre todo al teatro con una actividad fomentada por su relación con Juan Grimaldi, personaje llegado de Francia en 1823 con el ejército invasor, que se hace con el control de los teatros madrileños. Larra le suministró adaptaciones y traducciones del francés. Como autor teatral, el joven escritor se presenta en 1831 con la comedia de costumbres *No más mostrador*, inspirada en un vodevil de Scribe, con críticas a la clase media por su falta de conciencia en asumir su función social, la que le corresponde históricamente. El éxito de esta comedia le abre la carrera profesional del teatro que lo lleva al estreno del drama romántico *Macías*. Había intentado estrenarlo en 1833, pero la censura se lo prohibió, aunque Grimaldi consiguió que al año siguiente, en otras circunstancias políticas, se autorizara, inaugurando el nuevo camino del drama romántico en España.

Entretanto, en 1832, después de cuatro años de concluir el *Duende*, vuelve a la prosa periodística de crítica social con *El Pobrecito Hablador*. En este modo de escribir encuentra definitivamente la trayectoria de su genio de escritor. Sus artículos contribuyen fundamentalmente a asentar la literatura de costumbres como corriente principal de la prosa española de su tiempo. En *El Pobrecito Hablador*, Larra infunde en este género literario una intensidad subjetiva y una preocupación social renovadora que trasciende lo circunstancial de la mirada costumbrista, profundizando la observación benevolente y conservadora con que Mesonero Romanos había iniciado la serie del *Panorama matritense en las Cartas españolas* (1831-32), de José María Carnerero. Un ejemplo de cómo logra adaptar su formación clasicista a las necesidades expresivas modernas y a la temática social de su tiempo es el antológico artículo de costumbres "El castellano viejo", basado en una sátira en verso de Boileau. *El Pobrecito Hablador*, aquí y a lo largo de toda la serie, nos ofrece una visión esperpéntica de la España casticista, representada por el título proverbial del artículo, y un anhelo de europeización, aspiración constante de la tradición ilustrada y liberal frente a los peligros del nacionalismo fomentado por ciertas direcciones reaccionarias de procedencia romántica tradicionalista. En la sátira de *El Pobrecito Hablador* se percibe la ilusión ilustrada y progresista de que es posible superar, con la esperanza en el mañana, el castellanismo viejo de un patriotismo anquilosado en el pasado. Todavía quiere creer que es posible progresar, traspasar la pared que parece infranqueable, "que los españoles son capaces de hacer lo que hacen los demás hombres". Lo cree como buen ilustrado, todavía no abrumado por la desesperanza romántica.

El Pobrecito Hablador muere de tanto hablar, en marzo de 1833, cuando ya hacía varios meses que Larra escribía en *La Revista Española*, el periódico de José María Carnerero, que había sucedido a las *Cartas españolas* en noviembre de 1832 (el primer número es del día 7), aprovechando la circunstancia de que la reina María Cristina había tomado la gobernación del país por la enfermedad de su marido, abriendo las esperanzas de los liberales. El nuevo periódico representaba estos cambios en la política del país, a la expectativa de la anunciada muerte de Fernando VII que por fin llegó un año después. Larra empieza a escribir artículos de teatro, generalmente, sin firmar, hasta que el 15 de enero, con el artículo "Mi nombre y mis propósitos", adopta el pseudónimo de *Fígaro*, firma de sus artículos de costumbres después de que, en marzo de 1833, Mesonero Romanos dejara el periódico en que había continuado la serie del *Panorama matritense*. El artículo "Ya soy redactor" (19 de marzo) anuncia la entrada en la redacción del periódico, pocos días antes de que del último número de *El Pobrecito Hablador* (26 de marzo). En el nuevo espacio que se le asigna en el periódico, con el artículo "En este país" (30 de abril) *Fígaro* continúa la vena de *El Pobrecito Hablador*, todavía con la esperanza en el progreso, cuando el país se halla "en aquel crítico momento en que se acerca a una transición, y en que, saliendo de las tinieblas, comienza a brillar en sus ojos un ligero resplandor" y contrapone "la esperanza de mañana" con el "recuerdo de ayer". Desde sus publicaciones primerizas, Larra vive esperanzado en una transformación social.

Mientras sigue en la redacción de *La Revista*, a mediados de aquel año se encarga durante seis meses de redactar *El correo de las damas*, semanario dedicado, como indica el título, al público femenino. El gran cambio que significa la muerte de Fernando VII, el 29 de septiembre, y el comienzo de la guerra carlista le abre la posibilidad de intensificar su actividad profesional escribiendo artículos de política comprometidos con la causa liberal en contra de la facción carlista. Del primero de estos, que apareció sin firma, "Nadie pase sin hablar al portero, o los viajeros en Vitoria" (18 de octubre), ante la demanda, el periódico tuvo que hacer una tirada aparte, a pesar de haber aumentado con previsión la tirada normal del número. En la serie de artículos de sátira política que se suceden en el otoño de 1833, Larra, con su visión grotesca, ataca la España del Antiguo Régimen representada tanto por los carlistas como por los castellanos viejos. Con su genio satírico, alcanza reconocimiento de periodista liberal. *Fígaro* es ya una firma prestigiosa que se manifiesta en la *Revista Española* como testigo comprometido con la transformación política que significa la transición del Absolutismo al Liberalismo: la guerra carlista y el gobierno de Martínez

de La Rosa y el Estatuto Real. La transición política le parece insuficiente sin un cambio de las estructuras sociales. Larra concibe los cambios políticos como expresión de la revolución social, según los principios de la Revolución Francesa.

Al comenzar el año 1834, Larra ha logrado ya con los artículos de *Fígaro* el pleno reconocimiento de su labor periodística y muestra una gran actividad literaria en el teatro y en la novela. Ahora, entre enero y marzo, aparecen los cuatro tomos de su novela histórica *El doncel de don Enrique el doliente*, cuyo protagonista lo es también del drama histórico *Macías* que había sido prohibido por la censura el año anterior y que se estrena el 24 de septiembre, cuando ya, el 23 de abril, se había estrenado, del mismo género innovador, *La conjuración de Venecia*, de Martínez de la Rosa, que suscitó el entusiasmo de Larra en un artículo de crítica teatral en que los elogios se dirigen al dramaturgo y al político. Estos dos estrenos de aquel año abren el camino del drama romántico en España, antes de *Don Álvaro* (1835), *El trovador* y *Los amantes de Teruel* (1836).

Si la proclamación del Estatuto Real, especie de carta otorgada, había abierto algunas esperanzas de cambio ("primera piedra que ha de servir al edificio de la regeneración de España", según Larra), pronto los pasos políticos del moderantismo le van a parecer a *Fígaro* tímidos e insuficientes: "tan menudos que ni los recuerdo", dirá en su "Revista del año 1834". Con el desencanto se acentúa su radicalización política.

Abril de 1834, el mes en que se estrena el drama de Martínez de la Rosa, es cuando empieza la temporada teatral con una nueva empresa renovadora en la que Juan Grimaldi lleva la dirección artística. Larra y Bretón de los Herreros son sus más estrechos colaboradores. El compromiso del crítico con la empresa suscita animosidad entre los partidarios de la anterior, especialmente del actor Agustín Azcona a quien la nueva Administración había dejado en la calle. Azcona lanza una revista, el *Semanario Teatral*, para atacarla. En este periódico, el actor insulta desaforadamente al crítico acusándole de rastrero y venal, echándole en cara que se había dado a conocer en tiempos en que él era uno de los pocos que tenían el privilegio de publicar, sin mencionar que había sido Voluntario Realista. De acuerdo con las exigencias sociales de la época, Larra fue a demandar al ofensor la reparación de los insultos personales en el campo del honor. Al negarse el actor a aceptar el desafío, Larra no tuvo más remedio que acudir a los tribunales. No fue la única acometida que por entonces sufrió el crítico. Parece que las cosas se le pusieron mal aquel sombrío verano de 1834 en que el ambiente se enrarece con la epidemia del cólera, la matanza de frailes, los triunfos carlistas en el Norte y la debilidad del Gobierno en Madrid que detiene la revolución política apenas iniciada. La esperanza se desvanece y las críticas desilusionadas a la política de Martínez de la Rosa impregnan lo que escribe sobre teatro, literatura y costumbres.

En los artículos que escribe por entonces en *La Revista Española* se manifiesta patentemente que lo que inspira su costumbrismo no es el mero deseo de describir con nostalgia los usos y costumbres locales, sino de desentrañar su sentido con vistas al futuro en un momento histórico de transformación de la sociedad, pues para él las costumbres tienen una profunda significación moral y social reveladora de la idiosincrasia colectiva, en un proyecto de transformación social y cultural en que los hábitos y el espacio de la vida cotidiana, los modos de vivir, de sentir y de pensar propios del Antiguo Régimen se sustituyan por formas discursivas y de convivencias propias de la sociedad burguesa moderna. Es lo que en los últimos años, en la crítica literaria con preocupación social se ha llamado "revolución cultural burguesa". Dice en su artículo de costumbres "Jardines públicos", del 20 de julio de 1834, que "un pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres e identificada con ella". El carácter sombrío de los españoles es el resultado de la dominación inquisitorial: "Solamente el tiempo, las instituciones, el olvido completo de nuestras costumbres antiguas, pueden variar nuestro oscuro carácter". La concepción de la vida en que sustenta la sociedad de la España antigua significa la negación de la libertad reflejada en la gravedad castellana y el ensimismamiento. Por eso les advierte a sus lectores que desean ser libres: "lo seremos de derecho mucho tiempo antes de que reine en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestro modo de ver y de vivir la verdadera libertad". Larra preconiza una socialización de la

Libertad, expresando la necesidad de participar vitalmente en ella como experiencia, interiorizándola.

Es todo un proyecto de revolución cultural. En un artículo de modas, unas semanas antes que el citado sobre jardines públicos, el periodista de *La Revista Española* (11 de mayo de 1834) escribe:

A los que no ven solamente la corteza de las cosas, excusado es decirles que hasta en los trajes se trasluce el espíritu dominante del siglo: la moda reguladora de los gustos y opiniones es la misma en punto a trajes que en punto a política y literatura: su carácter particular es la libertad: apenas puede decirse que hay principios políticos ni literarios. Lo mismo puede asegurarse en punto al vestido, y sea dicho de paso, este es uno de los síntomas que descubres las ideas dominantes de la época. Gobierno, mezcla de usos antiguos e ideas modernas, dramas, novelas en que se hallan refundidas la independencia de los Shakespeare y Lope con las atrevidas necesidades del día y con la franca despreocupación de la época: trajes, en fin, en que se dan la mano el gusto anticuado de los siglos pasados y la noble comodidad y elegante sencillez de un siglo de realidad y desilusión.

En otro artículo de modas (8 de septiembre) leemos:

El Prado comienza a presentar el aspecto de un pueblo libre. ¿No hay cierta relación entre la Inquisición y aquella monotonía de la basquiña y la mantilla, traje oscuro, negro, opresor y pobre de nuestras madres? La mantilla y la basquiña estrecha de las señoras, y la capa encubridora y sucia de los hombres ¿no presentaba el aspecto de un pueblo enlutado, oscuro y desconfiado? Véanse, por el contrario, esos elegantes sombreros que hacen ondear sus plumas al aire con noble desembarazo y libertad; esas ropas amplias e independientes, sin traba ni sujeción, imagen de las ideas y marcha de un pueblo en la posesión de sus derechos: esa variedad infinita de hechuras y colores, espejo de la tolerancia de los usos y opiniones. Esos gayos y contrapuestos matices ¿no parecen un intérprete de la general alegría? El Prado de ahora y de veinte años atrás son dos pueblos distintos, y parecen, separadamente considerados, dos naciones distintas entre sí.

En su vida profesional hay que señalar el paso de *La Revista* a *El Observador*, periódico de Alcalá Galiano, durante los últimos meses de aquel año. Al cambiar de periódico, resume así sus dos años en *La Revista*: "En ese tiempo he hablado osadamente, acaso con peligro mío, de actos del Gobierno, de hechos, de cosas, de costumbres, de teatros, de obras literarias, partidos y opiniones políticas, de cuanto entra en la jurisdicción de la crítica". Este es el plan que piensa mantener en el nuevo periódico, en el que escribe sobre todo artículos de política durante tres meses hasta que en enero de 1835 vuelve a *La Revista*. Larra prepara la publicación de sus artículos en volumen aparte con el título de *Fígaro*. El primer tomo aparece en marzo de 1835, a punto de emprender su viaje al extranjero, mientras que el segundo y el tercero se publican en abril, ya ausente el autor, y en agosto, antes de su vuelta.

En su vida privada, la crisis se manifiesta en el verano de 1834 con los escándalos con Dolores que se va de Madrid y la separación de su mujer embarazada que dará a luz una niña después de la ruptura. Larra enferma en el otoño, cuando escribe para *El Observador*. Así de sombría le parece la vida al narrador del artículo "La vida de Madrid", en dicho periódico: "un amasijo de contradicciones, de llanto, de enfermedades, de errores, de culpas y de arrepentimientos". Es una crisis que se continúa durante el invierno y motiva a Larra a emprender el viaje de la primavera siguiente, como escapada. Parece que alejándose varios meses pretendía poner fin a una etapa de su vida y respirar nuevos aires que lo distrajeran de las tribulaciones y contratiempos que la ensombrecían en Madrid desde el verano anterior: "yo creía que el viajar me distraería de mis disgustos", les dice a sus padres con profunda melancolía, en una carta desde Londres. Con su amigo José Negrete, conde de Campo Alange, había salido a primeros de abril hacia Extremadura. El viaje de Madrid a Extremadura le proporciona a su mirada urbana propia de la observación costumbrista la posibilidad de contemplar el campo, alejándose de la ciudad. Ante el paisaje desolado siente sobrecogido la miseria desesperada: "Castilla en tanto desarrollaba a mi vista el árido mapa de su desierto arenal, como una infeliz mendiga despliega a los ojos del pasajero su falda raída y agujereada en ademán de pedirle con qué cubrir sus macilentas y desnudas carnes" y

"en la inmensa extensión del más desnudo horizonte" se pregunta: "¿Dónde está España?". Cuando, por fin, vislumbra una población, son sólo ruinas, las ruinas de Mérida.

De Badajoz, donde parece que vio a Dolores que vivía allí y la felicitó el día de su santo, fue a Lisboa para embarcar rumbo a Londres y luego a París, pasando antes por Bélgica donde tenía que cobrar una vieja deuda a favor de su padre. En París se quedó varios meses, de junio a diciembre en que regresó a Madrid. El embajador de España era su antiguo amigo el Duque de Frías, que con su familia lo recibe "con los brazos abiertos" y allí se puso en relación con "las notabilidades literarias del país", por lo que cuenta en sus cartas. Trabajó con el barón Taylor que estaba preparando por entregas un *Voyage pittoresque en Espagne*, pero tenía dificultades para escribir en francés y se puso enfermo. Mientras está en París, a Martínez de la Rosa le sucede el Conde de Toreno con Mendizábal de ministro de Hacienda, que en septiembre se hace cargo de la Presidencia del Consejo. Estos cambios le animan a volver a España: "Vistas las cosas de España, después de haber calculado que hacer fortuna aquí es casi imposible, porque me falta la fe, es decir, la voluntad de amarrarme a la cadena en París para lograr o no lograr lo que en España ya tengo conseguido, visto que ha llegado el momento de que mi partido triunfe completamente, no quiero verme detenido aquí... Quiero ser libre", les escribe a sus padres en una carta del 24 de septiembre. Parece que durante el viaje de regreso, a primeros de diciembre, mejora su salud; por eso, desde Burdeos, les dice: "he de morir todavía de exceso de vida". A Larra le parece que han llegado los suyos y se anima con la perspectiva de escribir, con el buen sueldo ganado por su prestigio, en el nuevo periódico que, con la subida de Mendizábal, ha lanzado Andrés Borrego con todos los adelantos técnicos de la época. A su vuelta, Larra, bien conocido en los medios madrileños, percibe el reconocimiento que echaba de menos en el extranjero.

De su primer artículo en *El Español*, "Fígaro de vuelta. Carta a un amigo residente en París" (5 de enero) se tuvo que hacer tirada aparte. *Fígaro* aparece para anunciar que está de nuevo en la brecha después de su ausencia y que piensa revivir su reconocida figura de crítico de todos los aspectos de la vida social y cultural: teatro, literatura, política, costumbres; en fin, todo lo que entra en la jurisdicción de la crítica con una perspectiva moral. Advierte que vuelve a sus "antiguas mañas", y como antes, con un carácter "maligno un tanto y siempre independiente", en un tono jocoso y mordaz, según lo que esperaban de él sus lectores. Con ese tono sarcástico, a su vuelta del extranjero, dice irónicamente eso de que "inventen ellos": "¿Qué a mí tanta ciencia y tanta industria, tanto progreso, tanto teatro y tanto camino de hierro?", apuntando los logros materiales de los países modernos.

Si este primer artículo quiere ser una "profesión de fe" en que reivindica el carácter ingenioso y maligno de sus "antiguas mañas", en el segundo se pone serio para exponer los principios que van a inspirar su función de crítico literario. Es el artículo titulado "Literatura. Rápida ojeada sobre la historia e índole de la nuestra. Su estado actual. Su porvenir. Profesión de fe" (18 de enero), toda una declaración ideológica cuyo principio fundamental es la profunda relación entre literatura y sociedad. Empieza recordando "que la literatura es la expresión, el termómetro verdadero del estado de la civilización de un pueblo". Aquí declara, con respecto a la Literatura, los principios ideológicos que había propuesto en *La Revista Española* con respecto a las costumbres como expresión de la libertad de un pueblo: "*Libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de nuestra época, he aquí la nuestra, he aquí la medida con que mediremos". Es toda una declaración de principios de un proyecto de revolución cultural burguesa, en favor de la cual propone la necesidad de una literatura "apostólica y de propaganda". Como vemos, Larra expone aquí su conocido ideario en que se articulan la literatura, las costumbres y la política como aspectos de una misma realidad social, pero ahora considerado en un marco más vasto, por encima de los límites nacionales, *en todas partes, en el mundo*, como él ha podido percibir en su viaje europeo: "En momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastando tradiciones caducas y derribando ídolos, proclama en el mundo la *libertad moral* a la par que la *física*, porque la una no puede existir sin la otra". Esta interdependencia la ve ahora en el horizonte del concepto moderno

de civilización, de la "civilización extremada", como él dice en el artículo "Conventos españoles" que había mandado a la *Revista* desde París. Es lo que por entonces empieza a llamarse "modernidad" en el vocabulario internacional, en Heine, en Chateaubriand, y luego en Baudelaire, palabra nueva que nace con el mismo matiz de insatisfacción que siente Larra. En aquel año de 1836, como crítico de *El Español*, tuvo ocasión de aplicar estos principios a las obras del teatro romántico francés y español que se representaron en Madrid. Las obras de la literatura francesa moderna, como las novelas de Balzac y el drama *Antony* de Alejandro Dumas, son expresión de la sociedad francesa que se halla en un grado de civilización muy avanzado con respecto al mundo social español, pero que es el mismo a donde este se dirige. La literatura moderna de Balzac y Dumas es expresión del fin moral a que nos lleva la revolución que Larra propone: "en el momento de entrar en la senda que ellos recorren de libertad y de igualdad, nuestra civilización... en lo sucesivo ha de ser probablemente como la suya, estéril y nada creadora". Larra se debate en la contradicción entre civilización y cultura. La sociedad moderna es el progreso, la industria y la ciencia, los "caminos de hierro", pero también el abismo que descubrimos leyendo al novelista francés: "Balzac ha recorrido el mundo social con planta firme... y ha llegado a su confín, para ver asomado allí ¿qué?, un abismo insondable, un mar salobre, amargo y sin playas, la realidad, el caos, la nada". Y de acuerdo con esta valoración de Balzac hay que considerar lo que dice del *Antony*, de Alejandro Dumas: "*Antony*, como la mayor parte de las obras de la literatura moderna francesa, es el grito que lanza la humanidad que nos lleva delantera, grito de desesperación al encontrar el caos y la nada al fin del viaje". El pesimismo de Larra es la desesperación que resulta de criticar su propio proyecto revolucionario sin poder ofrecer una alternativa satisfactoria. Por un lado el lamento por el atraso en que se encuentra el país en el proceso de la civilización moderna (industria, ciencia, ferrocarriles) y por el otro el vértigo que siente ante el abismo que contempla al final de dicho proceso en las obras de la literatura francesa como expresión de una sociedad que ha alcanzado ya la "civilización extremada".

El Romanticismo, como autocrítica de la modernidad, es un callejón sin salida. Esta es la gran contradicción en que Larra coincide con otros jóvenes de su generación en Europa que se sitúan entre la rebeldía y la melancolía. Es el vértigo que produce la pérdida de la esperanza en la emancipación moral, en un mundo mecanizado en que el hombre, "un ser espiritual... se vuelve máquina él mismo a fuerza de hacer máquinas". En la crítica de *Antony* alude contradictoriamente, con gran pesimismo desilusionado, al grito de optimismo revolucionario que había expresado en su artículo "Literatura": "Libertad en política, sí, libertad en literatura, libertad en todas partes... libertad para recorrer ese camino que no conduce a ninguna parte...". El criado borracho de *Fígaro* ("La Nochebuena de 1836") le advierte: "el desengaño no me espera a la vuelta de la esperanza" y le reprocha: "Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado". Lo dijo Georg Lukács: "la autocrítica satírica, que pone de manifiesto los vicios más profundos de su propia clase, pero que no puede ofrecer salida alguna, se vuelve desesperación".

Con respecto a la política, también el año 1836 marca un proceso de desencanto e insatisfacción. Si en principio se muestra favorable a Mendizábal ("Así que todos hemos abandonado la oposición. Por mi parte, confieso que si en mi organización cupiera ser alguna vez ministerial, se me había presentado una buena ocasión" dice en "*Fígaro* de vuelta"), como promotor de la revolución burguesa, pronto va a criticar su actuación. El 6 de mayo, en su artículo sobre el folleto de Espronceda *El ministerio de Mendizábal*, presenta este escrito como "uno de los pocos quejidos que la censura tiránica que nos abruma ha dejado escapar a la opinión pública, ya en gran parte desengañada del ministerio *Programista*". A Larra le decepciona la trayectoria del proceso revolucionario emprendida por Mendizábal. A la vuelta de la esperanza lo espera el desengaño: "lejos de realizar las esperanzas fundadas en sus grandilocuas promesas, ha complicado el laberinto inextricable en que se halla cogida la mezquina revolución, destinada, según parece a no dar jamás un paso franco y desembarazado, a no poner un nombre claro y terminante a sus inhábiles operaciones". Larra destaca la idea de Espronceda sobre "lo poco o nada que se ha tratado de interesar al pueblo en la causa de la libertad". Esta falta de interés en querer involucrar al pueblo en

el proceso revolucionario explican la participación popular en la guerra carlista y el procedimiento desastroso con que se está llevando a cabo la desamortización de los bienes eclesiásticos. Espronceda y Larra siguen al economista Álvaro Flores Estrada en la crítica de esta política desamortizadora en beneficio de los ricos contra los intereses de los proletarios, sin mirar "por la emancipación de esta clase". No hay que pensar, sin embargo, que él pretendiera promover la revolución de esos proletarios a los que quisiera ver interesados en su propia revolución burguesa. Nunca fue populista, ni mucho menos igualitario, como vemos en uno de sus últimos artículos, la crítica de la comedia *El pilluelo de París* donde dice que "si el prestigio hereditario puede ser un absurdo, las diferencias de clases no lo son". Frente a la aristocracia hereditaria contraponen la aristocracia del talento, manteniendo las diferencias con la mayoría. Larra en su apoyo a Espronceda, termina haciendo un llamamiento a la juventud: "La revolución ha desgastado y desgasta rápidamente los nombres viejos y conocidos: la juventud está llamada a manifestarse". Ha llegado la hora de desempeñar "la alta misión a que somos llamados".

La oposición a Mendizábal concertada desde varios frentes provocó su caída. Fue sustituido por un Gobierno moderado presidido por Istúriz con la participación de Alcalá Galiano y del Duque de Rivas. Aunque en un primer momento Larra se opone al nuevo ministerio, en contra de lo que ahora defiende su propio periódico, consiente a lo que le propone el director, Andrés Borrego, comprometiéndose con la línea política ministerial de *El Español*, incluso redactando editoriales. En esto difiere completamente de la postura de Espronceda con quien había colaborado en la campaña contra Mendizábal. Últimamente había expresado en sus escritos, como hemos visto, la urgencia de que los jóvenes participaran en la misión a que eran llamados y quizás sus relaciones con Alcalá Galiano y el Duque de Rivas le hicieran pensar con impaciencia que debería aprovechar la oportunidad que se le ofrecía, pactando con ellos. Sean las que fueren las razones que llevaron a Larra a aliarse con Istúriz, el hecho es que la tal alianza resultó un fracaso total, fue todo un descalabro personal y político. No es de extrañar que el pacto del crítico periodista con el Gobierno lo juzgaran algunos como una componenda de oportunismo político. Larra se presentó a las elecciones como candidato ministerial en la provincia de Ávila, en cuya capital vivía Dolores. Con los manejos de la Secretaría del Gobierno Civil, llegó a ser elegido, pero el Motín de la Granja del 12 de agosto le impidió disfrutar de la victoria y se le vino todo abajo. A la rebelión le sucede la transigencia y la melancolía. La melancolía lleva al retraimiento. Escribe poco, pero entre los últimos artículos de su producción periodística se hallan quizá los más extraordinarios, los más desesperados: "El día de difuntos de 1836. Fígaro en el cementerio", "La Noche buena de 1836. Yo y mi criado. Delirio filosófico", "Necrología. Exequias del conde de Campo Alange", las críticas de la antología *Horas de invierno* y del drama de Juan Ignacio de Hartzenbusch, *Los amantes de Teruel*. En el primero explica así su melancolía: El día de los Santos "encomendábame a todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía; pero de aquella melancolía en que sólo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada". Claro que aplicado a las circunstancias particulares de un liberal español, Larra alude al desencanto de la realidad moderna. Lo alumbra el "soleil noir de la *mélancolie*" (Nerval). Es la contraposición absoluta entre la realidad física exterior y la realidad moral interior. Lukács considera la desilusión romántica como el desamparo trascendental de un "alma más grande y más vasta que todos los destinos que la vida le puede ofrecer". La revolución había abierto grandes esperanzas que dejaba sin satisfacer. La melancolía romántica tiene explicaciones históricas y sociales. El Romanticismo, para Larra, "no es otra cosa que el resultado de ese desasosiego mortal que fatiga al mundo antiguo" en momentos de transición violenta.

En cuanto a su vida particular, sabemos que al poco de volver de Francia, trató de reanudar las relaciones con Dolores Armijo que entonces vivía en Ávila. Allí acudió Larra en febrero de 1836. Dolores, de vuelta en Madrid, le anuncia a Mariano José, el 13 de febrero de 1837, que irá a visitarlo a su casa acompañada de una amiga. Parece que Larra ve la posibilidad de reanudar las relaciones. Aquel día visita a Mesonero Romanos, a su mujer y pasea por el Prado en compañía de Mariano Roca de Togores, con quien piensa escribir en colaboración un drama sobre Quevedo. Era

lunes de Carnaval, ya anochecido, recibe a Dolores que viene acompañada de su cuñada. Ha venido a rechazar cualquier posibilidad de arreglo. Cuando salen las dos mujeres de la casa y todavía no van lejos, Larra se pega un tiro.

Antonio Machado piensa que fue "un acto maduro de voluntad y de conciencia. Anécdotas aparte, Larra se mató porque no pudo encontrar la España que buscaba, y cuando hubo perdido toda esperanza de encontrarla". Esto lo escribe Machado cien años después, pero inmediatamente se le dio al suicidio de Larra esa significación llena del simbolismo de la esperanza perdida a que se refiere Machado. Recordemos los versos de Zorrilla ante la tumba del suicida: "Miró en el tiempo el porvenir vacío,/ vacío ya de ensueños y de gloria". A la manifestación cívica del entierro ("primera protesta a las viejas preocupaciones que venía a derrocar la revolución", según recuerda Zorrilla en sus memorias) sigue la canonización en los artículos necrológicos de los periódicos en los días siguientes. Larra es el mártir de la sociedad, dijeron entonces. A Larra "le mató la sociedad de su tiempo", dice Eduardo Haro Tecglen, comentando *La detonación*, de Buero Vallejo. Recién muerto, unos hablan de "una sociedad corrompida y estúpida", otros de "un mundo corrompido". Su amigo Roca de Togores se lamenta en *El Español* (15 de febrero): "cada uno de esos artículos que el público lee con carcajadas eran otros tantos gemidos de desesperación que lanzaba a una sociedad corrompida y estúpida que no sabía comprenderle" y piensa que se suicida por "un ser ideal que no ha sabido encontrar". El poeta Jacinto Salas y Quiroga lo glorifica hasta lo sublime diciendo que la existencia del suicida "ha forjado el tejido de un drama sublime cuyo desenlace... está encerrado en la tumba: esa flor no pudo arraigarse en un mundo corrompido" (*Revista Nacional*, 16 de febrero). Estamos viendo cómo de Larra se está creando la figura del héroe romántico:

*Que el poeta, en su misión
sobre la tierra que habita,
es una planta maldita
con frutos de bendición.*

(Zorrilla)

Esta exaltación romántica del suicida, como víctima sublime del mal del siglo, es lo que produce una reacción contraria, como vemos en la necrología de unos días después, el 19 de febrero, firmada con las iniciales P. S. en el *Eco del Comercio*: "Notable es el abuso que se ha llegado a hacer del romanticismo, alterando los principios de la sana moral, presentando a la imitación del pueblo horrores de cuya posibilidad casi debía dudar, trastornando la cabeza o exaltando las pasiones en términos de originar desgracias o catástrofes". En definitiva, unos y otros lo consideran mártir o víctima de la sociedad. Para bien o para mal parece como si todos estuvieran recordando la conclusión del artículo sobre el Día de Difuntos:

“Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. El frío de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro, ¿Qué dice?
Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrado! ¡Aquí yace la esperanza!

¡Silencio, silencio!”

José Escobar
Glendon College, York University
Toronto, Canadá

Selección de artículos sobre Larra

Prosa romántica. Mariano José de Larra

Justo Fernández López

(Extraído de

<http://hispanoteca.eu/Literatura%20espa%C3%B1ola/Siglo%20XIX/Prosa%20rom%C3%A1ntica-Larra.htm>)

La prosa en la época romántica es el género en el que menos influyen las nuevas orientaciones estéticas. La producción en prosa del Romanticismo español comprende obras costumbristas, novelas históricas y prosa crítico-doctrinal. El costumbrismo y la prosa crítico-doctrinal son los precursores del Realismo y del Naturalismo.

Mariano José de Larra y Sánchez de Castro (1809-1837)

VIDA

Larra nació en Madrid cuando España estaba dominada por el ejército de Napoleón, que había invadido España. Su padre, un médico militar, colaboró con los invasores y fue uno de los llamados "afrancesados".

Con la retirada de los franceses en 1813, la familia Larra tiene que huir a Francia, en donde transcurrieron cinco años de la infancia del futuro escritor. En 1818, a los nueve años de edad, Larra volvió a Madrid y estudió en un colegio de jesuitas y completó su formación en Valencia y Valladolid.

Larga estancia en el extranjero. Unos amores desgraciados amargan su juventud en Madrid. En 1829 se casó con Josefa Wetoret. El matrimonio fue desgraciado y acabaría en separación pocos años después; tuvieron sin embargo tres hijos.

Comenzó una brillante carrera periodística y se convirtió en uno de los periodistas más famosos y mejor pagados del país. Sus críticas, firmadas con el pseudónimo periodístico de *Fígaro*, le hicieron ser muy temido y respetado por todos en el Madrid de la primera mitad del siglo XIX.

Se enamora de una mujer casada, y no hallando solución a su drama sentimental, se dispara un tiro en la sien a los 27 años de edad. Larra se convierte así en la figura del Werther español. El desengaño de su amor juvenil, el fracaso de su matrimonio y el trágico amor adúltero de los últimos años, agriaron su vida y su carácter. Esto le llevó a la misantropía y la soledad.

Su entierro fue multitudinario. Mientras el cadáver era introducido en un nicho del cementerio madrileño del Norte, el joven poeta vallisoletano José Zorrilla leyó un poema dedicado a Larra que conmocionó a los allí congregados:

*Ese vago clamor que rasga el viento
es la voz funeral de una campana;
vano remedo del postrer lamento
de un cadáver sombrío y macilento
que en sucio polvo dormirá mañana.
Acabó su misión sobre la tierra,
y dejó su existencia carcomida,
como una virgen al placer perdida
cuelga el profano velo en el altar.
Miró en el tiempo el porvenir vacío,
vacío ya de ensueños y de gloria,
y se entregó a ese sueño sin memoria,
¡que nos lleva a otro mundo a despertar!*

En política, combatió sobre todo las ideas conservadoras, principalmente las de los absolutistas (que defendían el poder absoluto del rey) y los carlistas (o partidarios de la rama más violenta de la monarquía

española). Sus firmes convicciones liberales contrastaban con las realidades políticas del momento. Con su extraordinaria lucidez supo ver los obstáculos que se oponían a una auténtica renovación del país.

OBRA

Larra fue periodista, crítico satírico y literario, y escritor costumbrista. Publicó en prensa más de doscientos artículos a lo largo de tan sólo ocho años. Impulsa así el desarrollo del género ensayístico. Larra sitúa el tema de España en el centro de su obra crítica y satírica. El marco político en el que escribe: las nuevas Cortes constituidas tras la llamada *década ominosa* (1823-1833) y la primera guerra carlista (1833-1840).

La vida de Larra, contrariamente a su obra, en la que abundan elementos neoclásicos, lleva el sello de la época romántica. Larra fue uno de los pioneros del periodismo español, y el primer periodista en pasar a la historia de la literatura por la calidad literaria de sus artículos. Fue, además, uno de los prosistas más interesantes del espíritu romántico liberal. Denunció la frialdad del Neoclasicismo, a pesar de que se burló también de los excesos del Romanticismo.

Fue un extraordinario articulista y crítico. Destacan sus artículos de costumbres en los que comenta aspectos variados del comportamiento social de los españoles. Los artículos de Larra son un análisis pesimista de la sociedad española de su tiempo. Analiza de forma sarcástica la realidad nacional de la decadencia española, siguiendo así la tradición de los ilustrados reformadores del siglo XVIII, como Jovellanos y Feijoo. Proyecta una visión pesimista y amarga de su país. Para Larra, la solución a la decadencia nacional está en una europeización de España. Su crítica de la realidad nacional influyó grandemente en la Generación de 1898, la generación del desastre colonial.

Larra fue el mejor periodista español de su tiempo. Sus descripciones costumbristas están redactadas en un tono doloroso y de implacable crítica. Educado en un refinado ambiente extranjero, la realidad nacional es para él deprimente. Intenta mejorar la situación de su país mirando hacia afuera, hacia Francia como Cadalso y Jovellanos en el siglo XVIII y Ortega y Gasset en el siglo XX. Un patriótico impulso de regeneración impulsa siempre sus artículos. Su ideología es liberal. Su actitud viene a continuar la de los escritores de la Ilustración del siglo XVIII: ataque a la tradición en lo que tiene de caduco, y reforma de la Patria en un sentido europeísta. Su angustiosa obsesión por el porvenir de España (“le dolía España”) y su visión de lo que la Generación del ’98 llamaría más tarde “el problema nacional” o “España como problema”, le sitúa en la línea de los reformadores del siglo XVIII como Feijoo, Cadalso y Jovellanos, y como puente de unión con la Generación del ’98.

«El discurso de Azorín durante la visita a la tumba de Larra organizada por él y por Baroja el 13 de febrero de 1901, reproducido en el capítulo IX de la segunda parte de *La voluntad* (de Azorín) constituye el *locus classicus* con respecto a las relaciones entre el romanticismo y 98. Fue Larra quien popularizó el lema de “la regeneración de España”. Pero más importante para el joven Azorín era el desolado pesimismo del escritor romántico a “quien queremos como a un amigo y veneramos como a un maestro”, según las palabras del orador. Larra fue considerado como el precursor de los noventayochistas no tanto por su regeneracionismo cuanto por haber sido la primera víctima española de lo que se iba a llamar “la enfermedad de lo incognoscible”, es decir, nuestra incapacidad de comprender el eterno misterio de las cosas. Nadie más que Azorín, en el discurso citado, ha logrado subrayar la perenne modernidad de Larra.» (Shaw, Donald L.: *Historia de la literatura española. El siglo XIX*. Barcelona: Ariel, ⁸1983, p. 52-53)

«El valor fundamental de la obra de Larra estriba, más que en la forma, en el contenido, producto en parte de una despierta facultad razonadora. No es un creador de belleza, pero en una época en que la vida se contempla con los ojos de la fantasía, sabe percibir con agudo espíritu crítico los más diversos matices de la realidad nacional del momento. En este sentido podríamos decir que es el menos romántico de su generación; no obstante, su propia vida, agitada por violentas pasiones, la profunda sinceridad de sus acres y desoladas reflexiones y su dramática insatisfacción, permiten considerarlo como el más auténtico representante del Romanticismo en España, a pesar de la factura clásica de su obra.» (José García López)

«Si Larra pudo tener la impresión de fracasar en su tentativa de educación del público, la posteridad, a la inversa, iba a otorgarle una atención nunca desmentida. Convertido primero en mito por su suicidio, en ningún momento dejó Larra de ser leído y comentado. Los hombres de la llamada generación del 98 se reconocieron en su persona, lo saludaron como a un precursor. Nuestra época aún se complace en ver en él casi a un contemporáneo: *Plume de hier. Espagne d’aujourd’hui* titulaba Juan Goytisolo una selección de artículos presentada en 1965 al público francés. De hecho, nada es más impresionante que comprobar cómo esos deliciosos panfletos conservan paradójicamente su frescura, aun leídos fuera de las circunstancias tan

particulares que suscitaron su aparición. Un escritor, por otra parte, consustancialmente unido a un mundo que estaba en vías de convertirse en sociedad industrial, pero apasionadamente dedicado, al mismo tiempo, a descifrar su sentido y sus orientaciones.» (Morange, C., en Canavaggio 1995, t. V, p. 51)

Poesías

La importancia de Larra como poeta es muy escasa. Muchas de sus composiciones no pasan de ejercicios literarios: diversas letrillas, anacreónticas y odas a Filis. Lo que más interés ofrece son sus composiciones satíricas, donde está patenta la influencia de Quevedo.

Sus poemas más inspirados son *Sátira contra los vicios de la corte* y *Sátira contra los malos versos de circunstancias*, aparecidos en *El Pobrecito Hablador* en 1832. El primero critica la corrupción general de todas las esferas sociales, y el segundo es un ataque a los tópicos adulatorios expresados con voces altisonantes y comparaciones clásicas.

Algunas poesías son de índole personal y revelan su estado de ánimo en relación con el problema amoroso.

Artículos

Lara fue el mejor periodista español de su tiempo. Publicó bajo varios pseudónimos: *Andrés Niporesas*, *El pobrecito hablador*, *Fígaro*.

Larra fue un eminente articulista, con una gran claridad y vigor en su prosa. En este terreno, sólo tiene como precedentes a Quevedo en el siglo XVII o a Feijoo, José Cadalso y Jovellanos en el XVIII. En sus artículos combate la organización del Estado, ataca al absolutismo y al carlismo, se burla de la sociedad, y rechaza la vida familiar. Representa el romanticismo democrático en acción: los males de España son el tema central de su obra crítica y satírica. Descontento con el país y con sus hombres, escribe artículos críticos (*En este país*, *El castellano viejo*, *El día de difuntos de 1836*, *Vuelva usted mañana...*), contra la censura (*Lo que no se puede decir no se debe decir*), la pena capital (*Los barateros* o *El desafío y la pena de muerte*), contra el pretendiente carlista (*¿Qué hace en Portugal su majestad?*) y el carlismo (*Nadie pase sin hablar al portero*), contra el uso incorrecto del lenguaje (*Por ahora*, *Cuasi*, *Las palabras*), etc. También cultivó la novela histórica (*El doncel de don Enrique el Doliente*) y la tragedia (*Macías*).

«Larra es el único escritor romántico de España para quien la palabra *costumbre* no significa una incitación al tipismo o la comicidad, sino una plataforma desde donde lanzar consideraciones sociales y filosóficas, extraer conclusiones sobre el carácter de un pueblo y meditar sobre la vida en general. Es, por lo tanto, un moralista, a quien se ha enlazado con la tradición clásica francesa; pero que tiene también precedentes muy estimables en pensadores españoles, como Feijoo, Cadalso y Jovellanos. [...] Larra compone cuadros de costumbre con la conciencia clarísima de estar haciendo historia, elevándolos, por lo tanto, a una categoría superior.» (Navas-Ruiz 1973: 198-199)

«El costumbrismo de Larra poco tiene que ver con el de Estébanez y el de Mesonero, pues no busca simplemente lo pintoresco en sus descripciones. Por otra parte es adverso al purismo, que considera anacrónico en el tratamiento de la realidad del presente. Ni los circunloquios del escritor andaluz, ni el minucioso detallismo del madrileño; su eficacia expresiva proviene de su visión penetrante y de su estilo ceñido, nervioso. Muchas son las páginas que podrían citarse como muestra de su personal estilo.» (Llorens 1979: 352)

Por el tablado de la obra de Larra pasan en fila todos los males sociales: el español ocioso, los entretenimientos adormecedores, las corridas de toros, el mal teatro, la mala literatura, las infames traducciones, los espantosos establecimientos y servicios públicos, la despoblación, la destrucción del patrimonio artístico, en antecedente claro de muchos aspectos de la crítica de la generación del 98.

«Fígaro pudo escribir sus artículos políticos más agresivos en 1833, durante la regencia y la guerra carlista, pasado ya el momento más duro de la censura. El oscurantismo, la cobardía, el ridículo de defender ideas de un fanatismo supersticioso y anacrónico en pleno siglo burgués, democrático y progresista, desataron sus iras. Representativos en este sentido son *La planta nueva o el faccioso* (1833) y *Fin de fiesta* (1833), donde con gran dote de fantasía describe las luchas por Bilbao. Es satírico por convicción, según escribe en su importante *De la sátira y de los satíricos* (1833): “Somos satíricos, porque queremos criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas a la perfección posible de la sociedad a que tenemos la honra de pertenecer”.

Aspira a despertar a España al progreso; las ideas habrían de ser proyectiles encaminados a que la sociedad, por sí misma, acabase con las antiguas y arcaicas instituciones. Su revolución es social, harta ya de la politiquería huera y las promesas vanas. Al final de su breve vida de francotirador, la sátira desaparece y la pesadilla se impone. *Día de difuntos* (1836) es su testamento político y la elegía de un liberal progresista que presencia el entierro de sus propias esperanzas en una larga noche de espectros y fantasmas. Las sombras le ganan la luz al día.» (Blanco Aguinaga et al. 1978, vol. II, p. 96-97)

Sus mejores artículos:

***Corrida de toros* (1828)**

Este artículo sobre la llamada “fiesta nacional” demuestra el entronque de las ideas de “Fígaro” con las de Jovellanos, precedente suyo en el ataque contra la diversión taurina. Larra hace una concisa historia de la historia del toreo y traza luego un vivo cuadro condenatorio por la crueldad y mal gusto en que ha degenerado el espectáculo.

***Donde las dan, las toman* (1832)**

Muestra Larra en este artículo sus conocimientos etimológicos, señalando cómo el español se ha formado a partir del latín con préstamos de otras lenguas e invenciones populares. Postula el uso como único legislador en materia de lengua, pero el uso de los mejores, pues el pueblo estropea las cosas. Defiende el préstamo y el neologismo, porque las palabras se gastan y hay que renovarlas.

***Manía de citas y epígrafes* (1832)**

Contra la manía de insertar citas extranjeras para probar lo que ya está dicho en castellano.

***El casarse pronto y mal* (1832)**

En este artículo opone Larra el sistema educativo tradicional de España y el nuevo de Francia. Condena a aquel, basado en la rutina, y a este por ser extraño a las costumbres del país. ¿Solución? Una educación honesta fundamentada en valores morales serios.

***Carta a Andrés Niporesas, escrita desde las Batuecas por el Pobrecito Hablador* (1832)**

Tras destacar la rusticidad de la nación, Larra intenta resolver el siguiente dilema: «¿No se lee en este país porque no se escribe o no se escribe porque no se lee?» Su conclusión es que ni se escribe ni se lee, los editores pagan mal, el público no compra libros, el escritor no coge la pluma, confirmándose así el desprecio general por las humanidades.

***El castellano viejo* (1832)**

Larra odiaba a la gente inculta y vulgar; pero no a los que tenían la desgracia de no haber recibido una buena educación, sino a los que, pudiendo cultivarse, no lo hacían. Sobre este asunto, su artículo más famoso es el titulado “El castellano viejo”, sobre la rudeza de las costumbres españolas tradicionales.

«Tiene como modelo la Sátira III de Boileau, que es a su vez imitación de Horacio. Varios son los detalles de la sátira que perduran en el artículo: el convite a comer y la repugnancia del invitado a aceptar, las personas que iba a amenizar la comida y no acuden, la estrechez de la mesa, la comida engorrosa, la depredación final del invitado al escapar. Pero el lector nota inmediatamente que en el artículo de Larra hay un movimiento y una vida que faltan por completo en la sátira de Boileau. En esta, como en otras composiciones clásicas semejantes, todo parece estático; un conjunto, un cuadro cuyos personajes están quietos como esperando el momento del retrato. A los uno una sonrisa irónica y despectiva por parte del invitado y unos criados que entran a servir con la ceremoniosa lentitud de una procesión. En la comida del castellano viejo, presentada como está con todos sus incidentes cómicos, hay movilidad y gracia ausentes en la otra.» (Llorens 1979: 349)

***¿Quién es el público y dónde se encuentra?* (1832)**

Panorámica del hombre-masa: ese hombre pierde el tiempo en futesas, gusta de comer mal y habla de lo que no entiende.

***En este país* (1833)**

Crítica al extranjerizante que por presunción desdeña al propio país.

***La fonda nueva* (1833)**

El artículo trata sobre la monótona existencia de la clase media, cuyas diversiones, fuera de los toros y su poquito de teatro, se reducen a las expansiones del santo, la boda, el nacimiento y el empleo, y a comer de fonda de cuando en cuando. Critica Larra a aquellas personas que les gusta comer en las fondas, cuando el mejor lugar para hacerlo es la casa de uno mismo. El artículo comienza con unas reflexiones de Larra sobre

el tema del comer en España. Después, llega un francés a casa de nuestro autor, y quiere divertirse un poco por la ciudad, pero por palabras de Larra, se da cuenta que en nuestro país no se festeja más que los toros. Larra se desvía un poco de la cuestión anterior y cuenta que un amigo suyo lo llamó para ir a comer a la fonda. Aunque no quería asistir a tal despropósito, no pudo negarse. Larra se da cuenta de que todas las fondas son iguales porque ofrecen un pésimo servicio. Sin embargo, llegó a una nueva, la cual aparentaba una mejor calidad que las otras. Pero pronto se percata de que es igual a las demás en todos los aspectos.

El sujeto lírico de este artículo es el propio Larra, que narra los hechos en primera persona, ya que es un narrador interno, que interviene en la misma narración. Recibe el grado de protagonista y omnisciente, pues es capaz de saber todo sobre la historia, desde los aspectos más generales hasta la psicología de los personajes.

***Variedades críticas* (1833)**

Larra critica aspectos de la vida española, pero con afán perfeccionador, para conseguir un país mejor, no por un espíritu derrotista. Se opone a los extranjeros que, tras un viaje de ocho días por España, regresan contando horrores y falsedades. Critica a los españoles que creen que todo lo malo está aquí y con un «¡cosas de España!» quieren justificarlo todo.

***Vuelva usted mañana* (1833)**

Famoso artículo en el que critica la lentitud y pereza de la administración del Estado. Caricatura literaria de la burocracia. No pocos de los rasgos que pinta Larra siguieron siendo válidos por largo tiempo.

«Pero si a Larra le resulta fácil la burla es porque procede por contraste, contraponiendo al acelerado ritmo de vida que la burguesía había impuesto en los países de la revolución industrial, la pereza, la falta de actividad de una sociedad como la española, muy alejada todavía del afán capitalista. Pues el capitalismo burgués había descubierto que el tiempo era realmente dinero, y que la rapidez en la manufactura y el comercio era esencial para la obtención de mayores beneficios, cuando en vez de los antiguos monopolios del Estado, operaban empresas que competían entre sí. [...]

No falta tampoco, en pasajes que nada tienen de burlescos, la referencia a la suspicacia nacionalista, que solo veía en el extranjero al explotador. Larra hace ver, en cambio, las ventajas que ha producido en otros países. Una vez más la sátira está al servicio de la preocupación patriótica de Larra, favorable siempre al adelantamiento material, no menos que al intelectual de su país.» (Llorens 1979: 350-351)

***El mundo todo es máscara* (1833)**

La sociedad es un engaño absoluto donde todos fingen y mienten.

***Los amigos* (1833)**

Es imposible hacer verdaderos amigos, porque todos buscan su provecho.

***Don Cándido Buenafé* (1833)**

Sátira del joven petulante que dice «yo y Chateaubriand pensamos del mismo modo».

***Don Timoteo o el literato* (1833)**

Ataca al crítico engreído, pedante y hueco. Es el retrato de un santón literario que adquiere renombre sin merecimiento alguno.

***Los tres no son más que dos y el que no es nada vale por tres* (1834)**

Farsa quevedesca en la que Larra critica la existencia de tres partidos: el tradicionalista, al que acusa de retrógrado; el progresista, al que condena por ambición, y el centro, pasivo, al que niega verdadera entidad, pero que resulta el más importante por su número. Este centro o liberalismo moderado (“moderantismo”) estaba representado por Martínez de la Rosa y es el objeto constante de los ataques de Larra. Tales ataques, sin embargo, no comienzan hasta después de septiembre de 1834, a raíz de la crisis, pues en abril reseña *La conjuración de Venecia* y elogia a su autor y el Estatuto Real.

***Dos liberales o lo que es entenderse* (1834)**

Contiene una violenta crítica del autor del Estatuto Real, quien justificaba su posición pacata y transigente por miedo a la anarquía y a la consiguiente reacción absolutista.

***La vida de Madrid* (1834)**

Trata sobre el vacío de la ociosidad en que vive un señorito madrileño.

Nada vale nada, el hombre está destinado a la muerte sin que sepa lo que le espera después, nadie es ni puede ser feliz. “Esto último bastaría a confundir a un ateo si un ateo al serlo no diera ya claras muestras de no

tener su cerebro organizado por el conocimiento; porque solo un Dios y un Dios todopoderoso podía hacer amar una cosa como la vida”.

¿Entre qué gentes estamos? (1834)

Violento ataque al comportamiento grosero de funcionarios públicos y privados.

La calamidad europea (1834)

Todos los males españoles provienen de la intervención extranjera, siempre de signo opuesto a las necesidades del país. El fanatismo religioso y la superstición han terminado con los brotes de inteligencia. Tanto los absolutistas como los liberales son absolutistas. El becerro de oro emponzoña.

El punto esencial de este artículo es que los hombres son mitad víctimas, mitad sacrificadores; la calamidad viene de la preocupación religiosa; de la superstición, del fanatismo: “Sobre la sangre humeante de los *autos de fe* nace la política, y con ella el soñado equilibrio de los reinos”.

Baile de máscaras (1834)

«Es de esperar que el sentido común venza por fin la resistencia que ideas ridículas de intempestiva aristocracia parecen oponer todavía entre nosotros a la igualdad y publicidad que reina en esta diversión, aun en tiempo en que dicen que la libertad tiende sus alas protectoras sobre todas las clases indistintamente.»

Ventajas de las cosas a medio hacer (1834)

En España nunca se hacen las cosas decisiva, radicalmente, de una vez para siempre. De ahí ese eterno tejer y destejer, ese eterno viaje del liberalismo al absolutismo, del absolutismo al liberalismo, sin que en realidad cambien las estructuras. En España nada pasa de moda, nada se transforma, nada envejece, porque nada vive.

Poesías de Juan Bautista Alonso (1835)

Un pensamiento libre es un derecho político en cuanto baluarte de la libertad civil y un derecho cultural en cuanto avanzada de la ilustración.

El duelo (1835)

Elogia el siglo XIX como el siglo de las luces, que ha suprimido costumbres bárbaras y fijado nociones fundamentales, de donde no se puede retroceder: la idea de gobierno justo, la forma de establecerlo y conservarlo por consulta popular, la condena de la guerra y su transformación en cuestión de principios.

El álbum (1835)

Sobre la romántica moda de coleccionar versos y dedicatorias de escritores.

Los calaveras (1835)

Espléndido análisis del gamberro decimonónico en todas sus formas: calaveras inocentes, curas mujerigos, chulos y matones, mujeres atrevidas; pormenorizada descripción del lechuguino de nuevo cuño, así como del calavera-cura, que quiere limpiar su fama de carlista y da en el extremo opuesto. Este personaje es “que para exagerar su liberalismo y su ilustración empiezan por llorar su ministerio”. Hipocresía, opinión pública (la *honra* antigua), todo es máscara, apariencia. No se salvan los amigos, ni la sociedad ni la política.

Modos de vivir que no dan de vivir (1835)

Deliciosa descripción de diversos oficios, como el del trapero y el zapatero.

El hombre-globo (1835)

Una de sus intuiciones más ingeniosas de lo social se encuentra en este artículo. La sociedad se compone de tres clases: el hombre sólido o masa, inerte por definición, pero que, puesto en movimiento, es capaz de arrastrar todo, como ciego alud; el hombre líquido o clase media, sin ideas propias, maleable mediante una propaganda bien dirigida; por fin, el hombre gaseoso, dotada de fuerza expansiva y creadora, que puede elevarse y arrastrar por la admiración a los otros. En España se convierte con frecuencia en hombre-globo, que se desinfla y cae con estrépito al menor accidente.

Por ahora (1835)

Alude a las frases que se dicen para salir del paso y que nunca se cumplen.

Cuasi (1835)

En este agudo artículo, recude Larra el mundo a palabras y divide estas en varias categorías: palabras-calle, palabras-manifiesto, palabras-monstruo. La gran palabra del tiempo es *cuasi*: todo es *cuasi* en todas las naciones, pero especialmente en España, donde existe «un odio *cuasi* general a unos *cuasi* hombre que *cuasi* solo existen en España.»

Una primera representación (1935)

Trata del fracaso de un auto novel, que hace recordar *La comedia nueva*, de Moratín.

Artículo fundamental en muchos aspectos por ser un magnífico panorama de la situación del teatro por dentro y fuera: tipos de comedias, censura, precios, comentarios.

Las antiguiedades de Mérida (1835)

El viaje que Larra realizó por Extremadura, de paso para Lisboa, le dio ocasión para descubrir una España diferente, pobre y olvidada, que refleja con una conciencia casi noventayochesca. Se despide primero de un Madrid bullicioso para adentrarse, de repente, en Castilla: «El árido mapa de su desierto arenoso, como una infeliz mendiga, despliega a los ojos del pasajero su falda raída y agujereada en ademán de pedirle con qué cubrir sus macilentas y desnudas carnes.» La falta de poblados y la miseria de los pocos que hay le llaman la atención.

Literatura (1836)

En este artículo se encuentra la mejor y más completa exposición de las ideas literarias de Larra. Fue publicado en *El Español*. Expone los principios que rigen su crítica y sus ideas generales sobre la literatura española: La literatura tiene que ser manifestación de la verdad en cuanto ha de dar una imagen universal de las pasiones humanas; la literatura debe ser útil, no vana retórica; «la literatura es la expresión, el termómetro verdadero del estado de civilización de un pueblo.» Libertad en literatura, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. Hay que aplicar el credo liberal a todas las esferas de la actividad humana. Relatividad del gusto: «No conocemos una escuela exclusivamente buena, porque no hay ninguna absolutamente mala». Condena el purismo: «El purismo o estancamiento del idioma es absurdo, porque la lengua ha de reflejar el progreso de la civilización.»

Sobre la literatura española dice: «Impregnada de orientalismo que nos habían comunicado los árabes, influida por la metafísica religiosa, puede asegurarse que había sido más brillante que sólida, más poética que positiva.» La Contrarreforma, según Larra, con el advenimiento de una tiranía político-religiosa, la hirió de muerte, al matar la libertad, haciéndola imaginativa, quitándole todo carácter de utilidad y progreso, si se exceptúa a Cervantes y Quevedo. Los afrancesados del siglo XVIII se limitaron a introducir otra cosa, pero sin españolizarla, sin enlazarla con la tradición, con lo que «nos hallamos al fin de la jornada sin haberla andado.»

De la sátira y los satíricos (1836)

Es el mejor artículo de Larra sobre la sátira, que es su defensa, historia y definición. La sátira no es el producto del mal humor, sino que requiere una gran dosis de perspicacia, fortaleza de carácter, valor, independencia y virtud, para contemplar y manifestar el fondo de las cosas y para probar con el ejemplo la dignidad de lo honesto. El satírico debe conocer el espíritu del siglo y adaptarse a él para ser eficaz.

Los barateros (1836)

Anticipa la sacudida del cuarto estado y confían desprenderle de la engañosa bandera que el progresismo agitaba ante sus ojos. Vislumbra allí una sociedad más justa, y la revolución del futuro, imprecando al pueblo para que reclame sus derechos: “Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existe cuando tú y tus semejantes la conquistéis; cuando yo sea la verdadera sociedad, y entre en composición social el elemento popular...”

El día de difuntos (1836)

Al final, la sátira de Larra se transforma en elegía. En este artículo, el autor entra como personaje desde el principio hasta el final del artículo, igual que en *El castellano viejo*; pero aquí no hay cuadros burlescos, sino téticos, por reiterada que sea la nota irónica.

«Abrumado por una melancolía de que “sólo un liberal español puede formarse idea”, revolviéndose en su sillón, “sepulcro de todas mis meditaciones”, el clamor de las campanas, que también “iban a morir a manos de la libertad”, anuncia la llegada del Día de difuntos. *Fígaro* se lanza a la calle y ve a las gentes dirigirse en larga procesión al cementerio. Pero piensa que el cementerio no está fuera, sino dentro de Madrid. Va recorriendo diversos lugares de la ciudad, y en cada uno de ellos encuentra un sepulcro. En el frontispicio de Palacio estaba escrito: “Aquí yace el trono, nación en el reinado de Isabel la Católica, murió en La Granja de un aire colado”. En la Armería Real yace el valor castellano; en los Ministerios, media España. Más adelante verá en la cárcel, adonde van a parar los que disienten, reposar la libertad de pensamiento; en Correos, la subordinación militar –alusión al levantamiento del capitán Cardero, que quedó impune–; en la Bolsa, el crédito público; la Imprenta Nacional –de donde salían las publicaciones oficiales–, sepulcro de la verdad; los teatros, sepultura de los ingenios españoles, etc.

Obsérvese que en este cementerio no reposan personas, sino conceptos generales o instituciones, pues no eran los hombres lo que importaba señalar como otras veces, sino el sistema establecido ayer por todos los liberales y hoy ya muerto y sepultado. *Fígaro* quiere salir del cementerio y refugiarse en su propio corazón “lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos”; pero su corazón no era más que otro sepulcro con este espantoso letrero: “Aquí yace la esperanza”.» (Llorens 1979: 367-368)

***Horas de invierno* (1836)**

Larra comenta la postración y decadencia de España, de la que nadie se acuerda sino para mal, y estampa una de sus frases más conocidas: «Escribir en Madrid es llorar.» Porque al escritor español nadie le hace caso ni de fronteras adentro ni de fronteras afuera; es llorar, porque todo lo que ha de esperar en recompensa es ir a la cárcel.

Para los autores de la Constitución de Cádiz (1812), la ley política era el supremo bien; para Larra no bastaban sabias Constituciones. Lo que el liberalismo debía fomentar era el “adelantamiento” del país en todos los órdenes, no sólo en el político. Larra era consciente del bajo nivel cultural de la España de su tiempo. Manifiesto era tanto el atraso científico, como la indigencia de ideas entre la gente de pluma, ya escribieran novelas, dramas o crítica literaria. El liberalismo que Larra propugnaba había de estar dirigido a la inteligencia.

«Mas en “Horas de invierno” ya no hay lugar para el optimismo. “Lloremos, pues, y traduzcamos”. Al final del artículo vuelve Larra a la sátira del mundo cotidiano de Madrid, aquel mundillo tan desmedrado e indiferente con el escritor. “¿Qué haría con crear y con inventar? Dos amigos dirían al verle pasar por el Prado: “¡Tiene chispa! Muchos no lo dirían por no hacer esa triste confesión”.» (Llorens 1979: 370)

Al día siguiente de publicarse “Horas de invierno” aparecía:

La Noche Buena de 1836. Yo y mi criado. Delirio filosófico

Este artículo, junto con “El día de difuntos”, escritos pocos meses antes de su muerte, representan el grado extremo del progresivo abatimiento y la desilusión progresiva de Mariano José de Larra: «El cementerio está dentro de Madrid, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía a muerte próxima. Una noche sombría lo envolvió todo. Era la noche. El frío de la noche helaba mis venas.»

«Un ejemplar más de sátira antigua profundamente transformada por Larra. En *Horario* es un esclavo el que aprovechándose de las fiestas saturnales usa de la libertad verbal que en aquella ocasión se le concedía para decirle cuatro verdades a su amo. Aquí es el criado del escritor. El criado que con sus palabras va a destruir el subtítulo del artículo “Yo y mi criado”, inversión del orden establecido por la urbanidad, que obliga a colocar el “yo” en segundo término. Larra explica en una nota la razón por la cual se pone él delante de su criado, sin desperdiciar la ocasión de lanzar un alfilerazo a don Agustín Argüelles, que hablando de su viejo amigo y compañero de emigración Gil de la Cuadra decía siempre, como era de rigor, “Cuadra y yo”. Pero las palabras del criado, que en su embriaguez hace ver a su amo cuán equivocado está creyéndose superior a él, no las pronuncia hasta bien avanzado el artículo. [...]»

La distancia que separa a Larra de los costumbristas, en pocas partes puede verse mejor que aquí. La descripción de la Nochebuena con su ajetreo callejero, sus comestibles amontonados, la risa y la algazara no es un cuadro pintoresco; es, por el contrario, un cuadro trágico. El de una humanidad que celebra comiendo, bebiendo, divirtiéndose la máxima fiesta de su religión, mientras se proyecta siniestramente sobre toda aquella alegría el fantasma colosal del Norte, no llevando a su boca alimentos, sino cartuchos humeantes.

Es sorprendente que la guerra carlista dejara tan escasa o fugaz huella literaria entre los contemporáneos. Para Larra, la guerra civil se convirtió en una obsesión. Puede decirse que está presente en la mayor parte de sus escritos políticos, primero burlescamente, al final trágicamente. Al principio el carlismo es un fenómeno anacrónico, nada serio, que se presta a la ironía. De ahí, luego, la dolorosa sorpresa al encontrarse con una fuerza considerable que se enfrentaba con el liberalismo español y amenazaba destruirlo. La guerra carlista era el más grave obstáculo para la recuperación de España.

Pero el artículo no acaba con la imagen de Bilbao. Tiene una segunda parte, más extensa, que concierne solo al autor y a su criado. El cual, ya ebrio, dice la verdad y se convierte en la conciencia acusadora del escritor. Y uno a uno va destrozando implacablemente los objetos en que funda este su pretendida superioridad: política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor. En el fondo se trata de una confesión. Larra ha visto hundirse sus aspiraciones políticas y deshacerse sus ilusiones amorosas. Sucumbe, como otros románticos,

por haber puesto sus deseos más allá de lo realizable. El artículo acaba con “una lágrima preñada de horror y desesperación” que anticipa la “sangrienta lágrima de fuego” de Espronceda.» (Llorens 1979: 371-372)

El 13 de febrero de 1837, fracasado un nuevo intento de reanudar sus relaciones amorosas con Dolores Armijo, casada y con un hijo del conocido abogado Manuel María de Cambrónero, Larra se suicidaba.

Novelas

El doncel de Don Enrique el Doliente (1834)

El tema de esta novela histórica es el mismo que el del drama *Macías*. Ambas obras describen el apasionado amor del trovador medieval por Elvira, dama de la corte de Enrique III, casada con un servidor del marqués de Villena, Fernán Pérez de Vadillo. La novela narra el amor imposible entre Macías el Doncel y Elvira. En la historia del trovador Macías y en sus amores adúlteros, símbolo del amor contrariado por las normas morales, vio Larra reflejada su propia situación: la relación que mantenía con Dolores Armijo.

Argumento: Macías, trovador del siglo XV, está apasionadamente enamorado de Elvira, mujer de Fernán Pérez, criado de otro personaje histórico, don Enrique de Villena, gran señor dado a las letras y con fama de nigromante. Don Enrique ambiciona ser maestra de la Orden de Calatrava, pero no pudiendo ser elegido por estar casado, hace desaparecer misteriosamente a su mujer, doña María Albornoz. Elvira, que era una de sus damas, acaba por acusar públicamente a don Enrique ante toda la Corte. El rey decide que combatan en juicio de Dios el acusado y un caballero que salga en defensa de Elvira. Este no puede ser otro que Macías, a quien don Enrique teme, por lo que dispone que sus esbirros lo sorprendan una noche y lo lleven preso al castillo de Arjonilla. Cuando uno de los criados de Macías penetra en el castillo para libertarle, allí encuentra también encerrada a doña María de Albornoz, que logra escapar. No así Macías, que muere perseguido por Fernán Pérez, el celoso marido de Elvira, que injustamente la cree culpable; pero Elvira, sometida a tantos temores y a tantas luchas consigo misma entre su honor y su amor a Macías, acaba perdiendo el juicio.

Se trata de una novela histórica al estilo de las que por aquella época se escribían a imitación de las Walter Scott. La acción transcurre lentamente, los personajes son borrosos y la visión de la Edad Media es novelesca: presenta la época medieval como un caos confuso.

«La diversidad de episodios e incidentes, las digresiones, no menos que su estilo desigual, perjudican indudablemente a la unidad de la obra. Hay, sin embargo, en *El doncel de don Enrique el Doliente* cualidades que no son frecuentes en las novelas históricas de la época. En la caracterización de los personajes Larra sabe matizar –no en vano fue lector asiduo del *Quijote*–, y en vez de tipos de una pieza nos da una imagen más compleja y flexible de la naturaleza humana. Don Enrique de Villena no es un malvado desde el principio hasta el fin; Abenzarsal podrá ser repelente por su codicia y doblez, pero no es un azote, y Larra le hace hablar apropiadamente cuando expone su desolador concepto de los hombres.» (Llorens 1979: 346-347)

«En la novela se reconstruyen las costumbres y el ambiente de época, como es usual en los imitadores de Scott. Debido al predominio de lo descriptivo y al cuidado en el análisis de las pasiones, el ritmo de la acción discurre con lentitud. Particular atención merece al escritor el carácter del marqués de Villena, retratado como un ser de extraordinaria inteligencia y ambición, pero de escasa voluntad. Larra no oculta su simpatía por sus dotes intelectuales, viéndolo desde una perspectiva decimonónica víctima de la ignorancia, que lo acusaba de estafalario y nigromante.» (Navas-Ruiz 1973: 197)

Obras de teatro

No más mostrador: Comedia original en cinco actos (1831)

Esta obra, estrenada con gran éxito en Madrid y provincias, ridiculiza las necias ambiciones de una burguesa que quiere casar a su hija con un conde. Supone la exaltación de la vida mediocre y tranquila, que el protagonista, Bernardo, se encarga de resaltar con estas palabras: *El amor y la virtud en una honrada medianía nos harán felices, y el trabajo y la economía los indemnizará a ustedes.*

El Conde Fernán González y la exención de Castilla (1832)

Con anterioridad a *Macías* Larra escribió este drama histórico que nunca se representó en vida suya. La obra no se publicó hasta muchos años después de la muerte de Larra. La obra se basa en *La más hidalga hermosura*, de Francisco Rojas, y revive el viejo tema épico de la independencia de Castilla. A todas luces se trata de una obra de principiante de muy escaso mérito, dominada por una figura de mujer implacable en sus odios.

Macías (1834)

Larra nos ha dejado dos versiones de la historia del trovador Macías: una novelesca y otra teatral.

Macías es un drama histórico en verso ambientado en la España medieval. A pesar de que en este drama se respetan las tres unidades, puede considerarse como una avanzada hacia el teatro romántico, por su tono apasionado y vehemente. El drama entero es un grito de rebeldía contra la ley moral.

Argumento: Fernán Pérez de Vadillo, escudero de don Enrique de Villena, apremia a Nuño Hernández, padre de Elvira, para cumplir la promesa de darle a su hija en matrimonio por haber transcurrido el plazo de un año en espera del regreso de Macías, amante de Elvira. Aunque ella se resiste, acaba por ceder, más que nada por creer cierto el falso rumor de haberse casado Macías; al cabo se celebra su unión con Fernán Pérez. Macías, sin embargo, reaparece el día fijado, pero tarde, cuando ha terminado la ceremonia nupcial. Elvira cae desmayada y Macías amenaza de muerte a su rival y enemigo. El mismo día Macías logra introducirse en la habitación de Elvira y le propone en nombre del amor huir con él; no ha de faltarles un albergue en el mundo. Mas ella le rechaza pensando que el deshonor no podrá hacerla nunca dichosa. La resistencia de Elvira exaspera a Macías, y en vez de huir cuando llegan Fernán Pérez, don Enrique y otros caballeros, desafía a Fernán y hasta desacata a Villena, su señor, por lo que este ordena su prisión. Elvira pide a su marido que la deje entrar en un convento, decidida como está a no ser suya. En su desesperación Fernán Pérez proyecta entonces matar en la prisión a Macías. Sabedora de ello, Elvira se despoja de sus joyas para sobornar a los carceleros y salvar a Macías. Consigue entrar en prisión y persuadir a Macías para que se salve huyendo, pero entretanto llegan Fernán Pérez y sus hombres; Macías se precipita para combatir con ellos y es herido de muerte. Fernán, viendo allí también a su esposa, la amenaza; pero Elvira se quita la vida con una daga. Trágico fin de los enamorados previsto en uno de los versos del drama: *¡Ay de quien al mundo para amor nació!*

«Larra afirma que sería muy difícil clasificar su composición dramática por no ser comedia antigua española, ni seguir las reglas del género clásico, ni tragedia, ni melodrama. ¿Es un drama romántico? También lo duda. El autor no se propuso

sino pintar a Macías como imaginé que pudo o debió ser, desarrollas los sentimientos que experimentaría en el frenesí de su loca pasión y retratar a un hombre, ese fue el objeto de mi drama. Quien busque en él el sello de una escuela, quien inventa un nombre para clasificarlo, se equivocará.

Quien se equivocaba era Larra, puesto que cualquier otro autor podía haber dicho lo mismo de cualquier obra suya en cuanto a su motivación con independencia de determinados principios teóricos. Para mostrar luego en su realización no solo su sello personal, sino la afinidad con otros autores de su tiempo. Esta y otras protestas, no infrecuentes en la época romántica, como si los escritores tuvieran vergüenza de pasar por lo que eran, en el fondo no quería decir otra cosa sino que el autor había escrito su obra espontánea e independientemente en vez de seguir la moda dominante.» (Llorens 1979: 348)

«En el drama desaparece lo accesorio y se destaca el mundo sentimental e íntimo de los amantes. No existe, por lo tanto, colorido local, lo que sumado al respeto de las unidades de tiempo y acción y al empleo del verbo noble, obliga a considerar la pieza como un tímido despegue del neoclasicismo hacia el romanticismo, obra típica de transición. Larra se negaba a considerarla romántica o neoclásica. La crítica ha tendido a identificar protagonista y autor, confiriendo a aquel rasgos románticos, principalmente por su encendido apasionamiento, que le impulsa a levantarse contra la tiranía de las leyes morales y a llorar su desgracia de amor. *Macías* influyó decisivamente en *El trovador* y *Los amantes de Teruel*.» (Navas-Ruiz 1973: 197)

RISA EN LARRA, LA RISA DE LARRA (por LEONARDO ROMERO TOBAR

Universidad de Zaragoza)

(Todas las notas al final del artículo)

Mariano José de Larra, nuestro primer clásico moderno, fue y quiso ser muchas voces en la literatura española: poeta, autor teatral, novelista, traductor y —lo que en los años románticos era de rabiosa modernidad— escritor de periódicos. El repaso crítico que hizo de la sociedad de su tiempo y la invención imaginada de las sociedades de otras épocas —la Edad Media, de modo muy *romántic*— nos proporcionan material rico y abundante para la discusión sobre el tema que aquí nos ha convocado. Todo ello es tan evidente, que me atrevo a sospechar que sólo con la evocación de algunas aproximaciones al tema de la risa en la prosa de Larra —aunque resulten muy limitadas en su extensión y en su alcance interpretativo— podría suscitarse una vigorosa reflexión sobre la *risa romántica* y las intrincadas cuestiones de todo tipo que esta manifestación cultural nos plantea.

Las páginas de Larra fueron, y siguen siendo, un reactivo moral para los lectores; su persona fue, con toda probabilidad, un *testproyectivo* que catalizaba emociones intensas del tiempo histórico que le correspondió vivir. De la "jovialidad" que ejercitaron las otras máscaras del costumbrismo romántico —"El curioso parlante", "El solitario", "El estudiante", "Abenámar"... — a la "condición maligna" (II, 162)¹ que la opinión pública adjudicó a "Fígaro" va menor distancia que la que corre entre el "charlatán, enredador y curioso" que estrena seudónimo en "Mi nombre y mis propósitos" (texto del 15-1-1833) y el derrotado ebrio de "deseos e impotencia" de "la Nochebuena de 1836"; y esto es así porque la actitud de nuestro escritor ante la risa responde a los presupuestos teóricos del romanticismo más radical, que él pudo llegar a conocer de forma difusa durante su viaje de 1835², y que, sin lugar a dudas, nos devuelve a un testigo imprescindible en la aclimatación española de la *modernidad* pergeñada por Heine en 1826³.

La risa en Larra no es sólo el, gesto añadido de los medios seres, —"la planta nueva", "El ministerial", "El hombre globo"...— o el rictus de la máscara escénica con el que los actores madrileños resolvían las dificultades de caracterización. La apropiación del atributo hilarante era el rasgo llamativo de su fisonomía —Mesonero lo contemplaría la mañana del infausto trece de febrero, "en sus labios aquella sarcástica sonrisa que nunca pudo echar de sí"⁴—, y es también el desplante provocativo del *dandy* —le plaisir d'étonner et la satisfaction orgueilleuse de ne jamais être étonné"⁵— con el que Larra y "Fígaro" se dirigen a sus lectores: "juntos vivimos, juntos escribimos y juntos nos reímos de ustedes, de los demás y de nosotros mismos" (II, 308a).

Ninguna observación escapa al escalpelo de la risa de Larra que, por ser radical hasta las últimas consecuencias, se hizo a sí mismo objeto de contemplación implacable. Como es bien sabido, en el análisis de sus patéticas contradicciones pero, también, en los guiños irónicos sobre aspectos menudos de su vida y su persona; recuérdese, por ejemplo, cómo bromeaba acerca de las dimensiones físicas de su "imperceptible personalidad", de la que, a vueltas de su nueva profesión en el artículo "Ya soy redactor", anotaba que "el hecho es que me acosté una noche autor de folletos y de comedias ajenas, y amanecí periodista; miréme de alto abajo, sorteando un espejo que a la sazón tenía, no tan grande como mi persona, que es hacer el elogio de su pequeñez..." (I,199a).

La virtualidad hilarante de sus prosas hizo mella en sus lectores contemporáneos, hasta el punto que las complejas reacciones que provocaba —tanto las meliorativas como las peyorativas— conforman un capítulo apasionante de la *recepción* inmediata de un escritor que no supo ni pudo dejar indiferente a su público de todos los días. Valga, como muestra emblemática, este dato inédito: un colaborador de *El Mundo* —bien pagado varadero en el que Larra recuperaba aliento después de la crisis del verano del 36— describía una disputada sesión secreta de las Cortes ocurrida el treinta de enero de 1837; el anónimo cronista repasa la situación política del momento, describe su estado de ánimo e imagina

que en aquel momento entraban en el salón diferentes personas, y entre un grupo de gente desconocida divisé a Fígaro, que hablaba recio, reía y hacía reír destempladamente a sus compañeros. Fígaro, sin embargo, no parecía ingenuamente alegre, y en sus ademanes se dejaba notar cierto aire *antisténico*. Pensé ver a Diógenes (perdona la ilusión, Fígaro mío) entreteniendo con sus sentencias a los atenienses, asesinos de Foción y siervos miserables de los sofistas"⁶.

La risa en la obra larriana tiene tan variadas implicaciones que, aunque solamente sea a título de primera aproximación, debe proyectarse sobre ella un doble foco de luz. Por una parte, el mirador que enfoque el modo de

registrar la risa que producían los otros, por otra, la iluminación que explique cómo era su propia risa; es decir, qué provocaba la hilaridad de Larra y por qué reía a solas de sí mismo; en definitiva, una lectura que nos permita ver cómo era la risa *en* Larra y la risa *de* Larra.

1. La risa en Larra.

El perfil de escritor político y vagamente costumbrista que Mesonero Romanos se esforzó en adjudicarle se compadece con afirmaciones de tipos imaginados en los artículos larrianos, tipos que, en sus diálogos con "Fígaro", le reconocen que "sus artículos me han solido hacer reír alguna vez" (II, 33a) o le interpelan con reproches del tipo de "no teniendo respeto a nadie fácil es hacer reír" (I, 448a). De esta última tacha se defendería hábilmente respondiendo que "si la cosa hace reír por sí, no estará la malicia en nosotros sino en la cosa" (II, 41b) o señalando — y entonces es cuando Larra mira al que Cernuda denominó "inmenso bostezo demoníaco" — que "en sabiendo decir lo que pasa, cualquiera tiene gracia, cualquiera hará reír. Sea esto dicho sin ofender a nadie" (I, 448a). Para "Fígaro" la realidad inmediata era una portentosa fábrica de ridículo⁷ porque "el mundo todo es máscaras, todo el año es carnaval"; la confusión del comportamiento humano en una sociedad confusa era motivo garantizado de admiración y de risa. Aun a riesgo de la trivialidad repetitiva. Hemos de recordar que la historicidad de la risa es una de los más significativos aspectos de la naturaleza de este peculiar fenómeno del comportamiento humano. Ni todos los arquetipos de humanidad han parecido siempre compatibles con el acto de reír — Cristo, los sabios —, ni todas situaciones risibles lo han sido tal en todas las circunstancias. La retórica parlamentaria del XIX, a vía de ejemplo, no sólo puede parecernos a nosotros sancionable por sus desmesuras; para los propios participantes en el rito también podía ser objeto de la risa censora. Cito un acto de risa colectiva en una intervención parlamentaria de Donoso Cortés de 1838 y de la que su biógrafo Gabino Tejado documenta las reacciones de su auditorio:

La vida de Mirabeau — dice Donoso — es un drama; aquí una de sus más interesantes escenas". El orador entonces avanza algunos pasos hacia el centro de la sala, se pone en actitud declamatoria y añade con enfático acento: "...la escena se pasa en París en 1789 (*extrema hilaridad en el auditorio*): los personajes son Mirabeau y Necker (...). Mirabeau era un progresista, señores, y tan progresista que era el Júpiter del Olimpo revolucionario (*risas y más risas en el auditorio*)⁸.

Larra que tan agudamente supo captar las implicaciones estéticas e ideológicas aportadas por la noción de *historicismo*⁹ no podía desconocer la específica historicidad de la risa en su doble vertiente de hecho de expresión y hecho de comunicación. Historicidad que supone, primero, una dependencia del curso de los tiempos: "también es cierto que no se dan dos siglos iguales, y que la variación de las costumbres no sólo modifica continuamente los argumentos más traqueteados (...), sino que hasta crea ridiculeces nuevas, aberraciones originales, disposición de los entendimientos observadores y perspicaces que saben ver las cosas por su lado risible" (II, 261b). E historicidad que, por descontado queda, está en la base de tantos de sus chistes verbales con referente circunstancial y efímero (por ejemplo, "un periódico es en el día, en punto a intercepciones, una verdadera Vizcaya", II, 17b). Pero historicidad, en último término, en el hecho de comunicación que implica la vigencia simultánea de códigos diversos, y que nuestro autor definió con precisión al hablar sobre las traducciones en el teatro: "de (la) diversidad de costumbres nace la diferente expresión de las ideas; que lo que en un país y en una lengua es una chanza llena de sal ática, puede llegar a ser en otros una necedad vacía de sentido" (II, 180a).

De las disparidades axiológicas de los tiempos y de las asimetrías en las estimativas sociales pueden resultar dificultades de percepción o restallantes efectos de hilaridad: "en el siglo en que Chateaubriand ha escrito *comme on compte l'âge des vieux cerfs aux branches de leurs ramures, on peut compter les places d'un homme par le nombre des ses serments*, en ese siglo presentarnos el juramento respetado y cumplido hasta la muerte, es cosa que realmente hace morir de risa al espectador más grave" (II, 269b). Las dificultades en el logro del propósito risible se resuelven, en fin, con "la gracia del estilo" que "Fígaro" reclamaba para el escritor de costumbres, y, al llegar a este requisito es cuando nos encontramos con el escritor de raza que fue Mariano José de Larra.

La agudeza, el desvío lingüístico, la eutrapelia verbal son rasgos bien conocidos del estilo de nuestro autor que han suscitado sagaces exégesis¹⁰ por parte de los estudiosos. Su ironía programática y los feroces aciertos expresionistas que con ella consigue explican hallazgos tan celebrados como la imagen de las "casas nuevas" vistas como la huida del chocolate "de una chocolatera olvidada sobre las brasas" o la percepción de las servilletas de un banquete "como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas" o da razón, por ejemplo, de la demorada descripción del desparramarse del aceite que la lámpara central del teatro del

Príncipe hacía llegar a los espectadores del patio de butacas (I, 191). Pero estas imágenes y las situaciones a que aluden, no por conocidas dejan de ser risibles hoy, muchos años después que las registrara el observador alertado. Los procedimientos lingüísticos de intensificación o atenuación con que nos son transmitidas resaltan su naturaleza ridícula de modo tan eficaz que, afortunadamente, han enriquecido el caudal de la expresión humorística en el español moderno.

No todas las alusiones irónicas o sarcásticas de las prosas de Larra resultan hoy perceptibles para el lector medio a causa de la inevitable erosión de los referentes inmediatos sobre los que reposan y, en estricta relación con el tema que aquí nos ocupa, a causa de la proteica capacidad de risión que suscitan los comportamientos humanos en las circunstancias más diversas. De modo que, si el tratamiento de la risa en las páginas larrianas de crítica social o "de costumbres" es, para los lectores de hoy, susceptible de diversas apreciaciones, las páginas de crítica teatral no ofrecen tamañas dificultades interpretativas en la medida que, en ellas, las afirmaciones del escritor dan la garantía segura de cuándo y por qué reían los espectadores madrileños de los años románticos.

De las abundantes páginas que Larra dedicó a la crítica de teatro, un lugar muy destacado tienen las reseñas de comedias clásicas y modernas, ya fueran originales o traducidas. En ellas podemos ver que Larra no cifraba el acierto de la comedia en la consecución de los efectos moralizadores que la tradición crítica había adjudicado al género, sino que estimaba como logro superior la sanción hilarante obtenida a partir del tratamiento de *caracteres* y *situaciones* inteligentemente desmenuzados. La virtud de este acierto —la *vis cómica*— no duda en concedérsela a piezas como la traducción de Picard *La fe de Bautismo* o a las comedias de Martínez de la Rosa. La redacción de un periódico, aunque manifestara disidencias personales con ambos autores.

Para Larra la *vis cómica* no era la sanción bergsoniana *avant la lettre* que Lista proponía cuando explicaba la especificidad de esta fuerza: "el arte de buscar el punto de vista más ridículo de las acciones y de los personajes viciosos"¹¹. La idea de la comicidad teatral que Larra mantuvo no estribaba en una penalización de los desvíos relativos a la moral establecida ni, por supuesto, tampoco la identificaba con los excesos hilarantes conseguidos a partir de los juegos verbales¹². Aunque nunca llegara a definir qué entiende por *vis comica*, sus consideraciones al respecto nos llevan a sospechar que, para él, la mejor fórmula de comicidad teatral era la que derivaba de la irrupción de la rigidez automática en la rica y bullente vida de sociedad moderna. Y sin que llegue a identificarse con un difuso estado de opinión contemporáneo que venía a sostener la aniquilación de la risa en la literatura moderna¹³, sí es posible advertir que el grado más aceptable de comicidad que admite para el teatro es la asimilación hispana del *vaudeville* francés contemporáneo¹⁴.

El estado de postración y las inmensas carencias del teatro español del momento abrían enormes posibilidades de censura y de parodia, a las que el partidario de la *regeneración* de la escena nacional y el satírico de raza que fue "Fígaro" no podía permanecer impasible. Errores y disparates de los Ayuntamientos, de las empresas teatrales, de los directores de escena, del público y de los actores; ninguno de los vértices del campo de fuerzas que levantan el hecho teatral escapó a su crítica, aunque posiblemente fueran las torpezas de los representantes sus más apreciados objetos de ridículo.

Desde la observación del pacto implícito entre determinados cómicos y su público¹⁵ hasta las reiteradas desaprobaciones del empleo de pelucas impertinentes, calvas de guardarropía y rígidas máscaras, Larra no deja pasar ninguna atrofia de la vida teatral del momento que no suscitara una eficaz provocación para la crítica. En el cumplimiento de su programa de regeneración revisa todos los grados de la hilaridad, desde la *sonrisa* hasta la *carcajada*¹⁶, aunque más se interesa por este segundo efecto que por el primero. Carcajadas estentóreas del público en el final del drama estrenado en "Una primera representación", estrépito del patio ante la lluvia de aceite que desprende la lámpara central, rechifla por los errores de vestuario o los elementos del decorado inoportunamente traídos a escena, o por el proyecto profesional de un actor que se imagina actor cómico:

¿Y los graciosos?

Esto es lo más fácil; estiraré mucho la pata, daré grandes voces, haré con la cara y el cuerpo todos los raros visajes y estupendas contorsiones que alcance, y saldré siempre vestido de arlequín...

Usted hará furor.

¡Vaya si haré! Se morirá el público de risa y se hundirá la casa a aplausos ("Yo quiero ser cómico"; I, 189b).

Todos estos rasgos son manifestaciones de un grotesco ejercicio profesional que también observaba en la vida cotidiana, bien en los bancos del parlamento, bien en los ignorantes *cicerones* extremeños¹⁷ o en la máquina humana que acerca lo socialmente censurable al modelo del *dandy*, orgulloso de su impasibilidad; me refiero a los *tipos* que ilustran los artículos "Los calaveras". El teatro de la sociedad y la sociedad del teatro constituyeron el material imprescindible de la risa en Larra, es decir, de su trabajo satírico.

2. La risa de Larra.

Las páginas larrianas agolpan un cuantioso material risible que describe elocuentemente las carencias, las rigideces y las imposturas de la sociedad de su tiempo. "Castigat ridendo mores" podemos afirmar con el clásico para situar al escritor madrileño en la tradición literaria de la que era tributario y heredero¹⁸, bien que reconoce y subraya la intrínseca dificultad de este género de escritura:

Reconozcamos, pues, a una voz, que el inconveniente de la sátira no es su inutilidad, sino la dificultad que le es inherente para manejarla, dirigirla y no hacer de ella un arma alevosa, que en lugar de campear por la virtud, emponzoña más y más sus tiros delicados (I, 198b).

Pero, con más contundencia aún que la sátira aplicada a terceros, Larra escribe una conmovedora sátira autotélica —"monólogo satírico" es la fórmula definidora que le ha aplicado José Luis Varela— que, como el lenguaje poético de los grandes románticos, se significa en su propia recursividad y, por tanto, se reescribe a sí misma al tiempo que el escritor viaja en la búsqueda de su risa personal.

En esta búsqueda, creo que la palabra más pertinente es la de *sonrisa*, en la medida que su aparición en el discurso larriano implica la existencia de un complejo estado de ánimo en que se entreveran la percepción inteligente, el distancia-miento, el desengaño y la auto-parodia; la *ironía* romántica en una palabra. Cuando la palabra *sonrisa* aparece en contextos significativos — en la emoción que suscita el don Periquito de "En este país", en el efecto perseguido en las páginas de *El Pobrecito Hablador* (I, 174), en "mi sonrisa, propia de un pobre hombre" según subraya este último en "¿Quién es el público...?"... —, entonces la palabra tiene un componente de autorreferencialidad cercano a la confesión que se desvela obscenamente en textos como en este de "El reo de muerte":

(evocando un pasaje del poema de Casti) "sonreíame todavía de este pequeño recuerdo, cuando las cabezas de todos, vueltas al lugar de la escena, me pusieron delante que había llegado el momento de la catástrofe (II, 67b),

o, sin ningún elemento ajeno interpuesto, en este apunte del artículo "Varios caracteres":

Cualquiera me conocerá en estos días en que el fastidio se apodera de mi alma, y en que no hay cosa que tenga a mis ojos color agradable. En estos días llevo cara de filósofo, es decir, de mal humor; una sonrisa amarga de indiferencia y despego a cuanto veo se dibuja en mis labios (...); no saludo a ningún amigo ni conocido (...); el tedio me abruma con su peso, no puedo tener más que tedio" (I, 290a).

Y, si desde la "biblioteca de la humanidad" que "Fígaro" convocaba en su crítica de *Los amantes de Teruel* hasta la "librería" pergeñada en el artículo "Literatura" puede fundamentarse la nómina de autores imitables, tres nombres registrados en esas bibliotecas nos dan la clave que explica la función del grotesco romántico en las páginas de Larra. Esos nombres son Cervantes, Shakespeare y Sterne; los dos primeros, aludidos y presentes en muchos pasajes de su obra; el *viaje sentimental* del tercero, inventariado entre las pertenencias del suicida¹⁹. Pues bien, estos tres nombres son fundamentales en la construcción de la teoría del "arabesco" de Friedrich Schlegel y en la fundamentación de la risa en el sistema estético de Richter²⁰.

No es caso ahora el repasar la novedad que la estética de los románticos trajo a la explicación teórica y a la práctica poética de la risa. El giro copernicano que todo ello supuso nos llevaría a considerar la fractura habida entre la risa romántica y la risa de la cultura popular²¹ y, en otra dirección, la potenciación de las relaciones que articulan risa, mundo sobrenatural y literatura fantástica²². De este sugestivo universo teórico, sí me interesa retener el punto de confluencia entre las categorías de *sublime* y *ridículo* que Larra ilustró muy adecuadamente para el vituperio de determinadas prácticas teatrales madrileñas —valga la coincidencia en el mismo escenario de *El Trovador* y la comedia *Las fronteras de Saboya* (II 278a)—, y de modo singular, para la iluminación de su lacerante monólogo.

Cuando, algunos años más tarde, Baudelaire explicase su teoría de la risa habría de acudir a un personaje literario que cierra la cadena de las grandes figuraciones del *gothic tale*. Melmoth, el errante transmigrador inventado por Maturin. La risa tremenda, casi infernal, de este personaje, era para Baudelaire "la résultante nécessaire de sa double nature contradictoire, qui est infiniment grande relative-ment à l'homme, infiniment vile et basse relativement au Vrai et au Juste absolus"²³. Pero el poeta francés no añadió en su brillante análisis que los momentos más acongojantes de la novela son aquellos en los que la tenebrosa risa del feroz personaje se cruza con atisbos del ser angélico que es susceptible de traicionar "una lágrima", sólo una lágrima de emoción, de pasión, de penitencia²⁴. Aquí la superposición de la lágrima y la risa no es una variante del motivo clásico de Heráclito y Demócrito — "¿Qué te ríes, filósofo cornudo?/ ¿Qué sollozas, filósofo anegado?", que hubiera preguntado Quevedo —; la fusión de lágrima y risa es en esta novela la ilustración patente del grotesco romántico sobre el que Victor Hugo había hablado extensamente en el prólogo de *Cromwell* y, en una línea de continuidad, en una novela de 1869²⁵; Larra, sin duda, sí pudo conocer el primer texto del autor francés.

La risa en Larra es la cristalización de su actitud ante el absurdo desorden de la vida colectiva, del desorden que traduce la instalación del automatismo inerte en la corriente de la existencia. Algo que había expresado con nitidez en su reseña de la comedia de Rivas *Tanto vales cuanto tienes*²⁶ y que reitera en otras ocasiones referidas expresamente a los comportamientos hilarantes²⁷. Pero la risa de Larra es el indicio de un estado de ánimo desgarrado y de una actitud desolada. Es la conjunción de lo sublime con lo ridículo y de la sonrisa con la lágrima. Glosando a otros autores — Moratín o Beaumarchais²⁸ — deja ya constancia de esta acuñación hispana de la risa romántica; pero cuando proyecta la tensión de estos opósitos en su propia biografía es cuando Larra consigue troquelar un impagable modelo del grotesco moderno en español.

Entre los varios pasajes del autor en que la risa se funde con la lágrima, traeré a cuento aquella despedida poética, en la frontera extremeña, que traslada un intenso estado emocional vivido por el hombre:

mil recuerdos personales me asaltaron; una sonrisa de indignación y de desprecio quiso desplegar mis labios, pero sentí oprimirse mi corazón, y una lágrima asomó a mis ojos (II, 116b)

o el humedecerse de la risa que describe magistralmente en "De la sátira y los satíricos":

el escritor satírico es por lo común, como la luna, un cuerpo opaco destinado a dar luz, y es acaso el único de quien con razón se puede decir que da lo que no tiene (...); esa acrimonia misma, esa mordacidad jocosa que suele hacer tan a menudo el contento de los demás, es en él la fría impasibilidad del espejo que reproduce las figuras no sólo sin gozar, sino a veces empañándose (II, 164).

Ahora bien, la reproducción especular que ha asombrado a todos los lectores es la que exhibe Larra en "La Nochebuena de 1836", donde la "risa estúpida" del criado recrimina a un amo "preciado de gracioso, (que) haría(s) reír a costa de un amigo, si amigos hubiera" para congelarse ambas, tanto la risa automática como la risa de la crueldad, en "una lágrima preñada de horror y desesperación" (II, 316b, 317b) contempladora inerte del presagio fatídico ("¿llegará ese *mañana* fatídico?"). Espejos y dobles tenían una tradición tópica en la literatura romántica europea: piénsese en Jean Paul Richter y su planteamiento del *doble*—; Larra, en este artículo reitera el *topos* del *doble* en una fusión conmovedora del hombre y el escritor que hace visible la implacable anatomía de todo lo risible del mundo y el desvelado radical de universo íntimo. Sobre estos polos veo el estrato más profundo de la risa de Mariano José de Larra que, ya fuera *sonrisa* ya fuera *carcajada*, transmite todavía un mensaje inteligente e inquietante, "quizá enviado a la tierra por el diablo", como había sentenciado Bonaventura.

LEONARDO ROMERO TOBAR

Universidad de Zaragoza

NOTAS:

1 En este trabajo, circunscrito a los artículos periodísticos de "Fígaro", citaré siempre por el tomo (como I, II) y página de la edición hecha por Seco Serrano en la B. A. E., vols. CXXVII y CXXVIII.

2 LEONARDO ROMERO TOBAR, *El viaje europeo de Larra*, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, Artes Gráficas Municipales, 1992.

- 3 Cf. JOSÉ ESCOBAR, "Ilustración, Romanticismo, Modernidad", AA. VV., *EntreSiglos*, Roma, Bulzoni, 1993, 123-133.
- 4 *La Ilustración Española y Americana*, 8-X-1879; el texto ha sido reproducido en varias ocasiones, véase ahora en R. Benítez, Mariano José de Larra, Madrid, Taurus, 1979, 31.
- 5 CHARLES BAUDELAIRE, "La peintre de la vie moderne", *Oeuvres complètes*, París, Seuil, 1968, 560a.; cfr. John W. MacInnes, "Essential Laughter Baudelaire" "De l'essence du rire", *French Forum* (Lexington), 12, 1987, 55-64.
- 6 *El Mundo*, artículo sin título, 3-II-1837. 7 El buen sentido lingüístico del escritor le lleva a censurar en sus propios escritos la presencia de la construcción galicista "el ridículo que nos hemos echado encima" (cf. "Filología", I, 100b).
- 8 GABINO TEJADO, "Noticia biográfica" sobre Donoso Cortés, en J. Donoso Cortés, Obras, Madrid, I, 1903).
- 9 Cf. DONALD SCHURLKNIGHT, "El historicismo de Larra y la aristocracia del talento", *Cuadernos Americanos*, 247, 1983, 157-175.
- 10 Para un resumen de las aportaciones, J. L. VARELA, *Larra y España*, Madrid, Espasa-Calpe, 1983, 99-143.
- 11 A. LISTA, "De Moratín", apud *Ensayos literarios y críticos*, Sevilla, II, 1844, 228-229-
- 12 Por ejemplo, las observaciones sobre la comedia de Gorostiza Contigo pan y cebolla-. "El lenguaje es castizo y puro; el diálogo bien sostenido y chispeando gracias, si bien no quisiéramos que le desluciesen algunas demasiado chocarreras como la de los malhadados *fetos* por *efectos*, la de *cebolla que repite*, etcétera, y otras que no queremos citar para que no se nos tache de rigurosos. Estas gracias son de mal tono, de no muy buen gusto y de baja sociedad, por más que el público las ría y las aplauda en el primer momento" (I, 252a).
- 13 Es, por ejemplo, idea de Hazlitt o Stendhal y que, desde presupuestos polémicos, podemos leer en este texto de la llamada "polémica calderoniana": "¿No podremos saber por qué los escritores que se consagran a las obras de pura imaginación han renunciado a la agradable empresa de hacernos reír? (...) Desearíamos saber si la risa es incompatible con los progresos de la ilustración y sino es lícito de cuando en cuando bajar de la altura de las graves especulaciones para tomar alguna parte en la representación de tal cual defecto ridículo o contraste grotesto (*Crónica Científica y Literaria*, 23-V-1817; cit. por G. CARNERO, *LOS orígenes del romanticismo reaccionario español*, Valencia, 1978, 180-181).
- La bibliografía dedicada a la risa en la literatura romántica española es aún escasa; para el teatro véase ERMANN CALDERA, *La commedia romantica in Spagna*, Pisa, 1978, 101-120; PATRIZIA GARELLI, *Bretón de los Herreros e la sua formula comica*, Imola, 1983; para la lírica, R. P. SEBOLD, "Dolor oculto y culto de la risa en La canción del Pirata", *Homenaje a José Antonio Maravall*, Madrid, II, 1985, 369-383; y para el fenómeno, en general, LEONARDO ROMERO, *Panorama crítico del romanticismo español*, Madrid, Castalia, 1994, 167-168.
- 14 Cf. MARIANO JOSÉ DE LARRA, *Textos teatrales inéditos*, ed. de Leonardo Romero, Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1991, estudio preliminar.
- 15 "Guzmán ha hecho reír, como tiene de costumbre, al público... ya nos figuramos que el manejo de los brazos y las manos es una de las cosas más difíciles para un actor" (I, 172a); "Cubas ha excitado la risa como de costumbre, con aquella que él tiene tan acohetada, tan chirlada, tan redoblada, tan rasgada, tan rara, tan bien fingida, que es imposible resistirse a su indicación y no reír cuando él ríe" (II, 14b); "(A Castilla) le falta aquel don natural que constituye al actor jocoso esencialmente gracioso, sólo por sí, y que se comunica del actor a los espectadores como una chispa eléctrica" (I, 220b).
- 16 "Traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educación logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fue bastante a impedir que se asomase a mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima..." (I, 135a).
- 17 "Esta era —me dijo mi cicerone— la plaza de toros; por allí salía el toro —me añadió indicándome una puerta medio terraplenada— y por aquí —concluyó en voz baja y misteriosa, enseñándome la jaula de una fiera— entraban el viático cuando el toro hería a alguno de muerte. Una fuerte carcajada que no fui dueño de contener resonó..." (II, 92a).
- 18 La estimación de Larra como satírico fue establecida ya por sus contemporáneos aunque con una visión reductora de sus alcances como cultivador de esta forma literaria; Pio Baroja, por ejemplo, abundaba en este entendimiento del escritor romántico (*La caverna del humorismo*, *Obras Completas*, V, 421).
- 19 Cf. CARMEN DE BURGOS, *Fígaro...*, Madrid, 1919, 160; podría tratarse de un ejemplar de la traducción española de 1821 de la que, según Montesinos, se conserva un ejemplar en la British Library.
- 20 Véase *Gesprach über die Poesie* del primero (ahora en español, trad. de Miguel Ángel Vega, Madrid, F.U.E., 1983, vol. I, 60-120). Para la teoría de Richter M. Menéndez Pelayo dio un su cinto esquema interpretativo en sus *Ideas Estéticas* (ed. Nacional, vol. IV, 123-127) y ofrecen una visión de conjunto: R. WELLEK *Historia de la crítica moderna (1750-1950)*, Madrid, Gredos, II, 1959, 118-128) y W. KAYSER, *Lo grotesco, su configuración en la literatura* (trad. española, Buenos Aires, 1964, 62-65).

21 Ver MIJAIL BAJTINE, *La cultura Popular en la Edad Media y en el renacimiento*, Barcelona, 1974, especialmente pp. 42-47.

22 Ver TOBIN SIEBERS, *Lo fantástico romántico*, trad. española, México, Fondo de Cultura Económica, 1989-

23 "De l'essence du rire", Baudelaire, ed. cit., 373a.

24 "... y se echó a reír con esa horrible convulsión que mezcla la expresión de la veleidad con la de la desesperación, y deja al oyente dudando si no habrá más desesperación en la risa, o más risa en la desesperación. — No te comprendo — dijo la pura y tímida Isidora —; y no te rías más si no quieres volverme loca de terror; ¡al menos de ese modo tan espantoso! — Yo no puedo llorar, dijo Melmoth..."; "desvió la mirada, pero no lloró; o si lo hizo, rechazó las lágrimas como lo haría un demonio, con sus zarpas ardientes..." (Melmoth, trad. española, Madrid, Siruela, II, 1987, pp. 184 y 216).

25 *L'homme qui rit* (ed. en Romans, Paris, Seuil, 1963) donde se construye otra vez el modelo romántico de la juntura risa-llanto; por ejemplo en este pasaje: "En ce moment, Gwynplaine, pris d'une émotion poignante, sentit lui monter à la gorge les sanglots, ce qui fit, chose sinistre, qu'il éclata de rire. La contagion fut immédiate. Il y avait sur l'assemblée une nuage; il pouvait crever en épouvante, il creva en joie" (ed. cit., 329b).

26 "Pero manifestar lo ridículo de un ser racional y poético como el hombre; de un ser espi ritual que se empeña en despojarse a sí mismo de su imaginación para limitar el círculo de sus goces; que se vuuelve máquina él mismo a fuerza de hacer máquinas..." (I 417a).

27 "Han visto ustedes unas caras paradas, unos ojos mudos (...). No, esos son oficinistas o propietarios. Se levantan, fuman, dicen palabras, dan pasos, saludan, entran, salen, se ríen (estos nunca lloran), son hombres entre otros hombres. En una palabra, duermen despiertos" (I 29lab); "en realidad el ministerial tiene más de artefacto que de otra cosa (...). Se sonrió un ministro, y quedó hecho un ministerial" (I, 438a).

28 "(...) En nuestro entender este es el punto más alto a que pudo llegar el maestro: en el mundo está el llanto siempre al lado de la risa; parece que estas afecciones no pueden existir una sin otra en el hombre, y nada es por consiguiente más desgarrador ni de más efecto que hacernos regar con llanto la misma impresión del placer" (I, 346ab); "Figaro. — (...) je me presse de rire de tout, de peur d'être obligé d'en pleurer" (citado en el inicio de "Mi nombre y mis propósitos", I, 173).

Larra y el 98

Jesús Miranda de Larra

Mariano José de Larra, el inmortal escritor romántico, fue considerado por la generación del 98 como su maestro y como un precursor de su ideario. Sus artículos críticos de la situación de aquella triste España que le tocó vivir y de sus atrasadas costumbres, hicieron que el grupo se sintiera plenamente identificado con él. Más tarde, Ramón Gómez de la Serna y sus contertulios "sientan" a Fígaro en la presidencia de su tertulia en el café del Pombo y "le ofrecen" un ágape un 24 de marzo, en el que se celebró su cumpleaños.

La generación del 98 encontró en Fígaro un precedente rebelde. Fue un escritor revolucionario basado en su actitud intelectual crítica. Les dolía España y pretendieron europeizar a su patria para que la democracia, la cultura y la riqueza transformaran la vida y costumbres de sus gentes.

Nace Larra en 1809 en Madrid y muere de dolor y de desesperación 27 años más tarde en una tarde gris y fría de aquel Madrid capital de la España triste y desorientada de 1837. España seguía sin pulso y sin reacción ante los "electrochoques" de Fígaro y así la vio, décadas más tarde, la generación del 98.

Más de 300 artículos escribió Larra, desde "El Duende Satírico del día" hasta su colaboración con "El Redactor General" y "El Mundo" y los escribe para reformar y, muchas veces, los presenta disfrazados de manera jocosa nunca exenta de ironía. Pero la reforma no llegó.

Escribió cosas tales como "... se sabe que llegó la noche, porque la noche llega siempre; no es como la libertad, ni como las cosas buenas, que llegan nunca" o "siempre vamos por el mismo camino y, lo que es peor, por el mismo paraje" y un año más tarde, en 1836, "... no es en los cafés donde se forman los hombres que pueden renovar el país; es en el estudio, es con los libros abiertos..."

También Ganivet, precursor del 98, escribió a Unamuno: "Mientras en España no existan hábitos intelectuales y se corra el riesgo de que las ideas más nobles se desvirtúen y conviertan en armas de sectario, hay que ser prudentes. La sinceridad no obliga a decirlo todo, sino a que lo que se dice sea lo que se piense".

David T. Gies dice de Larra: En "La Nochebuena de 1836" (Larra) acepta con resignación su desesperación. Se da cuenta que ni la literatura, ni su inteligencia, ni sus antiguas esperanzas son capaces de salvarle del vacío. Grita y llora. En un artículo agrio, lleno de autoacusación. Larra revela su profunda impotencia y humillación.

De un disparo de pistola en la sien, unos meses más tarde, se liberó Mariano José de Larra de su angustia de escritor incomprendido y de amante sin respuesta.

El ministro de Gracia y Justicia, vecino del escritor en la calle de Santa Clara número 3, agilizó los trámites permitiendo el entierro en el cementerio extramuros de la Puerta de Fuencarral. El cadáver de Fígaro estuvo expuesto los días 14 y 15 de febrero en la Real Iglesia Parroquial de Santiago y San Juan Bautista y ante él, en desfile de honor, pasaron en un último adiós políticos, artistas, escritores y cuantas personas importantes había en Madrid. Entre los asistentes al entierro, cita Carmen de Burgos en su libro "Fígaro", estaban Martínez de la Rosa, Mesonero Romanos, los condes de las Navas, de Torrejón y de la Cortina, sir Williers, García Gutiérrez, Roca de Togores, los hermanos Madrazo, Hartzenbush. Alenza, Ferrer del Río, Salas y Quiroga, Joaquín María López, Bretón de los Herreros, Vega, Gil y Carrasco, Carnerero, Romea, Latorre, Grimaldi, Delgado, redactores y directores de todos los periódicos de Madrid y las más importantes personalidades de las ciencias, las letras y la política.

A los siete años del enterramiento, se trasladaron los restos de Fígaro al cementerio de la real, ilustre y muy antigua archicofradía sacramental de San Nicolás de París y Hospital de la Pasión, construido extramuros de la puerta de Atocha, ya que se ordenó el derribo del cementerio de Fuencarral.

El 13 de febrero de 1901, Azorín y un grupo de amigos de la denominada generación del 98, vestidos de luto y cubiertos con sombrero de copa, bajaron por la calle de Alcalá desde la Puerta del Sol, en dirección a Atocha. Se dirigieron al cementerio donde reposaba Fígaro y, tras depositar ramitos de violeta. Azorín leyó un discurso de homenaje al maestro. Además de Martínez Ruiz, participaron Ignacio Alberdi, Camilo Barqueta, Pío y Ricardo Baroja, José Fuixá y Antonio Gil.

En 1902, exactamente el 25 de mayo, fueron exhumados los restos de Larra y trasladados al Panteón de Hombres Ilustres del cementerio de San Justo, al otro lado del río Manzanares. La exhumación, presidida por Núñez de Arce, también se realizó con los restos mortales de Espronceda y Rosales.

En la presidencia del duelo, además de su familia, estaba don Francisco Silvela y don Miguel Moya. En la presidencia de la comitiva estuvo el duque de Rivas, en representación del Rey, y el ministro de Instrucción Pública, conde de Romanones, en nombre del Gobierno. Don Antonio López Muñoz representó al Congreso y el señor Lora al Senado.

El 98 resucitó a Larra y, como dijo Azorín, "la juventud actual ama a Larra cada vez más" porque el 98 y el 14, con Ortega y Azaña y la idea de la "España como preocupación", hicieron de Larra un compañero distinguido.

Sigamos leyendo y amando a Larra, porque siempre habrá posibilidad de hacer las cosas mejor.

Larra y la revolución burguesa

José Escobar

(Las llamadas a las notas al pie remiten a enlaces de internet. Sólo podrás verlas si lo lees en el ordenador o lector electrónico y estás conectado/-a)

Admito que el título propuesto encierra una redundancia en sus términos, pues hablar de Larra es irremisiblemente hablar de la revolución burguesa, eje de toda su producción literaria desde sus más incipientes escritos. Entre éstos, recordemos sólo, como muestra significativa, aquella oda de 1827, no publicada por razones obvias, en que el aprendiz de poeta -mal aprendiz- proclama su joven entusiasmo al oír el grito de libertad lanzado en el continente americano con la independencia de los Estados Unidos y que, como un eco, se repite en Europa, en Albión, quebrantando el bárbaro despotismo, jurando guerra a los tiranos y cimentando la libertad de todo el género humano¹.

Con todas sus contradicciones, la obra de Larra, desde el principio al fin, es la expresión de estar viviendo un proceso lento, pero inevitable, de transición revolucionaria cuyo origen inmediato es la Ilustración.

Es cierto que la tradición española ilustrada, desde sus orígenes dieciochescos y durante los períodos constitucionales de comienzos del siglo XIX, carece de un empuje revolucionario auténticamente radical. Como han señalado sobre todo Paul Ilie² y Alberto Gil Novales³, la España ilustrada se manifiesta mediante un reformismo muy atenuado por su incapacidad de romper con el pasado contrarreformista del siglo anterior, es decir, con la ideología de la tradición feudal. «Los ilustrados españoles -dice Gil Novales- se integran, en general, dentro de un mundo católico tradicional -aunque intentan remozarlo- y se hallan demasiado apegados a una Monarquía absoluta, de la que esperaban la solución de muchos problemas públicos». Sin embargo, el historiador español hace resaltar el hecho de que junto con esta moderación, y sobre todo a partir del Trienio, se manifiesta «un esfuerzo, por supuesto minoritario, pero tangible para abrir España a *toda* la Ilustración europea, incluso a aquellos valores negadores de la tradición religiosa y política». Esta tradición heterodoxa y minoritaria, según dicho autor, «existió, y tuvo tanta importancia que sin ella no es posible entender una figura literaria de la importancia de Larra, o de Espronceda»⁴.

Con todos los atenuantes que se quiera y salvadas todas las distancias con respecto a los países adelantados en la nueva civilización burguesa, no se puede negar que entre los siglos XVIII y XIX se efectúa en ciertos niveles de la sociedad española una transformación ideológica que se puede entender mediante el concepto de «revolución cultural burguesa», elaborado por Fredric Jameson en su obra *The Political Unconscious*. De acuerdo con este autor y según mi propia traducción de sus palabras, «La Ilustración occidental puede concebirse como parte de la revolución propiamente burguesa, en la cual los valores y los discursos, las costumbres y el espacio cotidiano del *ancien régime* se dismantelaron sistemáticamente para que en su lugar pudieran situarse las nuevas conceptualidades, costumbres y formas de vida, y sistemas de valores de una sociedad capitalista de mercado. Este proceso implicaba claramente un ritmo histórico más amplio que ciertos acontecimientos puntuales como la Revolución Francesa o la Revolución Industrial»⁵. Sería, por lo tanto un proceso de larga duración en el orden supraestructural con ciertos momentos de aceleración histórica que en la vida de Larra podemos situar en la muerte de Fernando VII y la vuelta de los exiliados liberales. La revolución cultural burguesa es todo un proceso de aburguesamiento del cual da un testimonio contradictorio, con nostalgia y resignación, el moderantismo costumbrista de Mesonero Romanos. Para su filiación ideológica, tengamos en cuenta que es una literatura fraguada durante los últimos años de la ominosa década en los periódicos promovidos por uno de aquellos realistas moderados, José María de Carnerero. El año de 1828 es la fecha en que se publica el *Discurso* de Durán y aparece el primer número del *Correo literario y mercantil*. También es el año del *Duende Satírico del Día*, de signo contrario.

La reivindicación casticista del costumbrismo y del romanticismo histórico representa la reacción ideológica contra el aburguesamiento de la revolución cultural. El aburguesamiento produce en la ideología de los españoles castizos una crisis de identidad nacional que empezó a manifestarse en el siglo XVIII⁶. Las costumbres castizas en trance de desaparecer se contraponen a las costumbres innovadoras, foráneas, de la modernidad. Me he referido a ello en un breve escrito anterior sobre la polémica suscitada entre los casticistas que defendían el uso de la mantilla española en el atavío femenino en contra del invasor sombrero extanjerizante⁷. Recuérdese a este respecto el artículo de Mesonero «El sombrerito y la mantilla», publicado en el *Diario de Madrid*, en septiembre de 1835⁸. Para Eugenio de Ochoa el que las damas se pongan sombrero es sencillamente «antipatriótico», según dice en *El Artista*: «el *antipatriótico* uso de los sombreros

mujeriles» está desterrando casi enteramente «el uso de la mantilla nacional»⁹. Me permito recuperar aquí los pasajes centrales de aquel trabajo para ponerlos ahora en el marco teórico de la revolución cultural burguesa, contexto esclarecedor en que los datos circunstanciales aludidos por los costumbristas adquieren todo su sentimiento conceptual. La cuestión de la moda en el vestir, como ahora veremos que piensa Larra, puede parecer, a primera vista, anecdótica y superficial, pero muestra las posturas encontradas de unos y otros, expresando bien a las claras una lucha ideológica.

Mesonero Romanos expresa muy bien la crisis de identidad nacional provocada por el aburguesamiento de las costumbres cuando confiere esencias nacionales a la castiza costumbre de calentarse en invierno a la lumbre tradicional del brasero, calificando a este instrumento calorífico nada menos que de «brasero nacional»¹⁰. No pueden pasar desapercibidas las connotaciones ideológicas de estos sintagmas ('mantilla nacional', 'brasero nacional') con respecto a los valores que solemos atribuir, por ejemplo, al de 'bandera nacional'.

El miedo de que el «brasero nacional» desaparezca en el remolino de la modernidad, sustituido por procedimientos de calefacción más modernos y eficaces, y a la vez más adecuados a la nueva elegancia burguesa se manifiesta como ejemplo práctico de lo que, en teoría, Jameson considera desmantelamiento de «los valores y discursos, las costumbres y el espacio cotidiano del antiguo régimen». Mesonero semiotiza hiperbólicamente el brasero cuando exclama con tristeza: «el *brasero se va*, como se fueron las lechuguillas y los gregüescos, y se van las capas y las mantillas, como se va la hidalguía de nuestros abuelos, la fe de nuestros padres, y se va nuestra propia creencia nacional»¹¹. No sé; uno está tentado a atribuir cierta ironía resignada a este desmesuramiento semiótico de Mesonero. Parece un desbordamiento melodramático del significado en relación con un significante -el brasero- tan reducido, iba a decir tan insignificante. En todo caso, sería una ironía autorreferencial con respecto a la literatura costumbrista misma.

Es bien conocido el distanciamiento mutuo de Larra y de Mesonero Romanos con respecto a la literatura costumbrista. *Figaro* se sitúa en una posición ideológica diametralmente opuesta ante el proceso de aburguesamiento o de revolución cultural burguesa tan negativamente valorado por el *Curioso Parlante*.

Para comprender lo que Larra entiende por costumbres podemos partir de un texto de *La rebelión de las masas*. Creo que Ortega expresa una concepción larriana en dicho libro, dice que «la vida pública no es sólo política, sino a la par y aún antes intelectual, moral, económica; comprende los usos todos colectivos e incluye el nado de vestir y el nado de gozar»¹². Las costumbres así consideradas serían una forma expresiva de la opinión pública en la línea de lo que Jürgen Habermas entiende por *Öffentlichkeit*¹³. La opinión pública burguesa se forma en los periódicos, en los cafés, pero también en el Paseo del Prado. Por otro lado el concepto orteguiano de 'vida pública' se puede considerar como parte integrante del proceso de aburguesamiento que hemos equiparado aquí con la «revolución cultural burguesa» en el sentido antes indicado. Para Larra el modo de vestir y de gozar de los españoles de su tiempo está estrechamente ligado a «nuestro modo de ver y vivir la verdadera libertad»¹⁴. En *El Duende Satírico del Día*, había descrito cómo se divertían los españoles en las castizas corridas de toros, prueba, desde su perspectiva ilustrada, de «barbarie y ferocidad»¹⁵. En cambio, los civilizados jardines públicos, varias veces instalados en Madrid a imitación de los extranjeros, no llegaban a cuajar. Las consecuencias morales que el periodista deduce de este hecho son que la sociedad española todavía se sustenta de una concepción tradicional de la vida, propia del antiguo régimen, que es la negación de la verdadera libertad y produce ese «oscuro carácter» identificado tópicamente con la gravedad castellana.

Larra se pregunta: «¿Tan grave y ensimismado es el carácter de este pueblo, que se avergüenza de abandonarse al regocijo cara a cara consigo mismo?»¹⁶. El remedio, según él, sólo puede consistir en el proceso histórico que haga desaparecer las costumbres de la España antigua y promueva una mentalidad joven, una concepción burguesa de la vida comparable con la de otros países europeos más adelantados en la revolución cultural: «Solamente el tiempo, las instituciones, el olvido completo de nuestras costumbres antiguas, pueden variar nuestro oscuro carácter. ¿Qué tiene este de particular en un país en que le ha formado tal una larga sucesión de siglos en que se creía que el hombre vivía para hacer penitencia! ¿Qué después de tantos años de gobierno inquisitorial! Después de tan larga esclavitud es difícil saber ser libre. Deseamos serlo, lo repetimos a cada momento; sin embargo, lo seremos de derecho mucho tiempo antes de que reine en nuestras costumbres, en nuestras ideas, en nuestro modo de ver y vivir la libertad. Y las costumbres no se varían en un día, desgraciadamente, ni con un decreto, y más desgraciadamente aún, un pueblo no es verdaderamente libre mientras que la libertad no está arraigada en sus costumbres e identificada con ellas.»¹⁷

Como ha observado Edward Baker, «lo que se anuncia en ‘jardines públicos’, forma parte del proyecto histórico de la ‘clase media’: la transformación de las formas de ocio del Antiguo Régimen en ocio burgués, y el aprendizaje indispensable para efectuar la transformación, que ya se había iniciado, tímidamente, durante el último tercio del siglo XVIII.»¹⁸ ¿No suena este proyecto burgués en las palabras de Larra como un desafío ideológico al costumbrismo del «brasero nacional»? La melancolía suya es de signo contrario, es la resignación ante la lentitud, ante la imposibilidad de acelerar el dismantelamiento de las costumbres antiguas y del espacio cotidiano del antiguo régimen.

En un artículo de modas no coleccionado nunca en volumen aparte, publicado en la *Revista Española* pocas semanas antes que el citado sobre «Jardines públicos», leemos lo siguiente: «A los que no ven solamente la corteza de las cosas, excusado es decirles que hasta en los trajes se trasluce el espíritu dominante del siglo: la moda reguladora de los gustos y opiniones es la misma en punto a trajes que en punto a política y a literatura: su carácter particular es la libertad.»¹⁹ Y en otro artículo, también de modas, pocos meses después, expone con toda claridad su concepción revolucionaria de las costumbres en relación con el modo de vestir como parte integrante de la vida pública. La revolución de las costumbres que provoca los lamentos nostálgicos y resignados de los escritores casticistas, suscita en Larra una esperanzadora visión de la realidad nacional proyectada hacia el futuro: «Nuestras costumbres varían diariamente, y no se necesita ser grande observador para echar de ver que tanto en política como en literatura, semejante a un barco que rompe rápidamente las ondas, vamos dejando atrás y perdiendo de vista la España antigua para lanzarnos en la joven España.»²⁰ Con más optimismo, insiste en lo que había expresado poco antes en su artículo «Jardines públicos» sobre los modos de ver y vivir la verdadera libertad y de su arraigo e identificación en las costumbres:

«Felizmente no son las reformas legales las que hacen marchar a un pueblo con más seguridad y rapidez; las reformas que se hacen insensiblemente en las costumbres son las más sólidas, indestructibles, las que preparan el terreno de las otras, y esas son felizmente las que ningún ministro puede impedir.»

El artículo continúa así:

«Las emigraciones repetidas que en el espacio de medio siglo ha visto la España, y aun las dos invasiones extranjeras que ha sufrido, consideradas bajo este punto de vista filosófico, no sólo no han perjudicado, sino que han sido acaso de la más favorable consecuencia para ella. He aquí lo que los déspotas ignoran. Es evidente que al expulsar el gobierno español del suelo patrio a los partidarios de Bonaparte; al lanzar después de su seno a los constitucionales, ciertamente no era su intento enviarles a observar los países más adelantados para que volviesen después a ejercer sobre su suelo una influencia civilizadora. Este, sin embargo ha sido el resultado, porque las cosas pueden más que los hombres.

Tiemblan los tiranos ante una conspiración ¡Insensatos! Más debieran de temblar a la vista de una diligencia, de un camino de hierro, de una aplicación del vapor, de una fonda nueva y de una elegante capota. Una conspiración se extingue en las gradas de un patíbulo: la moda, empero, la reforma que en los usos y costumbres establecen los adelantos mecánicos de las ciencias y las artes, ni se arrastran ni se ahorcan.»

Con respecto a la reforma de las costumbres, Larra atribuye en este artículo una gran importancia a las emigraciones políticas, especialmente a la última, a la de los exiliados de la ominosa década, recién regresados al país aquel año de 1834. Después de haber observado los otros países europeos más adelantados en lo que desde el siglo anterior se llamaba *civilización*,²¹ venían a «ejercer sobre su suelo una influencia civilizadora». Según este artículo de modas, «donde más se hacen sentir los efectos de la emigración es en los trajes». El cambio se nota en el Paseo del Prado donde se manifiesta la vida pública del Madrid romántico.

El Prado se convierte para los costumbristas en el símbolo de la revolución social: «El Prado -piensa el periodista- comienza a presentar el aspecto de un pueblo libre».

La emigración última es acaso el mayor enemigo que tienen los retrógrados, y en esto nada nos echen en cara: toda es obra suya, sin que esto sea por otra parte disminuir el mérito de los que permaneciendo por acá, si no han contribuido a dar otro empuje a las costumbres, han cooperado a nuestra regeneración. Pero donde más se hacen sentir los efectos de esta emigración es en los trajes. El Prado comienza a presentar el aspecto de un pueblo libre. ¿No hay cierta relación entre la Inquisición y aquella monotonía de la basquiña y mantilla, traje oscuro, negro, opresor y pobre de nuestras madres? La mantilla y basquiña estrecha de las señoras, y la capa encubridora y sucia de los hombres ¿no representaba el aspecto de un pueblo enlutado, oscuro y desconfiado? Véanse por el contrario esos elegantes sombreros que hacen ondear sus plumas al aire con noble desembarazo y libertad; esas ropas amplias e independientes, sin traba ni sujeción, imagen de las ideas y marcha de un pueblo en la posesión de sus derechos; esa variedad de hechuras y colores, espejo de la tolerancia de los usos y opiniones ¿Esos gayos y contrapuestos matices no parecen un intérprete de la general alegría?

El Prado de ahora y de veinte años atrás son dos pueblos distintos, y parecen, separadamente considerados, dos naciones distintas entre sí.»

En el Prado ve una España diferente de sí misma. Dos Españas distintas en su manera de concebir la vida. La España antigua es la España castiza, la España de la Contrarreforma, de la Inquisición, que ha creado una mentalidad austera, sombría, monótona y triste. Frente a esta España, Larra ve ahora en el Prado una España joven, europeizada, alegre, tolerante, en definitiva, libre. Y de acuerdo con su concepción de las costumbres, contrapone las dos Españas mediante el simbolismo de la moda: por un lado la españolísima mantilla castiza y por otro, el moderno sombrero que llega de Francia. Es, al fin y al cabo, la misma semiotización de Mesonero, pero invirtiendo la valoración de sus significados.

Los costumbristas mismos, de uno u otro campo ideológico, se sienten testigos, para bien o para mal, de un auténtico cambio revolucionario, como podemos ver en uno de ellos, Antonio María Segovia, *El Estudiante*. En 1835 se hace cargo de la redacción del *Correo de las damas*, declarando en el primer número de la nueva época que si bien seguirá informando sobre las modas parisinas, «tratará de levantar en los Pirineos una muralla de bronce»²², para proteger el espíritu nacional. Pero no se le pueden poner puertas al campo. Segovia se lamenta de lo que Larra había celebrado: Los sombreros de señora, según el redactor del *Correo de las damas*, «abundan tanto en el Prado que apenas podría creerse que la mitad de las damas que componen la concurrencia no fuesen francesas». El costumbrista, manifestando su propio despecho, pone estas palabras de satisfacción en boca de un «elegante francés» en cuya figura podríamos ver una intencionada personificación de las ideas expresadas por Larra: «He aquí otra nueva revolución. Pero a lo menos no costará lágrimas, ni dejará tras de sí dolorosos recuerdos, si no es que se lamente de ella alguna que otra viuda (*vieille douairière*, decía él). Véase si no ese paseo del Prado, continuaba nuestro amable francés, a eso de las tres de la tarde en que el buen tono exige que nadie se esté en su casa, véase cómo desaparece la sombría mantilla bajo los colores vivos y elegantes de las capotas y sombreros, que han venido a realzar la belleza de las graciosas españolas».²³ Pocos años después, Theophile Gautier, en su *Viaje por España*, ofrece una perspectiva contraria a la de este «elegante francés» del *Correo de las damas*: «En el Prado (...) sólo se ven mantillas. La mantilla española es, pues, una realidad; yo había creído que no existía sino en las novelas de Crevel de Charlemagne.»²⁴

La revolución observada por el «elegante francés» era, en efecto, la revolución pacífica preconizada por Larra: «Probemos a la Europa (...) que hacemos nuestra revolución con menos sangre y más fruto que nuestros antecesores», es decir, las naciones ya adelantadas en el camino revolucionario, pues los españoles se hallan «en el momento de entrar en la senda que ellos recorren de libertad e igualdad.»²⁵ Pocas semanas después de la muerte de Fernando VII, reflexionando sobre la dificultad de escribir artículos de costumbres en momentos de inestabilidad social, dice Larra en la *Revista Española*: «nos hallamos en una de aquellas transiciones en que suele mudar un gran pueblo de ideas, de usos y de costumbres; el observador más perspicaz puede apenas distinguir las casi imperceptibles líneas que separan al pueblo español del año 8 del año 20, y a éste del año 33». Tres fechas como tres hitos de la revolución española. En las líneas siguientes del mismo artículo, Larra se refiere a la transición en términos claramente revolucionarios: el aludido cambio

de ideas, usos y costumbres es explícitamente «esta gran revolución de ideas y esta marcha progresiva». Si bien esta «gran revolución» no es homogénea ya que no afecta por igual a todas las secciones de la sociedad, el escritor concluye: «Cerca está el día, sin embargo, en que volveremos atrás la vista y no veremos a nadie; en que nos asombraremos de vernos todos en la otra parte del río que estamos en la actualidad pasando.»²⁶

Desde su temprana oda de 1827, ya aludida, Larra identifica *revolución* con *libertad*. Doris Ruiz Otín, en su estudio sobre el vocabulario político y social del autor, ha señalado esta sinonimia en sus artículos.²⁷ Y ya hemos visto que para él, el carácter dominante del siglo es la libertad que se manifiesta tanto en la ropa como en la política y en la literatura. Es decir, *revolución* es un concepto extensivo que incluye todos aquellos aspectos de la vida civil aludidos por Ortega en el pasaje de *La rebelión de las masas* antes citado. Es en esta perspectiva revolucionaria, fundamental en el pensamiento de Larra, donde hemos de situarnos para leer su interpretación del desarrollo histórico de la literatura española en su famosa «profesión de fe» publicada en *El Español* en enero de 1836. Como su título completo indica (recordemos: «Literatura. Rápida ojeada sobre la historia e índole de la nuestra. Su estado actual. Su porvenir. Profesión de fe»),²⁸ pretende ser una superación del pasado y una afirmación del presente con la mirada puesta en el porvenir. «En el día numerosa juventud se abalanza a las fuentes del saber ¿Y en qué momentos? En momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastadas tradiciones caducas y derribando ídolos, proclamando en el mundo la *libertad moral*, a la par que la física, porque la una no puede ir sin la otra». Este grito revolucionario se prolonga en el párrafo siguiente: «La literatura ha de resentirse de esta prodigiosa revolución, de este inmenso progreso.»²⁹ La revolución literaria es, por lo tanto, una consecuencia de la revolución política y, por implicación, de la revolución social, pues, como dirá meses después, en su crítica del *Antony*, «Darnos una literatura hermana del antiguo régimen y fuera del círculo de la revolución social en que empezamos a interesarnos es tiempo perdido.»³⁰ Claro que, como se revela en la crítica indicada, va a ser precisamente esta ineludible exigencia de fidelidad a la revolución la medida que ponga de manifiesto globalmente las contradicciones entrañadas en la revolución misma, ahora, en la «profesión de fe», predicada con voz apostólica.

Las conocidas palabras con que proclama lo que él llama «la divisa de la época», asumida por él mismo como su propia divisa, son una formulación explícita del concepto extensivo y totalizador de revolución. Recordamos una vez más dicha profesión de fe: «*Libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra.»³¹ Es la divisa, claro está, de la burguesía revolucionaria. La literatura moderna es, en definitiva, expresión «de la gran revolución social que tan a duras penas y tan lentamente se está llevando a cabo en Europa de muchos años a esta parte».³²

Por lo que hasta ahora hemos dicho, podemos ver cómo en la obra de Larra, desde sus mismos orígenes, se plasman las vivencias de un cambio revolucionario que nos pueden parecer románticas en su expresión profética, «apostólica y de propaganda»³³, como él dice en su «profesión de fe», pero que en realidad entrañan el optimismo utópico característico de la Ilustración, basado en conceptos de perfectibilidad y progreso. Sin embargo, si nos quedáramos en esta visión optimista e ilustrada, simplificaríamos falazmente el tema propuesto en este trabajo, porque a la concepción ilustrada y liberadora de las antiguas cadenas se van sobreponiendo angustiosamente, cada vez con más intensidad, las dudas desasosegadas sobre los resultados efectivos de la revolución misma que el periodista ha ido predicando en sus artículos. Es decir, el desasosiego típicamente romántico provocado por la modernidad. Ciertamente, no a la manera del romanticismo antirrevolucionario de un Agustín Durán o un Alberto Lista. Frente a la herencia de la Ilustración reivindicada por Larra, Lista condena la literatura moderna precisamente por ser «bajo todos aspectos una consecuencia inmediata e inevitable del espíritu que inspiró a los pueblos el filosofismo del siglo XVIII.»³⁴ Larra, por el contrario, justificaba el drama del romanticismo actual, condenado por Durán y Lista, como auténtica expresión de las inquietudes producidas por la modernidad postrevolucionaria. En sus violentas exageraciones melodramáticas, veía las convulsiones revolucionarias de su propia época: «la literatura no puede ser nunca sino expresión de la época: volvamos la vista a la época y abracemos la historia de Europa de cuarenta años a esta parte», o sea, el período siguiente a la Revolución Francesa; y desde esa perspectiva histórica se pregunta retóricamente: «¿ha sido el género romántico y sangriento el que ha hecho las revoluciones, o las revoluciones las que han traído en el día el género romántico y sangriento? Que los españoles nos digan en el día que los horrores, que la sangre no está en la Naturaleza, que nos añadan que el teatro nos puede desmoralizar, eso nos causa risa.»³⁵ La desmoralización para Larra, como para Durán y Lista, está en la actualidad. La diferencia fundamental entre uno y otros sería, sin embargo, la misma que establece Ernst Fischer entre el romanticismo de autores como Heine y el representado por autores como los Schlegel y Chateaubriand: «éstos rechazaron por entero la Ilustración, mientras que aquéllos sólo se

enfrentaron con ella parcialmente, únicamente en lo relativo a las ideas mecanicistas y al optimismo simplificador, pero continuando su obra.»³⁶

Esto es, precisamente, lo que encierra la contradicción del romanticismo progresista; el querer compaginar la afirmación optimista de la modernidad, según los principios de la Ilustración, con la rebelión angustiosa contra esa misma modernidad, rebelión, al fin y al cabo, definidora del romanticismo desde sus orígenes contrarrevolucionarios. Larra expresa lo que para él sería el imposible ideal, lo que él llama «el bello ideal de la sociedad» que consistiría en reunir «a las ventajas aritméticas de la civilización, el encanto y las ilusiones, la poesía de un pueblo primitivo.»³⁷

Larra quisiera poder armonizar idealmente lo que dentro de su propio ámbito ideológico era irreconciliable. Lo que angustia románticamente a Larra es que si bien España se encuentra en los primeros tramos de la justa senda revolucionaria por la que ya han caminado los pueblos más adelantados de Europa, nuestra civilización (...) en lo sucesivo ha de ser probablemente como la suya, estéril y nada creadora.»³⁸

Como es sabido, K. Marx y F. Engels, a mediados de siglo, en el *Manifiesto del Partido Comunista*, presentan la revolución burguesa en su doble aspecto, liberador y, a la vez, opresor. Pero los románticos progresistas que, como Larra, no recurren a un desplazamiento transcendental de sus deseos, ni consiguen que su vida interior triunfe sobre las deficiencias del mundo exterior, se encuentran históricamente atrapados en su angustiada enajenación.

Su misma ideología no les permite vislumbrar más allá de la «civilización estéril», sentida como suya, en que desemboca el proceso de su propia revolución. Esta es la gran contradicción del romanticismo progresista: la revolución que propugnan conduce a una civilización estéril hacia la cual se encamina España con retraso, pero irremisiblemente. Susan Kirkpatrick ha visto muy bien esta contradicción: «El dilema de Larra resulta ejemplar de esta generación: se identifica con los ideales de progreso, de dinamismo social, de libertades individuales y de análisis crítico de las ideas recibidas, al tiempo que se siente consternado por las presiones humanas, el materialismo, el cinismo y las abiertas, desgarradoras divisiones de la nueva sociedad.»³⁹

Leyendo a Balzac, Larra descubre en la sociedad francesa no el «bello ideal de la sociedad», sino «una sociedad moderna, árida, desnuda de preocupaciones, pero también de ilusiones verdaderas, y por consiguiente desdichada, asquerosa a veces y despreciable, y por desgracia, ¡cuán pocas veces ridícula! Balzac ha recorrido el mundo social con planta firme (...) y ha llegado a su confín, para ver, asomado allí, ¿qué?: un abismo insondable, un mar salobre, amargo y sin playas, la realidad, el caos, la nada.»⁴⁰

En la crítica del *Antony*, de A. Dumas, Larra manifiesta que la revolución social, reflejada ideológicamente en la literatura moderna, significa «la libertad para recorrer ese camino que no conduce a ninguna parte.»⁴¹ Al final de la revolución se halla la NADA. No se trata de una simple renuncia a sus principios revolucionarios, coincidiendo así, ideológicamente, con la condena del mismo drama que dos años antes había hecho ya Alberto Lista en el periódico *La Estrella*.⁴²

Los defensores del romanticismo histórico proponían una vuelta a los valores tradicionales del casticismo identificados con el teatro antiguo español, un retroceso a un mundo anterior a la Ilustración en la cual veían -recordemos lo dicho por Lista en una cita anterior- las causas inmediatas de los males de la modernidad. En cambio, Larra, como otros escritores europeos afectados por lo que Pierre Barberis ha llamado el «mal del siglo burgués»⁴³, no podía proponer una vuelta atrás. Él sabía que desde una civilización de «ventajas aritméticas» era imposible retroceder para recuperar «el encanto y las ilusiones, la poesía de un pueblo primitivo». El romanticismo es este gran callejón del futuro sin salida. El criado de *Fígaro* le reprocha a su amo en aquella infausta Nochebuena de 1836: «Te llamas liberal y despreocupado y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado.»⁴⁴ ¿En eso iba a acabar la libertad de la revolución burguesa, la libertad cuyo imperio -volvamos a la oda de 1827- había sido proclamado originariamente en América

Patriotismo y nacionalismo en la obra de Larra

ANDRÉS DE BLAS GUERRERO

UNED

RESUMEN.-Este trabajo pretende ilustrar a través de la obra de Larra el papel nuclear que el discurso nacional español ha jugado en el pensamiento y la práctica de la tradición liberal y liberal-democrática en España. Lejos de aparecer como un elemento subsidiario o de escasa presencia, el patriotismo y la lealtad al Estado y a la nación de los españoles se constituyó como un hilo conductor del pensamiento político desde el liberalismo gaditano hasta la II República. Los diferentes escritos de Fígaro que aluden a la cuestión nacional permiten desvelar algunas de las claves de sus convicciones patrióticas, elemento éste que se configura como una de las primeras y más importantes líneas de continuidad dentro de la cosmovisión política de Mariano José de Larra.

La aproximación del politólogo y del historiador político a la obra de Larra, aunque sea con objetivos tan concretos como los perseguidos en este artículo, se ve inevitablemente condicionada por el calado de la influencia de Fígaro en la historia cultural española y la notabilísima atención que ha merecido en nuestra crítica literaria. Por otro lado, y aunque bajo la óptica preferente de su «preocupación por España», el tema que ahora nos ocupa ha sido explorado una y otra vez por buena parte de los estudiosos y admiradores de la obra y la personalidad de nuestro autor.

Tendría sin duda mucho interés, pese a que se ha escrito ya sobre ello, pasar revista a la incidencia de los distintos momentos históricos y de los diferentes enfoques políticos en esta visión del españolismo de Larra. No es éste el camino, sin embargo, que ahora voy a seguir. Lo que en última instancia pretendo en estas líneas es ilustrar, con el recurso a Fígaro, la importancia decisiva que el discurso nacional español juega en el pensamiento y la práctica de nuestra tradición liberal y liberal-democrática.

I. El patriotismo y la lealtad al Estado y a la nación de los españoles, lejos de ser una débil película en la historia contemporánea de nuestro pensamiento político, pienso que constituye un auténtico hilo conductor de la reflexión española desde el liberalismo gaditano, por no hablar ahora de los precedentes ilustrados, a los hombres de la II República, pasando por las actitudes moderadas y progresistas de la primera mitad del siglo XIX, los entusiasmos revolucionarios del sexenio democrático, el republicanismo de la segunda mitad del siglo pasado y del primer tercio del XX y el conservadurismo y el liberalismo intramuros del régimen de la Restauración.

El aparente calado y la extensión del sentimiento nacional se compadecen mal con una imagen generalizada de falta de operatividad política de nuestro racionalismo a lo largo del siglo pasado. En la medida que este diagnóstico puede ser realista, pienso que resultaría sumamente arriesgado deducir del mismo la debilidad de aquél sentimiento. A la vista de la casi unánime actitud nacionalista y patriótica del pensamiento y de las élites políticas del liberalismo español, parece más razonable valorar la ausencia de una movilización nacional como muestra de una compartida seguridad en la solidez de una nación que, a diferencia de lo que ocurre con la planta política liberal, carece de impugnaciones significativas hasta entrado el siglo actual. En ausencia de acicates internos (construcción del Estado, desafíos de nacionalismos periféricos) o externos (serias empresas coloniales e imperiales, amenazas exteriores con posterioridad a la invasión napoleónica) en favor de esa movilización nacional, habrá que esperar al primer tercio del siglo XX para que las demandas de la modernización económica y social y la eclosión del catalanismo político ofrezcan argumentos convincentes para la dinamización de los sentimientos nacionales del grueso de los españoles.

La modernidad y la calidad literaria de un escritor de tantos y tan sobresalientes méritos como Larra, su valor emblemático dentro del romanticismo español (de «romanticismo hecho carne» calificaba Sánchez Estevan a su biografiado, sin ignorar por ello los innegables componentes ilustrados y clasicistas de su formación y de sus cosmovisión política), la coincidencia de su corta vida con el momento nada fácil de asentamiento del orden político liberal, son circunstancias que invitan a una lectura de su obra a la luz del interés por el nacionalismo.

Si es mucho el interés intrínseco de sus escritos sobre el particular, mayor puede resultar ese interés en tanto que reflejo del sentir español del momento. El reconocimiento de Larra como el escritor costumbrista y el periodista de mayor éxito de nuestras lecturas se ha debido, en importante medida, a su especial sensibilidad y capacidad para tomar el pulso a la sociedad que le tocó en suerte. Como escribió uno de sus más inteligentes estudiosos del pasado, J. R. Lomba y Pedraja, su conocimiento de España pudo no ser erudito, pero resultó siempre en extremo penetrante con la ayuda de su inigualable «vis dicendi». Aceptará el lector que ésta es una buena razón adicional para que el interesado en el nacionalismo español busque en su obra las referencias directas e indirectas a la cuestión.

II. En sus primeros momentos de escritor, cuando no está formada con claridad su futura personalidad política, poco antes de que -decía maliciosamente Mesonero Romanos- «... variando completamente de rumbo y entregándose al que marcaban los vientos recientes y su instinto» se decantara abiertamente por la causa del liberalismo, Larra manifiesta ya su hostilidad en relación a una actitud despectiva respecto a las cosas de España. Más allá de lo que puedan indicar algunas insinuaciones de su obra, parece evidente que no puede incluirse a Fígaro dentro de la cofradía de los deslumbrados por la vida francesa.

Bien por el contrario, y desde fecha temprana, se puede percibir en sus escritos la hostilidad hacia una enajenación extranjera, tal como se refleja, por ejemplo, en artículo tan de primera hora como «El café» (26-2-1828), cuando el narrador se pregunta sobre «... quién era aquel buen español tan amante de su patria, que dice que nunca hacemos nada bueno porque somos unos brutos (y efectivamente que lo debemos de ser, pues aguantamos esta clase de hipócritas)». Es una actitud perfectamente congruente con quien entonces cree ver a su país encarrilado por el camino del progreso y la modernización; un modo de ver las cosas en este momento que conecta con la observación de Mesonero Romanos y con las contradicciones iniciales del liberalismo de Larra que ha estudiado con particular detalle J. L. Várela.

En los artículos de finales de 1832 se mantiene en parecidas posiciones por lo que hace a su percepción de lo nacional. A la hora de enfrentarse a la obra de Ventura de la Vega, el patriotismo se convierte en fundamento de sus más sentidos elogios: «Con lágrimas de gozo recordamos circunstancia tan feliz: no perdamos las esperanzas de que un pueblo que conserva aún en tan alto grado su antiguo orgullo nacional vuelva a producir héroes y poetas» (26-12-1832). Sus consideraciones en torno a temas tan diversos como el teatro o la filología sirven de pretexto para inequívocas declaraciones de un patriotismo en el que, en ocasiones, no puede dejar de ver deformaciones y exageraciones claramente negativas.

Dentro de su crítica al «exceso de patriotismo», al patrioterismo ingenuo y satisfecho de amplios sectores de la opinión del momento, encajaría su justamente celebrado artículo «El castellano viejo»: «La vanidad le ha sorprendido casi siempre a toda o a la mejor parte de nuestra clase media, y a toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país». Y en la misma dirección van sus crípticas palabras de noviembre de 1832: «Nosotros, que creemos que el interés del hombre suele tener por desgracia alguna influencia en su modo de ver las cosas; nosotros, en fin, que no creemos en hipocresías de patriotismo, lo excusamos en alguna manera, y juzgamos que 'opinión' es moralmente sinónimo de 'situación'» («El casarse pronto y mal»). Pero incluso cuando escepticismo y melancolía parecen triunfar en su crítica a determinadas instituciones políticas y hábitos sociales, no puede Larra evitar la manifestación de una honda y dolorida conciencia nacional: «... al fin, concluye la 'Carta de Andrés Niporesas al Bachiller' de diciembre de 1832, es mi país, y tengo en eso fundada mi vanidad, aunque no hay motivo».

A lo largo de 1833 sigue manifestando su apego a un sentido patriótico de signo convencional: «¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años a esta parte más rápidamente que adelantaron esos 'países modelos', para llegar al punto de ventaja en que se ha puesto!» («En este país», 30-4-1833). Es también el momento de la llamada en favor de un patriotismo optimista, cuidadoso de unas responsabilidades individuales que deben primar sobre las exigencias al Estado y la sociedad: «Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio, escribe en el mismo artículo, y en vez de aumentar nuestra inacción con la expansión del desaliento: ¡Cosas de España!, contribuya cada cual a las mejoras posibles».

Pocos días después, en el artículo «¿Qué dice usted? Que es otra cosa» (10-5-1833), insinúa una nueva línea de reflexión patriótica en que anticipa las actitudes críticas tan del gusto de sus admiradores finiseculares. En este artículo hay, en primer lugar, una aguda percepción, no carente de ironía crítica, sobre la capacidad del patriotismo para animar una autoestima colectiva al alcance de las clases populares: «Almas felices y patrióticas que han hallado el único medio posible de tener vanidad y creerse dichosos y superiores». En segundo lugar, es visible una constatación del calado de las diferencias entre los españoles que, por supuesto,

no hace referencia a divisiones de tipo étnico o lingüístico; en tercer y último lugar, se expone claramente la defensa de un patriotismo crítico más adecuado al posterior discurrir de sus escritos: «... y si me oyen me han de llamar 'mal español', porque digo los abusos para que se corrijan, y porque deseo que llegue mi patria al grado de esplendor que cito. Aquí creen que sólo ama a su patria aquel que con vergonzoso silencio, o adulando la ignorancia popular, contribuye a la perpetuación del mal». Una idea que remacha en su «Conclusión» del mismo mes de mayo de 1833: «Los aduladores de los pueblos han sido siempre, como los aduladores de los grandes, sus más perjudiciales enemigos».

III. El Larra de 1834 es un lúdico observador del pasado y el presente de España, consciente de la importancia de la conciencia histórica como instrumento capaz de afianzar el sentido societario y comunitario de la nación; se refiere a ello en su comentario a la antología poética de J. M. Maury («Espagne poétique...», 24-4-1834) y aplaude también la sensibilidad al respecto de Martínez de la Rosa (30-3-1834): «Gran servicio hace a su patria indudablemente el hombre estudioso que desenterrando en las antiguas crónicas y leyendas los grandes hechos con que la ilustraron sus hijos, los ofrecen como modelos a la generación presente y a las venideras». Y aunque en un comentario crítico a «Vida de españoles célebres» de J. Quintana (9-4-1834) tiene interés en subrayar la pertenencia del escritor a una familia cultural que trasciende los límites nacionales, no deja de subrayar en este autor la gloria que su pluma es capaz de ofrecer a la patria.

Sus magistrales, al tiempo que crueles, sátiras del carlismo, tienden a orillar una cuestión nacional que reaparece, al compás de unas actitudes liberales más radicalizadas, en mayo de 1835. Es el momento en que explícita una notabilísima percepción del valor del nacionalismo como cemento capaz de garantizar la solidez del edificio social: «... lo que se llama en general la sociedad es una amalgama de mil sociedades colocadas en escalón, que sólo se rozan en sus fronteras respectivas unas con otras, y las cuales no reúne en un todo compacto en cada país sino el vínculo de una lengua común, y de lo que se llama entre los hombres patriotismo o nacionalismo» («El álbum», 3-5-1835).

El relativamente misterioso viaje al extranjero de 1835 es ocasión de unas interesantes manifestaciones en relación a su idea y sus sentimientos sobre España. Aunque no es el momento de abrir una digresión sobre las complejas relaciones entre nacionalismo y exilio en las letras españolas, creo que se puede dar por buena la inevitable propensión crítica que tiende a despertarse entre quienes, por unas razones u otras, se ven obligados al abandono de la patria. Es verdad que, en ocasiones, como escribió Lord Acton, el exilio puede ser la «nursery» del nacionalismo. Más frecuente me parece, sin embargo, por lo menos en el caso español, que ese exilio sea ocasión para el despertar de una comprensible actitud crítica, de un inevitable resentimiento, entre quienes ven transformarse a la madre patria en más o menos voluntaria e insensible madrastra.

El viaje de Larra en 1835 genera un cuadro descriptivo de Castilla de tonos noventayochistas en el que se echa de menos, sin embargo, la simpatía y la complicidad estética con el paisaje del grueso de los escritores de fin de siglo: «... Castilla en tanto se desarrollaba a mi vista el árido mapa de su desierto arenal, como una infeliz mendiga despliega a los ojos del pasajero su falda raída y agujereada en además de pedirle con qué cubrir sus mecilentas y desnudas carnes» («Las antigüedades de Mérida», 22-5-1835). Tras describir su sensación de ver la diligencia que le conduce a la frontera portuguesa como nuevo Arca de Noé, concluye con un lamento tan breve como desgarrador, que tanto ha conmovido a generaciones de sus lectores: «Ni habitaciones, ni pueblos, ¿Dónde está la España?».

Cuando poco después (19-7-1835) vuelva a relatar las impresiones de este viaje, Larra parece recordar la amargura de otras despedidas de España, un tema que, en su condición de hijo de afrancesado, no le podía ser indiferente. La profundidad de su emoción nacional le impide, lo confiesa con sentidas palabras, el recurso a la amargura y al resentimiento: «... tendí por la última vez la vista sobre la Extremadura española: mil recuerdos personales me asaltaron; una sonrisa de indignación y de desprecio quiso desplegar en mis labios, pero sentí oprimirse mi corazón, y una lágrima se asomó a mis ojos».

IV. Con alguna ironía celebra Fígaro los atractivos de la nación a la vuelta de su viaje: «Digan lo que quieran acerca de la superioridad de esos países, la patria es para un español más necesaria que una iglesia» (5-1-1836). Embarcado en su crítica a Mendizábal y en los inicios de su frustrada vocación parlamentaria a la sombra de la reacción moderada, Larra hace una de sus más rotundas declaraciones de devoción a la causa de la nación: «Si nosotros no conseguimos hacernos oír, nuestra sangre abrirá camino a nuestros hijos, y aquí no tratamos de hacer la felicidad de nosotros, míseros humanos que podemos vivir treinta años más o menos, sino de la nación, que no muere nunca».

En sus aclaraciones al director de «El Español» en relación a su actitud respecto a Mendizábal e Istúriz, nuestro hombre vuelve a hacer del interés de la patria su principal criterio de referencia política. Una patria en que lamenta su división interna («Antony», 23-6-1836), aunque esa división, innecesario resulta decirlo por segunda vez, nada tenga que ver con inimaginables conflictos de signo cultural o nacional, sino con divisiones de preferente carácter clasista.

Sus interesantes reflexiones sobre la literatura española en «El Español» (18-1-1836) siguen poniendo de manifiesto la fuerza de una sensibilidad de signo nacional que se manifiesta otra vez rotundamente en su juicio sobre el «Panorama matritense» del «Curioso Parlante»: «... porque sinceramente creemos que es difícil estar animado de sentimientos de nacionalismo, y no hallar un placer indefinible en poseer una de las pocas producciones nacionales que hacen justicia a las dotes ventajosas que distinguen nuestro país y que más honran nuestra literatura moderna».

A la hora de juzgar las memorias del Príncipe de la Paz, es el patriotismo lo que otra vez despierta su simpatía (24-9-1836). Más explícito es todavía a la hora de pedir un protagonismo exterior para España que necesita del cultivo del orgullo nacional: «... ¡ Ay del pueblo que no desgasta diariamente con su roce superior y violento los pueblos inmediatos, porque será desgastado por ellos! O atraer, o ser atraído. Ley implacable de la naturaleza: o devorar, o ser devorado. Pueblos e individuos, o víctimas o verdugos» («Horas de invierno», 25-5-1836). Un modo de ver las cosas que solamente en parte se compadece con la idea de «patriotismo sufriente», con el dolor de España, presente sin duda en otros momentos de su obra.

Aunque he centrado mi atención en aquellos escritos de Larra que aluden directamente a la cuestión patriótica y nacional, me ha parecido prudente llevar la indagación a otros aspectos de su obra relacionados de modo más o menos directo con la cuestión. He seguido la compleja relación del autor con la práctica y las ideas liberales desde el inicio de su carrera literaria hasta su muerte. He prestado atención también a la complejidad de su perfil psicológico y he examinado los componentes ideológicos y filosóficos que pueden subyacer a sus escritos más costumbristas y de mayor contenido literario. No he encontrado en estos terrenos rectificaciones o matizaciones de entidad a las alusiones directas a la cuestión nacional. Aunque Larra, lo han subrayado todos sus estudiosos, no es siempre autor de fácil interpretación, parece razonable concluir insistiendo en la solidez de sus convicciones patrióticas que constituyen, probablemente, una de las más clara línea de continuidad dentro de su cosmovisión política.

Mi impresión final es que la obra de Larra confirma el carácter natural y bien ambientado en la coyuntura social y política de un nacionalismo español en el que, ocasionalmente, él introdujo elementos de angustia y pesimismo propios de otros momentos de nuestra historia. La relativa novedad de estos elementos explicaría la tendencia a verlos como la genuina expresión de la idea de España en nuestro autor. Una interpretación que puede despistar acerca del anclaje de su nacionalismo en una reflexión liberal que acaso tiene, como se apuntaba al inicio de estas líneas, en su lealtad a la nación y a la patria españolas uno de sus más acusados rasgos políticos.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Todas las citas a la obra de Larra se corresponden a las que pueden ser hoy dos ediciones más significativas de sus escritos: *Obras de Mariano José de Larra* (Madrid: BAE, 1960, cuatro volúmenes. Estudio preliminar y edición al cuidado de C. Seco Serrano) y la más manejable edición de sus *Artículos* (Barcelona: Ediciones B, 1989. Estudio preliminar y edición al cuidado de A. Pérez Vidal). alguna de las citas se corresponde a la edición facsímil de *El pobrecito hablador y otros escritos* (Madrid, Espasa Calpe, 1979. Prólogo y edición al cuidado de F. Umbral).

Además de estas ediciones de los escritos de Larra y las preparadas por L. Sánchez Ortiz (1967), J. E. Zúñiga (1967), J. Campos (1969), E. Correa Calderón (1976), F. Umbral (1979) y E. Rubio (1991), he tenido particularmente en cuenta los siguientes estudios y escritos sobre la obra y personalidad de Fígaro:

- Alborg, J. L.: *Historia de la literatura española*, tomo IV, Madrid, Gredos, 1980.
- Amell, A.: *La preocupación por España en Larra*, Madrid, Ed. Pliegos, 1990.
- Aymes, J. R.: *Las interpretaciones de la obra de M. J. de Larra*, en J. R. Rosemberg (ed.), *op. cit.*
- Azorín: *Rivas y Larra*, Madrid, Espasa Calpe, 1957 (primera edición de 1916).
- Benítez, R. (ed.): *Mariano José de Larra*, Madrid, Taurus, 1979. Recoge textos sobre Larra de L. Cernuda, L. de Sanclemente, R. de Mesonero Romanos, A. Lista, Azorín, R. de Maetzu, M. S. Oliver, M. de

Unamuno, A. Machado, J. Bergamín, G. de Torre, R. Gómez de la Serna, J. Goytisolo, G. Fabra, J. R. Loma y Pedraja, F. C. Tarr, C. Seco Serrano, P. U. Ullman, J. Casaldueiro, A. Rumeu, W. S. Hendrix, A. S. Trueblood, Ch. de Mazade, R. Gullón, R. Teichmann, J. L. Várela, V. Cabrera, D. F. Sarmiento y F. Álvarez Arregui.

- ínsula. Número semimonográfico sobre Larra con colaboraciones de R. Gullón, G. de la Torre, A. Romeu, A. del Hoyo, C. Seco Serrano, R. Marrast, D. Torres y F. Álvarez Arregui. Núms. 188-189, 1962. Parte importante de estos artículos está recogida en la antología de R. Benítez.

- Kirpatrick, S.: *Larra: el laberinto inextricable de un romántico liberal*, Madrid, Gredos, 1977.

- Lomba y Pedraja, J. R.: *Mariano José de Larra (Fígaro). Cuatro estudios que le abordan o le bordean*, Madrid, Tipografía de Archivos, 1936.

- Mesonero Romanos, R.: *Memorias de un setentón*, Madrid, Tebas, 1975.

- Mateo del Peral, D.: «Larra y la lucha por la libertad de prensa», *Sistema*, núm. 12, 1972.

- Rosemberg, J. R. (ed.): *Resonancias románticas: evocaciones del romanticismo hispánico. En el sesquicentenario de la muerte de M. J. de Larra*, Madrid, Ed. J. Porrúa Turanzas, 1988.

- Ruiz Otín, D.: *Política y sociedad en el vocabulario de Larra*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1983.

- Sánchez Estevan, L.: *Mariano José de Larra (Fígaro). Ensayo biográfico redactado en presencia de numerosos antecedentes desconocidos y acompañado de un catálogo completo de sus obras*, Madrid, Ed. Hernando, 1994.

- Servodidio, J. V.: *Los artículos de M. J. de Larra: una crónica de cambio social*, Nueva York, E. Torres and Sons, 1976.

- Teichmann, R.: *Larra: sátira y ritual mágico*, Madrid, Playor, 1986.

- Umbral, F.: *Larra, anatomía de un dandy*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1976.

- Várela, J. L.: *Larra y España*, Madrid, Espasa Calpe, 1983.

BIBLIOGRAFÍA

(provisional, extraída de Wikipedia)

- Adler, Robert L. "Modernization of Spain and the converso in the Work of Mariano José de Larra". *Hispania* 72.3 (1989), pp. 483–490.
- Alma Amell, Alma. *La preocupación por España en Larra*. Madrid: Pliegos, 1990.
- Behiels, Lieve. «El criterio de la verosimilitud en la crítica literaria de Larra». *Castilla: Boletín del Departamento de Literatura Española* 8 (1984), pp. 25–46.
- Blanquer, Daniel. "Larra: Autopsia de un suicidio". Alcoy: Edición del autor, 1978. [Prólogo de Francisco Umbral]
- Cano, Vicente. «Los ensayos de Larra y Alberdi: Paralelos y puntos de contacto estilísticos». En *Studies in Eighteenth-Century Spanish Literature and Romanticism in Honor of John Clarkson Dowling*. Ed. Douglas and Linda Jane Barnette. Newark: Juan de la Cuesta, 1985, pp. 37–47.
- Cedeño, Aristófaes. «Los grandes ideales sociales y la perspectiva histórico-política en los artículos de Larra». *Romance Languages Annual* 7 (1995), PP. 423–429.
- Cedeño, Aristófaes. «Hombre y sociedad en el pensamiento de Larra». *Hispanófila* 123 (1998), pp. 17–29.
- Centeno, Augusto. «La Nochebuena de 1836». *Modern Language Notes* 50 (1935), pp. 441–445.
- Escobar, José. «El Pobrecito hablador de Larra, y su intención satírica». *Papeles de Son Armadans* 64 (1972), pp. 5–44.
- Escobar, José. *Los orígenes de la obra de Larra*. Madrid: Editorial Prensa Española, 1973.
- Escobar, José. «Larra durante la ominosa década». *Anales de Literatura Española* 2 (1983), pp. 233–249.
- Escobar, José. «Larra y la revolución burguesa». *Revista de Historia* 10 (Nov. 1987), pp. 55–67.
- Hendrix, William S. "Notes on Jouy's Influence on Larra". *Romantic Review* 9 (1920), pp. 37–45.
- Kirkpatrick, Susan. *Larra: El laberinto inextricable de un romántico liberal*. Trad. Marta Eguía. Madrid: Gredos, 1977.
- Lomba y Pedraja, José. *Mariano José de Larra (Figaro). Cuatro estudios que le abordan o le bordean*, Madrid: Tipografía de Archivos, Olózaga, 1936.
- Lorenzo-Rivero, Luis. *Larra y Sarmiento: Paralelismos históricos y literarios*. Madrid: Ediciones Guadarrama, 1968.
- Lorenzo-Rivero, Luis. *Larra: Técnicas y perspectivas*. Madrid: Ediciones José Porrúa Turanzas, 1988.
- Rosenberg, John R. "Between Delirium and Luminosity: Larra's Ethical Nightmare". *Hispanic Review* 61.3 (1993), pp. 379–389.
- Schurlknight, Donald E. *Spanish Romanticism in Context: Of Subversion, Contradiction and Politics: Espronceda, Larra, Rivas, Zorrilla*. Lanham: University Press of America, 1998.
- Servodidio, Joseph V. *Los artículos de Mariano José de Larra: Una crónica de cambio social*. Nueva York: Eliseo Torres, 1976.
- Tarr, F. Courtney. "Larra's Duende Satírico del Día". *Modern Philology* 26 (1928–1929), pp. 31–46.
- Ullman, Pierre L. *Mariano de Larra and Spanish Political Rhetoric*. Madison: The University of Wisconsin Press, 1971.
- Ward, Thomas. «Literatura y sociedad española en Larra, Giner y Alas». *La teoría literaria: el romanticismo, el krausismo y el modernismo ante la «globalización» industrial*. University, MS: Romance Monographs, Nº 61, 2004, pp. 15–52.

Nuestra selección de Artículos

El casarse pronto y mal

Así como tengo aquel sobrino de quien he hablado en mi artículo de empeños y desempeños, tenía otro no hace mucho tiempo, que en esto suele venir a parar el tener hermanos. Éste era hijo de una mi hermana, la cual había recibido aquella educación que se daba en España no hace ningún siglo: es decir, que en casa se rezaba diariamente el rosario, se leía la vida del santo, se oía misa todos los días, se trabajaba los de labor, se paseaba las tardes de los de guardar, se velaba hasta las diez, se estrenaba vestido el domingo de Ramos, y andaba siempre señor padre, que entonces no se llamaba «papá», con la mano más besada que reliquia vieja, y registrando los rincones de la casa, temeroso de que las muchachas, ayudadas de su cuyo, hubiesen a las manos algún libro de los prohibidos, ni menos aquellas novelas que, como solía decir, a pretexto de inclinar a la virtud, enseñan desnudo el vicio. No diremos que esta educación fuese mejor ni peor que la del día, sólo sabemos que vinieron los franceses, y como aquella buena o mala educación no estribaba en mi hermana en principios ciertos, sino en la rutina y en la opresión doméstica de aquellos terribles padres del siglo pasado, no fue necesaria mucha comunicación con algunos oficiales de la guardia imperial para echar de ver que si aquel modo de vivir era sencillo y arreglado, no era sin embargo el más divertido. ¿Qué motivo habrá, efectivamente, que nos persuada que debemos en esta corta vida pasarlo mal, pudiendo pasarlo mejor? Aficionose mi hermana de las costumbres francesas, y ya no fue el pan pan, ni el vino vino: casose, y siguiendo en la famosa jornada de Vitoria la suerte del tuerto Pepe Botellas, que tenía dos ojos muy hermosos y nunca bebía vino, emigró a Francia.

Excusado es decir que adoptó mi hermana las ideas del siglo; pero como esta segunda educación tenía tan malos cimientos como la primera, y como quiera que esta débil humanidad nunca supo detenerse en el justo medio, pasó del Año Cristiano a Pigault Lebrun, y se dejó de misas y devociones, sin saber más ahora por qué las dejaba que antes por qué las tenía. Dijo que el muchacho se había de educar como convenía; que podría leer sin orden ni método cuanto libro le viniese a las manos, y qué sé yo qué más cosas decía de la ignorancia y del fanatismo, de las luces y de la ilustración, añadiendo que la religión era un convenio social en que sólo los tontos entraban de buena fe, y del cual el muchacho no necesitaba para mantenerse bueno; que «padre» y «madre» eran cosa de brutos, y que a «papá» y «mamá» se les debía tratar de tú, porque no hay amistad que iguale a la que une a los padres con los hijos (salvo algunos secretos que guardarán siempre los segundos de los primeros, y algunos soplamocos que darán siempre los primeros a los segundos): verdades todas que respeto tanto o más que las del siglo pasado, porque cada siglo tiene sus verdades, como cada hombre tiene su cara.

No es necesario decir que el muchacho, que se llamaba Augusto, porque ya han caducado los nombres de nuestro calendario, salió despreocupado, puesto que la despreocupación es la primera preocupación de este siglo.

Leyó, hacinó, confundió; fue superficial, vano, presumido, orgulloso, terco, y no dejó de tomarse más rienda de la que se le había dado. Murió, no sé a qué propósito, mi cuñado, y Augusto regresó a España con mi hermana, toda aturdida de ver lo brutos que estamos por acá todavía los que no hemos tenido como ella la dicha de emigrar; y trayéndonos entre otras cosas noticias ciertas de cómo no había Dios, porque eso se sabe en Francia de muy buena tinta. Por supuesto que no tenía el muchacho quince años y ya galleaba en las sociedades, y citaba, y se metía en cuestiones, y era hablador y raciocinador como todo muchacho bien educado; y fue el caso que oía hablar todos

los días de aventuras escandalosas, y de los amores de Fulanito con la Menganita, y le pareció en resumidas cuentas cosa precisa para hombrear enamorarse.

Por su desgracia acertó a gustar a una joven, personita muy bien educada también, la cual es verdad que no sabía gobernar una casa, pero se embaulaba en el cuerpo en sus ratos perdidos, que eran para ella todos los días, una novela sentimental, con la más desatinada afición que en el mundo jamás se ha visto; tocaba su poco de piano y cantaba su poco de aria de vez en cuando, porque tenía una bonita voz de contralto. Hubo guiños y apretones desesperados de pies y manos, y varias epístolas recíprocamente copiadas de la *Nueva Eloísa*; y no hay más que decir sino que a los cuatro días se veían los dos inocentes por la ventanilla de la puerta y escurrían su correspondencia por las rendijas, sobornaban con el mejor fin del mundo a los criados, y por último, un su amigo, que debía de quererle muy mal, presentó al señorito en la casa. Para colmo de desgracia, él y ella, que habían dado principio a sus amores porque no se dijese que vivían sin su trapillo, se llegaron a imaginar primero, y a creer después a pies juntillas, como se suele muy mal decir, que estaban verdadera y terriblemente enamorados. ¡Fatal credulidad! Los parientes, que previeron en qué podía venir a parar aquella inocente afición ya conocida, pusieron de su parte todos los esfuerzos para cortar el mal, pero ya era tarde. Mi hermana, en medio de su despreocupación y de sus luces, nunca había podido desprenderse del todo de cierta afición a sus ejecutorias y blasones, porque hay que advertir dos cosas: Primera, que hay despreocupados por este estilo; y segunda, que somos nobles, lo que equivale a decir que desde la más remota antigüedad nuestros abuelos no han trabajado para comer. Conservaba mi hermana este apego a la nobleza, aunque no conservaba bienes; y esta es una de las razones porque estaba mi sobrinito destinado a morir de hambre si no se le hacía meter la cabeza en alguna parte, porque eso de que hubiera aprendido un oficio, ¡oh!, ¿qué hubieran dicho los parientes y la nación entera? Averiguose, pues, que no tenía la niña un origen tan preclaro, ni más dote que su instrucción novelesca y sus *duettos*, fincas que no bastan para sostener el boato de unas personas de su clase. Averiguó también la parte contraria que el niño no tenía empleo, y dándosele un bledo de su nobleza, hubo aquello de decirle:

-Caballerito, ¿con qué objeto entra usted en mi casa?

-Quiero a Elenita -respondió mi sobrino.

-¿Y con qué fin, caballerito?

-Para casarme con ella.

-Pero no tiene usted empleo ni carrera...

-Eso es cuenta mía.

-Sus padres de usted no consentirán...

-Sí, señor; usted no conoce a mis papás.

-Perfectamente; mi hija será de usted en cuanto me traiga una prueba de que puede mantenerla, y el permiso de sus padres; pero en el ínterin, si usted la quiere tanto, excuse por su mismo decoro sus visitas...

-Entiendo.

-Me alegro, caballerito.

Y quedó nuestro Orlando hecho una estatua, pero bien decidido a romper por todos los inconvenientes.

Bien quisiéramos que nuestra pluma, mejor cortada, se atreviese a trasladar al papel la escena de la niña con la mamá; pero diremos, en suma, que hubo prohibición de salir y de asomarse al balcón, y de corresponder al mancebo; a todo lo cual la malva respondió con cuatro desvergüenzas acerca del libre albedrío y de la libertad de la hija para escoger marido, y no fueron bastantes a disuadirle las reflexiones acerca de la ninguna fortuna de su elegido: todo era para ella tiranía y envidia que

los papás tenían de sus amores y de su felicidad; concluyendo que en los matrimonios era lo primero el amor, y que en cuanto a comer, ni eso hacía falta a los enamorados, porque en ninguna novela se dice que coman las Amandas y los Mortimers, ni nunca les habían de faltar unas sopas de ajo.

Poco más o menos fue la escena de Augusto con mi hermana, porque aunque no sea legítima consecuencia, también concluía que los Padres no deben tiranizar a los hijos, que los hijos no deben obedecer a los padres: insistía en que era independiente; que en cuanto a haberle criado y educado, nada le debía, pues lo había hecho por una obligación imprescindible; y a lo del ser que le había dado, menos, pues no se lo había dado por él, sino por las razones que dice nuestro Cadalso, entre otras lindezas sutilísimas de este jaez.

Pero insistieron también los padres, y después de haber intentado infructuosamente varios medios de seducción y rapto, no dudó nuestro paladín, vista la obstinación de las familias, en recurrir al medio en boga de sacar a la niña por el vicario. Púsose el plan en ejecución, y a los quince días mi sobrino había reñido ya decididamente con su madre; había sido arrojado de su casa, privado de sus cortos alimentos, y Elena depositada en poder de una potencia neutral; pero se entiende, de esta especie de neutralidad que se usa en el día; de suerte que nuestra Angélica y Medoro se veían más cada día, y se amaban más cada noche. Por fin amaneció el día feliz; otorgose la demanda; un amigo prestó a mi sobrino algún dinero, uniéronse con el lazo conyugal, estableciéronse en su casa, y nunca hubo felicidad igual a la que aquellos buenos hijos disfrutaron mientras duraron los pesos duros del amigo. Pero ¡oh, dolor!, pasó un mes y la niña no sabía más que acariciar a Medoro, cantarle una aria, ir al teatro y bailar una mazurca; y Medoro no sabía más que disputar. Ello sin embargo, el amor no alimenta, y era indispensable buscar recursos.

Mi sobrino salía de mañana a buscar dinero, cosa más difícil de encontrar de lo que parece, y la vergüenza de no poder llevar a su casa con qué dar de comer a su mujer, le detenía hasta la noche. Pasemos un velo sobre las escenas horribles de tan amarga posición. Mientras que Augusto pasa el día lejos de ella en sufrir humillaciones, la infeliz consorte gime luchando entre los celos y la rabia. Todavía se quieren; pero en casa donde no hay harina todo es mohína; las más inocentes expresiones se interpretan en la lengua del mal humor como ofensas mortales; el amor propio ofendido es el más seguro antídoto del amor, y las injurias acaban de apagar un resto de la antigua llama que amortiguada en ambos corazones ardía; se suceden unos a otros los reproches; y el infeliz Augusto insulta a la mujer que le ha sacrificado su familia y su suerte, echándole en cara aquella desobediencia a la cual no ha mucho tiempo él mismo la inducía; a los continuos reproches se sigue, en fin, el odio.

¡Oh, si hubiera quedado aquí el mal! Pero un resto de honor mal entendido que bulle en el pecho de mi sobrino, y que le impide prestarse para sustentar a su familia a ocupaciones groseras, no le impide precipitarse en el juego, y en todos los vicios y bajezas, en todos los peligros que son su consecuencia. Corramos de nuevo, corramos un velo sobre el cuadro a que dio la locura la primera pincelada, y apresurémonos a dar nosotros la última.

En este miserable estado pasan tres años, y ya tres hijos más rollizos que sus padres alborotan la casa con sus juegos infantiles. Ya el himeneo y las privaciones han roto la venda que ofuscaba la vista de los infelices: aquella amabilidad de Elena es coquetería a los ojos de su esposo; su noble orgullo, insufrible altanería; su garrulidad divertida y graciosa, locuacidad insolente y cáustica; sus ojos brillantes se han marchitado, sus encantos están ajados, su talle perdió sus esbeltas formas, y ahora conoce que sus pies son grandes y sus manos feas; ninguna amabilidad, pues, para ella, ninguna consideración. Augusto no es a los ojos de su esposa aquel hombre amable y seductor, flexible y condescendiente; es un holgazán, un hombre sin ninguna habilidad, sin talento alguno, celoso y soberbio, déspota y no marido... en fin, ¡cuánto más vale el amigo generoso de su esposo, que les presta dinero y les promete aun protección! ¡Qué movimiento en él! ¡Qué actividad! ¡Qué heroísmo! ¡Qué amabilidad! ¡Qué adivinar los pensamientos y prevenir los deseos! ¡Qué no permitir que ella trabaje en labores groseras! ¡Qué asiduidad y qué delicadeza en acompañarla los

días enteros que Augusto la deja sola! ¡Qué interés, en fin, el que se toma cuando le descubre, por su bien, que su marido se distrae con otra...!

¡Oh poder de la calumnia y de la miseria! Aquella mujer que, si hubiera escogido un compañero que la hubiera podido sostener, hubiera sido acaso una Lucrecia, sucumbe por fin a la seducción y a la falaz esperanza de mejor suerte.

Una noche vuelve mi sobrino a su casa; sus hijos están solos.

-¿Y mi mujer? ¿Y sus ropas?

Corre a casa de su amigo. ¿No está en Madrid? ¡Cielos! ¡Qué rayo de luz! ¿Será posible? Vuela a la policía, se informa. Una joven de tales y tales señas con un supuesto hermano han salido en la diligencia para Cádiz. Reúne mi sobrino sus pocos muebles, los vende, toma un asiento en el primer carruaje y hétele persiguiendo a los fugitivos. Pero le llevan mucha ventaja y no es posible alcanzarlos hasta el mismo Cádiz. Llega: son las diez de la noche, corre a la fonda que le indican, pregunta, sube precipitadamente la escalera, le señalan un cuarto cerrado por dentro; llama; la voz que le responde le es hartamente conocida y resuena en su corazón; redobla los golpes; una persona desnuda levanta el pestillo. Augusto ya no es un hombre, es un rayo que cae en la habitación; un chillido agudo le convence de que le han conocido; asesta una pistola, de dos que trae, al seno de su amigo, y el seductor cae revolcándose en su sangre; persigue a su miserable esposa, pero una ventana inmediata se abre y la adúltera, poseída del terror y de la culpa, se arroja, sin reflexionar, de una altura de más de sesenta varas. El grito de la agonía le anuncia su última desgracia y la venganza más completa; sale precipitado del teatro del crimen, y encerrándose, antes de que le sorprendan, en su habitación, coge aceleradamente la pluma y apenas tiene tiempo para dictar a su madre la carta siguiente:

Madre mía: Dentro de media hora no existiré; cuidad de mis hijos, y si queréis hacerlos verdaderamente despreocupados, empezad por instruirlos... Que aprendan en el ejemplo de su padre a respetar lo que es peligroso despreciar sin tener antes más sabiduría. Si no les podéis dar otra cosa mejor, no les quitéis una religión consoladora. Que aprendan a domar sus pasiones y a respetar a aquellos a quienes lo deben todo. Perdonadme mis faltas: hartamente castigado estoy con mi deshonor y mi crimen; hartamente pago mi falsa preocupación. Perdonadme las lágrimas que os hago derramar. Adiós para siempre.

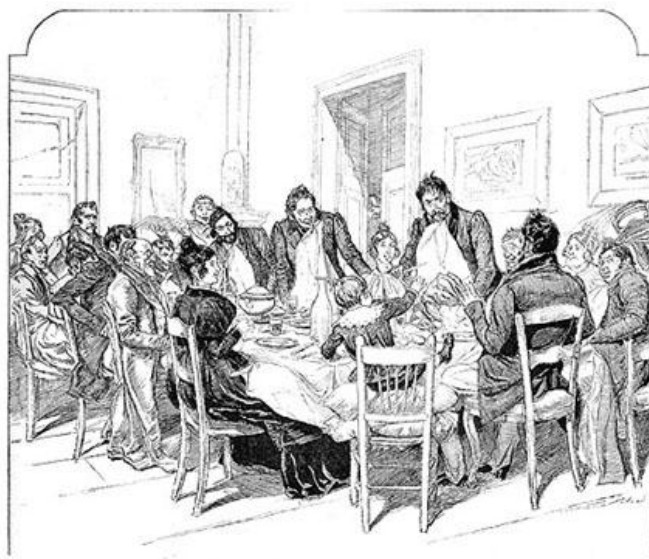
Acabada esta carta, se oyó otra detonación que resonó en toda la fonda, y la catástrofe que le sucedió me privó para siempre de un sobrino, que, con el más bello corazón, se ha hecho desgraciado a sí y a cuantos le rodean.

No hace dos horas que mi desgraciada hermana, después de haber leído aquella carta, y llamándose para mostrármela, postrada en su lecho, y entregada al más funesto delirio, ha sido desahuciada por los médicos.

«Hijo... despreocupación... boda... religión... infeliz...», son las palabras que vagan errantes sobre sus labios moribundos. Y esta funesta impresión, que domina en mis sentidos tristemente, me ha impedido dar hoy a mis lectores otros artículos más joviales que para mejor ocasión les tengo reservados.

El Pobrecito Hablador, n.º 7, 30 de noviembre de 1832.

El castellano viejo



Ya en mi edad pocas veces gusto de alterar el orden que en mi manera de vivir tengo hace tiempo establecido, y fundo esta repugnancia en que no he abandonado mis lares ni un solo día para quebrantar mi sistema, sin que haya sucedido el arrepentimiento más sincero al desvanecimiento de mis engañadas esperanzas. Un resto, con todo eso, del antiguo ceremonial que en su trato tenían adoptado nuestros padres, me obliga a aceptar a veces ciertos convites a que parecería el negarse grosería, o por lo menos ridícula afectación de delicadeza.

Andábame días pasados por esas calles a buscar materiales para mis artículos. Embebido en mis pensamientos, me sorprendí varias veces a mí mismo riendo como un pobre hombre de mis propias ideas y moviendo maquinalmente los labios; algún tropezón me recordaba de cuando en cuando que para andar por el empedrado de Madrid no es la mejor circunstancia la de ser poeta ni filósofo; más de una sonrisa maligna, más de un gesto de admiración de los que a mi lado pasaban, me hacía reflexionar que los soliloquios no se deben hacer en público; y no pocos encontrones que al volver las esquinas di con quien tan distraída y rápidamente como yo las doblaba, me hicieron conocer que los distraídos no entran en el número de los cuerpos elásticos, y mucho menos de los seres gloriosos e impasibles. En semejante situación de mi espíritu, ¿qué sensación no debería producirme una horrible palmada que una gran mano, pegada (a lo que por entonces entendí) a un grandísimo brazo, vino a descargar sobre uno de mis hombros, que por desgracia no tienen punto alguno de semejanza con los de Atlante?

No queriendo dar a entender que desconocía este enérgico modo de anunciarse, ni desairar el agasajo de quien sin duda había creído hacérmele más que mediano, dejándome torcido para todo el día, traté sólo de volverme por conocer quien fuese tan mi amigo para tratarme tan mal; pero mi castellano viejo es hombre que cuando está de gracias no se ha de dejar ninguna en el tintero. ¿Cómo dirá el lector que siguió dándome pruebas de confianza y cariño? Echome las manos a los ojos y sujetándome por detrás:

-¿Quién soy? -gritaba alborozado con el buen éxito de su delicada travesura-. ¿Quién soy?

«Un animal», iba a responderle; pero me acordé de repente de quién podría ser, y sustituyendo cantidades iguales:

-Braulio eres -le dije.

Al oírme, suelta sus manos, ríe, se aprieta los ijares, alborota la calle y pónenos a entrambos en escena.

-¡Bien, mi amigo! ¿Pues en qué me has conocido?

-¿Quién pudiera sino tú...?

-¿Has venido ya de tu Vizcaya?

-No, Braulio, no he venido.

-Siempre el mismo genio. ¿Qué quieres?, es la pregunta del español. ¡Cuánto me alegro de que estés aquí! ¿Sabes que mañana son mis días?

-Te los deseo muy felices.

-Déjate de cumplimientos entre nosotros; ya sabes que yo soy franco y castellano viejo: el pan pan y el vino vino; por consiguiente exijo de ti que no vayas a dármelos; pero estás convidado.

-¿A qué?

-A comer conmigo.

-No es posible.

-No hay remedio.

-No puedo -insisto ya temblando.

-¿No puedes?

-Gracias.

-¿Gracias? Vete a paseo; amigo, como no soy el duque de F..., ni el conde de P...

¿Quién se resiste a una sorpresa de esta especie? ¿Quién quiere parecer vano?

-Pues si no es eso -me interrumpe-, te espero a las dos; en casa se come a la española; temprano.

Tengo mucha gente: tendremos al famoso X., que nos improvisará de lo lindo; T. nos cantará de sobremesa una rondeña con su gracia natural; y por la noche J. cantará y tocará alguna cosilla.

Esto me consoló algún tanto, y fue preciso ceder: un día malo, dije para mí, cualquiera lo pasa; en este mundo para conservar amigos es preciso tener el valor de aguantar sus obsequios.

-No faltarás, si no quieres que riñamos.

-No faltaré -dije con voz exánime y ánimo decaído, como el zorro que se revuelve inútilmente dentro de la trampa donde se ha dejado coger.

-Pues hasta mañana -y me dio un torniscón por despedida.

Vile marchar como el labrador ve alejarse la nube de su sembrado, y quedeme discurriendo cómo podían entenderse estas amistades tan hostiles y tan funestas.

Ya habrá conocido el lector, siendo tan perspicaz como yo le imagino, que mi amigo Braulio está muy lejos de pertenecer a lo que se llama gran mundo y sociedad de buen tono, pero no es tampoco un hombre de la clase inferior, puesto que es un empleado de los de segundo orden, que reúne entre su sueldo y su hacienda cuarenta mil reales de renta; que tiene una cintita atada al ojal y una crucecita a la sombra de la solapa; que es persona, en fin, cuya clase, familia y comodidades de ninguna manera se oponen a que tuviese una educación más escogida y modales más suaves e insinuantes. Mas la vanidad le ha sorprendido por donde ha sorprendido casi siempre a toda o a la mayor parte de nuestra clase media, y a toda nuestra clase baja. Es tal su patriotismo, que dará todas las lindezas del extranjero por un dedo de su país. Esta ceguedad le hace adoptar todas las responsabilidades de tan inconsiderado cariño; de paso que defiende que no hay vinos como los españoles, en lo cual bien pude de tener razón, defiende que no hay educación como la española, en

lo cual bien pudiera no tenerla; a trueque de defender que el cielo de Madrid es purísimo, defenderá que nuestras manolas son las más encantadoras de todas las mujeres: es un hombre, en fin, que vive de exclusivas, a quien le sucede poco más o menos lo que a una parienta mía, que se muere por las jorobas sólo porque tuvo un querido que llevaba una excrecencia bastante visible sobre entrambos omóplatos.

No hay que hablarle, pues, de estos usos sociales, de estos respetos mutuos, de estas reticencias urbanas, de esa delicadeza de trato que establece entre los hombres una preciosa armonía, diciendo sólo lo que debe agradar y callando siempre lo que puede ofender. Él se muere «por plantarle una fresca al lucero del alba», como suele decir, y cuando tiene un resentimiento, se le «espeta a uno cara a cara». Como tiene trocados todos los frenos, dice de los cumplimientos que ya sabe lo que quiere decir «cumpro» y «miento»; llama a la urbanidad hipocresía, y a la decencia monadas; a toda cosa buena le aplica un mal apodo; el lenguaje de la finura es para él poco más que griego: cree que toda la crianza está reducida a decir «Dios guarde a ustedes» al entrar en una sala, y añadir «con permiso de usted» cada vez que se mueve; a preguntar a cada uno por toda su familia, y a despedirse de todo el mundo; cosas todas que así se guardará él de olvidarlas como de tener pacto con franceses. En conclusión, hombres de estos que no saben levantarse para despedirse sino en corporación con alguno o algunos otros, que han de dejar humildemente debajo de una mesa su sombrero, que llaman su «cabeza», y que cuando se hallan en sociedad por desgracia sin un socorrido bastón, darían cualquier cosa por no tener manos ni brazos, porque en realidad no saben dónde ponerlos, ni qué cosa se puede hacer con los brazos en una sociedad.

Llegaron las dos, y como yo conocía ya a mi Braulio, no me pareció conveniente acicalarme demasiado para ir a comer; estoy seguro de que se hubiera picado; no quise, sin embargo, excusar un frac de color y un pañuelo blanco, cosa indispensable en un día de días en semejantes casas; vestime sobre todo lo más despacio que me fue posible, como se reconcilia al pie del suplicio el infeliz reo, que quisiera tener cien pecados más que contar para ganar tiempo; era citado a las dos, y entré en la sala a las dos y media.

No quiero hablar de las infinitas visitas ceremoniosas que antes de la hora de comer entraron y salieron en aquella casa, entre las cuales no eran de despreciar todos los empleados de su oficina, con sus señoras y sus niños, y sus capas, y sus paraguas, y sus chanclos, y sus perritos; dejome en blanco los necios cumplimientos que se dijeron al señor de los días; no hablo del inmenso círculo con que guarnecía la sala el concurso de tantas personas heterogéneas, que hablaron de que el tiempo iba a mudar, y de que en invierno suele hacer más frío que en verano. Vengamos al caso: dieron las cuatro y nos hallamos solos los convidados. Desgraciadamente para mí, el señor de X., que debía divertirnos tanto, gran conocedor de esta clase de convites, había tenido la habilidad de ponerse malo aquella mañana; el famoso T. se hallaba oportunamente comprometido para otro convite; y la señorita que tan bien había de cantar y tocar estaba ronca, en tal disposición que se asombraba ella misma de que se la entendiese una sola palabra, y tenía un panadizo en un dedo. ¡Cuántas esperanzas desvanecidas!

-Supuesto que estamos los que hemos de comer -exclamó don Braulio-, vamos a la mesa, querida mía.

-Espera un momento -le contestó su esposa casi al oído-, con tanta visita yo he faltado algunos momentos de allá dentro y...

-Bien, pero mira que son las cuatro.

-Al instante comeremos.

Las cinco eran cuando nos sentábamos a la mesa.

-Señores -dijo el anfitrión al vernos titubear en nuestras respectivas colocaciones-, exijo la mayor franqueza; en mi casa no se usan cumplimientos. ¡Ah, Fígaro!, quiero que estés con toda

comodidad; eres poeta, y además estos señores, que saben nuestras íntimas relaciones, no se ofenderán si te prefiero; quítate el frac, no sea que le manches.

-¿Qué tengo de manchar? -le respondí, mordiéndome los labios.

-No importa, te daré una chaqueta mía; siento que no haya para todos.

-No hay necesidad.

-¡Oh!, sí, sí, ¡mi chaqueta! Toma, mírala; un poco ancha te vendrá.

-Pero, Braulio...

-No hay remedio, no te andes con etiquetas.

Y en esto me quita él mismo el frac, velis nolis, y quedo sepultado en una cumplida chaqueta rayada, por la cual sólo asomaba los pies y la cabeza, y cuyas mangas no me permitirían comer probablemente. Dile las gracias: ¡al fin el hombre creía hacerme un obsequio!

Los días en que mi amigo no tiene convidados se contenta con una mesa baja, poco más que banqueta de zapatero, porque él y su mujer, como dice, ¿para qué quieren más? Desde la tal mesita, y como se sube el agua del pozo, hace subir la comida hasta la boca, adonde llega goteando después de una larga travesía; porque pensar que estas gentes han de tener una mesa regular, y estar cómodos todos los días del año, es pensar en lo excusado. Ya se concibe, pues, que la instalación de una gran mesa de convite era un acontecimiento en aquella casa; así que se había creído capaz de contener catorce personas que éramos en una mesa donde apenas podrían comer ocho cómodamente. Hubimos de sentarnos de medio lado, como quien va a arrimar el hombro a la comida, y entablaron los codos de los convidados íntimas relaciones entre sí con la más fraternal inteligencia del mundo. Colocáronme por mucha distinción entre un niño de cinco años, encaramado en unas almohadas que era preciso enderezar a cada momento porque lasladeaba la natural turbulencia de mi joven adlátere, y entre uno de esos hombres que ocupan en el mundo el espacio y sitio de tres, cuya corpulencia por todos lados se salía de madre de la única silla en que se hallaba sentado, digámoslo así, como en la punta de una aguja. Desdobláronse silenciosamente las servilletas, nuevas a la verdad, porque tampoco eran muebles en uso para todos los días, y fueron izadas por todos aquellos buenos señores a los ojales de sus fraques como cuerpos intermedios entre las salsas y las solapas.

-Ustedes harán penitencia, señores -exclamó el anfitrión una vez sentado-; pero hay que hacerse cargo de que no estamos en Genieys -frase que creyó preciso decir.

Necia afectación es ésta, si es mentira, dije yo para mí; y si verdad, gran torpeza convidar a los amigos a hacer penitencia.

Desgraciadamente no tardé mucho en conocer que había en aquella expresión más verdad de la que mi buen Braulio se figuraba. Interminables y de mal gusto fueron los cumplimientos con que para dar y recibir cada plato nos aburrimos unos a otros.

-Sírvase usted.

-Hágame usted el favor.

-De ninguna manera.

-No lo recibiré.

-Páselo usted a la señora.

-Está bien ahí.

-Perdone usted.

-Gracias.

-Sin etiqueta, señores -exclamó Braulio, y se echó el primero con su propia cuchara.

Sucedió a la sopa un cocido surtido de todas las sabrosas impertinencias de este engorrosísimo, aunque buen plato; cruza por aquí la carne; por allá la verdura; acá los garbanzos; allá el jamón; la gallina por derecha; por medio el tocino; por izquierda los embuchados de Extremadura. Siguió un plato de ternera mechada, que Dios maldiga, y a éste otro y otros y otros; mitad traídos de la fonda, que esto basta para que excusemos hacer su elogio, mitad hechos en casa por la criada de todos los días, por una vizcaína auxiliar tomada al intento para aquella festividad y por el ama de la casa, que en semejantes ocasiones debe estar en todo, y por consiguiente suele no estar nada.

-Este plato hay que disimularle -decía ésta de unos pichones-; están un poco quemados.

-Pero, mujer...

-Hombre, me aparté un momento, y ya sabes lo que son las criadas.

-¡Qué lástima que este pavo no haya estado media hora más al fuego! Se puso algo tarde.

-¿No les parece a ustedes que está algo ahumado este estofado?

-¿Qué quieres? Una no puede estar en todo.

-¡Oh, está excelente! -exclamábamos todos dejándonoslo en el plato-. ¡Excelente!

-Este pescado está pasado.

-Pues en el despacho de la diligencia del fresco dijeron que acababa de llegar. ¡El criado es tan bruto!

-¿De dónde se ha traído este vino?

-En eso no tienes razón, porque es...

-Es malísimo.

Estos diálogos cortos iban exornados con una infinidad de miradas furtivas del marido para advertirle continuamente a su mujer alguna negligencia, queriendo darnos a entender entrambos a dos que estaban muy al corriente de todas las fórmulas que en semejantes casos se reputan finura, y que todas las torpezas eran hijas de los criados, que nunca han de aprender a servir. Pero estas negligencias se repetían tan a menudo, servían tan poco ya las miradas, que le fue preciso al marido recurrir a los pellizcos y a los pisotones; y ya la señora, que a duras penas había podido hacerse superior hasta entonces a las persecuciones de su esposo, tenía la faz encendida y los ojos llorosos.

-Señora, no se incomode usted por eso -le dijo el que a su lado tenía.

-¡Ah!, les aseguro a ustedes que no vuelvo a hacer estas cosas en casa; ustedes no saben lo que es esto; otra vez, Braulio, iremos a la fonda y no tendrás...

-Usted, señora mía, hará lo que...

-¡Braulio! ¡Braulio!

Una tormenta espantosa estaba a punto de estallar; empero todos los convidados a porfía probamos a aplacar aquellas disputas, hijas del deseo de dar a entender la mayor delicadeza, para lo cual no fue poca parte la manía de Braulio y la expresión concluyente que dirigió de nuevo a la concurrencia acerca de la inutilidad de los cumplimientos, que así llamaba él a estar bien servido y al saber comer. ¿Hay nada más ridículo que estas gentes que quieren pasar por finas en medio de la más crasa ignorancia de los usos sociales; que para obsequiarle le obligan a usted a comer y beber por fuerza, y no le dejan medio de hacer su gusto? ¿Por qué habrá gentes que sólo quieren comer con alguna más limpieza los días de días?

A todo esto, el niño que a mi izquierda tenía, hacía saltar las aceitunas a un plato de magras con tomate, y una vino a parar a uno de mis ojos, que no volvió a ver claro en todo el día; y el señor gordo de mi derecha había tenido la precaución de ir dejando en el mantel, al lado de mi pan, los huesos de las suyas, y los de las aves que había roído; el convidado de enfrente, que se preciaba de

trinchador, se había encargado de hacer la autopsia de un capón, o sea gallo, que esto nunca se supo: fuese por la edad avanzada de la víctima, fuese por los ningunos conocimientos anatómicos del victimario, jamás parecieron las coyunturas. «Este capón no tiene coyunturas», exclamaba el infeliz sudando y forcejeando, más como quien cava que como quien trincha. ¡Cosa más rara! En una de las embestidas resbaló el tenedor sobre el animal como si tuviera escama, y el capón, violentamente despedido, pareció querer tomar su vuelo como en sus tiempos más felices, y se posó en el mantel tranquilamente como pudiera en un palo de un gallinero.

El susto fue general y la alarma llegó a su colmo cuando un surtidor de caldo, impulsado por el animal furioso, saltó a inundar mi limpiísima camisa: levántase rápidamente a este punto el trinchador con ánimo de cazar el ave prófuga, y al precipitarse sobre ella, una botella que tiene a la derecha, con la que tropieza su brazo, abandonando su posición perpendicular, derrama un abundante caño de Valdepeñas sobre el capón y el mantel; corre el vino, auméntase la algazara, llueve la sal sobre el vino para salvar el mantel; para salvar la mesa se ingiere por debajo de él una servilleta, y una eminencia se levanta sobre el teatro de tantas ruinas. Una criada toda azorada retira el capón en el plato de su salsa; al pasar sobre mí hace una pequeña inclinación, y una lluvia maléfica de grasa descende, como el rocío sobre los prados, a dejar eternas huellas en mi pantalón color de perla; la angustia y el aturdimiento de la criada no conocen término; retírase atolondrada sin acertar con las excusas; al volverse tropieza con el criado que traía una docena de platos limpios y una salvilla con las copas para los vinos generosos, y toda aquella máquina viene al suelo con el más horroroso estruendo y confusión. «¡Por San Pedro!», exclama dando una voz Braulio difundida ya sobre sus facciones una palidez mortal, al paso que brota fuego el rostro de su esposa. «Pero sigamos, señores, no ha sido nada», añade volviendo en sí.

¡Oh honradas casas donde un modesto cocido y un principio final constituyen la felicidad diaria de una familia, huid del tumulto de un convite de día de días! Sólo la costumbre de comer y servirse bien diariamente puede evitar semejantes destrozos.

¿Hay más desgracias? ¡Santo cielo! ¡Sí las hay para mí, infeliz! Doña Juana, la de los dientes negros y amarillos, me alarga de su plato y con su propio tenedor una fineza, que es indispensable aceptar y tragar; el niño se divierte en despedir a los ojos de los concurrentes los huesos disparados de las cerezas; don Leandro me hace probar el manzanilla exquisito, que he rehusado, en su misma copa, que conserva las indelebles señales de sus labios grasientos; mi gordo fuma ya sin cesar y me hace cañón de su chimenea; por fin, ¡oh última de las desgracias!, crece el alboroto y la conversación; roncadas ya las voces, piden versos y décimas y no hay más poeta que Fígaro.

-Es preciso.

-Tiene usted que decir algo -claman todos.

-Désele pie forzado; que diga una copla a cada uno.

-Yo le daré el pie: «A don Braulio en este día».

-Señores, ¡por Dios!

-No hay remedio.

-En mi vida he improvisado.

-No se haga usted el chiquito.

-Me marcharé.

-Cerrar la puerta.

-No se sale de aquí sin decir algo.

Y digo versos por fin, y vomito disparates, y los celebran, y crece la bulla y el humo y el infierno.

A Dios gracias, logro escaparme de aquel nuevo *Pandemonio*. Por fin, ya respiro el aire fresco y desembarazado de la calle; ya no hay necios, ya no hay castellanos viejos a mi alrededor.

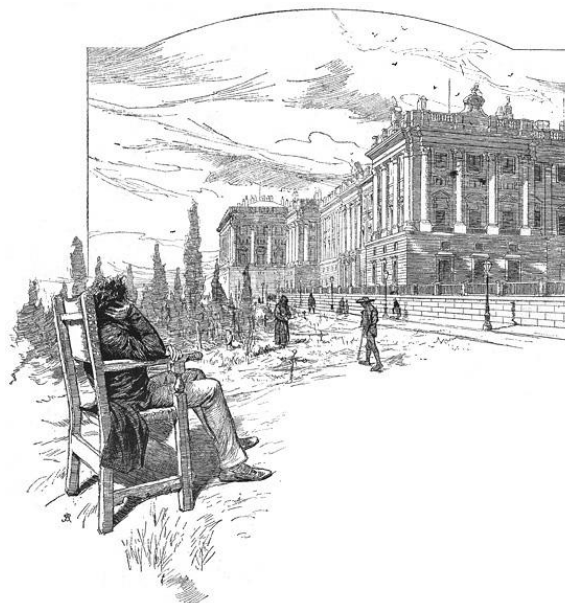
-¡Santo Dios, yo te doy gracias, exclamo respirando, como el ciervo que acaba de escaparse de una docena de perros y que oye ya apenas sus ladridos; para de aquí en adelante no te pido riquezas, no te pido empleos, no honores; líbrame de los convites caseros y de días de días; líbrame de estas casas en que es un convite un acontecimiento, en que sólo se pone la mesa decente para los convidados, en que creen hacer obsequios cuando dan mortificaciones, en que se hacen finezas, en que se dicen versos, en que hay niños, en que hay gordos, en que reina, en fin, la brutal franqueza de los castellanos viejos! Quiero que, si caigo de nuevo en tentaciones semejantes, me falte un roastbeef, desaparezca del mundo el beefsteak, se anonaden los timbales de macarrones, no haya pavos en Périgueux, ni pasteles en Perigord, se sequen los viñedos de Burdeos, y beban, en fin, todos menos yo la deliciosa espuma del champagne.

Concluida mi deprecación mental, corro a mi habitación a despojarme de mi camisa y de mi pantalón, reflexionando en mi interior que no son unos todos los hombres, puesto que los de un mismo país, acaso de un mismo entendimiento, no tienen las mismas costumbres, ni la misma delicadeza, cuando ven las cosas de tan distinta manera. Vístome y vuelo a olvidar tan funesto día entre el corto número de gentes que piensan, que viven sujetas al provechoso yugo de una buena educación libre y desembarazada, y que fingen acaso estimarse y respetarse mutuamente para no incomodarse, al paso que las otras hacen ostentación de incomodarse, y se ofenden y se maltratan, queriéndose y estimándose tal vez verdaderamente.

El Pobrecito Hablador, n.º 7, 11 de diciembre de 1832.

El Día de Difuntos de 1836. Fígaro en el cementerio

Beati qui moriuntur in domino



En atención a que no tengo gran memoria, circunstancia que no deja de contribuir a esta especie de felicidad que dentro de mí mismo me he formado, no tengo muy presente en qué artículo escribí (en los tiempos en que yo escribía) que vivía en un perpetuo asombro de cuantas cosas a mi vista se presentaban. Pudiera suceder también que no hubiera escrito tal cosa en ninguna parte, cuestión en verdad que dejaremos a un lado por hartos poco importante en época en que nadie parece acordarse de lo que ha dicho ni de lo que otros han hecho. Pero suponiendo que así fuese, hoy, día de difuntos de 1836, declaro que si tal dije, es como si nada hubiera dicho, porque en la actualidad maldito si me asombro de cosa alguna. He visto tanto, tanto, tanto... como dice alguien en *El Califa*. Lo que sí me sucede es no comprender claramente todo lo que veo, y así es que al amanecer un día de difuntos no me asombra precisamente que haya tantas gentes que vivan; sucédeme, sí, que no lo comprendo.

En esta duda estaba deliciosamente entretenido el día de los Santos, y fundado en el antiguo refrán que dice: *Fíate en la Virgen y no corras* (refrán cuyo origen no se concibe en un país tan eminentemente cristiano como el nuestro), encomendábame a todos ellos con tanta esperanza, que no tardó en cubrir mi frente una nube de melancolía; pero de aquellas melancolías de que sólo un liberal español en estas circunstancias puede formar una idea aproximada. Quiero dar una idea de esta melancolía; un hombre que cree en la amistad y llega a verla por dentro, un inexperto que se ha enamorado de una mujer, un heredero cuyo tío indiano muere de repente sin testar, un tenedor de bonos de Cortes, una viuda que tiene asignada pensión sobre el tesoro español, un diputado elegido en las penúltimas elecciones, un militar que ha perdido una pierna por el Estatuto, y se ha quedado sin pierna y sin Estatuto, un grande que fue liberal por ser prócer, y que se ha quedado sólo liberal, un general constitucional que persigue a Gómez, imagen fiel del hombre corriendo siempre tras la felicidad sin encontrarla en ninguna parte, un redactor del *Mundo* en la cárcel en virtud de la libertad de imprenta, un ministro de España y un rey, en fin, constitucional, son todos seres alegres y bulliciosos, comparada su melancolía con aquella que a mí me acosaba, me oprimía y me abrumaba en el momento de que voy hablando.

Volvíame y me revolvía en un sillón de estos que parecen camas, sepulcro de todas mis meditaciones, y ora me daba palmadas en la frente, como si fuese mi mal de casado, ora sepultaba

las manos en mis faltriqueras, a guisa de buscar mi dinero, como si mis faltriqueras fueran el pueblo español y mis dedos otros tantos gobiernos, ora alzaba la vista al cielo como si en calidad de liberal no me quedase más esperanza que en él, ora la bajaba avergonzado como quien ve un faccioso más, cuando un sonido lúgubre y monótono, semejante al ruido de los partes, vino a sacudir mi entorpecida existencia.

—¡Día de Difuntos! —exclamé.

Y el bronce herido que anunciaba con lamentable clamor la ausencia eterna de los que han sido, parecía vibrar más lúgubre que ningún año, como si presagiase su propia muerte. Ellas también, las campanas, han alcanzado su última hora, y sus tristes acentos son el estertor del moribundo; ellas también van a morir a manos de la libertad, que todo lo vivifica, y ellas serán las únicas en España ¡santo Dios!, que morirán colgadas. ¡Y hay justicia divina!

La melancolía llegó entonces a su término; por una reacción natural cuando se ha agotado una situación, ocurriome de pronto que la melancolía es la cosa más alegre del mundo para los que la ven, y la idea de servir yo entero de diversión...

—¡Fuera —exclamé—, fuera! —como si estuviera viendo representar a un actor español—: ¡fuera! —como si oyese hablar a un orador en las Cortes. Y arrojeme a la calle; pero en realidad con la misma calma y despacio como si tratase de cortar la retirada a Gómez.

Dirigíanse las gentes por las calles en gran número y larga procesión, serpenteando de unas en otras como largas culebras de infinitos colores: ¡al cementerio, al cementerio! ¡Y para eso salían de las puertas de Madrid!

Vamos claros, dije yo para mí, ¿dónde está el cementerio? ¿Fuera o dentro? Un vértigo espantoso se apoderó de mí, y comencé a ver claro. El cementerio está dentro de Madrid. Madrid es el cementerio. Pero vasto cementerio donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la urna cineraria de una esperanza o de un deseo.

Entonces, y en tanto que los que creen vivir acudían a la mansión que presumen de los muertos, yo comencé a pasear con toda la devoción y recogimiento de que soy capaz las calles del grande osario.

—¡Necios! —decía a los transeúntes—. ¿Os movéis para ver muertos? ¿No tenéis espejos por ventura? ¿Ha acabado también Gómez con el azogue de Madrid? ¡Miraos, insensatos, a vosotros mismos, y en vuestra frente veréis vuestro propio epitafio! ¿Vais a ver a vuestros padres y a vuestros abuelos, cuando vosotros sois los muertos? Ellos viven, porque ellos tienen paz; ellos tienen libertad, la única posible sobre la tierra, la que da la muerte; ellos no pagan contribuciones que no tienen; ellos no serán alistados ni movilizados; ellos no son presos ni denunciados; ellos, en fin, no gimen bajo la jurisdicción del celador del cuartel; ellos son los únicos que gozan de la libertad de imprenta, porque ellos hablan al mundo. Hablan en voz bien alta y que ningún jurado se atrevería a encausar y a condenar. Ellos, en fin, no reconocen más que una ley, la imperiosa ley de la Naturaleza que allí les puso, y ésa la obedecen.

—¿Qué monumento es éste? —exclamé al comenzar mi paseo por el vasto cementerio—. ¿Es él mismo un esqueleto inmenso de los siglos pasados o la tumba de otros esqueletos? «¡Palacio!» Por un lado mira a Madrid, es decir, a las demás tumbas; por otro mira a Extremadura, esa provincia virgen... como se ha llamado hasta ahora. Al llegar aquí me acordé del verso de Quevedo: «Y ni los v... ni los diablos veo». En el frontispicio decía: «Aquí yace el trono; nació en el reinado de Isabel la Católica, murió en La Granja de un aire colado». En el basamento se veían cetro y corona y demás ornamentos de la dignidad real. «La Legitimidad», figura colosal de mármol negro, lloraba encima. Los muchachos se habían divertido en tirarle piedras, y la figura maltratada llevaba sobre sí las muestras de la ingratitud.

¿Y este mausoleo a la izquierda? «La armería.» Leamos:

«Aquí yace el valor castellano, con todos sus pertrechos».

Los Ministerios: «Aquí yace media España; murió de la otra media».

Doña María de Aragón: «Aquí yacen los tres años».

Y podía haberse añadido: aquí callan los tres años. Pero el cuerpo no estaba en el sarcófago; una nota al pie decía:

«El cuerpo del santo se trasladó a Cádiz en el año 23, y allí por descuido cayó al mar».

Y otra añadía, más moderna sin duda: «Y resucitó al tercero día».

Más allá: ¡Santo Dios!, «Aquí yace la Inquisición, hija de la fe y del fanatismo: murió de vejez». Con todo, anduve buscando alguna nota de resurrección: o todavía no la habían puesto, o no se debía de poner nunca.

Alguno de los que se entretienen en poner letreros en las paredes había escrito, sin embargo, con yeso en una esquina, que no parecía sino que se estaba saliendo, aun antes de borrarse: «Gobernación». ¡Qué insolentes son los que ponen letreros en las paredes! Ni los sepulcros respetan.

¿Qué es esto? ¡La cárcel! «Aquí reposa la libertad del pensamiento.» ¡Dios mío, en España, en el país ya educado para instituciones libres! Con todo, me acordé de aquel célebre epitafio y añadí involuntariamente:

*Aquí el pensamiento reposa,
en su vida hizo otra cosa.*

Dos redactores del *Mundo* eran las figuras lacrimatorias de esta grande urna. Se veían en el relieve una cadena, una mordaza y una pluma. Esta pluma, dije para mí, ¿es la de los escritores o la de los escribanos? En la cárcel todo puede ser.

«La calle de Postas», «la calle de la Montera». Éstos no son sepulcros. Son osarios, donde, mezclados y revueltos, duermen el comercio, la industria, la buena fe, el negocio.

Sombras venerables, ¡hasta el valle de Josafat!

Correos. «¡Aquí yace la subordinación militar!»

Una figura de yeso, sobre el vasto sepulcro, ponía el dedo en la boca; en la otra mano una especie de jeroglífico hablaba por ella: una disciplina rota.

Puerta del Sol. La Puerta del Sol: ésta no es sepulcro sino de mentiras.

La Bolsa. «Aquí yace el crédito español». Semejante a las pirámides de Egipto, me pregunté, ¿es posible que se haya erigido este edificio sólo para enterrar en él una cosa tan pequeña?

La Imprenta Nacional. Al revés que la Puerta del Sol, éste es el sepulcro de la verdad. Única tumba de nuestro país donde a uso de Francia vienen los concurrentes a echar flores.

La Victoria. Ésa yace para nosotros en toda España. Allí no había epitafio, no había monumento. Un pequeño letrero que el más ciego podía leer decía sólo: «¡Este terreno le ha comprado a perpetuidad, para su sepultura, la junta de enajenación de conventos!»

¡Mis carnes se estremecieron! ¡Lo que va de ayer a hoy! ¿Irá otro tanto de hoy a mañana?

Los teatros. «Aquí reposan los ingenios españoles.» Ni una flor, ni un recuerdo, ni una inscripción.

«El Salón de Cortes». Fue casa del Espíritu Santo; pero ya el Espíritu Santo no baja al mundo en lenguas de fuego.

*Aquí yace el Estatuto,
vivió y murió en un minuto.*

Sea por muchos años, añadí, que sí será: éste debió de ser raquítico, según lo poco que vivió.

«El Estamento de Próceres.» Allá en el Retiro. Cosa singular. ¡Y no hay un Ministerio que dirija las cosas del mundo, no hay una inteligencia previsora, inexplicable! Los próceres y su sepulcro en el Retiro.

El sabio en su retiro y villano en su rincón.

Pero ya anochecía, y también era hora de retiro para mí. Tendí una última ojeada sobre el vasto cementerio. Olía a muerte próxima. Los perros ladraban con aquel aullido prolongado, intérprete de su instinto agorero; el gran coloso, la inmensa capital, toda ella se removía como un moribundo que tantea la ropa; entonces no vi más que un gran sepulcro: una inmensa lápida se disponía a cubrirle como una ancha tumba.

No había «aquí yace» todavía; el escultor no quería mentir; pero los nombres del difunto saltaban a la vista ya distintamente delineados.

«¡Fuera —exclamé— la horrible pesadilla, fuera! ¡Libertad! ¡Constitución! ¡Tres veces! ¡Opinión nacional! ¡Emigración! ¡Vergüenza! ¡Discordia!» Todas estas palabras parecían repetirme a un tiempo los últimos ecos del clamor general de las campanas del día de Difuntos de 1836.

Una nube sombría lo envolvió todo. Era la noche. El frío de la noche helaba mis venas. Quise salir violentamente del horrible cementerio. Quise refugiarme en mi propio corazón, lleno no ha mucho de vida, de ilusiones, de deseos.

¡Santo cielo! También otro cementerio. Mi corazón no es más que otro sepulcro. ¿Qué dice? Leamos. ¿Quién ha muerto en él? ¡Espantoso letrero! «¡Aquí yace la esperanza!»

¡Silencio, silencio!

El Español, n.º 368, 2 de noviembre de 1836.

El mundo todo es máscaras. Todo el año es carnaval

¿Qué gente hay allá arriba, que anda tal estrépito? ¿Son locos?

Moratin, *Comedia nueva*



No hace muchas noches que me hallaba encerrado en mi cuarto, y entregado a profundas meditaciones filosóficas, nacidas de la dificultad de escribir diariamente para el público. ¿Cómo contentar a los necios y a los discretos, a los cuerdos y a los locos, a los ignorantes y los entendidos que han de leerme, y sobre todo a los dichosos y a los desgraciados, que con tan distintos ojos suelen ver una misma cosa?

.....

Animado con esta reflexión, cogí la pluma y ya iba a escribir nada menos que un elogio de todo lo que veo a mi alrededor, el cual pensaba rematar con cierto discurso encomiástico acerca de lo adelantado que está el arte de la declamación en el país, para contentar a todo el que se me pusiera por delante, que esto es lo que conviene en estos tiempos tan valentones que corren; pero tropecé con el inconveniente de que los hombres sensatos habían de sospechar que el dicho elogio era burla, y esta reflexión era más pesada que la anterior.

Al llegar aquí arrojé la pluma, despedido y decidido a consultar todavía con la almohada si en los términos de lo lícito me quedaba algo que hablar, para lo cual determiné verme con un amigo, abogado *por más señas*, lo que basta para que se infiera si debe de ser hombre entendido, y que éste, registrando su *Novísima* y sus *Partidas*, me dijese para de aquí en adelante qué es lo que me está prohibido, pues en verdad que es mi mayor deseo ir con la corriente de las cosas sin andarme a buscar «cotufas en el golfo», ni el mal fuera de mi casa, cuando dentro de ella tengo el bien.

En esto estaba ya para dormirme, a lo cual había contribuido no poco el esfuerzo que había hecho para componer mi elogio de modo que tuviera trazas de cosa formal; pero Dios no lo quiso así, o a lo que yo tengo por más cierto, un amigo que me alborotó la casa, y que se introdujo en mi cuarto dando voces en los términos siguientes, u otros semejantes:

-¡Vamos a las máscaras, Bachiller! -me gritó.

-¿A las máscaras?

-No hay remedio; tengo un coche a la puerta, ¡a las máscaras! Iremos a algunas casas particulares, y concluiremos la noche en uno de los grandes bailes de suscripción.

-Que te diviertas: yo me voy a acostar.

-¡Qué despropósito! No lo imagines: precisamente te traigo un dominó negro y una careta.

-¡Adiós! Hasta mañana.

-¿Adónde vas? Mira, mi querido Munguía, tengo interés en que vengas conmigo; sin ti no voy, y perderé la mejor ocasión del mundo...

-¿De veras?

-Te lo juro.

-En ese caso, vamos. ¡Paciencia! Te acompañaré.

De mala gana entré dentro de un amplio ropaje, bajé la escalera, y me dejé arrastrar al compás de las exclamaciones de mi amigo, que no cesaba de gritarme:

-¡Cómo nos vamos a divertir! ¡Qué noche tan deliciosa hemos de pasar!

Era el coche alquilón; a ratos parecía que andábamos tanto atrás como adelante, a modo de quien pisa nieve; a ratos que estábamos columpiándonos en un mismo sitio; llegó por fin a ser tan completa la ilusión, que temeroso yo de alguna pesada burla de carnaval, parecida al viaje de Don Quijote y Sancho en el Clavileño, abrí la ventanilla más de una vez, deseoso de investigar si después de media hora de viaje estaríamos todavía a la puerta de mi casa, o si habríamos pasado ya la línea, como en la aventura de la barca del Ebro.

Ello parecerá increíble, pero llegamos, quedándome yo, sin embargo, en la duda de si habría andado el coche hacia la casa o la casa hacia el coche; subimos la escalera, verdadera imagen de la primera confusión de los elementos: un Edipo, sacando el reloj y viendo la hora que era; una vestal, atándose una liga elástica y dejando a su criado los chanclos y el capote escocés para la salida; un romano coetáneo de Catón dando órdenes a su cochero para encontrar su landó dos horas después; un indio no conquistado todavía por Colón, con su papeleta impresa en la mano y bajando de un birlocho; un Oscar acabando de fumar un cigarrillo de papel para entrar en el baile; un moro santiguándose asombrado al ver el gentío; cien dominós, en fin, subiendo todos los escalones sin que se sospechara que hubiese dentro quien los moviese y tapándose todos las caras, sin saber los más para qué, y muchos sin ser conocidos de nadie.

Después de un molesto reconocimiento del billete y del sello y la rúbrica y la contraseña, entramos en una salita que no tenía más defecto que estar las paredes demasiado cerca unas de otras; pero ello es más preciso tener máscaras que sala donde colocarlas. Algún ciego alquilado para toda la noche, como la araña y la alfombra, y para descansarle un *piano*, tan *piano* que nadie lo consiguió oír jamás, eran la música del baile, donde nadie bailó. Poníanse, sí, de vez en cuando a modo de parejas la mitad de los concurrentes, y dábanse con la mayor intención de ánimo sendos enconrones a derecha e izquierda, y aquello era el bailar, si se nos permite esta expresión.

Mi amigo no encontró lo que buscaba, y según yo llegué a presumir, consistió en que no buscaba nada, que es precisamente lo mismo que a otros muchos les acontece. Algunas madres, sí, buscaban a sus hijas, y algunos maridos a sus mujeres; pero ni una sola hija buscaba a su madre, ni una sola mujer a su marido.

-Acaso -decían- se habrán quedado dormidas entre la confusión en alguna otra pieza...

-Es posible -decía yo para mí-, pero no es probable.

Una máscara vino disparada hacia mí.

-¿Eres tú? -me preguntó misteriosamente.

-Yo soy -le respondí, seguro de no mentir.

-Conocí el dominó; pero esta noche es imposible: Paquita está ahí, mas el marido se ha empeñado en venir; no sabemos por dónde diantres ha encontrado billetes.

-¡Lástima grande!

-¡Mira tú qué ocasión! Te hemos visto, y no atreviéndose a hablarte ella misma, me envía para decirte que mañana sin falta os veréis en la Sartén... Dominó encarnado y lazos blancos.

-Bien.

-¿Estás?

-No faltaré.

-¿Y tu mujer, hombre? -le decía a un ente rarísimo que se había vestido todo de cuernecitos de abundancia, un dominó negro que llevaba otro igual del brazo.

-Durmiendo estará ahora; por más que he hecho, no he podido decidirla a que venga; no hay otra más enemiga de diversiones.

-Así descansas tú en su virtud: ¿piensas estar aquí toda la noche?

-No, hasta las cuatro.

-Haces bien.

En esto se había alejado el de los cuernecillos, y entreoí estas palabras:

-Nada ha sospechado.

-¿Cómo era posible? Si salí una hora después que él...

-¿A las cuatro ha dicho?

-Sí.

-Tenemos tiempo. ¿Estás segura de la criada?

-No hay cuidado alguno, porque...

Una oleada cortó el hilo de mi curiosidad; las demás palabras del diálogo se confundieron con las repetidas voces de: «¿Me conoces?», «Te conozco», etcétera, etcétera.

¿Pues no parecía estrella mía haber traído esta noche un dominó igual al de todos los amantes, más feliz por cierto que Quevedo, que se parecía de noche a cuantos esperaban para pegarlos?

-¡Chis! ¡Chis! Por fin te encontré -me dijo otra máscara esbelta asiéndome del brazo, y con su voz tierna y agitada por la esperanza satisfecha-. ¿Hace mucho que me buscabas?

-No por cierto, porque no esperaba encontrarte.

-¡Ay! ¡Cuánto me has hecho pasar desde antes de anoche! No he visto hombre más torpe; yo tuve que componerlo todo; y la fortuna fue haber convenido antes en no darnos nuestros nombres, ni aun por escrito. Si no...

-¿Pues qué hubo?

-¿Qué había de haber? El que venía conmigo era Carlos mismo.

-¿Qué dices?

-Al ver que me alargabas el papel, tuve que hacerme la desentendida y dejarlo caer, pero él le vio y le cogió. ¡Qué angustias!

-¿Y cómo saliste del paso?

-Al momento me ocurrió una idea. «¿Qué papel es ese?», le dije. «Vamos a verle; será de algún enamorado»: se lo arrebató, veo que empieza «querida Anita»; cuando no vi mi nombre respiré; empecé a echarlo a broma. «¿Quién será el desesperado?», le decía riéndome a carcajadas; «veamos.» Y él mismo leyó el billete, donde me decías que esta noche nos veríamos aquí, si podía venir sola. ¡Si vieras cómo se reía!

-¡Cierto que fue gracioso!

-Sí, pero, por Dios, «don Juan, de éstas, pocas».

Acompañé largo rato a mi amante desconocida, siguiendo la broma lo mejor que pude... El lector comprenderá fácilmente que bendije las máscaras, y sobre todo el talismán de mi impagable dominó.

Salimos por fin de aquella casa, y no pude menos de soltar la carcajada al oír a un máscara que a mi lado bajaba:

-¡Pesia a mí! -le decía a otro-; no ha venido; toda la noche he seguido a otra creyendo que era ella, hasta que se ha quitado la careta. ¡La vieja más fea de Madrid! No ha venido; en mi vida pasé rato más amargo. ¿Quién sabe si el papel de la otra noche lo habrá echado todo a perder? Si don Carlos lo cogió...

-Hombre, no tengas cuidado.

-¡Paciencia! Mañana será otro día. Yo con ese temor me he guardado muy bien de traer el dominó cuyas señas le daba en la carta.

-Hiciste bien.

-Perfectísimamente -repetí yo para mí, y salime riendo de los azares de la vida.

Bajamos atropellando un rimero de criados y capas tendidos aquí y allí por la escalera. La noche no dejó de tener tampoco algún contratiempo para mí. Yo me había llevado la querida de otro; en justa compensación otro se había llevado mi capa, que debía parecerse a la suya, como se parecía mi dominó al del desventurado querido. «Ya estás vengado -exclamé-, oh burlado mancebo.»

Felizmente yo, al entregarla en la puerta, había tenido la previsión de despedirme de ella tiernamente para toda mi vida. ¡Oh previsión oportuna! Ciertamente que no nos volveremos a encontrar mi capa y yo en este mundo perecedero; había salido ya de la casa, había andado largo trecho, y aún volvía la cabeza de rato en rato hacia sus altas paredes, como Héctor al dejar a su Andrómaca, diciendo para mí: «Allí quedó, allí la dejé, allí la vi por la última vez».

Otras casas recorrimos, en todas el mismo cuadro: en ninguna nos admiró encontrar intrigas amorosas, madres burladas, chasqueados esposos o solícitos amantes. No soy de aquellos que echan de menos la acción en una buena cantatriz, o alaban la voz de un mal comediante, y por tanto no voy a buscar virtudes a las máscaras. Pero nunca llegué a comprender el afán que por asistir al baile había manifestado tantos días seguidos don Cleto, que hizo toda la noche de una silla cama y del estruendo arrullo; no entiendo todavía a don Jorge cuando dice que estuvo en la función, habiéndole visto desde que entró hasta que salió en derredor de una mesa en un verdadero *ecarté*. Toda la diferencia estaba en él con respecto a las demás noches, en ganar o perder vestido de mamarracho. Ni me sé explicar de una manera satisfactoria la razón en que se fundan para creer ellos mismos que se divierten un enjambre de máscaras que vi buscando siempre, y no encontrando jamás, sin hallar a quien embromar ni quien los embrome, que no bailan, que no hablan, que vagan errantes de sala en sala, como si de todas les echaran, imitando el vuelo de la mosca, que parece no tener nunca objeto determinado. ¿Es por ventura un apetito desordenado de hallarse donde se hallan todos, hijo de la pueril vanidad del hombre? ¿Es por aturdirse a sí mismos y creerse felices por espacio de una noche entera? ¿Es por dar a entender que también tienen un interés y una intriga? Algo nos inclinamos a creer lo último, cuando observamos que los más de éstos os dicen, si los habéis conocido: «¡Chitón! ¡Por Dios! No digáis nada a nadie». Seguidlos, y os convenceréis de que no tienen motivos ni para descubrirse ni para taparse. Andan, sudan, gastan, salen quebrantados del baile... nunca empero se les olvida salir los últimos, y decir al despedirse: «¿Mañana es el baile en Solís? Pues hasta mañana». «¿Pasado mañana es en San Bernardino? ¡Diez onzas diera por un billete!»

Ya que sin respeto a mis lectores me he metido en estas reflexiones filosóficas, no dejaré pasar en silencio antes de concluir las la más principal que me ocurría. ¿Qué mejor careta ha menester don Braulio que su hipocresía? Pasa en el mundo por un santo, oye misa todos los días, y reza sus devociones; a merced de esta máscara que tiene constantemente adoptada, mirad cómo engaña,

cómo intriga, cómo murmura, cómo roba... ¡Qué empeño de no parecer Julianita lo que es! ¿Para eso sólo se pone un rostro de cartón sobre el suyo? ¿Teme que sus facciones delaten su alma? Viva tranquila; tampoco ha menester careta. ¿Veis su cara angelical? ¡Qué suavidad! ¡Qué atractivo! ¡Cuán fácil trato debe de tener! No puede abrigar vicio alguno. Miradla por dentro, observadores de superficies: no hay día que no engañe a un nuevo pretendiente; veleidosa, infiel, perjura, desvanecida, envidiosa, áspera con los suyos, insufrible y altanera con su esposo: ésa es la hermosura perfecta, cuya cara os engaña más que su careta. ¿Veis aquel hombre tan amable y tan cortés, tan comedido con las damas en sociedad? ¡Qué deferencia! ¡Qué previsión! ¡Cuán sumiso debe ser! No le escoja sólo por eso para esposo, encantadora Amelia; es un tirano grosero de la que le entrega su corazón. Su cara es también más pérfida que su careta; por ésta no estás expuesta a equivocarte, porque nada juzgas por ella; ¡pero la otra...! Imperfecta discípula de Lavater, crees que debe ser tu clave, y sólo puede ser un pérfido guía, que te entrega a tu enemigo.

Bien presumirá el lector que al hacer estas metafísicas indagaciones algún pesar muy grande debía afligirme, pues nunca está el hombre más filósofo que en sus malos ratos; el que no tiene fortuna se encasqueta su filosofía, como un falto de pelo su *bisoñé*; la filosofía es, efectivamente, para el desdichado lo que la peluca para el calvo; de ambas maneras se les figura a entrambos que ocultan a los ojos de los demás la inmensa laguna que dejó en ellos por llenar la naturaleza madrastra.

Así era: un pesar me afligía. Habíamos entrado ya en uno de los principales bailes de esta corte; el continuo transpirar, el estar en pie la noche entera, la hora avanzada y el mucho cavilar, habían debilitado mis fuerzas en tales términos que el hambre era a la sazón mi maestro de filosofía. Así de mi amigo, y de común acuerdo nos decidimos a cenar lo más espléndidamente posible. ¡Funesto error! Así se refugiaban máscaras a aquel estrecho local, y se apiñaban y empujaban unas a otras, como si fuera de la puerta las esperase el más inminente peligro. Iban y venían los mozos aprovechando claros y describiendo sinuosidades, como el arroyo que va buscando para correr entre las breñas las rendijas y agujeros de las piedras. Era tarde ya; apenas había un plato de que disponer; pedimos sin embargo, de lo que había, y nos trajeron varios restos de manjares que alguno que había cenado antes que nosotros había tenido la previsión de dejar sobrantes. «Hicimos semblante» de comer, según decían nuestros antepasados, y como dicen ahora nuestros vecinos, y pagamos como si hubiéramos comido.

Ésta ha sido la primera vez en mi vida, salí diciendo, que me ha costado dinero un rato de hambre.

Entrámonos de nuevo en el salón de baile y, cansado ya de observar y de oír sandeces, prueba irrefragable de lo reducido que es el número de hombres dotados por el cielo con travesura y talento, toda mi ambición se limitó a conquistar con los codos y los pies un rincón donde ceder algunos minutos a la fatiga. Allí me recosté, púseme la careta para poder dormir sin excitar la envidia de nadie, y columpiándose mi imaginación entre mil ideas opuestas, hijas de la confusión de sensaciones encontradas de un baile de máscaras, me dormí, mas no tan tranquilamente como lo hubiera yo deseado.

Los fisiólogos saben mejor que nadie, según dicen, que el sueño y el ayuno, prolongado sobre todo, predisponen la imaginación débil y acalorada del hombre a las visiones nocturnas y aéreas, que vienen a tornar en nuestra irritable fantasía formas corpóreas cuando están nuestros párpados aletargados por Morfeo. Más de cuatro que han pasado en este bajo suelo por haber visto realmente lo que realmente no existe, han debido al sueño y al ayuno sus estupendas apariciones. Esto es precisamente lo que a mí me aconteció, porque al fin, según expresión de Terencio, homo sum et nihil humani a me alienum puto.

No bien había cedido al cansancio, cuando imaginé hallarme en una profunda oscuridad; reinaba el silencio en torno mío; poco a poco una luz fosfórica fue abriéndose paso lentamente por entre las tinieblas, y una redoma mágica se me fue acercando misteriosamente por sí sola, como un luminoso meteoro. Saltó un tapón con que venía herméticamente cerrada, un torrente de luz se escapó de su

cuello destapado, y todo volvió a quedar en la oscuridad. Entonces sentí una mano fría como el mármol que se encontró con la mía; un sudor yerto me cubrió; sentí el crujir de la ropa de una fantasma bulliciosa que ligeramente se movía a mi lado, y una voz semejante a un leve soplo me dijo con acentos que no tienen entre los hombres signos representativos: «Abre los ojos, Bachiller; si te inspiro confianza, sígueme»; el aliento me faltó flaquearon mis rodillas; pero la fantasma despidió de sí un pequeño resplandor, semejante al que produce un fumador en una escalera tenebrosa aspirando el humo de su cigarro, y a su escasa luz reconocí brevemente a Asmodeo, héroe del *Diablo Cojuelo*.

-Te conozco -me dijo-, no temas; vienes a observar el carnaval en un baile de máscaras. ¡Necio!, ven conmigo; do quiera hallarás máscaras, do quiera carnaval, sin esperar al segundo mes del año.

Arrebatome entonces insensible y rápidamente, no sé si sobre algún dragón alado, o vara mágica, o cualquier otro bagaje de esta especie. Ello fue que alzarme del sitio que ocupaba y encontrarnos suspendidos en la atmósfera sobre Madrid, como el águila que se columpia en el aire buscando con vista penetrante su temerosa presa, fue obra de un instante. Entonces vi al través de los tejados como pudiera al través del vidrio de un excelente anteojo de larga vista.

-Mira -me dijo mi extraño *cicerone*-. ¿Qué ves en esa casa?

-Un joven de sesenta años disponiéndose a asistir a una *suaré*; pantorrillas postizas, porque va de calzón; un frac diplomático; todas las maneras afectadas de un seductor de veinte años; una persuasión, sobre todo, indestructible de que su figura hace conquistas todavía...

-¿Y allí?

-Una mujer de cincuenta años.

-Obsérvala; se tiñe los blancos cabellos.

-¿Qué es aquello?

-Una caja de dientes; a la izquierda una pastilla de color; a la derecha un polisón.

-¡Cómo se ciñe el corsé! Va a exhalar el último aliento.

-Repara su gesticulación de coqueta.

-¡Ente execrable! ¡Horrible desnudez!

-Más de una ha deslumbrado tus ojos en algún sarao, que debieras haber visto en ese estado para ahorrarte algunas locuras.

-¿Quién es aquel más allá?

-Un hombre que pasa entre vosotros los hombres por sensato; todos le consultan: es un célebre abogado; la librería que tiene al lado es el disfraz con que os engaña. Acaba de asegurar a un litigante con sus libros en la mano que su pleito es imperdible; el litigante ha salido; mira cómo cierra los libros en cuanto salió, como tú arrojarás la careta en llegando a tu casa. ¿Ves su sonrisa maligna? Parece decir: venid aquí, necios; dadme vuestro oro; yo os daré papeles, yo os daré frases. Mañana seré juez; seré el intérprete de Temis. ¿No te parece ver al loco de Cervantes, que se creía Neptuno?

Observa más abajo: un moribundo; ¿oyes cómo se arrepiente de sus pecados? Si vuelve a la vida, tornará a las andadas. A su cabecera tiene a un hombre bien vestido, un bastón en una mano, una receta en la otra: «O la tomas, o te pego. Aquí tienes la salud», parece decirle, «yo sano los males, yo los conozco»; observa con qué seriedad lo dice; parece que lo cree él mismo; parece perdonarle la vida que se le escapa ya al infeliz. «No hay cuidado», sale diciendo; ya sube en su bombé; ¿oyes el chasquido del látigo?

-Sí.

-Pues oye también el último ay del moribundo, que va a la eternidad, mientras que el doctor corre a embromar a otro con su disfraz de sabio. Ven a ese otro barrio.

-¿Qué es eso?

-Un duelo. ¿Ves esas caras tan compungidas?

-Sí.

-Míralas con este antejo.

-¡Cielos! La alegría rebosa dentro, y cuenta los días que el decoro le podrá impedir salir al exterior.

-Mira una boda; con qué buena fe se prometen los novios eterna constancia y fidelidad.

.....

-¿Quién es aquél?

-Un militar; observa cómo se paga de aquel oro que adorna su casaca. ¡Qué de trapitos de colores se cuelga de los ojales! ¡Qué vano se presenta! «Yo sé ganar batallas», parece que va diciendo.

-¿Y no es cierto? Ha ganado la de ***.

-¡Insensato! Ésa no la ganó él, sino que la perdió el enemigo.

-Pero...

-No es lo mismo.

-¿Y la otra de ***?

-La casualidad... Se está vistiendo de grande uniforme, es decir, disfrazando; con ese disfraz todos le dan V. E.; él y los que así le ven, creen que ya no es un hombre como todos.

.....

-Ya lo ves; en todas partes hay máscaras todo el año; aquel mismo amigo que te quiere hacer creer que lo es, la esposa que dice que te ama, la querida que te repite que te adora, ¿no te están embromando toda la vida? ¿A qué, pues, esa prisa de buscar billetes? Sal a la calle y verás las máscaras de balde. Sólo te quiero enseñar, antes de volverte a llevar donde te he encontrado - concluyó Asmodeo-, una casa donde dicen especialmente que no las hay este año. Quiero desencantarte.

Al decir esto pasábamos por el teatro.

-Mira allí -me dijo- a un autor de comedia. Dice que es un gran poeta. Está muy persuadido de que ha escrito los sentimientos de Orestes y de Nerón y de Otelo... ¡Infeliz! ¿Pero qué mucho? Un inmenso concurso se lo cree también. ¡Ya se ve! Ni unos ni otros han conocido a aquellos señores. Repara y riéte a tu salvo. ¿Ves aquellos grandes palos pintados, aquellos lienzos corredizos? Dicen que aquello es el campo, y casas, y habitaciones, ¡y qué más sé yo! ¿Ves aquel que sale ahora? Aquél dice que es el grande sacerdote de los griegos, y aquel otro Edipo, ¿los conoces tú?

-Sí; por más señas que esta mañana los vi en misa.

-Pues míralos; ahora se desnudan, y el gran sacerdote, y Edipo, y Yocasta, y el pueblo tebano entero, se van a cenar sin más acompañamiento, y dejándose a su patria entre bastidores, algún carnero verde, o si quieres un excelente beefsteak hecho en casa de Genyeis. ¿Quieres oír a Semíramis?

-¿Estás loco, Asmodeo? ¿A Semíramis?

-Sí; mírala; es una excelente conocedora de la música de Rossini. ¿Oíste qué bien cantó aquel adagio? Pues es la viuda de Nino; ya expira; a imitación del cisne, canta y muere.

Al llegar aquí estábamos ya en el baile de máscaras; sentí un golpe ligero en una de mis mejillas. «¡Asmodeo!», grité. Profunda oscuridad; silencio de nuevo en torno mío. «¡Asmodeo!», quise gritar de nuevo; despiértame empero el esfuerzo. Llena aún mi fantasía de mi nocturno viaje, abro los ojos, y todos los trajes apiñados, todos los países me rodean en breve espacio; un chino, un marinero, un abate, un indio, un ruso, un griego, un romano, un escocés... ¡Cielos! ¿Qué es esto? ¿Ha sonado ya la trompeta final? ¿Se han congregado ya los hombres de todas las épocas y de todas las zonas de la tierra, a la voz del Omnipotente, en el valle de Josafat...? Poco a poco vuelvo en mí, y asustando a un turco y una monja entre quienes estoy, exclamo con toda la filosofía de un hombre que no ha cenado, e imitando las expresiones de Asmodeo, que aún suenan en mis oídos: «El mundo todo es máscaras: todo el año es carnaval».

El Pobrecito Hablador, n.º 12, 14 de marzo de 1833.



En este país

Hay en el lenguaje vulgar frases afortunadas que nacen en buena hora y que se derraman por toda una nación, así como se propagan hasta los términos de un estanque las ondas producidas por la caída de una piedra en medio del agua. Muchas de este género pudiéramos citar, en el vocabulario político sobre todo; de esta clase son aquellas que, halagando las pasiones de los partidos, han resonado tan funestamente en nuestros oídos en los años que van pasados de este siglo, tan fecundo en mutaciones de escena y en cambio de decoraciones. Cae una palabra de los labios de un perorador en un pequeño círculo, y un gran pueblo, ansioso de palabras, la recoge, la pasa de boca en boca, y con la rapidez del golpe eléctrico un crecido número de máquinas vivientes la repite y la consagra, las más veces sin entenderla, y siempre sin calcular que una palabra sola es a veces palanca suficiente a levantar la muchedumbre, inflamar los ánimos y causar en las cosas una revolución.

Estas voces favoritas han solido siempre desaparecer con las circunstancias que las produjeran. Su destino es, efectivamente, como sonido vago que son, perderse en la lontananza, conforme se apartan de la causa que las hizo nacer. Una frase, empero, sobrevive siempre entre nosotros, cuya existencia es tanto más difícil de concebir, cuanto que no es de la naturaleza de esas de que acabamos de hablar; éstas sirven en las revoluciones a lisonjear a los partidos y a humillar a los caídos, objeto que se entiende perfectamente, una vez conocida la generosa condición del hombre; pero la frase que forma el objeto de este artículo se perpetúa entre nosotros, siendo sólo un funesto padrón de ignominia para los que la oyen y para los mismos que la dicen; así la repiten los vencidos como los vencedores, los que no pueden como los que no quieren extirparla; los propios, en fin, como los extraños.

«En este país...», ésta es la frase que todos repetimos a porfía, frase que sirve de clave para toda clase de explicaciones, cualquiera que sea la cosa que a nuestros ojos choque en mal sentido. «¿Qué quiere usted?» -decimos-, «¡en este país!» Cualquier acontecimiento desagradable que nos suceda, creemos explicarle perfectamente con la frasecilla: «¡Cosas de este país!», que con vanidad pronunciamos y sin pudor alguno repetimos.

¿Nace esta frase de un atraso reconocido en toda la nación? No creo que pueda ser éste su origen, porque sólo puede conocer la carencia de una cosa el que la misma cosa conoce: de donde se infiere que si todos los individuos de un pueblo conociesen su atraso, no estarían realmente atrasados. ¿Es la pereza de imaginación o de raciocinio que nos impide investigar la verdadera razón de cuanto nos sucede, y que se goza en tener una muletilla siempre a mano con que responderse a sus propios argumentos, haciéndose cada uno la ilusión de no creerse cómplice de un mal, cuya responsabilidad descarga sobre el estado del país en general? Esto parece más ingenioso que cierto.

Creo entrever la causa verdadera de esta humillante expresión. Cuando se halla un país en aquel crítico momento en que se acerca a una transición, y en que, saliendo de las tinieblas, comienza a brillar a sus ojos un ligero resplandor, no conoce todavía el bien, empero ya conoce el mal, de donde pretende salir para probar cualquiera otra cosa que no sea lo que hasta entonces ha tenido. Sucédele lo que a una joven bella que sale de la adolescencia; no conoce el amor todavía ni sus goces; su corazón, sin embargo, o la naturaleza, por mejor decir, le empieza a revelar una necesidad que pronto será urgente para ella, y cuyo germen y cuyos medios de satisfacción tiene en sí misma, si bien los desconoce todavía; la vaga inquietud de su alma, que busca y ansía, sin saber qué, la atormenta y la disgusta de su estado actual y del anterior en que vivía; y vésela despreciar y romper aquellos mismos sencillos juguetes que formaban poco antes el encanto de su ignorante existencia.

Éste es acaso nuestro estado, y éste, a nuestro entender, el origen de la fatuidad que en nuestra juventud se observa: el *medio saber* reina entre nosotros; no conocemos el bien, pero sabemos que

existe y que podemos llegar a poseerlo, si bien sin imaginar aún el cómo. Afectamos, pues, hacer ascos de lo que tenemos para dar a entender a los que nos oyeron que conocemos cosas mejores, y nos queremos engañar miserablemente unos a otros, estando todos en el mismo caso.

Este *medio saber* nos impide gozar de lo bueno que realmente tenemos, y aun nuestra ansia de obtenerlo todo de una vez nos ciega sobre los mismos progresos que vamos insensiblemente haciendo. Estamos en el caso del que, teniendo apetito, desprecia un sabroso almuerzo con la esperanza de un suntuoso convite incierto, que se verificará, o no se verificará, más tarde. Sustituyamos sabiamente a la esperanza de mañana el recuerdo de ayer, y veamos si tenemos razón en decir a propósito de todo: «¡Cosas de este país!»

Sólo con el auxilio de las anteriores reflexiones pude comprender el carácter de don Periquito, ese petulante joven, cuya instrucción está reducida al poco latín que le quisieron enseñar y que él no quiso aprender; cuyos viajes no han pasado de Carabanchel; que no lee sino en los ojos de sus queridas, los cuales no son ciertamente los libros más filosóficos; que no conoce, en fin, más ilustración que la suya, más hombres que sus amigos, cortados por la misma tijera que él, ni más mundo que el salón del Prado, ni más país que el suyo. Este fiel representante de gran parte de nuestra juventud desdeñosa de su país fue no ha mucho tiempo objeto de una de mis visitas.

Encontrele en una habitación mal amueblada y peor dispuesta, como de hombre solo; reinaba en sus muebles y sus ropas, tiradas aquí y allí, un espantoso desorden de que hubo de avergonzarse al verme entrar.

-Este cuarto está hecho una leonera -me dijo-. ¿Qué quiere usted? En este país... -y quedó muy satisfecho de la excusa que a su natural descuido había encontrado.

Empeñose en que había de almorzar con él, y no pude resistir a sus instancias: un mal almuerzo mal servido reclamaba indispensablemente algún nuevo achaque, y no tardó mucho en decirme:

-Amigo, en este país no se puede dar un almuerzo a nadie; hay que recurrir a los platos comunes y al chocolate.

«Vive Dios -dije yo para mí-, que cuando en este país se tiene un buen cocinero y un exquisito servicio y los criados necesarios, se puede almorzar un excelente beefsteak con todos los adherentes de un almuerzo à la fourchette; y que en París los que pagan ocho o diez reales por un appartement garni, o una mezquina habitación en una casa de huéspedes, como mi amigo don Periquito, no se desayunan con pavos trufados ni con champagne.»

Mi amigo Periquito es hombre pesado como los hay en todos los países, y me instó a que pasase el día con él; y yo, que había empezado ya a estudiar sobre aquella máquina como un anatómico sobre un cadáver, acepté inmediatamente.

Don Periquito es pretendiente, a pesar de su notoria inutilidad. Llevome, pues, de ministerio en ministerio: de dos empleos con los cuales contaba, habíase llevado el uno otro candidato que había tenido más empeños que él.

-¡Cosas de España! -me salió diciendo, al referirme su desgracia.

-Ciertamente -le respondí, sonriéndome de su injusticia-, porque en Francia y en Inglaterra no hay intrigas; puede usted estar seguro de que allá todos son unos santos varones, y los hombres no son hombres.

El segundo empleo que pretendía había sido dado a un hombre de más luces que él.

-¡Cosas de España! -me repitió.

«Sí, porque en otras partes colocan a los necios», dije yo para mí.

Llevome en seguida a una librería, después de haberme confesado que había publicado un folleto, llevado del mal ejemplo. Preguntó cuántos ejemplares se habían vendido de su peregrino folleto, y el librero respondió:

-Ni uno.

¿Lo ve usted, Fígaro? -me dijo-: ¿Lo ve usted? En este país no se puede escribir. En España nada se vende; vegetamos en la ignorancia. En París hubiera vendido diez ediciones.

-Ciertamente -le contesté yo-, porque los hombres como usted venden en París sus ediciones.

En París no habrá libros malos que no se lean, ni autores necios que se mueran de hambre.

-Desengañese usted: en este país no se lee -prosiguió diciendo.

«Y usted que de eso se queja, señor don Periquito, usted, ¿qué lee? -le hubiera podido preguntar-. Todos nos quejamos de que no se lee, y ninguno leemos.»

-¿Lee usted los periódicos? -le pregunté, sin embargo.

-No, señor; en este país no se sabe escribir periódicos. ¡Lea usted ese *Diario de los Debates*, ese *Times*!

Es de advertir que don Periquito no sabe francés ni inglés, y que en cuanto a periódicos, buenos o malos, en fin, los hay, y muchos años no los ha habido.

Pasábamos al lado de una obra de esas que hermocean continuamente este país, y clamaba:

-¡Qué basura! En este país no hay policía.

En París las casas que se destruyen y reedifican no producen polvo.

Metió el pie torpemente en un charco.

-¡No hay limpieza en España! -exclamaba.

En el extranjero no hay lodo.

Se hablaba de un robo:

-¡Ah! ¡País de ladrones! -vociferaba indignado.

Porque en Londres no se roba; en Londres, donde en la calle acometen los malhechores a la mitad de un día de niebla a los transeúntes.

Nos pedía limosna un pobre:

-¡En este país no hay más que miseria! -exclamaba horripilado.

Porque en el extranjero no hay infeliz que no arrastre coche.

Íbamos al teatro, y:

-¡Oh qué horror!- decía mi don Periquito con compasión, sin haberlos visto mejores en su vida- ¡Aquí no hay teatros!

Pasábamos por un café.

-No entremos. ¡Qué cafés los de este país! -gritaba.

Se hablaba de viajes:

-¡Oh! Dios me libre; ¡en España no se puede viajar! ¡Qué posadas! ¡Qué caminos!

¡Oh infernal comezón de vilipendiar este país que adelanta y progresa de algunos años a esta parte más rápidamente que adelantaron esos países modelos, para llegar al punto de ventaja en que se han puesto!

¿Por qué los don Periquitos que todo lo desprecian en el año 33, no vuelven los ojos a mirar atrás, o no preguntan a sus papás acerca del tiempo, que no está tan distante de nosotros, en que no se conocía en la Corte más botillería que la de Canosa, ni más bebida que la leche helada; en que no había más caminos en España que el del cielo; en que no existían más posadas que las descritas por

Moratín en *El sí de las niñas*, con las sillas desvencijadas y las estampas del Hijo Pródigo, o las malhadadas ventas para caminantes asendereados; en que no corrían más carruajes que las galeras y carromatos catalanes; en que los «chorizos» y «polacos» repartían a naranjazos los premios al talento dramático, y llevaba el público al teatro la bota y la merienda para pasar a tragos la representación de las comedias de figurón y dramas de Comella; en que no se conocía más ópera que el *Marlborough* (o «Mambruc», como dice el vulgo) cantado a la guitarra; en que no se leía más periódico que el *Diario de Avisos*, y en fin... en que...

Pero acabemos este artículo, demasiado largo para nuestro propósito: no vuelvan a mirar atrás porque habrían de poner un término a su maledicencia y llamar prodigiosa la casi repentina mudanza que en este país se ha verificado en tan breve espacio.

Concluyamos, sin embargo, de explicar nuestra idea claramente, mas que a los don Periquitos que nos rodean pese y avergüence.

Cuando oímos a un extranjero que tiene la fortuna de pertenecer a un país donde las ventajas de la ilustración se han hecho conocer con mucha anterioridad que en el nuestro, por causas que no es de nuestra inspección examinar, nada extrañamos en su boca, si no es la falta de consideración y aun de gratitud que reclama la hospitalidad de todo hombre honrado que la recibe; pero cuando oímos la expresión despreciativa que hoy merece nuestra sátira en bocas de españoles, y de españoles, sobre todo, que no conocen más país que este mismo suyo, que tan injustamente dilaceran, apenas reconoce nuestra indignación límites en que contenerse.

Borremos, pues, de nuestro lenguaje la humillante expresión que no nombra a este país sino para denigrarle; volvamos los ojos atrás, comparemos y nos creeremos felices. Si alguna vez miramos adelante y nos comparamos con el extranjero, sea para prepararnos un porvenir mejor que el presente, y para rivalizar en nuestros adelantos con los de nuestros vecinos: sólo en este sentido opondremos nosotros en algunos de nuestros artículos el bien de fuera al mal de dentro.

Olvidemos, lo repetimos, esa funesta expresión que contribuye a aumentar la injusta desconfianza que de nuestras propias fuerzas tenemos. Hagamos más favor o justicia a nuestro país, y creémosle capaz de esfuerzos y felicidades. Cumpla cada español con sus deberes de buen patricio, y en vez de alimentar nuestra inacción con la expresión de desaliento: «¡Cosas de España!», contribuya cada cual a las mejoras posibles. Entonces este país dejará de ser tan mal tratado de los extranjeros, a cuyo desprecio nada podemos oponer, si de él les damos nosotros mismos el vergonzoso ejemplo.

Revista Española, n.º 51, 30 de abril de 1833. Firmado: Fígaro.

La Nochebuena de 1836. Yo y mi criado. Delirio filosófico



El número 24 me es fatal: si tuviera que probarlo diría que en día 24 nací. Doce veces al año amanece sin embargo un día 24; soy supersticioso, porque el corazón del hombre necesita creer algo, y cree mentiras cuando no encuentra verdades que creer; sin duda por esa razón creen los amantes, los casados y los pueblos a sus ídolos, a sus consortes y a sus Gobiernos, y una de mis supersticiones consiste en creer que no puede haber para mí un día 24 bueno. El día 23 es siempre en mi calendario víspera de desgracia, y a imitación de aquel jefe de policía ruso que mandaba tener prontas las bombas las vísperas de incendios, así yo desde el 23 me prevengo para el siguiente día de sufrimiento y resignación, y, en dando las doce, ni tomo vaso en mi mano por no romperle, ni apunto carta por no perderla, ni enamoro a mujer porque no me diga que sí, pues en punto a amores tengo otra superstición: imagino que la mayor desgracia que a un hombre le puede suceder es que una mujer le diga que le quiere. Si no la cree es un tormento, y si la cree... ¡Bienaventurado aquel a quien la mujer dice «no quiero», porque ése a lo menos oye la verdad!

El último día 23 del año 1836 acababa de expirar en la muestra de mi péndola, y consecuente en mis principios supersticiosos, ya estaba yo agachado esperando el aguacero y sin poder conciliar el sueño. Así pasé las horas de la noche, más largas para el triste desvelado que una guerra civil; hasta que por fin la mañana vino con paso de intervención, es decir, lentísimamente, a teñir de púrpura y rosa las cortinas de mi estancia.

El día anterior había sido hermoso, y no sé por qué me daba el corazón que el día 24 había de ser «día de agua». Fue peor todavía: amaneció nevando. Miré el termómetro y marcaba muchos grados bajo cero; como el crédito del Estado.

Resuelto a no moverme porque tuviera que hacerlo todo la suerte este mes, incliné la frente, cargada como el cielo de nubes frías, apoyé los codos en mi mesa y paré tal que cualquiera me hubiera reconocido por escritor público en tiempo de libertad de imprenta, o me hubiera tenido por miliciano nacional citado para un ejercicio. Ora vagaba mi vista sobre la multitud de artículos y folletos que yacen empezados y no acabados ha más de seis meses sobre mi mesa, y de que sólo existen los títulos, como esos nichos preparados en los cementerios que no aguardan más que el cadáver; comparación exacta, porque en cada artículo entierro una esperanza o una ilusión. Ora volvía los ojos a los cristales de mi balcón; veíalos empañados y como llorosos por dentro; los vapores condensados se deslizaban a manera de lágrimas a lo largo del diáfano cristal; así se empaña la vida, pensaba; así el frío exterior del mundo condensa las penas en el interior del

hombre, así caen gota a gota las lágrimas sobre el corazón. Los que ven de fuera los cristales los ven tersos y brillantes; los que ven sólo los rostros los ven alegres y serenos...

Haré merced a mis lectores de las más de mis meditaciones; no hay periódicos bastantes en Madrid, acaso no hay lectores bastantes tampoco. ¡Dichoso el que tiene oficina! ¡Dichoso el empleado aun sin sueldo o sin cobrarlo, que es lo mismo! Al menos no está obligado a pensar, puede fumar, puede leer la *Gaceta*.

—¡Las cuatro! ¡La comida! —me dijo una voz de criado, una voz de entonación servil y sumisa; en el hombre que sirve hasta la voz parece pedir permiso para sonar.

Esta palabra me sacó de mi estupor, e involuntariamente iba a exclamar como don Quijote: «Come, Sancho hijo, come, tú que no eres caballero andante y que naciste para comer»; porque al fin los filósofos, es decir, los desgraciados, podemos no comer, pero ¡los criados de los filósofos! Una idea más luminosa me ocurrió: era día de Navidad. Me acordé de que en sus famosas saturnales los romanos trocaban los papeles y que los esclavos podían decir la verdad a sus amos. Costumbre humilde, digna del cristianismo. Miré a mi criado y dije para mí: «Esta noche me dirás la verdad». Saqué de mi gaveta unas monedas; tenían el busto de los monarcas de España: cualquiera diría que son retratos; sin embargo, eran artículos de periódico. Los miré con orgullo:

—Come y bebe de mis artículos —añadí con desprecio—; sólo en esa forma, sólo por medio de esa estratagema se pueden meter los artículos en el cuerpo de ciertas gentes.

Una risa estúpida se dibujó en la fisonomía de aquel ser que los naturalistas han tenido la bondad de llamar racional sólo porque lo han visto hombre. Mi criado se rió. Era aquella risa el demonio de la gula que reconocía su campo.

Tercié la capa, calé el sombrero y en la calle.

¿Qué es un aniversario? Acaso un error de fecha. Si no se hubiera compartido el año en trescientos sesenta y cinco días, ¿qué sería de nuestro aniversario? Pero al pueblo le han dicho: «Hoy es un aniversario», y el pueblo ha respondido: «Pues si es un aniversario, comamos, y comamos doble». ¿Por qué come hoy más que ayer? O ayer pasó hambre u hoy pasará indigestión. Miserable humanidad, destinada siempre a quedarse más acá o ir más allá.

Hace mil ochocientos treinta y seis años nació el Redentor del mundo; nació el que no reconoce principio y el que no reconoce fin; nació para morir. ¡Sublime misterio!

¿Hay misterio que celebrar? «Pues comamos», dice el hombre; no dice: «Reflexionemos». El vientre es el encargado de cumplir con las grandes solemnidades. El hombre tiene que recurrir a la materia para pagar las deudas del espíritu. ¡Argumento terrible en favor del alma!

Para ir desde mi casa al teatro es preciso pasar por la plaza tan indispensablemente como es preciso pasar por el dolor para ir desde la cuna al sepulcro. Montones de comestibles acumulados, risa y algazara, compra y venta, sobras por todas partes y alegría. No pudo menos de ocurrirme la idea de Bilbao: figuróseme ver de pronto que se alzaba por entre las montañas de víveres una frente altísima y extenuada; una mano seca y roída llevaba a una boca cárdena, y negra de morder cartuchos, un manojo de laurel sangriento. Y aquella boca no hablaba. Pero el rostro entero se dirigía a los bulliciosos liberales de Madrid, que traficaban. Era horrible el contraste de la fisonomía escuálida y de los rostros alegres. Era la reconvención y la culpa, aquélla agria y severa, ésta indiferente y descarada.

Todos aquellos víveres han sido aquí traídos de distintas provincias para la colación cristiana de una capital. En una cena de ayuno se come una ciudad a las demás.

¡Las cinco! Hora del teatro: el telón se levanta a la vista de un pueblo palpitante y bullicioso. Dos comedias de circunstancias, o yo estoy loco. Una representación en que los hombres son mujeres y las mujeres hombres. He aquí nuestra época y nuestras costumbres. Los hombres ya no saben sino hablar como las mujeres, en congresos y en corrillos. Y las mujeres son hombres, ellas

son las únicas que conquistan. Segunda comedia: un novio que no ve el logro de su esperanza; ese novio es el pueblo español: no se casa con un solo Gobierno con quien no tenga que reñir al día siguiente. Es el matrimonio repetido al infinito.

Pero las orgías llaman a los ciudadanos. Ciérranse las puertas, ábranse las cocinas. Dos horas, tres horas, y yo rondo de calle en calle a merced de mis pensamientos. La luz que ilumina los banquetes viene a herir mis ojos por las rendijas de los balcones; el ruido de los panderos y de la bacanal que estremece los pisos y las vidrieras se abre paso hasta mis sentidos y entra en ellos como cuña a mano, rompiendo y desbaratando.

Las doce van a dar: las campanas que ha dejado la junta de enajenación en el aire, y que en estar en el aire se parecen a todas nuestras cosas, citan a los cristianos al oficio divino. ¿Qué es esto? ¿Va a expirar el 24 y no me ha ocurrido en él más contratiempo que mi mal humor de todos los días? Pero mi criado me espera en mi casa como espera la cuba al catador, llena de vino; mis artículos hechos moneda, mi moneda hecha mosto se ha apoderado del imbécil como imaginé, y el asturiano ya no es hombre; es todo verdad.

Mi criado tiene de mesa lo cuadrado y el estar en talla al alcance de la mano. Por tanto es un mueble cómodo; su color es el que indica la ausencia completa de aquello con que se piensa, es decir, que es bueno; las manos se confundirían con los pies, si no fuera por los zapatos y porque anda casualmente sobre los últimos; a imitación de la mayor parte de los hombres, tiene orejas que están a uno y otro lado de la cabeza como los floreros en una *consola*, de adorno, o como los balcones figurados, por donde no entra ni sale nada; también tiene dos ojos en la cara; él cree ver con ellos, ¡qué chasco se lleva! A pesar de esta pintura, todavía sería difícil reconocerle entre la multitud, porque al fin no es sino un ejemplar de la grande edición hecha por la Providencia de la humanidad, y que yo comparo de buena gana con las que suelen hacer los autores: algunos ejemplares de regalo finos y bien empastados; el surtido todo igual, ordinario y a la rústica.

Mi criado pertenece al surtido. Pero la Providencia, que se vale para humillar a los soberbios de los instrumentos más humildes, me reservaba en él mi mal rato del día 24. La verdad me esperaba en él y era preciso oírla de sus labios impuros. La verdad es como el agua filtrada, que no llega a los labios sino al través del ceno. Me abrió mi criado, y no tardé en reconocer su estado.

—Aparta, imbécil —exclamé empujando suavemente aquel cuerpo sin alma que en uno de sus columpios se venía sobre mí—. ¡Oiga! Está ebrio. ¡Pobre muchacho! ¡Da lástima!

Me entré de rondón a mi estancia; pero el cuerpo me siguió con un rumor sordo e interrumpido; una vez dentro los dos, su aliento desigual y sus movimientos violentos apagaron la luz; una bocanada de aire colada por la puerta al abrirme cerró la de mi habitación, y quedamos dentro casi a oscuras yo y mi criado, es decir, la verdad y Fígaro, aquélla en figura de hombre beodo arrimada a los pies de mi cama para no vacilar y yo a su cabecera, buscando inútilmente un fósforo que nos iluminase.

Dos ojos brillaban como dos llamas fatídicas en frente de mí; no sé por qué misterio mi criado encontró entonces, y de repente, voz y palabras, y habló y ratiocinó; misterios más raros se han visto acreditados; los fabulistas hacen hablar a los animales, ¿por qué no he de hacer yo hablar a mi criado? Oradores conozco yo de quienes hace algún tiempo no hubiera hecho una pintura más favorable que de mi astur y que han roto sin embargo a hablar, y los oye el mundo y los escucha, y nadie se admira.

En fin, yo cuento un hecho; tal me ha pasado; yo no escribo para los que dudan de mi veracidad; el que no quiera creerme puede doblar la hoja, eso se ahorrará tal vez de fastidio; pero una voz salió de mi criado, y entre ella y la mía se estableció el siguiente diálogo:

—Lástima —dijo la voz, repitiendo mi piadosa exclamación—. ¿Y por qué me has de tener lástima, escritor? Yo a ti, ya lo entiendo.

—¿Tú a mí? —pregunté sobrecogido ya por un terror supersticioso; y es que la voz empezaba a decir verdad.

—Escucha: tú vienes triste como de costumbre; yo estoy más alegre que suelo. ¿Por qué ese color pálido, ese rostro deshecho, esas hondas y verdes ojeras que ilumino con mi luz al abrirte todas las noches? ¿Por qué esa distracción constante y esas palabras vagas e interrumpidas de que sorprende todos los días fragmentos errantes sobre tus labios? ¿Por qué te vuelves y te revuelves en tu mullido lecho como un criminal, acostado con su remordimiento, en tanto que yo ronco sobre mi tosca tarima? ¿Quién debe tener lástima a quién? No pareces criminal; la justicia no te prende al menos; verdad es que la justicia no prende sino a los pequeños criminales, a los que roban con ganzúas o a los que matan con puñal; pero a los que arrebatan el sosiego de una familia seduciendo a la mujer casada o a la hija honesta, a los que roban con los naipes en la mano, a los que matan una existencia con una palabra dicha al oído, con una carta cerrada, a esos ni los llama la sociedad criminales, ni la justicia los prende, porque la víctima no arroja sangre, ni manifiesta herida, sino agoniza lentamente consumida por el veneno de la pasión que su verdugo le ha propinado. ¡Qué de tísicos han muerto asesinados por una infiel, por un ingrato, por un calumniador! Los entierran; dicen que la cura no ha alcanzado y que los médicos no la entendieron. Pero la puñalada hipócrita alcanzó e hirió el corazón. Tú acaso eres de esos criminales y hay un acusador dentro de ti, y ese frac elegante y esa media de seda, y ese chaleco de tisú de oro que yo te he visto son tus armas maldecidas.

—Silencio, hombre borracho.

—No; has de oír al vino una vez que habla. Acaso ese oro que a fuer de elegante has ganado en tu sarao y que vuelcas con indiferencia sobre tu tocador es el precio del honor de una familia. Acaso ese billete que desdoblas es un anónimo embustero que va a separar de ti para siempre la mujer que adorabas; acaso es una prueba de la ingratitud de ella o de su perfidia. Más de uno te he visto morder y despedazar con tus uñas y tus dientes en los momentos en que el buen tono cede el paso a la pasión y a la sociedad.

»Tú buscas la felicidad en el corazón humano, y para eso le destrozás, hozando en él, como quien remueve la tierra en busca de un tesoro. Yo nada busco, y el desengaño no me espera a la vuelta de la esperanza. Tú eres literato y escritor, y ¡qué tormentos no te hace pasar tu amor propio, ajado diariamente por la indiferencia de unos, por la envidia de otros, por el rencor de muchos! Preciado de gracioso, harías reír a costa de un amigo, si amigos hubiera, y no quieres tener remordimiento. Hombre de partido, haces la guerra a otro partido; a cada vencimiento es una humillación, o compras la victoria demasiado cara para gozar de ella. Ofendes y no quieres tener enemigos. ¿A mí quién me calumnia? ¿Quién me conoce? Tú me pagas un salario bastante a cubrir mis necesidades; a ti te paga el mundo como paga a los demás que le sirven. Te llamas liberal y despreocupado, y el día que te apoderes del látigo azotarás como te han azotado. Los hombres de mundo os llamáis hombres de honor y de carácter, y a cada suceso nuevo cambiáis de opinión, apostatáis de vuestros principios. Despedazado siempre por la sed de gloria, inconsecuencia rara, despreciarás acaso a aquellos para quienes escribes y reclamas con el incensario en la mano su adulación; adulas a tus lectores para ser de ellos adulado; y eres también despedazado por el temor, y no sabes si mañana irás a coger tus laureles a las Baleares o a un calabozo.

—¡Basta, basta!

—Concluyo; yo en fin no tengo necesidades; tú, a pesar de tus riquezas, acaso tendrás que someterte mañana a un usurero para un capricho innecesario, porque vosotros tragáis oro, o para un banquete de vanidad en que cada bocado es un tósigo. Tú lees día y noche buscando la verdad en los libros hoja por hoja, y sufres de no encontrarla ni escrita. Ente ridículo, bailas sin alegría; tu movimiento turbulento es el movimiento de la llama, que, sin gozar ella, quema. Cuando yo necesito de mujeres echo mano de mi salario y las encuentro, fieles por más de un cuarto de hora; tú echas mano de tu corazón, y vas y lo arrojas a los pies de la primera que pasa, y no quieres que lo pise y lo lastime, y le entregas ese depósito sin conocerla. Confías tu tesoro a cualquiera por su

linda cara, y crees porque quieres; y si mañana tu tesoro desaparece, llamas ladrón al depositario, debiendo llamarte imprudente y necio a ti mismo.

—Por piedad, déjame, voz del infierno.

—Concluyo: inventas palabras y haces de ellas sentimientos, ciencias, artes, objetos de existencia. ¡Política, gloria, saber, poder, riqueza, amistad, amor! Y cuando descubres que son palabras, blasfemas y maldices. En tanto el pobre asturiano come, bebe y duerme, y nadie le engaña, y, si no es feliz, no es desgraciado, no es al menos hombre de mundo, ni ambicioso ni elegante, ni literato ni enamorado. Ten lástima ahora del pobre asturiano. Tú me mandas, pero no te mandas a ti mismo. Tenme lástima, literato. Yo estoy ebrio de vino, es verdad; pero tú lo estás de deseos y de impotencia...!

Un ronco sonido terminó el diálogo; el cuerpo, cansado del esfuerzo, había caído al suelo; el órgano de la Providencia había callado, y el asturiano roncaba. «¡Ahora te conozco —exclamé— día 24!»

Una lágrima preñada de horror y de desesperación surcaba mi mejilla, ajada ya por el dolor. A la mañana, amo y criado yacían, aquél en el lecho, éste en el suelo. El primero tenía todavía abiertos los ojos y los clavaba con delirio y con delicia en una caja amarilla donde se leía «mañana». ¿Llegará ese «mañana» fatídico? ¿Qué encerraba la caja? En tanto, la *noche buena* era pasada, y el mundo todo, a mis barbas, cuando hablaba de ella, la seguía llamando *noche buena*.

El Redactor General, n.º 42, 26 de diciembre de 1836.



Los tres no son más que dos, y el que no es nada vale por tres. Mascarada política



Mil veces les habrá sucedido a mis lectores, y aun a los que no me leen, oír una campana y quedarles una prolongada vibración en los oídos después de haber sonado; les habrá sucedido también viajando, durarles gran rato, después de apeados ya del carruaje, la sensación del movimiento y traqueteo producida por muchas horas de camino. He aquí precisamente lo que a mí me ha sucedido y me sigue sucediendo todavía con el fantástico aparato y desigual clamor que en mis sentidos dejaron las pasadas máscaras. Voy por la calle y se me antojan aún caretas las caras, y disfraces los trajes y uniformes. Oigo hablar de cosas nuevas y, acostumbrado a tanta cosa vieja y a tanta broma, se me figura aún que me siguen embromando. Pasará sin duda esta sensación, y será preciso creer a todo el mundo; pero mientras pasa o no pasa, mientras creo o no creo, todo el trabajo de mi entendimiento limitado se reduce por ahora a ver de conocer al que me habla, que no es poco. Con tal rumor en los oídos, con tal prevención en la vista, salía yo la última noche del pasado carnaval de Abrantes, donde había codeado a la aristocracia, y del teatro, donde me había codeado a mí la democracia. Llena la cabeza de estas dos ideas, que no podía amalgamar nunca, y que así se separaban al tocarse como se separan dos bolas de billar al chocar una con otra, se me antojó que entraba en un salón adornado por el orden antio-moderno; toda la parte alta gótica, góticas las paredes y ventanas; el mueblaje y adorno bajo del último gusto. Tres comparsas le llenaban, a lo que entonces me pareció. La menos numerosa era compuesta toda de viejos ¡rara aprensión!, pero gordos y robustos; para hacer gente y engruesarse iba derramando su dinero con tanto sigilo, como si fuese mal adquirido y peor conservado; pero a cada moneda que daban, ¡cosa rara!, perdían carnes y fuerzas. Toda esta comparsa andaba hacia atrás, más como quien huye que como quien anda; para lo cual traían la cabeza y los pies vueltos del revés, que hacían rara figura. Andaban desbandados a causa de hallarse su jefe a diligencias propias; pero en cambio presumían serlo todos. Seguía a esta comparsa una porción de pobres, rotos y malparados, con una venda en los ojos como pintan a la fe, creyendo a pies juntillas cuanto aquéllos les decían, y tomando varios dijes de poco valor en cambio de sus servicios. De cuando en cuando dábanles los magnates de la comparsa un palo, y unos respondían «¡viva!» y otros respondían «¡gracias!». Raros trajes se veían entre ellos, pero ninguno pasaba del siglo XVIII. Retazos de manteos, cruces y veneras, papel de Italia, espadines de Toledo, tal cual estrella en la frente, látigo en la mano, calzón, peluquín y hebillas. Color general blanco como la leche. Conversación poca; chispa ninguna.

La segunda traía jefe, o por mejor decir representante; gente nueva, y la más barbilampiña; flaca aún como muchacho que está creciendo; conocíase a legua que no habían tenido tantas ocasiones de comer como los otros. No andaban, sino corrían; todo eran piernas. Bailaban todos a una, y hacían los mismos pasos; encogíanse los altos, empinábanse los bajos; todo su prurito era andar iguales; al

menor desnivel había gira y algazara. Pedían la palabra, y tomaban lo demás. Venían vestidos de telas de *institución*, color de *garantía*: el disfraz era lo mejor que traían; si bien a muchos se les traslucían por debajo juboncillos de *ambición*, con tal cual cenefilla de *empleo*, y se conocía que no estaban hechos a usarlos, porque a los más les venían anchos. Éstos no repartían dinero, sino periódicos; dábanlos con audacia y a venga lo que venga; si alguno se perdía o se interceptaba malamente, otro al puesto, como quien tenía el molde en casa. Por el contrario de los otros, a cada periódico que daban ganaban carnes y razón. Las caretas eran discursos históricos de *sucesión*. Iban encendiendo las luces, que la primera comparsa apagaba siempre que podía; pero el salón estaba iluminado, de donde era fuerza inferir que se encendían más deprisa que se apagaban. Seguía a éstos una turba desigual hambrienta de felicidad; verdad es que nunca la habían catado. Unos eran gordos, otros flacos; unos tenían tres piernas, otros una; uno tres ojos, otro medio; quién era gigante, quién lilipuciano. «Se os igualará», les iban diciendo los magnates, «nada más fácil», y lo creían sin mirarse despacio unos a otros, el tonto y el discreto, el tullido y el sano, el pobre y el rico. Éstos creían en la felicidad de este mundo; los primeros en la del otro. Su conversación buena, su chispa mucha, y mayor el ruido que metían. Color general, negro.

Era el resto de la concurrencia la mayoría; pero se conservaba a cierta distancia del que parecía su jefe. Era el color de éste un atornasolado claro, que visto de distintos puntos lejanos parecía siempre un color diferente, pero en llegando a él no se le podía llamar color. Éste y los suyos no andaban, aunque lo parecía, porque marcaban el paso; conociendo que no había para qué, unos traían pies, y otros los traían de plomo. De medio cuerpo arriba venía vestido a la antigua española, de medio cuerpo abajo a la moderna francesa, y en él no era disfraz, sino su traje propio y natural. Ni era alto, ni bajo, ni gordo, ni flaco; sutil como cuerpo glorioso, y máscara, en fin, racional, si las hubo nunca. No traía careta, sino que enseñaba una cara de risa que a todos quería dar contento. Era su comparsa gente pasiva y estacionaria, de esta que tiene y no quiere perder, que no tiene por qué moverse, miedosa, que teme perniquebrarse a cada paso, escarmentada ya y parálitica, envilecida con el sufrimiento y bien avenida a todo, o despreocupada, que se ríe de los hombres y sus partidos. Éstos no decían nada, ni aplaudían, ni censuraban; traían caretas de yeso, miraban a una comparsa, miraban a otra, y ora temblaban, y ora reían. En realidad no hacían cuenta con su jefe; éste era el que contaba con ellos; es decir, con su inercia.

En una palabra, parecían tres las comparsas y no eran más que dos. Cuando yo entré en el baile, acababan de separarse; hasta entonces habían bailado mezclados, porque hasta entonces no había faltado bastonero que los había hecho bailar a todos a un mismo son.

Apenas tuve tiempo de reconocer lo que llevo descrito, cuando se dirigieron a mí varios de la primera comparsa.

-¡Ah, Fígaro maldito! Aquí está. ¡Nadie pase sin hablar al portero! ¡La planta nueva! ¿Sabes que nos has hecho más daño que un cañón?

«Mala entrada es ésta», dije yo para mí.

-Mira -prosiguieron-, tú debes ser tonto. ¿Qué provecho has sacado de tus artículos?

-El gusto de escribir lo que pienso, y me sobra.

-Eso por un lado, y por otro el que te ahorquemos, si... ¡desigual es el partido!

-Ya me pondré a distancia respetable.

-Vente con nosotros.

-Gracias.

-Te irá mejor; no hallarás rivales, porque no escribimos; te daremos una prebenda.

-Soy casado.

-Te daremos un empleo en correos y podrás interceptar las cartas.

-No soy curioso.

-Andarás por esas breñas.

-No soy peregrino.

-Dormirás al sereno.

-Más quiero dormir sereno.

-Tendrás inquisición y rey absoluto.

-Lo agradezco, pero es tarde.

-¡Matarle! ¡Matarle!

-¡Ea, dejad a Fígaro! -dijeron los de la segunda comparsa, sacándome de entre ellos-. Éste es nuestro, enteramente nuestro. ¿No es verdad, Fígaro?

-¡De corazón!

-¡Bravo! Tú también eres igual.

-Y si no soy igual, me es igual todo.

-¡Ya! Por eso te descuidas, y haces a veces artículos tan largos y tan pesados, y con tantas digresiones y atrevimientos; no teniendo respeto a nadie, fácil es hacer reír...

-No hay para qué hablar más, que ya me habéis conocido -dije yo apresurándome a interrumpir a los míos, que me iban tratando peor que los contrarios.

Mientras esto me pasaba, en un rincón de la sala andábanse embromando los principales personajes de las dos comparsas.

-Estas bromas pararán en veras -dije yo para mí, y acerqueme a oír.

-Andad -decían unos-, hipócritas; a nosotros no nos embromaréis, porque os conocemos; ahora andáis con careta del Pretendiente, pero es mentira; vosotros existíais antes que él. Vosotros triunfasteis malamente en Villalar en nombre de otro Carlos V; desde entonces no dejó de crecer un punto vuestra audacia; vosotros fuisteis los que el año 14 engañasteis a un rey y perdisteis a un pueblo; vosotros los que el año 23...

-¡Silencio! -respondieron los otros-. ¿Qué nos echáis en cara? Echad la culpa a vosotros mismos, que dos veces fuisteis los amos, y dos veces...

-Sí, pero no tengáis cuidado; a la tercera...

-Veremos.

-Sí; vosotros lo que queréis es embaucar al pueblo con vuestros sortilegios, cubrirle los ojos y taparle la boca para beber su sangre que os engorda; el favoritismo, el absolutismo, el oscurantismo, el fanatismo, el egoísmo... ésas son vuestras virtudes... ése es el Carlos V que proclamáis; y lo demás es farsa y mascarada. Quitaos esas caretas de *ley de Felipe V*, que ya os hemos conocido.

-¡Miren! -contestaban los ofendidos-; ¿y qué queréis vosotros? ¿Queréis hacer felices a los pueblos? Broma y más broma. Igualdad, para tener todos derecho a todo, representaciones nacionales para ocupar un puesto en ellas, porque todos hacéis oficio de leer y escribir, y pensáis que hablando... y los empleos, en fin, que por tantos años tuvimos nosotros, y las rentas que nos comemos y...

-Y bien, y bien; ¿y hay nada más justo? Nosotros haremos el bien público, haciendo el nuestro, aun sin querer hacerlo...

-¡Careta! ¡Pretexto!

-Pretexto, sí; pero más noble que el vuestro. En nosotros tendrá la sucesión directa...

-¡Fuera, fuera la careta! ¡También os conocemos!

-¡Holgazanes!

-¡Ambiciosos!

Al llegar aquí la broma, exasperáronse unas y otras máscaras, y, ¡oh!, ¡qué noche de horror y de confusión!

-¡A ellos, a ellos! -gritaron unos y otros desenvainando sus armas. Un paquete de *Boletines de Comercio* atrasados, lanzado por un brazo vigoroso y joven, vino a estrellarse sobre un grupo de peluquines; seis cayeron del golpe. Diecinueve *Siglos*, llenos de reconvenciones, se alzaron a una contra la pandilla blanca; y ¿quién les pudiera resistir? Tampoco se descuidaban los acometidos; volaban *Estrellas* por todas partes, pero daban en el aire con los *Siglos* y los *Boletines* que iban y caían desvaneciéndose como los fuegos fatuos del verano. Un discurso parlamentario encontraba en el aire una exhortación carlista y arrollábala al punto. ¡Qué furor! Volaban *Tiempos* y *Cínifes*, lanzábanse *Ateneos* y *Minervas*; enemigo herido de ellos, enemigo dormido y fuera por consiguiente de combate. Hasta hubo quien sacó *Correos*, *Crónicas* y *Auroras*, armas prohibidas porque suelen dispararse contra el mismo que las carga. ¿Quién diría el destrozo y la mortandad? ¿Y quién el fin de tan sangrienta lucha, si el jefe de la inerte comparsa no se apareciese con una sonrisa en la boca y una *Revista* en la mano? Interpúsola el atornasolado como pudiera Mercurio su caduceo, y cedieron los combatientes al arma más pesada. Todos quedaron aplanados. ¡Ay de aquel a quien le cayó encima una noticia diversa! ¡Ay del que tuvo que sufrir el peso de la crónica de provincias! ¡Mísero el que sintió sobre sí la Cámara de los Diputados! Quiso la buena suerte que esto cayese todo sobre la comparsa blanca, y nadie de ella pudo ya levantar cabeza. Roncaban unos, y otros se quejaban amargamente. En la comparsa nueva cayó un artículo de entrada, y, ¡oh prodigio!, como el maná, súpole a cada uno el manjar más de su gusto; a nadie empero levantó chichón ni cardenal.

-¡Hola! ¿Quién es éste? ¿Es vuestro? -preguntaron los jóvenes a sus contrarios.

-¿Qué ha de ser nuestro? ¡Ay, míseros! -contestaron los vencidos.

-¡Ah!, ¡ya! -repusieron los primeros-. ¿Quién diablos te había de conocer?... Vaya, pase, pase por nuestro; mira, júzganos...

-¿Yo «juzgar»? -dijo el mediador-. No lo permita el cielo. Si fuera «conciliar»...

-Mira que si no quieres ser nuestro juez serás su reo... ¡Esos hipócritas!...

-¡Oh!, no; hipócritas precisamente, no... «seductores» -dijo el mediador.

-¡Revolucionarios! -gritaron los viejos.

-Revolucionarios precisamente... no... «fautores de asonadas»... -interrumpió el justo medio.

-¡Fanáticos! -gritaron los jóvenes.

-No, fanáticos, no... «ilusos», «incautos».

-¡Ignorantes!

-¡Incrédulos!

-Señores, todos tienen ustedes razón; la unión, la cultura, un justo medio... ni uno ni otro... las dos cosas...

-¡Nosotros queremos todo nuevo!

-No, nuevo no -dijo el justo medio.

-¡Nosotros todo viejo!

-No, viejo no -repuso el atornasolado.

-¡Nosotros lo negro!

-¡Nosotros lo blanco!

-Todo, bien, todo; si se puede, todo; está entendido; daremos un blanco que tire a negro, y un negro que tire a blanco.

-¿Conque sí?

-No digo que sí, precisamente... mas...

-¿Conque no?

-No digo que no, precisamente... pero...

-Eso, eso es ponerse en la razón -dijo a este punto, levantándose pausadamente, la mayoría hasta entonces inmóvil-; nosotros estamos por ese señor de la antigua española y moderna francesa. No somos partido, pero somos los más. Venga cualquier cosa, llámenlo como quieran, y vamos viviendo. De cualquier modo hemos vivido hasta ahora, de cualquier modo moriremos.

-La verdadera diversión, señores, si me atrevo a llamarla así -dijo entonces animado con su inmensa fuerza el atornasolado de no conocido color- es tomar, permítaseme la frase, de los juegos venerandos antiguos lo preciso, modificándolo según el humor de los que han de divertirse. Y a propósito de esto diré para convencer a ustedes lo siguiente: «las necesidades y las reformas, las instituciones y garantías, así como la antigua monarquía de las ideas nuevas, la discordia, la hidra de las revoluciones, y la bondad de arriba abajo, y no de abajo arriba, la legitimidad, los malévolos seducidos, un campo de horror y dulce fraternidad, los sucesos retrógrados y las masas progresivas...». Otras cosas podría decir... pero... ¡Cuán dulce es la paz, señores! Y por fin el talento es mío, mía la experiencia, el tacto mío y la nación mía, porque no es de nadie, porque es pasiva; al que se oponga a mi justa conciliación -añadió riéndose con la más amable y cariñosa sonrisa-, al que no quiera ser feliz, como yo entiendo la felicidad, harásele feliz, mal que le pese.

Un prolongado clamor de la multitud inmensa, tan callada toda la noche, pero un clamor no de entusiasmo pasajero, sino tranquilo, sereno, como la voz del poder que no ha menester esforzarse para hacerse oír, aplaudió sordamente la alocución ambilátera, que, traducida al lenguaje inteligible, quería decir a unos: «Ya es tarde»; y a otros: «Es temprano todavía».

Restablecida la paz y el silencio, desapareció a mis ojos el baile y ambos partidos con él; halleme en medio de Madrid repitiendo para mí: «Los tres no son más que dos, y el que no es nada vale por tres».

Revista Española, n.º 159, 18 de febrero de 1834. Firmado: Fígaro.

Manía de citas y de epígrafes

Hombres conocemos para quienes sería cosa imposible empezar un escrito cualquiera sin echarle delante, a manera de peón caminero, un epígrafe que le vaya abriendo el camino, y salpicarlo todo después de citas latinas y francesas, las cuales, como suelen ir en letra bastardilla, tienen la triple ventaja de hacer muy variada la visualidad del impreso, de manifestar que el autor sabe latín, cosa rara en estos tiempos en que todo el mundo lo aprende, y de probar que ha leído los autores franceses, mérito particular en una época en que no hay español que no trueque toda su lengua por dos palabritas de por allá. Nosotros, como somos tan bobalicones, no sabemos a qué conducen los epígrafes, y quisiéramos que nos lo explicasen, porque en el ínterin que llega este caso, creemos que el pedantismo ha sido siempre en todas las naciones el precursor de las épocas de decadencia de las letras. Verdad es que estamos muy seguros de que no ha de ir a menos nuestra literatura; esto es en realidad caso tan imposible como caerse una cosa que está caída; pero por eso mismo no quisiéramos tener los síntomas de una enfermedad, cuyo único y verdadero antídoto acertamos a poseer.

Si el autor que escribe dice una verdad y sienta una idea luminosa, no sabemos qué más valor le han de dar *los pocos sabios que en el mundo han sido*, reunidos en su apoyo; y si su aserción es falsa, o sienta una idea despreciable, no consideramos que haya Horacio ni Aristóteles capaz de disculpar su tontería. Agrégase a esto, que por lo regular suele tergiversarse el sentido de los autores pasados, para acomodar su texto a nuestra idea, a veces en materias cuya posible existencia ni siquiera sospechó la docta antigüedad.

Verdad es que el vulgo, que ignora la lengua en que se le trae la cita, suele quedar deslumbrado. Éste es el origen del aplauso y de la algazara que se arma en el teatro siempre que un autor, conocedor del corazón humano, ingiere en su drama uno o muchos latines, o palabras técnicas y científicas que entienden pocos; cada cual se apresura a reírse, para que no piense el que tiene al lado que no ha entendido toda la picardía de aquella palabra. Tal es la condición de nuestra pueril vanidad. Sucede, también, que se lee con desprecio o indiferencia a un autor moderno, y sólo se le empieza a respetar desde que se ve la autoridad del antiguo, como si estos hombres con quienes se vive diariamente, ni fuesen capaces de decir por sí solos cosa alguna que valga la pena de ser leída, porque está probado que no hay cosa para ser tenido en mucho como morirse, a lo cual se agrega que el vulgo ignora cuán fácil es encontrar en el día textos para todo, y que es más difícil tener mucho saber que aparentarlo. Todo esto es verdad, y es lo único que en apoyo de las citas y epígrafes encontramos, pero el hombre verdaderamente superior desprecia estas vulgaridades.

Nosotros, que no somos hombres superiores, ni nos creemos vulgo, tomaremos de buena gana un medio igualmente apartado de ambos extremos, y desearemos que, más celosos de nuestro orgullo nacional, no fuésemos por agua a los ríos extranjeros, teniéndolos caudalosos en nuestra casa. Cansados estamos ya del *utile dulci* tan repetido, del *lectorem delectando*, etc., del *obscurus fio*, etc., del *parturiens montes*, del *on sera ridicule*, etc., del *c'est un droit qu'à la porte*, etcétera, y de toda esa antigua retahíla de viejísimos proverbios literarios desgastados bajo la pluma de todos los pedantes, y que, por buenos que sean, han perdido ya para nuestro paladar, como manjar repetido, toda su antigua novedad y su picante sainete.

Creemos que casi todo está dicho y escrito en castellano. No atreviéndonos, pues, a desterrar del todo esta manía, porque el vulgo no crea que sabemos menos, o tenemos menos libros que nuestros hermanos en Apolo, traeremos siempre en nuestro apoyo autoridades españolas, que no nos han de faltar aunque tratásemos de poner a cada artículo siete epígrafes y cincuenta citas, como

lo hacía cierto Duende Satírico de pícara recordación, que algunas veces se las hemos contado; de suerte que no había modo de entrar a sus cuadernos sino atropellando a una infinidad de varones respetables que le esperaban al pobre lector a la puerta, como para darle una cencerrada al ver donde se metía.

Sin embargo, por si el público curioso dudase de nuestra mucha latinidad y de nuestros adelantamientos en la lengua francesa, nos reservamos el derecho de darle al fin de la publicación de nuestros números, si lo creyésemos conducente para nuestra buena opinión, una listita de los epígrafes y citas más o menos oportunas, que hubiéramos podido usar en el discurso de nuestras habladurías, lo cual podremos hacer cómodamente, aun sin saber mucho latín ni francés, con sólo echarnos a copiarlos de los libros y papeles que andan impresos, que cada uno trae por lo menos en su frontis su epígrafe, que le viene bien, además de muchas citas en el discurso de la obra, que le vienen mal, y otras que de ninguna manera le vienen ni bien ni mal.

El Pobrecito Hablador, 6 de noviembre de 1832.

Nadie pase sin hablar al portero, o los viajeros en Vitoria



¿Por qué no ha de tener España su portero, cuando no hay casa medianamente grande que no tenga el suyo? En Francia eran antiguamente los suizos los que se encargaban de esta comisión; en España parece que la toman sobre sí algunos vizcaínos. Y efectivamente, si nadie ha de pasar hasta hablar con el portero, ¿cuándo pasarán los de allende si se han de entender con un vizcaíno? El hecho es que desde París a Madrid no había antes más inconveniente que vencer que 365 leguas, las landas de Burdeos y el registro de la puerta de Fuencarral. Pero hete aquí que una mañana se levantan unos cuantos alaveses (Dios los perdone) con humor de discurrir, caen en la cuenta de que están en la mitad del camino de París a Madrid, como si dijéramos estorbando, y hete que exclaman:

—Pues qué, ¿no hay más que venir a pasar? ¡*Nadie pase sin hablar al portero!*

De entonces acá cada alavés de aquellos es un portero, y Vitoria es un cucurucho tumbado en medio del camino de Francia; todo el que viene entra; pero hacia la parte de acá está el fondo del cucurucho, y fuerza es romperle para pasar.

Pero no ocupemos a nuestros lectores con inútiles digresiones. Amaneció en Vitoria y en Álava uno de los primeros días del corriente, y amanecía poco más o menos como en los demás países del mundo; es decir, que se empezaba a ver claro, digámoslo así, por aquellas provincias, cuando una nubecilla de ligero polvo anunció en la carretera de Francia la precipitada carrera de algún carruaje procedente de la vecina nación. Dos importantes viajeros, francés el uno, español el otro, envuelto éste en su capa y aquel en su capote, venían dentro. El primero hacía castillos en España, el segundo los hacía en el aire, porque venían echando cuentas acerca del día y hora en que llegar debían a la villa de Madrid, leal y coronada (sea dicho con permiso del padre Vaca). Llegó el veloz carruaje a las puertas de Vitoria, y una voz estentórea, de estas que salen de un cuerpo bien nutrido, intimó la orden de detener a los ilusos viajeros.

—¡Hola! ¡Eh! —dijo la voz—, nadie pase.

—¡Nadie pase! —repitió el español.

—¿Son ladrones? —dijo el francés.

—No, señor —repuso el español asomándose—, son de la aduana.

Pero ¿cuál no fue su admiración cuando, sacando la cabeza del empolvado carruaje, echó la vista sobre un corpulento religioso, que era el que toda aquella bulla metía? Dudoso todavía el

viajero, extendía la vista por el horizonte por ver si descubría alguno del resguardo; pero sólo vio otro padre al lado, y otro más allá, y ciento más, repartidos aquí y allí como los árboles en un paseo.

—¡Santo Dios! —exclamó—. ¡Cochero! Este hombre ha equivocado el camino; ¿nos ha traído usted al yermo o a España?

—Señor —dijo el cochero—, si Álava está en España, en España debemos de estar.

—Vaya, ¡poca conversación! —dijo el padre, cansado ya de admiraciones y asombros—; conmigo es con quien se las ha de haber usted, señor viajero.

—¡Con usted, padre! ¿Y qué puede tener que mandarme su reverencia? Mire que yo vengo confesado desde Bayona, y de allá aquí maldito si tuvimos ocasión de pecar, ni aun venialmente, mi compañero y yo, como no sea pecado viajar por estas tierras.

—Calle —dijo el padre—, y mejor para su alma. En nombre del Padre, y del Hijo...

—¡Ay, Dios mío! —exclamó el viajero, erizados los cabellos—, que han creído en este pueblo que traemos los malos y nos conjuran.

—Y del Espíritu Santo —prosiguió el padre—; apéense y hablaremos.

Aquí empezaron a aparecerse algunos facciosos y alborotados, con un Carlos V cada uno en el sombrero por escarapela.

Nada entendía a todo esto el francés del diálogo; pero bien presumía que podía ser negocio de puertas. Apeáronse, pues, y no bien hubo visto el francés a los padres interrogadores:

—¡Cáspita! —dijo en su lengua, que no sé cómo lo dijo—, ¡y qué uniforme tan incómodo traen en España las gentes del resguardo, y qué sanos están y qué bien portados!

Nunca hubiera hablado en su lengua el pobre francés.

—¡Contrabando! —clamó el uno.

—¡Contrabando! —clamó otro; y «contrabando» fue repitiéndose de fila en fila. Bien como cuando cae una gota de agua en el aceite hirviendo de una sartén puesta a la lumbre, álzase el líquido hervor y bulle, y salta, y levanta llama, y chilla, y chisporrotea, y cae en el hogar, y alborota la lumbre, y subleva la ceniza, espelúznase el gato inmediato que descansado junto al rescoldo dormía, quémanse los chicos, y la casa es un infierno; así se alborotó, y quemó, y se espeluznó y chilló la retahíla de aquel resguardo de nueva especie, compuesto de facciosos y de padres, al caer entre ellos la primera palabra francesa del extranjero desdichado.

—Mejor es ahorcarle —decía uno, y servía el español al francés de truchimán.

—¡Cómo ha de ser mejor! —exclamaba el infeliz.

—Conforme —reponía uno—: veremos.

—¿Qué hemos de ver —clamaba otra voz— sino que es francés?

Calmose, en fin, la zalagarda; metiéronlos con los equipajes en una casa, y el español creía que soñaba y que luchaba con una de aquellas pesadillas en que uno se figura haber caído en poder de osos, o en el país de los caballos, u Hounhous, como Gulliver.

Figúrese el lector una sala llena de cofres y maletas, provisiones de comer, barriles de escabeche y botellas, repartidas aquí y allí, como suele verse en las muestras de las lonjas de ultramarinos. ¡Ya se ve!: era la intendencia. Dos monacillos hacían en la antesala con dos voluntarios facciosos el servicio que suelen hacer los porteros de estrado en ciertas casas, y un robusto sacristán, que debía de ser el portero de golpe, los introdujo. Varios carlistas y padres registraban allí las maletas, que no parecía sino que buscaban pecados por entre los pliegues de las camisas, y otros varios viajeros, tan asombrados como los nuestros, se hacían cruces como si vieran al diablo. Allá en un bufete, un padre más reverendo que los demás, comenzó a interrogar a los recién llegados.

¿Quién es usted? –le dijo al francés.

Y el francés, callado, que no entendía. Pidiósele entonces el pasaporte.

–¡Pues!, francés –dijo el padre–. ¿Quién ha dado este pasaporte?

–Su Majestad Luis Felipe, rey de los franceses.

–¿Quién es ese rey? Nosotros no reconocemos a la Francia, ni a ese don Luis. Por consiguiente, este papel no vale. ¡Mire usted –añadió entre dientes–, si no habrá algún sacerdote en todo París que pueda dar un pasaporte, y no que nos vienen con papeles mojados! ¿A qué viene usted?

–A estudiar este hermoso país –contestó el francés con aquella afabilidad tan natural en el que está debajo.

–¿A estudiar, eh? Apunte usted, secretario; estas gentes vienen a estudiar; me parece que los enviaremos al tribunal de Logroño... ¿Qué trae usted en la maleta? Libros... pues... Recherches sur... al sur ¿eh? Este Recherches será algún autor de máximas; algún herejote. Vayan los libros a la lumbre. ¿Qué más? ¡Ah!, una partida de relojes: a ver... *London*... ése será el nombre del autor. ¿Qué es esto?

–Relojes para un amigo relojero que tengo en Madrid.

–*De comiso* –dijo el padre, y al decir de *comiso*, cada circunstante cogió un reloj, y metiósele en la faltriquera. Es fama que hubo alguno que adelantó la hora del suyo para que llegara más pronto la del refectorio.

–Pero, señor –dijo el francés–, yo no los traía para usted...

–Pues nosotros los tomamos para nosotros.

–¿Está prohibido en España el saber la hora que es? –preguntó el francés al español.

–Calle –dijo el padre–, si no quiere que se le exorcice –y aquí le echó la bendición por si acaso. Aturdido estaba el francés, y más aturdido el español.

Habíanle entretanto desvalijado a éste dos de los facciosos, que con los padres estaban, hasta del bolsillo, con más de tres mil reales que en él traía.

–¿Y usted, señor de acá? –le preguntaron de allí a poco–, ¿qué es? ¿Quién es?

–Soy español y me llamo don Juan Fernández.

–Para servir a Dios –dijo el padre.

–Y a Su Majestad la Reina nuestra señora –añadió muy complacido y satisfecho el español.

–¡A la cárcel! –gritó una voz–. ¡A la cárcel! –gritaron mil.

–Pero, señor, ¿por qué?

–¿No sabe usted, señor revolucionario, que aquí no hay más reina que el señor rey don Carlos V, que felizmente gobierna la monarquía sin oposición ninguna?

–¡Ah! Yo no sabía...

–Pues sépalo, y confíeselo, y...

–Sé y confieso, y... –dijo el amedrentado dando diente con diente.

–¿Y qué pasaporte trae? También francés... Repare usted, padre secretario, que estos pasaportes traen la fecha del año 1833. ¡Qué deprisa han vivido estas gentes!

–¿Pues no es el año en que estamos? ¡Pesía mí! –dijo Fernández, que estaba ya a punto de volverse loco.

—En Vitoria —dijo enfadado el padre, dando un porrazo en la mesa— estamos en el año 1.º de la cristiandad, y cuidado con pasarme de aquí.

—¡Santo Dios! ¡En el año 1.º de la cristiandad! ¿Conque todavía no hemos nacido ninguno de los que aquí estamos? —exclamó para sí el español—. ¡Pues vive Dios que esto va largo!

Aquí se acabó de convencer, así como el francés, de que se había vuelto loco, y lloraba el hombre y andaba pidiendo su juicio a todos los santos del Paraíso.

Tuvieron su club secreto los facciosos y los padres, y decidiéronse por dejar pasar a los viajeros; no dice la historia por qué; pero se susurra que hubo quien dijo, que si bien ellos no reconocían a Luis Felipe, ni le reconocerían nunca jamás, podría ocurrir que quisiera Luis Felipe venir a reconocerlos a ellos, y por quitarse de encima la molestia de esta visita, dijeron que pasasen, mas no con pasaportes, que eran nulos evidentemente por las razones dichas.

Díjoles, pues, el que hacía cabeza sin tenerla:

—Supuesto que ustedes van a la revolucionaria villa de Madrid, la cual se ha sublevado contra Álava, vayan en buen hora, y cárguenlo sobre su conciencia: el Gobierno de esta gran nación no quiere detener a nadie; pero les daremos pasaportes válidos.

Extendióseles enseguida un pasaporte en la forma siguiente:



AÑO PRIMERO DE LA CRISTIANDAD

Nos fray Pedro Jiménez Vaca, concedo libre y seguro pasaporte a don Juan Fernández, de profesión católico, apostólico y romano, que pasa a la villa revolucionaria de Madrid a diligencias propias; deja asegurada su conducta de catolicismo.

—Yo, además, que soy padre intendente, habilitado por la Junta Suprema de Vitoria, en nombre de Su Majestad el Emperador Carlos V, y el padre administrador de correos que está ahí aguardando el correo de Madrid, para despacharlo a su modo, y el padre capitán del Resguardo, y el padre Gobierno que está allí durmiendo en aquel rincón, por quitarnos de quebraderos de cabeza con la Francia, quedamos fiadores de la conducta de catolicismo de ustedes; y como no somos capaces de robar a nadie, tome usted, señor Fernández, sus tres mil reales en esas doce onzas, que es cuenta cabal —y se las dio el padre efectivamente.

Tomó Fernández las doce onzas, y no extrañó que en un país donde cada 1833 años no hacen mas que uno, doce onzas hagan tres mil reales.

Dicho esto, y hecha la despedida en regla del padre prior, y del desgobernador Gobierno que dormía, llegó la mala de Francia, y en expurgar la pública correspondencia, y en hacernos el favor de leer por nosotros nuestras cartas, quedaba aquella nación poderosa y monástica ocupada a la salida de entrambos viajeros, que hacia Madrid se venían, no acabando de comprender si estaban real y efectivamente en este mundo, o si habían muerto en la última posada sin haberlo echado de ver; que así lo contaron en llegando a la revolucionaria villa de Madrid, añadiendo que por allí nadie pasa sin hablar al portero.

Revista Española, n.º 106, 18 de octubre de 1833.

¿Quién es el público y dónde se le encuentra?

El doctor tú te lo pones,
el Montalván no le tienes,
conque quitándote el don
vienes a quedar Juan Pérez

*Epigrama antiguo contra el doctor
don Juan Pérez de Montalván.*

Yo vengo a ser lo que se llama en el mundo un buen hombre, un infeliz, un pobrecillo, como ya se echará de ver en mis escritos; no tengo más defecto, o llámese sobra si se quiere, que hablar mucho, las más veces sin que nadie me pregunte mi opinión; váyase porque otros tienen el de no hablar nada, aunque se les pregunte la suya. Entremétome en todas partes como un pobrecito, y formo mi opinión y la digo, venga o no al caso, como un pobrecito. Dada esta primera idea de mi carácter pueril e inocentón, nadie extrañará que me halle hoy en mi bufete con gana de hablar, y sin saber qué decir; empeñado en escribir para el público, y sin saber quién es el público. Esta idea, pues, que me ocurre al sentir tal comezón de escribir será el objeto de mi primer artículo. Efectivamente, antes de dedicarle nuestras vigiliass y tareas quisiéramos saber con quién nos las habemos.

Esa voz «público», que todos traen en boca, siempre en apoyo de sus opiniones, ese comodín de todos los partidos, de todos los pareceres, ¿es una palabra vana de sentido, o es un ente real y efectivo? Según lo mucho que se habla de él, según el papelón que hace en el mundo, según los epítetos que se le prodigan y las consideraciones que se le guardan, parece que debe de ser alguien. El público es «ilustrado», el público es «indulgente», el público es «imparcial», el público es «respetable»: no hay duda, pues, en que existe el público. En este supuesto, «¿quién es el público y dónde se le encuentra?»

Sálgome de casa con mi cara infantil y bobalicona a buscar al público por esas calles, a observarle, y a tomar apuntes en mi registro acerca del carácter, por mejor decir, de los caracteres distintivos de ese respetable señor. Paréceme a primera vista, según el sentido en que se usa generalmente esta palabra, que tengo de encontrarle en los días y parajes en que suele reunirse más gente. Elijo un domingo, y donde quiera que veo un número grande de personas llámolo público, a imitación de los demás. Este día un sinnúmero de oficinistas y de gentes ocupadas o no ocupadas el resto de la semana se afeita, se muda, se viste y se perfila; veo que a primera hora llena las iglesias, la mayor parte por ver y ser visto; observa a la salida las caras interesantes, los talles esbeltos, los pies delicados de las bellezas devotas, les hace señas, las sigue, y reparo que a segunda hora va de casa en casa haciendo una infinidad de visitas: aquí deja un cartoncito con su nombre cuando los visitados no están o no quieren estar en casa; allí entra, habla del tiempo, que no le interesa, de la ópera, que no entiende, etc. Y escribo en mi libro: «El público oye misa, el público coquetea (permítaseme la expresión mientras no tengamos otra mejor), el público hace visitas, la mayor parte inútiles, recorriendo casas, adonde va sin objeto, de donde sale sin motivo, donde por lo regular ni es esperado antes de ir, ni es echado de menos después de salir; y el público en consecuencia (sea dicho con perdón suyo) pierde el tiempo, y se ocupa en futesas»: idea que confirmo al pasar por la Puerta del Sol.

Entreme a comer en una fonda, y no sé por qué me encuentro llenas las mesas de un concurso que, juzgando por las facultades que parece tener para comer de fonda, tendrá probablemente en su casa una comida sabrosa, limpia, bien servida, etc., y me lo hallo comiendo voluntariamente, y con el mayor placer, apiñado en un local incómodo (hablo de cualquier fonda de Madrid), obstruido,

mal decorado, en mesas estrechas, sobre manteles comunes a todos, limpiándose las babas con las del que comió media hora antes en servilletas sucias sobre toscas, servidas diez, doce, veinte mesas, en cada una de las cuales comen cuatro, seis, ocho personas, por uno o solos dos mozos mugrientos, mal encarados y con el menor agrado posible; repitiendo este día los mismos platos, los mismos guisos del pasado, del anterior y de toda la vida; siempre puercos, siempre mal aderezados; sin poder hablar libremente por respetos al vecino; bebiendo vino, o por mejor decir agua teñida o cocimiento de campeche abominable. Digo para mi capote: «¿Qué alicientes traen al público a comer a las fondas de Madrid?». Y me contesto: «El público gusta de comer mal, de beber peor, y aborrece el agrado, el aseo y la hermosura del local».

Salgo a paseo y ya en materia de paseos me parece difícil decidir acerca del gusto del público, porque si bien un concurso numeroso, lleno de pretensiones, obstruye las calles y el salón del Prado, o pasea a lo largo del Retiro, otro más llano visita la casa de las fieras, se dirige hacia el río, o da la vuelta a la población por las rondas. No sé cuál es el mejor, pero sí escribo: «Un público sale por la tarde a ver y ser visto; a seguir sus intrigas amorosas ya empezadas, o enredar otras nuevas; a hacer el importante junto a los coches; a darse pisotones y a ahogarse en polvo; otro público sale a distraerse, otro a pasearse, sin contar con otro no menos interesante que asiste a las novenas y cuarenta horas, y con otro, no menos ilustrado, atendidos los carteles, que concurre al teatro, a los novillos, al fantasmagórico Mantilla y al Circo olímpico».

Pero ya bajan las sombras de los altos montes, y precipitándose sobre estos paseos heterogéneos arrojan de ellos a la gente; yo me retiro el primero, huyendo del público que va en coche o a caballo, que es el más peligroso de todos los públicos; y como mi observación hace falta en otra parte, me apresuro a examinar el gusto del público en materia de cafés. Reparo con singular extrañeza que *el público tiene gustos infundados*: le veo llenar los más feos, los más oscuros y estrechos, los peores, y reconozco a mi público de las fondas. ¿Por qué se apiña en el reducido, puerco y opaco café del Príncipe, y el mal servido de Venecia, y ha dejado arruinarse el espacioso y magnífico de Santa Catalina, y anteriormente el lindo de Tívoli, acaso mejor situados? De aquí infiero que *el público es caprichoso*.

Empero aquí un momento de observación. En esta mesa cuatro militares disputan, como si pelearan, acerca del mérito de Montes y de León, del volapié y del pasatoro; ninguno sabe de tauromaquia; sin embargo, se van a matar, se desafían, se matan en efecto por defender su opinión, que en rigor no lo es.

En otra, cuatro leguleyos que no entienden de poesía, se arrojan a la cara en forma de alegatos y pedimentos mil dicterios disputando acerca del género clásico y del romántico, del verso antiguo y de la prosa moderna.

Aquí cuatro poetas que no han saludado el diapasón se disparan mil epigramas envenenados, ilustrando el punto *poco tratado* de la diferencia de la Tossi y de la Lalande, y no se tiran las sillas por respeto al *sagrado* del café.

Allí cuatro viejos en quienes se ha agotado la fuente del sentimiento, avaros, digámoslo así, de su época, convienen en que los jóvenes del día están perdidos, opinan que no saben *sentir* como se sentía en su tiempo, y echan abajo sus ensayos, *sin haberlos querido leer siquiera*.

Acullá un periodista *sin período*, y otro periodista con *períodos interminables*, que no aciertan a escribir artículos que se vendan, convienen en la manera indisputable de redactar un papel que llene con su fama sus gavetas, y en la importancia de los resultados que tal o cual artículo, tal o cual vindicación debe tener en el *mundo*, que no los lee.

Y en todas partes muchos majaderos, que no entienden de nada, disputan de todo.

Todo lo veo, todo lo escucho, y apunto con mi sonrisa, propia de un pobre hombre, y con perdón de mi examinando: «El ilustrado público gusta de hablar de lo que no entiende».

Salgo del café, recorro las calles, y no puedo menos de entrar en las hosterías y otras casas públicas; un concurso crecido de parroquianos de domingo las alborota merendando o bebiendo, y las conmueve con su bulliciosa algazara; todas están llenas: en todas el Yepes y el Valdepeñas mueven las lenguas de la concurrencia, como el aire la veleta, y como el agua la piedra del molino; ya los densos vapores de Baco comienzan a subirse a la cabeza del público, que no se entiende a sí mismo. Casi voy a escribir en mi libro de memorias: «El respetable público se emborracha»; pero felizmente rómpese la punta de mi lápiz en tan mala coyuntura, y no siendo aquel lugar propio para afilarle, quédase in pectore mi observación y mi habladuría.

Otra clase de gente entretanto mete ruido en los billares, y pasa las noches empujando las bolas, de lo cual no hablaré, porque éste es de todos los públicos el que me parece más tonto.

Ábrese el teatro, y a esta hora creo que voy a salir para siempre de dudas, y conocer de una vez al público por su indulgencia ponderada, su gusto ilustrado, sus fallos respetables. Ésta parece ser su casa, el templo donde emite sus oráculos sin apelación. Represéntase una comedia nueva; una parte del público la aplaude con furor: es sublime, divina; nada se ha hecho mejor de Moratín acá; otra la silba despiadadamente: es una porquería, es un sainete, nada se ha hecho peor desde Comella hasta nuestro tiempo. Uno dice: «Está en prosa, y me gusta sólo por eso; las comedias son la imitación de la vida; deben escribirse en prosa». Otro: «Está en prosa y la comedia debe escribirse en verso, porque no es más que una ficción para agradar a los sentidos; las comedias en prosa son cuentecitos caseros, y si muchos las escriben así, es porque no saben versificarlas». Éste grita: «¿Dónde está el verso, la imaginación, la chispa de nuestros antiguos dramáticos? Todo eso es frío; moral insípida, lenguaje helado; el clasicismo es la muerte del *genio*». Aquél clama: «¡Gracias a Dios que vemos comedias arregladas y morales! La imaginación de nuestros antiguos era desarreglada: ¿qué tenían? Escondidos, tapadas, enredos interminables y monótonos, cuchilladas, graciosos pesados, confusión de clases, de géneros; el romanticismo es la perdición del teatro: sólo puede ser hijo de una imaginación enferma y delirante». Oído esto, vista esta discordancia de pareceres, ¿a qué me canso en nuevas indagaciones? Recuerdo que Latorre tiene un partido considerable, y que Luna, sin embargo, es también aplaudido sobre esas mismas tablas donde busco un gusto fijo; que en aquella misma escena los detractores de la Lalande arrojaron coronas a la Tossi, y que los apasionados de la Tossi despreciaron, destrozaron a la Lalande; y entonces ya renuncio a mis esperanzas. ¡Dios mío! ¿Dónde está ese público tan indulgente, tan ilustrado, tan imparcial, tan justo, tan respetable, eterno dispensador de la fama, de que tanto me han hablado; cuyo fallo es irrecusable, constante, dirigido por un buen gusto invariable, que no conoce más norma ni más leyes que las del sentido *común*, que tan poco tienen? Sin duda el público no ha venido al teatro esta noche: acaso no concurre a los espectáculos.

Reúno mis notas, y más confuso que antes acerca del objeto de mis pesquisas, llego a informarme de personas más ilustradas que yo. Un autor silbado me dice, cuando le pregunto quién es el público: «Preguntadme más bien cuántos necios se necesitan para componer un público». Un autor aplaudido me responde: «Es la reunión de personas ilustradas, que deciden en el teatro del mérito de las producciones literarias».

Un escritor cuando le silban dice que el público no le silbó, sino que fue una intriga de sus enemigos, sus envidiosos, y éste ciertamente no es el público; pero si le critican los defectos de su comedia aplaudida, llama al público en su defensa; el público le ha aplaudido; el público no puede ser injusto; luego es buena su comedia.

Un periodista presume que el público está reducido a sus suscriptores, y en este caso no es grande el público de los periodistas españoles. Un abogado cree que el público se compone de sus clientes. A un médico se le figura que no hay más público que sus enfermos, y gracias a su ciencia este público se disminuye todos los días; y así de los demás, de modo que concluyo la noche sin que nadie me dé una razón exacta de lo que busco.

¿Será el público el que compra la *Galería fúnebre de espectros y sombras ensangrentadas*, y las poesías de Salas, o el que deja en la librería las *Vidas de los españoles célebres* y la traducción de la

Ilíada? ¿El que se da de cachetes por coger billetes para oír a una cantatriz pinturera, o el que los revende? ¿El que en las épocas tumultuosas quema, asesina y arrastra, o el que en tiempos pacíficos sufre y adula?

Y esa opinión pública tan respetable, hija suya sin duda, ¿será acaso la misma que tantas veces suele estar en contradicción hasta con las leyes y con la justicia? ¿Será la que condena a vilipendio eterno al hombre juicioso que rehúsa salir al campo a verter su sangre por el capricho o la imprudencia de otro, que acaso vale menos que él? ¿Será la que en el teatro y en la sociedad se mofa de los acreedores en obsequio de los tramposos, y marca con oprobio la existencia y el nombre del marido que tiene la desgracia de tener una loca u otra cosa peor por mujer? ¿Será la que acata y ensalza al que roba mucho con los nombres de señor o de héroe, y sanciona la muerte infamante del que roba poco? ¿Será la que fija el crimen en la cantidad, la que pone el honor del hombre en el temperamento de su consorte, y la razón en la punta incierta de un hierro afilado?

¿En qué consiste, pues, que para granjear la opinión de ese público se quema las cejas toda su vida sobre su bufete el estudioso e infatigable escritor, y pasa sus días manoteando y gesticulando el actor incansable? ¿En qué consiste que se expone a la muerte por merecer sus elogios el militar arrojado?

¿En qué se fundan tantos sacrificios que se hacen por la fama que de él se espera? Sólo concibo, y me explico perfectamente, el trabajo, el estudio que se emplean en sacarle los cuartos.

Llega empero la hora de acostarse, y me retiro a coordinar mis notas del día: léolas de nuevo, reúno mis ideas, y de mis observaciones concluyo:

En primer lugar, que el público es el pretexto, el tapador de los fines particulares de cada uno. El escritor dice que emborriona papel, y saca el dinero al público por su bien y lleno de respeto hacia él. El médico cobra sus curas equivocadas, y el abogado sus pleitos perdidos por el bien del público. El juez sentencia *equivocadamente* al inocente por el bien del público. El sastre, el librero, el impresor, cortan, imprimen y roban por el mismo motivo; y, en fin, hasta el... Pero ¿a qué me canso? Yo mismo habré de confesar que escribo para el público, so pena de tener que confesar que escribo para mí.

Y en segundo lugar, concluyo: que no existe un público único, invariable, juez imparcial, como se pretende; que cada clase de la sociedad tiene su público particular, de cuyos rasgos y caracteres diversos y aun heterogéneos se compone la fisonomía monstruosa del que llamamos público; que éste es caprichoso, y casi siempre tan injusto y parcial como la mayor parte de los hombres que le componen; que es intolerante al mismo tiempo que sufrido, y rutinero al mismo tiempo que novelero, aunque parezcan dos paradojas; que prefiere sin razón, y se decide sin motivo fundado; que se deja llevar de impresiones pasajeras; que ama con idolatría sin *porqué*, y aborrece de muerte sin causa; que es maligno y mal pensado, y se recrea con la mordacidad; que por lo regular siente en masa y reunido de una manera muy distinta que cada uno de sus individuos en particular; que suele ser su favorita la medianía intrigante y *charlatana*, y objeto de su olvido o de su desprecio el mérito modesto; que olvida con facilidad e ingratitud los servicios más importantes, y premia con usura a quien le lisonjea y le engaña; y, por último, que con gran sinrazón queremos confundirle con la posteridad, que casi siempre revoca sus fallos interesados.

El Pobrecito Hablador, n.º 1, 18 de agosto de 1832.

Vuelva usted mañana



Gran persona debió de ser el primero que llamó pecado mortal a la pereza; nosotros, que ya en uno de nuestros artículos anteriores estuvimos más serios de lo que nunca nos habíamos propuesto, no entraremos ahora en largas y profundas investigaciones acerca de la historia de este pecado, por más que conozcamos que hay pecados que pican en historia, y que la historia de los pecados sería un tanto cuanto divertida. Convengamos solamente en que esta institución ha cerrado y cerrará las puertas del cielo a más de un cristiano.

Estas reflexiones hacía yo casualmente no hace muchos días, cuando se presentó en mi casa un extranjero de estos que, en buena o en mala parte, han de tener siempre de nuestro país una idea exagerada e hiperbólica, de estos que, o creen que los hombres aquí son todavía los espléndidos, francos, generosos y caballerescos seres de hace dos siglos, o que son aún las tribus nómadas del otro lado del Atlante: en el primer caso vienen imaginando que nuestro carácter se conserva intacto como nuestra ruina; en el segundo vienen temblando por esos caminos, y pregunta si son los ladrones que los han de despojar los individuos de algún cuerpo de guardia establecido precisamente para defenderlos de los azares de un camino, comunes a todos los países.

Verdad es que nuestro país no es de aquellos que se conocen a primera ni a segunda vista, y si no temiéramos que nos llamasen atrevidos, lo compararíamos de buena gana a esos juegos de manos sorprendentes e inescrutables para el que ignora su artificio, que estribando en una grandísima bagatela, suelen después de sabidos dejar asombrado de su poca perspicacia al mismo que se devanó los sesos por buscarles causas extrañas. Muchas veces la falta de una causa determinante en las cosas nos hace creer que debe de haberlas profundas para mantenerlas al abrigo de nuestra penetración. Tal es el orgullo del hombre, que más quiere declarar en alta voz que las cosas son incomprensibles cuando no las comprende él, que confesar que el ignorarlas puede depender de su torpeza.

Esto no obstante, como quiera que entre nosotros mismos se hallen muchos en esta ignorancia de los verdaderos resortes que nos mueven, no tendremos derecho para extrañar que los extranjeros no los puedan tan fácilmente penetrar.

Un extranjero de estos fue el que se presentó en mi casa, provisto de competentes cartas de recomendación para mi persona. Asuntos intrincados de familia, reclamaciones futuras, y aun proyectos vastos concebidos en París de invertir aquí sus cuantiosos caudales en tal cual especulación industrial o mercantil, eran los motivos que a nuestra patria le conducían.

Acostumbrado a la actividad en que viven nuestros vecinos, me aseguró formalmente que pensaba permanecer aquí muy poco tiempo, sobre todo si no encontraba pronto objeto seguro en que invertir su capital. Pareciome el extranjero digno de alguna consideración, trabé presto amistad con él, y lleno de lástima traté de persuadirle a que se volviese a su casa cuanto antes, siempre que

seriamente trajese otro fin que no fuese el de pasearse. Admirole la proposición, y fue preciso explicarme más claro.

-Mirad -le dije-, monsieur Sans-délai -que así se llamaba-; vos venís decidido a pasar quince días, y a solventar en ellos vuestros asuntos.

-Ciertamente -me contestó-. Quince días, y es mucho. Mañana por la mañana buscamos un genealogista para mis asuntos de familia; por la tarde revuelve sus libros, busca mis ascendientes, y por la noche ya sé quién soy. En cuanto a mis reclamaciones, pasado mañana las presento fundadas en los datos que aquél me dé, legalizadas en debida forma; y como será una cosa clara y de justicia innegable (pues sólo en este caso haré valer mis derechos), al tercer día se juzga el caso y soy dueño de lo mío. En cuanto a mis especulaciones, en que pienso invertir mis caudales, al cuarto día ya habré presentado mis proposiciones. Serán buenas o malas, y admitidas o desechadas en el acto, y son cinco días; en el sexto, séptimo y octavo, veo lo que hay que ver en Madrid; descanso el noveno; el décimo tomo mi asiento en la diligencia, si no me conviene estar más tiempo aquí, y me vuelvo a mi casa; aún me sobran de los quince cinco días.

Al llegar aquí monsieur Sans-délai traté de reprimir una carcajada que me andaba retozando ya hacía rato en el cuerpo, y si mi educación logró sofocar mi inoportuna jovialidad, no fue bastante a impedir que se asomase a mis labios una suave sonrisa de asombro y de lástima que sus planes ejecutivos me sacaban al rostro mal de mi grado.

-Permitidme, monsieur Sans-délai -le dije entre socarrón y formal-, permitidme que os convide a comer para el día en que llevéis quince meses de estancia en Madrid.

-¿Cómo?

-Dentro de quince meses estáis aquí todavía.

-¿Os burláis?

-No por cierto.

-¿No me podré marchar cuando quiera? ¡Cierto que la idea es graciosa!

-Sabed que no estáis en vuestro país activo y trabajador.

-¡Oh!, los españoles que han viajado por el extranjero han adquirido la costumbre de hablar mal siempre de su país por hacerse superiores a sus compatriotas.

-Os aseguro que en los quince días con que contáis, no habréis podido hablar siquiera a una sola de las personas cuya cooperación necesitáis.

-¡Hipérboles! Yo les comunicaré a todos mi actividad.

-Todos os comunicarán su inercia.

Conocí que no estaba el señor de Sans-délai muy dispuesto a dejarse convencer sino por la experiencia, y callé por entonces, bien seguro de que no tardarían mucho los hechos en hablar por mí.

Amaneció el día siguiente, y salimos entrambos a buscar un genealogista, lo cual sólo se pudo hacer preguntando de amigo en amigo y de conocido en conocido: encontrámosle por fin, y el buen señor, aturdido de ver nuestra precipitación, declaró francamente que necesitaba tomarse algún tiempo; instósele, y por mucho favor nos dijo definitivamente que nos diéramos una vuelta por allí dentro de unos días. Sonreíme y marchámonos. Pasaron tres días; fuimos.

-Vuelva usted mañana -nos respondió la criada-, porque el señor no se ha levantado todavía.

-Vuelva usted mañana -nos dijo al siguiente día-, porque el amo acaba de salir.

-Vuelva usted mañana -nos respondió al otro-, porque el amo está durmiendo la siesta.

-Vuelva usted mañana -nos respondió el lunes siguiente-, porque hoy ha ido a los toros.

-¿Qué día, a qué hora se ve a un español? Vímosle por fin, y «Vuelva usted mañana -nos dijo-, porque se me ha olvidado. Vuelva usted mañana, porque no está en limpio».

A los quince días ya estuvo; pero mi amigo le había pedido una noticia del apellido Díez, y él había entendido Díaz, y la noticia no servía. Esperando nuevas pruebas, nada dije a mi amigo, desesperado ya de dar jamás con sus abuelos.

Es claro que faltando este principio no tuvieron lugar las reclamaciones.

Para las proposiciones que acerca de varios establecimientos y empresas utilísimas pensaba hacer, había sido preciso buscar un traductor; por los mismos pasos que el genealogista nos hizo pasar el traductor; de mañana en mañana nos llevó hasta el fin del mes. Averiguamos que necesitaba dinero diariamente para comer, con la mayor urgencia; sin embargo, nunca encontraba momento oportuno para trabajar. El escribiente hizo después otro tanto con las copias, sobre llenarlas de mentiras, porque un escribiente que sepa escribir no le hay en este país.

No paró aquí; un sastre tardó veinte días en hacerle un frac, que le había mandado llevarle en veinticuatro horas; el zapatero le obligó con su tardanza a comprar botas hechas; la planchadora necesitó quince días para plancharle una camisola; y el sombrerero a quien le había enviado su sombrero a variar el ala, le tuvo dos días con la cabeza al aire y sin salir de casa.

Sus conocidos y amigos no le asistían a una sola cita, ni avisaban cuando faltaban, ni respondían a sus esquelas. ¡Qué formalidad y qué exactitud!

-¿Qué os parece de esta tierra, monsieur Sans-délai? -le dije al llegar a estas pruebas.

-Me parece que son hombres singulares...

-Pues así son todos. No comerán por no llevar la comida a la boca.

Presentose con todo, yendo y viniendo días, una proposición de mejoras para un ramo que no citaré, quedando recomendada eficazísimamente.

A los cuatro días volvimos a saber el éxito de nuestra pretensión.

-Vuelva usted mañana -nos dijo el portero-. El oficial de la mesa no ha venido hoy.

«Grande causa le habrá detenido», dije yo entre mí. Fuímonos a dar un paseo, y nos encontramos, ¡qué casualidad!, al oficial de la mesa en el Retiro, ocupadísimo en dar una vuelta con su señora al hermoso sol de los inviernos claros de Madrid. Martes era el día siguiente, y nos dijo el portero:

-Vuelva usted mañana, porque el señor oficial de la mesa no da audiencia hoy.

-Grandes negocios habrán cargado sobre él -dije yo.

Como soy el diablo y aun he sido duende, busqué ocasión de echar una ojeada por el agujero de una cerradura. Su señoría estaba echando un cigarrito al brasero, y con una charada del *Correo* entre manos que le debía costar trabajo el acertar.

-Es imposible verle hoy -le dije a mi compañero-; su señoría está en efecto ocupadísimo.

Díonos audiencia el miércoles inmediato, y, ¡qué fatalidad!, el expediente había pasado a informe, por desgracia, a la única persona enemiga indispensable de monsieur y de su plan, porque era quien debía salir en él perjudicado. Vivió el expediente dos meses en informe, y vino tan informado como era de esperar. Verdad es que nosotros no habíamos podido encontrar empeño para una persona muy amiga del informante. Esta persona tenía unos ojos muy hermosos, los cuales sin duda alguna le hubieran convencido en sus ratos perdidos de la justicia de nuestra causa.

Vuelto de informe se cayó en la cuenta en la sección de nuestra bendita oficina de que el tal expediente no correspondía a aquel ramo; era preciso rectificar este pequeño error; pasose al ramo, establecimiento y mesa correspondiente, y hétenos caminando después de tres meses a la cola

siempre de nuestro expediente, como hurón que busca el conejo, y sin poderlo sacar muerto ni vivo de la huronera. Fue el caso al llegar aquí que el expediente salió del primer establecimiento y nunca llegó al otro.

-De aquí se remitió con fecha de tantos -decían en uno.

-Aquí no ha llegado nada -decían en otro.

-¡Voto va! -dije yo a monsieur Sans-délai, ¿sabéis que nuestro expediente se ha quedado en el aire como el alma de Garibay, y que debe de estar ahora posado como una paloma sobre algún tejado de esta activa población?

Hubo que hacer otro. ¡Vuelta a los empeños! ¡Vuelta a la prisa! ¡Qué delirio!

-Es indispensable -dijo el oficial con voz campanuda-, que esas cosas vayan por sus trámites regulares.

Es decir, que el toque estaba, como el toque del ejercicio militar, en llevar nuestro expediente tantos o cuantos años de servicio.

Por último, después de cerca de medio año de subir y bajar, y estar a la firma o al informe, o a la aprobación o al despacho, o debajo de la mesa, y de volver siempre mañana, salió con una notita al margen que decía:

«A pesar de la justicia y utilidad del plan del exponente, negado.»

-¡Ah, ah!, monsieur Sans-délai -exclamé riéndome a carcajadas-; éste es nuestro negocio.

Pero monsieur Sans-délai se daba a todos diablos.

-¿Para esto he echado yo mi viaje tan largo? ¿Después de seis meses no habré conseguido sino que me digan en todas partes diariamente: «Vuelva usted mañana», y cuando este dichoso «mañana» llega en fin, nos dicen redondamente que «no»? ¿Y vengo a darles dinero? ¿Y vengo a hacerles favor? Preciso es que la intriga más enredada se haya fraguado para oponerse a nuestras miras.

-¿Intriga, monsieur Sans-délai? No hay hombre capaz de seguir dos horas una intriga. La pereza es la verdadera intriga; os juro que no hay otra; ésa es la gran causa oculta: es más fácil negar las cosas que enterarse de ellas.

Al llegar aquí, no quiero pasar en silencio algunas razones de las que me dieron para la anterior negativa, aunque sea una pequeña digresión.

-Ese hombre se va a perder -me decía un personaje muy grave y muy patriótico.

-Esa no es una razón -le repuse-: si él se arruina, nada, nada se habrá perdido en concederle lo que pide; él llevará el castigo de su osadía o de su ignorancia.

-¿Cómo ha de salir con su intención?

-Y suponga usted que quiere tirar su dinero y perderse, ¿no puede uno aquí morirse siquiera, sin tener un empeño para el oficial de la mesa?

-Puede perjudicar a los que hasta ahora han hecho de otra manera eso mismo que ese señor extranjero quiere.

-¿A los que lo han hecho de otra manera, es decir, peor?

-Sí, pero lo han hecho.

-Sería lástima que se acabara el modo de hacer mal las cosas. ¿Conque, porque siempre se han hecho las cosas del modo peor posible, será preciso tener consideraciones con los perpetuadores del mal? Antes se debiera mirar si podrían perjudicar los antiguos al moderno.

-Así está establecido; así se ha hecho hasta aquí; así lo seguiremos haciendo.

-Por esa razón deberían darle a usted papilla todavía como cuando nació.

-En fin, señor Fígaro, es un extranjero.

-¿Y por qué no lo hacen los naturales del país?

-Con esas socaliñas vienen a sacarnos la sangre.

-Señor mío -exclamé, sin llevar más adelante mi paciencia-, está usted en un error hartos general. Usted es como muchos que tienen la diabólica manía de empezar siempre por poner obstáculos a todo lo bueno, y el que pueda que los venza. Aquí tenemos el loco orgullo de no saber nada, de quererlo adivinar todo y no reconocer maestros. Las naciones que han tenido, ya que no el saber, deseos de él, no han encontrado otro remedio que el de recurrir a los que sabían más que ellas.

»Un extranjero -seguí- que corre a un país que le es desconocido, para arriesgar en él sus caudales, pone en circulación un capital nuevo, contribuye a la sociedad, a quien hace un inmenso beneficio con su talento y su dinero, si pierde es un héroe; si gana es muy justo que logre el premio de su trabajo, pues nos proporciona ventajas que no podíamos acarrearlos solos. Ese extranjero que se establece en este país, no viene a sacar de él el dinero, como usted supone; necesariamente se establece y se arraiga en él, y a la vuelta de media docena de años, ni es extranjero ya ni puede serlo; sus más caros intereses y su familia le ligan al nuevo país que ha adoptado; toma cariño al suelo donde ha hecho su fortuna, al pueblo donde ha escogido una compañera; sus hijos son españoles, y sus nietos lo serán; en vez de extraer el dinero, ha venido a dejar un capital suyo que traía, invirtiéndole y haciéndole producir; ha dejado otro capital de talento, que vale por lo menos tanto como el del dinero; ha dado de comer a los pocos o muchos naturales de quien ha tenido necesariamente que valerse; ha hecho una mejora, y hasta ha contribuido al aumento de la población con su nueva familia. Convencidos de estas importantes verdades, todos los Gobiernos sabios y prudentes han llamado a sí a los extranjeros: a su grande hospitalidad ha debido siempre la Francia su alto grado de esplendor; a los extranjeros de todo el mundo que ha llamado la Rusia, ha debido el llegar a ser una de las primeras naciones en muchísimo menos tiempo que el que han tardado otras en llegar a ser las últimas; a los extranjeros han debido los Estados Unidos... Pero veo por sus gestos de usted -concluí interrumpiéndome oportunamente a mí mismo- que es muy difícil convencer al que está persuadido de que no se debe convencer. ¡Por cierto, si usted mandara, podríamos fundar en usted grandes esperanzas!

Concluida esta filípica, fuime en busca de mi Sans-délai.

-Me marchó, señor Fígaro -me dijo-. En este país «no hay tiempo» para hacer nada; sólo me limitaré a ver lo que haya en la capital de más notable.

-¡Ay, mi amigo! -le dije-, idos en paz, y no queráis acabar con vuestra poca paciencia; mirad que la mayor parte de nuestras cosas no se ven.

-¿Es posible?

-¿Nunca me habéis de creer? Acordaos de los quince días...

Un gesto de monsieur Sans-délai me indicó que no le había gustado el recuerdo.

-Vuelva usted mañana -nos decían en todas partes-, porque hoy no se ve.

-Ponga usted un memorialito para que le den a usted permiso especial.

Era cosa de ver la cara de mi amigo al oír lo del memorialito: representábasele en la imaginación el informe, y el empeño, y los seis meses, y... Contentose con decir:

-Soy extranjero. ¡Buena recomendación entre los amables compatriotas míos!

Aturdíase mi amigo cada vez más, y cada vez nos comprendía menos. Días y días tardamos en ver las pocas rarezas que tenemos guardadas. Finalmente, después de medio año largo, si es que puede haber un medio año más largo que otro, se restituyó mi recomendado a su patria maldiciendo

de esta tierra, y dándome la razón que yo ya antes me tenía, y llevando al extranjero noticias excelentes de nuestras costumbres; diciendo sobre todo que en seis meses no había podido hacer otra cosa sino «volver siempre mañana», y que a la vuelta de tanto «mañana», eternamente futuro, lo mejor, o más bien lo único que había podido hacer bueno, había sido marcharse.

¿Tendrá razón, perezoso lector (si es que has llegado ya a esto que estoy escribiendo), tendrá razón el buen monsieur Sans-délai en hablar mal de nosotros y de nuestra pereza? ¿Será cosa de que vuelva el día de mañana con gusto a visitar nuestros hogares? Dejemos esta cuestión para mañana, porque ya estarás cansado de leer hoy: si mañana u otro día no tienes, como sueles, pereza de volver a la librería, pereza de sacar tu bolsillo, y pereza de abrir los ojos para hojear las hojas que tengo que darte todavía, te contaré cómo a mí mismo, que todo esto veo y conozco y callo mucho más, me ha sucedido muchas veces, llevado de esta influencia, hija del clima y de otras causas, perder de pereza más de una conquista amorosa; abandonar más de una pretensión empezada, y las esperanzas de más de un empleo, que me hubiera sido acaso, con más actividad, poco menos que asequible; renunciar, en fin, por pereza de hacer una visita justa o necesaria, a relaciones sociales que hubieran podido valerme de mucho en el transcurso de mi vida; te confesaré que no hay negocio que no pueda hacer hoy que no deje para mañana; te referiré que me levanto a las once, y duermo siesta; que paso haciendo el quinto pie de la mesa de un café, hablando o roncando, como buen español, las siete y las ocho horas seguidas; te añadiré que cuando cierran el café, me arrastro lentamente a mi tertulia diaria (porque de pereza no tengo más que una), y un cigarrito tras otro me alcanzan clavado en un sitio, y bostezando sin cesar, las doce o la una de la madrugada; que muchas noches no ceno de pereza, y de pereza no me acuesto; en fin, lector de mi alma, te declararé que de tantas veces como estuve en esta vida desesperado, ninguna me ahorqué y siempre fue de pereza. Y concluyo por hoy confesándote que ha más de tres meses que tengo, como la primera entre mis apuntaciones, el título de este artículo, que llamé «Vuelva usted mañana»; que todas las noches y muchas tardes he querido durante ese tiempo escribir algo en él, y todas las noches apagaba mi luz diciéndome a mí mismo con la más pueril credulidad en mis propias resoluciones: «¡Eh!, ¡mañana le escribiré!». Da gracias a que llegó por fin este mañana que no es del todo malo: pero ¡ay de aquel mañana que no ha de llegar jamás!

El Pobrecito Hablador, n.º 11, enero de 1833.¹

El hombre pone y Dios dispone, o lo que ha de ser el periodista



Gran cosa dijo el primero que enunció este proverbio, hoy tan trillado. Si hay proverbios que envejecen y caducan, éste toma por el contrario más fuerza cada día. Yo por mi parte confieso que a haber tenido la desgracia de nacer pagano, sería ese proverbio una de las cosas que más me retraerían de adoptar la existencia de muchos dioses; porque soy de mío tan indómito e independiente, que me asustaría la idea de proponer yo, y de que dispusiesen de mis propósitos millares de dioses, ya que desdichadamente ha de ser hombre un periodista, y lo que es peor hombre débil y quebradizo. Ello no se puede negar que un periodista es un ser muy bien criado, si se atiende a que no tiene voluntad propia; pues sobre ser bien criado, debe participar también de calidades de los más de los seres existentes: ha menester, si ha de ser bueno y de dura, la pasta del asno y su seguridad en el pisar, para caminar sin caer en un sendero estrecho, y como de esas veces fofo y mal seguro; y agachar como él las orejas cuando zumba en derredor de ellas el garrote. Necesita saberse pasar sin alimento semanas enteras como el camello, y caminar la frente erguida por medio del desierto. Ha de tener la velocidad del gamo en el huir para un apuro, para un día en que Dios disponga lo que él no haya puesto. Ha de tener del perro el olfato, para oler con tiempo dónde está la fiera, y el ladrar a los pobres; y ha de saber dónde hace presa, y dónde quiere Dios que hincue el diente. Le es indispensable la vista perspicaz del lince para conocer en la cara del que ha de disponer lo que él debe poner; el oído del jabalí para barruntar el runrún de la asonada; se ha de hacer, como el topo, el mortecino, mientras pasa la tormenta; ha de saber andar, cuando va delante, con el paso de la tortuga, tan menudo y lento que nadie se lo note, que no hay cosa que más espante que el ver andar al periodista; ha de saber, como el cangrejo, desandar lo andado, cuando lo ha andado de más, y como de esas veces ha de irse sesgando por entre las matas a guisa de serpiente; ha de mudar camisa en tiempo y lugar como la culebra; ha de tener cabeza fuerte como el buey, y cierta amable inconsecuencia como la mujer; ha de estar en continua atalaya como el ciervo, y dispuesto como la sanguijuela a recibir el tijeretazo del mismo a quien salva la vida; ha de ser, como el músico, inteligente en las fugas, y no ha de cantar de contralto más que escriba con trabajo; y a todo, en fin, ha de poner cara de risa como la mona. Esto con respecto al reino animal.

Con respecto al vegetal parécese el periodista a las plantas en acabar con ellas un huracán sin servirles de mérito el fruto que hayan dado anteriormente; como la caña, ha de doblar la cerviz al viento, pero sin murmurar como ella; ha de medrar como el junco y la espadaña en el pantano; ha de dejarse podar como y cuando Dios disponga, y tomar la dirección que le dé el jardinero; ha de pinchar como el espino y la zarza los pies de los caminantes desvalidos, dejándose hollar de la rueda del poderoso; en días oscuros ha de cerrar el cáliz y no dejar coger sus pistilos, como la flor del azafrán; ha de tomar color según le den los rayos del sol; ha de hacer sombra, en ocasiones dañina, como el nogal; ha de volver la cara al astro que más calienta como el girasol, y es planta muerta si no; seméjase a las palmas en que mueren las compañeras empezando a morir una; así ha

de servir para comer como para quemar, a guisa de piña; ha de oler a rosa para los altos, y a espliego para los bajos; ha de matar halagando como la hiedra.

Por lo que hace al mineral, parece el periodista a la piedra en que no hay picapedrero que no le quite una esquirla y que no le dé un porrazo; ha de tener tantos colores como el jaspe, si ha de parecer bien a todos; ha de ser frío como el mármol debajo del pie del magnate; ha de ser dúctil como el oro; de plata no ha de tener ni aun el hablar en ella; ha de tener los pies de plomo; ha de servir como el bronce para inmortalizar hasta los dislates de los próceres; lo ha de soldar todo como el estaño; ha de tener más vetas que una mina, y más virtudes que un agua termal. Y después de tanto trabajo y de tantas calidades ha de saltar, por fin, como el acero, en dando con cosa dura.

En una palabra, ha de ser el periodista un imposible; no ha de contar sobre todo jamás con el día de mañana: ¡dichoso el que puede contar con el de ayer! No debe por consiguiente decir nunca, como *El Universal*: «Este periódico sale todos los días excepto los lunes», sino decir: «De este periódico sólo se sabe de cierto que no sale los lunes». Porque el hombre pone y Dios dispone.

Revista Española, n.º 180, 4 de abril de 1834. Firmado: Fígaro.

La cuestión transparente

No ha dos días que un señor orador apellidó en el Estamento de Procuradores a la cuestión de los empleos «cuestión transparente», porque detrás de ella, por más que se quiera evitar, siempre se ven las personas. Nosotros pensamos lo mismo. Hay expresiones felices que nunca quedarán, en nuestro entender, bastante grabadas en la memoria. Cuánto sea el valor de estas expresiones, dichas en tiempo y lugar, no necesitamos inculcárselo al lector. Felices son por lo bien ocurridas, felices por el propósito, y felices, en fin, porque hacen fortuna. Estas expresiones, de tal suerte dispuestas y colocadas, suelen ser el cachetero de las discusiones, la última mano, la razón, en fin, sin réplica ni respuesta. Después que un orador ha dicho en clara y distinta voz que el Pretendiente es un faccioso más, ya quisiera yo saber qué se le contesta. Cuando un orador suelta el «mal aconsejado», el «inoportuno», el «cimient» y la «rama podrida», ya quisiera yo que me dijeran hasta qué punto puede llevarse la cuestión en cuestión; y si hay oradores, si hay epítetos y adjetivos, si hay expresiones felices, hay cuestiones que no lo son menos. Una cuestión, cuando es una simple cuestión, es una cuestión y nada más. Pero hay cuestiones de cuestiones. Las hay espesas y de suyo oscuras y enmarañadas, al trasluz de las cuales nada se ve; puédesse escribir encima de ellas non plus ultra: nada hay más allá. Entre éstas pudiera muy bien clasificarse la de los *derechos sociales*. ¿Qué se ve al través de esta cuestión? Nada ciertamente: algún «visto», algún «veremos», o por mejor decir algún «no veremos». La de la libertad de imprenta. He aquí otra cuestión, oscura, negra como boca de lobo. Encima de ella ya se distinguen algunas prohibiciones, tal cual destierro; pero al trasluz, ¿qué se ve detrás? Absolutamente nada; como dice Guzmán en *La pata de cabra*, «sólo se ve que no se ve nada». La de la Milicia Urbana: he aquí una señora cuestión; ésta es más tupida que una manta. ¿Qué se ve detrás? Es todo lo más si confusamente se divisa por encima un reglamento, que se las puede apostar en enmiendas y fe de erratas al mismo diccionario geográfico. Es todo lo más si en la superficie se distinguen algunos miles de hombres sin fusiles, y multitud de fusiles sin hombres. Pero al trasluz nada. Semejante al retablo de maese Pedro, las pocas figuras que hay, todas están delante. Detrás ni aun Ginesillo de Parapilla y Pasamonte, que las mueve, se distingue.

Estas cuestiones, pues, oscuras y tupidas, no valen nada. Las grandes cuestiones son las transparentes. La de los empleos, por ejemplo: he aquí una cuestión de pura gasa. Aquí es donde se ve claro: detrás de ella no se necesita lente para echar de ver los empleos, y no tamaños como avellanas; el más pequeño aparece a guisa de prodigio microscópico, más grande que nuestra misma libertad, y en punto a tamaños no hay más que ponderar; pues aun se ve más, porque detrás del empleo se ve a lo lejos (un poco más en pequeño, es verdad) al hombre, pero se ve. ¡Qué no se divisa detrás de ciertos empleos, y no a ojos vistas precisamente, sino aun a cierra ojos! Se ven los empleados de los diez años; verdad es que apenas se ven los de los tres; pero, en fin, se ve; en una palabra, se ve que se ve algo; se ve que se verá más; y se verá, digámoslo de una vez, lo que siempre se ha visto; los compromisos, los amigos, los parientes... es el gran punto de vista: todo se ve. ¡Fatalidad de las cosas humanas! En las otras cuestiones anhelaríamos la transparencia. Y en ésta, en que se ve, nos hallamos precisados a exclamar: «¡Ojalá no se viera!».

El Observador, n.º 97, 19 de octubre de 1834. Firmado: F.

Lo que no se puede decir, no se debe decir

Hay verdades de verdades, y a imitación del *diplomático* de Scribe, podríamos clasificarlas con mucha razón en dos: la verdad que no es verdad, y... Dejando a un lado las muchas de esa especie que en todos los ángulos del mundo pasan convencionalmente por lo que no son, vamos a la verdad verdadera, que es indudablemente la contenida en el epígrafe de este capítulo.

Una cosa aborrezco, pero de ganas, a saber: esos hombres naturalmente turbulentos que se alimentan de oposición, a quienes ningún Gobierno les gusta, ni aun el que tenemos en el día; hombres que no dan tiempo al tiempo, para quienes no hay ministro bueno, sobre todo desde que se ha convenido con ellos en que Calomarde era el peor de todos; esos hombres que quieren que las guerras no duren, que se acaben pronto las facciones, que haya libertad de imprenta, que todos sean milicianos urbanos... Vaya usted a saber lo que quieren esos hombres. ¿No es un horror?

Yo no. Dios me libre. El hombre ha de ser dócil y sumiso, y cuando está sobre todo en la clase de los súbditos, ¿qué quiere decir esa petulancia de juzgar a los que le gobiernan? ¿No es esto la débil y mezquina criatura pidiendo cuentas a su Criador?

La ley, señor, la ley. Clara está y terminante, impresa y todo: no es decir que se la dan a uno de tapadillo. Ése es mi norte. Cójame Zumalacárregui, si se me ve jamás separarme un ápice de la ley.

Quiero hacer un artículo, por ejemplo. No quiero que me lo prohíban, aunque no sea más que por no hacer dos en vez de uno. ¿Y qué hace usted?, me dirán esos perturbadores que tienen siempre la anarquía entre los dedos para soltársela encima al primer ministro que trasluzcan, ¿qué hace usted para que no se lo prohíban?

¡Qué he de hacer, hombres exigentes! Nada: lo que debe hacer un escritor independiente en tiempos como estos de independencia. Empiezo por poner al frente de mi artículo, para que me sirva de eterno recuerdo: «Lo que no se puede decir, no se debe decir». Sentada en el papel esta provechosa verdad, que es la verdadera, abro el reglamento de censura: no me pongo a criticarlo, ¡nada de eso!, no me compete. Sea reglamento o no sea reglamento, cierro los ojos, y venero la ley, y la bendigo, que es más. Y continúo: «Artículo 12. No permitirán los censores que se inserten en los periódicos:

»Primero: artículos en que viertan máximas o doctrinas que conspiren a destruir o alterar la religión, el respeto a los derechos y prerrogativas del trono, el Estatuto Real y demás leyes fundamentales de la Monarquía».

Esto dice la ley. Ahora bien: doy el caso que me ocurra una idea que conspira a destruir la religión. La callo, no la escribo, me la como. Éste es el modo.

No digo nada del respeto a los derechos y prerrogativas del trono, el Estatuto, etc., etc. ¿Si les parecerá a esos hombres de oposición que no me ocurre nada sobre esto? Pues se equivocan, ni cómo he de impedir yo que me ocurran los mayores disparates del mundo. Ya se ve que me ocurriría entrar en el examen de ese respeto, y que me ocurriría investigar los fundamentos de todas las cosas más fundamentales. Pero me llamo aparte, y digo para mí: ¿No está clara la ley? Pues punto en boca. Es verdad que me ocurrió; pero la ley no condena ocurrencia alguna. Ahora, en cuanto a escribirlo, ¿no fuera una necesidad? No pasaría. Callo, pues; no lo pongo, y no me lo prohíben. He aquí el medio sencillo, sencillísimo. Los escritores, por otra parte, debemos dar el ejemplo de la sumisión. O es ley, o no es ley. ¡Mal haya los descontentadizos! ¡Mal haya esa funesta oposición! ¿No es buena manía la de oponerse a todo, la de querer escribirlo todo?

Que no pasan las «sátiras» e «invectivas» contra la autoridad; pues no se ponen tales sátiras ni invectivas. Que las prohíben, aunque se «disfracen» con «alusiones» o «alegorías». Pues no se disfrazan. Así como así, ¡no parece sino que es cosa fácil inventar las tales alusiones y alegorías!

Los «escritos injuriosos» están en el mismo caso, aun cuando vayan con «anagramas» o en otra cualquiera forma, «siempre que los censores se convenzan de que se alude a personas determinadas».

En buen hora; voy a escribir ya; pero llego a este párrafo y no escribo. Que no es injurioso, que no es libelo, que no pongo anagrama. No importa; puede convencerse el censor de que se alude, aunque no se aluda. ¿Cómo haré, pues, que el censor no se convenza? Gran trabajo: no escribo nada; mejor para mí; mejor para él; mejor para el Gobierno: que encuentre alusiones en lo que no escribo. He aquí, he aquí el sistema. He aquí la gran dificultad por tierra. Desengañémonos: nada más fácil que obedecer. Pues entonces, ¿en qué se fundan las quejas? ¡Miserables que somos!

Los «escritos licenciosos», por ejemplo. ¿Y qué son escritos licenciosos? ¿Y qué son costumbres? Discurro, y a mi primera resolución, nada escribo; más fácil es no escribir nada, que ir a averiguarlo.

Buenas ganas se me pasan de injuriar a algunos «soberanos y gobiernos extranjeros». Pero ¿no lo prohíbe la ley? Pues chitón.

Hecho mi examen de la ley, voy a ver mi artículo; con el reglamento de censura a la vista, con la intención que me asiste, no puedo haberlo infringido. Examino mi papel; no he escrito nada, no he hecho artículo, es verdad. Pero en cambio he cumplido con la ley. Este será eternamente mi sistema; buen ciudadano, respetaré el látigo que me gobierna, y concluiré siempre diciendo: «Lo que no se puede decir, no se debe decir».

Octubre de 1834. Publicado en la *Colección* de 1835.

Los barateros, o el desafío y la pena de muerte

Debiendo sufrir en este día... la pena de muerte en garrote vil... Ignacio Argumañes, por la muerte violenta dada el 7 de marzo último a Gregorio Cané...

Diario de Madrid del 15 de abril de 1836



La sociedad se ve forzada a defenderse, ni más ni menos que el individuo, cuando se ve acometida; en esta verdad se funda la definición del delito y del crimen; en ella también el derecho que se adjudica a la sociedad de declararlos tales y de aplicarles una pena. Pero la sociedad, al reconocer en una acción el delito o el crimen, y al sentirse por ella ofendida, no trata de vengarse, sino

de prevenirse; no es tanto su objeto castigar simplemente como escarmentar; no se propone por fin destruir al criminal, sino el crimen; hacer desaparecer al agresor, sino hacer desaparecer la posibilidad de nuevas agresiones; su objeto no es diezmar la sociedad, sino mejorarla. Y al ejecutar su defensa ¿qué derecho usa? El derecho del más fuerte. Apoderada del sospechado agresor, les es fuerza, antes de aplicarle la pena, verificar su agresión, convencerse a sí misma y convencerle a él. Para esto comienza por atentar a la libertad del sospechado, mal grave, pero inevitable; la detención previa es una contribución corporal que todo ciudadano debe pagar, cuando por su desgracia le toque; la sociedad, en cambio, tiene la obligación de aligerarla, de reducirla a los términos de indispensabilidad, porque pasados éstos comienza la detención a ser un castigo, y, lo que es peor, un castigo injusto y arbitrario, supuesto que no es resultado de un juicio y de una condenación; en el intervalo que transcurre desde la acusación o sospecha hasta la aseveración del delito, la sociedad tiene, no derecho, pero necesidad de detener al acusado; y supuesto que impone esta contribución corporal por su bien, ella es la que está obligada a hacer de modo que la cárcel no sea una pena ya para el acusado, inocente o culpable; la cárcel no debe acarrear sufrimiento alguno, ni privación que no sea indispensable, ni mucho menos influir moralmente en la opinión del detenido.

De aquí la sagrada obligación que tiene la sociedad de mantener buenas casas de detención, bien montadas y bien cuidadas, y la más sagrada todavía de no estancar en ellas al acusado.

Cualquiera de nuestros lectores que haya estado en la cárcel, cosa que le habrá sucedido por poco liberal que haya sido, se habrá convencido de que en este punto la sociedad a que pertenecemos conoce estas verdades y su importancia, y en nada las contradice. Nuestras cárceles son un modelo.

Era uno de los días del mes de marzo; multitud de acusados llenaban los calabozos; los patios de la cárcel se devolvían las estrepitosas carcajadas, desquite de la desgracia, o máscara violenta de la conciencia; las soeces maldiciones y blasfemias, desahogo de la impotencia, y los sarcásticos estribillos de torpes cantares, regocijo del crimen y del impudor. El juego, alimento de corazones ociosos y ávidos de acción, devoraba la existencia de los corrillos; el juego, nutrición terrible de las pasiones vehementes, cuyo desenlace fatídico y misterioso se presenta halagüeño, más que en ninguna parte, en la cárcel, donde tanta influencia tiene lo que se llama vulgarmente *destino* en la suerte de los detenidos; el juego, símbolo de la solución misteriosa y de la verdad incierta que el hombre busca incesantemente desde que ve la luz hasta que es devuelto a la nada.

En aquellos días existían en esa cárcel dos hombres: Ignacio Argumáñes y Gregorio Cané. Los hombres no pueden vivir sino en sociedad, y desde el momento en que aquella a que pertenecen parece segregarlos de sí, ellos se forman otra fácilmente, con sus leyes, no escritas, pero frecuentemente notificadas por la mano del más fuerte sobre la frente del más débil. He aquí lo que sucede en la cárcel. Y tienen derecho a hacerlo. Desde el momento en que la sociedad retira sus beneficios a sus asociados; desde el momento en que, olvidando la protección que les debe, los deja al arbitrio de un cómitre despótico; desde el momento en que el preso, al sentar el pie en el patio de la cárcel, se ve insultado, acometido, robado por los seres que van a ser sus compañeros, sin que sus quejas puedan salir de aquel recinto, el detenido exclama: «Estoy fuera de la sociedad; desde hoy *mi ley es mi fuerza, o la que yo me forje aquí*». He aquí el resultado del desorden de las cárceles. ¿Con qué derecho la sociedad exige nada de los encarcelados, a quienes retira su protección? ¿Con qué derecho se sigue erigiendo en juez suyo, siendo los delitos cometidos dentro de aquel Argel efecto de su mismo abandono?

Pero dos hombres existían allí: dos barateros; dos seres que se creían con derechos a imponer leyes a los demás y a retirar del juego de sus compañeros un fondo piratesco; dos hombres que cobraban el barato. Cruzáronse estos hombres de palabras, y uno de ellos fue metido en un calabozo por el alcaide, dey de aquella colonia. A su salida, el castigado encuentra injusto que su compañero haya cobrado él solo el barato durante su ausencia, y reclama una parte en el tráfico. El baratero advenedizo quiere quitar del puesto al baratero en posesión; éste defiende su derecho, y sacando de la faltriquera dos navajas: «¿Quieres parte?», le dice, «pues gánala». He aquí al hombre fuera de la sociedad, al hombre primitivo que confía su derecho a su brazo.

El día va a expirar, y los detenidos acaban de pasar al patio inmediato, donde entonan diariamente una Salve a la Madre del Redentor, Salve sublime desde fuera, impudente y burlesca sobre el labio del que la entona, y que por bajo la parodia. Al son del religioso cántico los dos hombres defienden su derecho, y en leal pelea se acometen y se estrechan. Uno de ellos no debía oír acabar la Salve: un segundo transcurre apenas, y con el último acento del cántico, llega a los pies del Altísimo el alma de un baratero.

La sociedad entonces acude, y dice al baratero vivo:

-Yo te lancé de mi seno, yo te retiré mi amparo, yo te castigo antes de juzgarte con esa cárcel inmundada que te doy; ahí tolero tu juego y tu barato, porque tu juego y tu barato no molestan mi sueño; pero de resultas de ese juego y ese barato, tienes una disputa que yo no puedo ni quiero dirimir, y me vienen a despertar con el ruido de un cuerpo que has derribado al suelo; me avisan de que ese cuerpo, de que en vida yo no hice más caso que de ti, puede contagiarme con su putrefacción; y por ende mando que el cuerpo se entierre, y el tuyo con él, porque infringiste mis leyes, matando a otro hombre, aun entonces que mis leyes no te protegían. Porque mis leyes, baratero, alcanzan con la pena hasta a aquellos a quienes no alcanzan con la protección. Ellas renuncian a amparar, pero no a vengar; lo bueno de ellas, baratero, es para mí, lo malo para ti; porque yo tengo jueces para ti, y tú no los tienes para mí; yo tengo alguaciles para ti, y tú no los tienes para mí; yo tengo, en fin, cárceles, y tengo un verdugo para ti, y tú no los tienes para mí. Por eso yo castigo tu homicidio, y tú no puedes castigar mi negligencia y mi falta de amparo, que solos fueron de él ocasión.

Y el baratero:

-¿Hasta qué punto, sociedad, tienes derecho sobre mí? Ignoro si mi vida es mía; han dicho hombres entendidos que mi vida no es mía, y por la religión no puedo disponer de ella; pero si no es mía siquiera, ¿cómo será tuya? Y si es más mía que tuya, ¿en qué pude ofender a la sociedad disponiendo de ella, como otro hombre de la suya, de común acuerdo los dos, sin perjuicio de tercero, y sin llamar a nadie en nuestra común cuestión?

Y la sociedad:

-Algún día, baratero, tendrás razón; pero por el pronto te ahorcaré, porque no es llegado ese día en que tendrás razón y en que queden el suicidio y el duelo fuera de mi jurisdicción; en el día la sociedad a que perteneces no puede regirse sino por la ley vigente; ¿por qué no has aguardado para batirte en duelo a que la ley estuviese derogada? Por ahora, muere, baratero, porque tengo establecida una pragmática que así lo dispone. Una luna no ha transcurrido todavía que ha visto sofocado por mi mano a otro hombre por haber vengado un honor que la ley no alcanzaba a vengar...

Y el baratero:

-¿Y cuántas lunas transcurren, sociedad, que ven paseando en el Prado a otros hombres que incurrieron en igual error que ese que me citas, y yo?...

Y la sociedad:

-Esto te enseñará que ya que no pudieses aguardar para batirte a que yo derogase mi ley, cesando de intervenir en las disidencias individuales que no atacan a la corporación, debiste aguardar a lo menos a ser opulento o siquiera caballero... o aprender en tanto a eludir mi ley.

Y el baratero:

-¿Y la igualdad ante la ley, sociedad?...

Y la sociedad:

-Hombre del pueblo, la igualdad ante la ley existirá cuando tú y tus semejantes la conquistéis; cuando yo sea la verdadera sociedad y entre en mi composición el elemento popular; llámanme ahora sociedad y cuerpo, pero soy un cuerpo truncado: ¿No ves que me falta el pueblo? ¿No ves que ando sobre él, en vez de andar con él? ¿No ves que me falta el alma, que es la inteligencia del ser, y que sólo puede resultar del completo y armonía de lo que tengo, y de lo que me falta, cuando lo llegue a reunir todo? ¿No ves que no soy la sociedad, sino un monstruo de sociedad? ¿Y de qué te quejas, pueblo? ¿No renuncias a tus derechos en el acto de no reclamarlos? ¿No lo autorizas todo sufriendo todo?

Y el baratero:

-Porque no sé todavía que hago parte de ti, oh sociedad; porque no comprendo...

Y la sociedad:

-Pues date prisa a comprender, y a saber quién eres y lo que puedes, y entretanto date prisa a dejarte ahogar, y en garrote vil, porque eres pueblo y porque no comprendes.

Y el baratero:

-Mi día llegará, oh falsa sociedad, oh sociedad incompleta y usurpadora, y llegará más pronto por tu culpa; porque mi cadáver será un libro, y un libro ese garrote vil, donde los míos, que ahora le miran estúpidamente sin comprenderle, aprenderán a leer. ¡Hágase, en el ínterin, la voluntad de la fuerza: ahorca a los plebeyos que se baten en duelo, colma de honores a los señores que se baten en duelo, y, en tanto que el pueblo cobra su barato, cobra tú el tuyo, y date prisa!

Y el baratero debía morir, porque la ley es terminante, y con el baratero cuantos barateros se baten en duelo, porque la ley es vigente, y quien infringe la ley merece la pena; ¡y quien tal hizo que tal pague!

Y el baratero murió, y en cuanto a él, satisfizo la vindicta pública. Pero el pueblo no ve, el pueblo no sabe ver; el pueblo no comprende, el pueblo no sabe comprender, y como su día no es llegado, el silencio del pueblo acató con respeto a la justicia de la que se llama su sociedad, y la sociedad siguió, y siguieron con ella los duelos, y siguió vigente la ley, y barateros la burlarán, porque no serán barateros de la cárcel, ni barateros del pueblo, aunque cobren el barato del pueblo.

El Español, n.º 171, 19 de abril de 1836. Firmado: Fígaro.

¿Qué cosa es por acá el autor de una comedia?

(Artículo nuestro)

Como el teatro lleva camino de reducirse a una diversión puramente ideal, nos damos prisa a insertar entre nuestras habladurías unas cuantas concernientes a este ramo, antes de que dé la última boqueada esta expirante fantasma.

Artículo primero

Nuestras dudas se nos ofrecen al entrar en esta materia; al hacer aquella sencilla pregunta, ¿estaría de más que explicásemos qué quiere decir *por acá*, qué *autor* y qué *comedia*? ¿Lo saben todos? No. ¿Lo saben algunos? Como de esos algunos habrá que no lo sepan. Pero como quiera que vivan muchos sin saberlo, y no por eso se mueran ni les acontezca mal alguno, sino, antes por el contrario, tengan esos cuidados menos, nos hemos determinado a no levantar el velo que cubre el sentido de aquellas oscurísimas palabras, quien sabe si movidos también de cierto temor de no acertar en nuestro propósito. ¿Lo sabemos nosotros? ¿Somos inteligentes en la materia?

Pero dirá el lector que hoy se nos vuelve todo escrúpulos y cosquillas; que si sólo hubieran de hablar de las cosas que de ellas entienden, sería preciso renunciar en el mundo al encanto de la conversación. Si esto es así, hablemos, como los demás, sólo porque tenemos recibido este don precioso del Altísimo, que en su alta sabiduría, no nos le dio, sin duda, para callar.

El mayor número de las gentes, cuando concurre a la representación de una comedia, y la aplaude si le parece buena, cree que el autor ha sacado fruto de sus vigiliass y del don rarísimo que de agradar a los más recibió de la Naturaleza; discurre espontáneamente y sin trabajo que aquella entrada y cuantas produce aquel drama son debidas al talento del autor, y que saliendo de aquellos fondos cuanto gasto se ocasiona, el autor aquel y los demás autores de comedias son los que dan de vivir a los actores, a las empresas y a todos los dependientes y sanguijuelas, que no son pocas, de semejantes casas. Esto parece natural a primera vista, y no necesita haber cursado en Salamanca para conocer que a no haber dramas que representar, sean de la clase que se quiera, inútil sería el teatro con todas sus consecuencias. Pero como hemos nacido en el siglo de los prodigios, ha de saber el mayor número de las gentes que no sólo no es así, sino que se equivoca groseramente al pensarlo de esta suerte.

Dejemos aparte, los sofiones y respuestas acedas que hasta llegar al ansiado y terrible momento de la representación ha tenido que sufrir el autor de cuantos tienen la menor parte en estos negocios, los sustos que le da una censura rígida, las esperanzas tantas veces desvanecidas ante el choque de las pasiones o intereses encontrados, de las opiniones diversas, de mil vanidades pueriles, de mil vientos contrarios, en fin, que se estrellan en aquella sola caña débil y por fortuna flexible de su desamparada comedia. Llegó al puerto, y va a descorrerse el telón. ¿Quién es el pobre autor entonces? ¡Infeliz! Si no ha mendigado un asiento, una escondida galería, le será preciso comprar su billete, y si para la primera noche se han dignado ofrecerle espontáneamente algún palco tercero o un par de lunetas, la segunda, la tercera, cuantas noches se represente la hija de su talento, otras tantas habrá de comprar el derecho de ver la comedia que sin él no se representaría.

Tiene libre y gratuita entrada en el teatro, y con justicia, el censor ilustrado que la censuró, los representantes de la villa cuyo es el local, el médico de las compañías, el oficial de la guardia, los mismos soldados que la componen, los actores que no la representan, los operistas que cantan, etc. ¿Quién, pues, no tiene entrada franca en el teatro, por poca relación que tenga con sus

dependencias? Sólo el autor de la comedia; y este nuevo Midas, que vuelve en oro cuanto toca, muere privado de lo más preciso.

¡Bueno fuera, efectivamente, que se viniera el pazguato del autor con sus manos muy lavadas a arrellanarse en una luneta todos los días! ¿Y por qué? ¿Porque tiene talento, porque ha compuesto la comedia? ¡Mire usted qué recomendaciones! ¡Si fuera el que enciende la araña, que es hombre de luces!... ¡Pero el autor! ¡Que compre sus billetes todo el año, que para eso se le dan luego mil o dos mil reales, lo menos, por su trabajo, que es un asombro y un despilfarro...!

Pero, señor, ¿dónde ha de estudiar el pobre autor sino en el teatro? ¿Puede conocer el gusto público si no concurre al teatro diariamente? ¡Que aprenda a hacer comedias en un libro de álgebra, o que gaste su dinero!

De mala gana nos chanceamos. Nosotros creíamos que el autor era la primera persona.

Supongamos por un momento que se retira el público, que no existen actores que representen, y que desaparece el local; todavía quedará la comedia escrita e impresa, que, si es buena, deleitará e instruirá a las gentes de casa en casa. Y supongamos, por el contrario, que está lleno el local, que vino la guardia, que preside la autoridad, y que desaparecen las comedias, y se les borra de la memoria a los actores la que para aquella noche traen estudiada; ignoramos completamente qué puede hacer toda aquella buena gente allí reunida, que la guardia, qué los actores, y qué el magnífico edificio, ni qué puede quedar de todo ello que dé deleite o de provecho sea para persona nacida.

Digámoslo, en fin, de una vez. El que ha de hacer comedias buenas, ni puede, ni quiere, ni sabe hacer otra cosa; y si emplea, en ir al teatro, que es su único libro, el corto premio de sus tareas, ¿con qué vivirá?

Lejos estamos todavía de pedir que se perjudiquen los intereses del teatro; sólo pedimos que pueda sentarse el pobre autor donde no haya nadie sentado.

Lejos estamos también de pretender que todo el que haya dado al teatro una mala farsa quede con derecho a la libre entrada. No. Pero el que hace del teatro su profesión, el que ha dado una, dos, tres, diez, veinte comedias, el que otra cosa no hace en toda su vida sino llenar las arcas de los coliseos y mantener con su talento a todos sus dependientes, ¿será el único que no pueda mirarlos como su casa? En otras partes no sólo tienen los poetas la entrada franca, sino gran parte de los billetes para despacharlos por sí... Pero también en otras partes es la más apreciada la aristocracia del talento. En otras partes, un hombre dedicado a la literatura tiene profesión conocida y puede responder a la Policía: «Soy literato». Por acá, un literato es un vago sin oficio ni beneficio, y el que vive de su talento es menos todavía que el que vive de sus manos; si quiere poner en su carta de seguridad «escritor público», habrá quien le ponga *escribiente* y diga que todo es escribir.

Óyese después gritar: «¡El teatro se arruina! ¡No hay comedias!».

¿Quién queréis, gritadores de café, que componga comedias? ¿Queréis héroes en los poetas, o queréis cuerpos gloriosos? ¿Queréis que suden y se afanen para divertirlos y enseñaros, y recoger por único fruto de su talento, en el cual pueden tan pocos rivalizar con ellos, el desprecio o la befa, el oprobio o el vilipendio?

Hombre de talento, arroja tu pluma, y cuando, inspirado del estro que te domina, quieras escribir para tu gloria, guarda tus producciones para tiempos más felices. Háganlas iguales los necios que te menosprecian, o cierren en buen hora los teatros, que no para ti hinchas de plata, como no para ella llena de miel la laboriosa abeja sus panales.

Quema tus borrones, y antes que compres tan cara tu ignominia, busca cordeles y ahoga para siempre ese fatal y estéril talento, que ningún respeto se merece, que ningún premio se granjea, que sólo para tu tormento te dio entre tus compatriotas la Naturaleza.

Mas nos queda todavía que decir en tan fecunda materia, y para otros artículos reservamos el acabar de probar que el *autor de una comedia no es nadie por acá* de una manera irrecusable; donde probaremos que el teatro se arruina, y que debe arruinarse; que nada tiene de particular que sólo se vea salir a luz una comedia nueva de años en años; que es un hombre sobrenatural el que en el día las compone, y, en fin, que si las comedias son buenas, debe tratarse de proteger a los que sean capaces de componerlas; y si son malas deben prohibirse del todo, y cerrarse los teatros, y enviar a paseo al loco que las escribe.

El Pobrecito Hablador, n.º 4 de septiembre de 1832. Firmado: El Bachiller.

¿Quién es por acá el autor de una comedia? Artículo segundo

«Veo que ya no es tenido por sabio sino aquel que sabe arte lucrativa de pecunia... Veo los ladrones muy honrados... todo lleno de fe rompida y traiciones, todo lleno de amor de dinero.»

Luis Mejía

¿Qué cosa es el derecho de propiedad? Si nosotros no lo decimos, ¿quién lo dirá? Y si ninguno lo dice, ¿quién lo sabrá? Y si ninguno lo sabe, ¿quién lo remediará?

Ya la fama esparció de provincia en provincia, de pueblo en pueblo, la gloria del nuevo alumno de las *nueve*, ya el importante y anhelado voto del ilustrado público coronó sus sienes con la hoja inmarcesible, resonaron los aplausos, vertió el *ingenio* lágrimas de alegría, y ya va a gozar del premio de sus tareas.

Piénsalo así a lo menos el desdichado; pero no sabe que ha escogido mala palestra para triunfar, y que en este juego, como en el ganapierte, el que gana es el que da más a comer. Si su modestia y su mala ventura quiso que retardase acaso la publicación de su obra, levantarse una mañana y le dará en los ojos el anuncio de ella, ya impresa y puesta en venta, que andará bizmando las esquinas de la capital. Algún librero de... de donde no es justo decir, le ha hecho el obsequio de imprimírsela en muy mal papel, con pésimo carácter de letra, estropeado el texto original y sin pedirle licencia. Así corren impresas muchas de ellas, y esto se hace pública y libremente.

No comprendemos en realidad por qué ha de ser un autor dueño de su comedia; verdad es que en la sociedad parece a primera vista que cada cual debe ser dueño de lo suyo; pero esto no se entiende de ninguna manera con los poetas. Éste es un animal que ha nacido como la mona para divertir gratuitamente a los demás, y sus cosas no son suyas, sino del primero que topa con ellas y se las adjudica. ¡Buena razón es que el pobre hombre haya hecho su comedia para que sea suya! ¡Lindo donaire! Dios crió al poeta para el librero, como el ratón para el gato, y caminando sobre este supuesto, que nadie nos podrá negar, es cosa clara que el impresor que tal hace cumple con su instinto, desempeña una obra meritoria, y si no gana el cielo, gana el dinero, que para ciertas conciencias todo es ganar.

Así que, asombrados estamos de la bondad y largueza de aquellos impresores honrados (que también los hay) que se dignan favorecer al autor con pedirle permiso y su comedia, pagarle el precio convenido, y darla después lícitamente al público; éstos deben de entender poco o nada de achaque de conciencias, porque ¡cuánto más sencillo y natural es salirse a caza de comedias, como

quien sale a caza de calandrias, tirar a la bandada, y caiga lo que caiga... y rechine con ella la prensa y rechine el autor!

Nosotros, a fe de poetas, si es que se deja a los poetas que tengan siquiera fe, ya que tan poca esperanza tienen, les juramos no acudir a ponerles pleito, porque nunca hemos gustado de cuestiones de nombre, y tanto se nos da que sea la divina Astrea la que saque el fruto de nuestras comedias, como de que sea el librero; con la ventaja para éste de que siquiera nos da gloria, al paso que la otra sólo nos podría dar cuidados y las conchas vacías de la ostra que se hubiese engullido. Hágales pues muy buen provecho a los señores tratantes en libros, que esto hacen, nuestro ingenio, que mientras estemos nosotros aquí no les ha de faltar modo de vivir a los *murcianos* de nuestra literatura; y aun quizá nos demos por muy honrados y contentos.

¡Ojalá tuviesen fin aquí las lacerias del pobre autor! Pero dejando aparte el vil interés, y entrándonos por los campos de la gloria, ¿qué elocuente hablador podrá enumerar las tropelías que le quedan por sufrir al desventurado ingenio en su propia patria? Ved cómo corre su comedia de teatro en teatro; en todas partes gusta, pero acerquémonos un poco más. Aquí el corifeo de la compañía le despojó de su título, y le puso otro, hijo de su capricho, porque ¿qué entienden los poetas de poner títulos a sus comedias? Allí otro cacique de aquellos indios de la *lengua* le atajó un *parlamento* o le suprimió una escena, porque, ¿qué actor, por mal que represente, no ha de saber mejor que el mejor poeta dónde han de estar las escenas, y cuán largos han de ser los parlamentos y los diálogos, y todas estas frioleras del arte, particularmente si en vida ha visto un libro, ni estudiado una palabra? Porque es de advertir que en materia de poesía, el que más lee y más estudia es el que menos entiende. Y gracias si la cuchilla de aquel bárbaro victimario no le suprimió entero el papel de un personaje, aunque fuere el del protagonista, que era el que menos falta hacía y más fuera estaba de su lugar.

¿Y aun de esta manera mutilada gustó la comedia? Pues en ese caso no habrá farsa mezquina, ni torpe drama, ni traducción mercenaria a la cual no se le ponga el nombre del autor una vez aplaudido. Tal es la despreocupación de los actores de provincia; para ellos todos, los hombres y todos los autores son iguales, y desde el ápice de sus ficticios tronos ven a todos los mayores ingenios tamaños como menudas avellanas, y hacen justicia de unos y de otros, y una masa común de todas sus obras, fundados en que si tal autor no hizo tal obra, bien pudiera haberla hecho; y en el supremo tribunal de estos nuevos dispensadores de la fama, lo mismo vale un Juan Pérez que un Pedro Fernández.

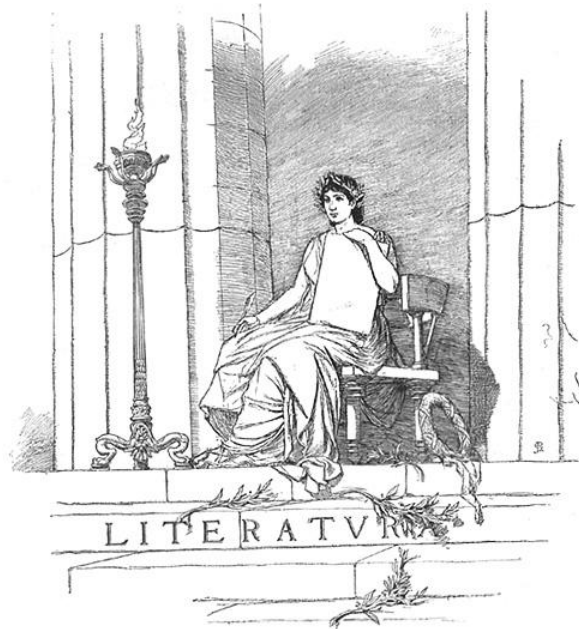
Concluyamos, pues, que el poeta es el único que no es hijo ni padre tampoco de sus obras. Dedicao, compañeros, dedicaos a las letras aprisa; ése es el premio que os espera. Y quejaos siquiera, infelices. Luego oiréis la turba de gritadores que a la primera queja os ataja. «¡Qué insolencia! -dicen-: ¿pues no tiene valor de quejarse? ¿Y esto se permite? ¡Qué escándalo! ¡Un hombre que reclama lo que es suyo; un loco que no quiere guardar consideraciones con los necios; un desvergonzado que dice la verdad en el siglo de la buena educación; un insolente que se atreve a tener razón! Eso no se dice así, sino de modo que nadie lo entienda; encerrad a ese hombre que pretende que el talento sea algo entre nosotros, que no tiene respeto a la injusticia, que... encerradle, y siga todo como está, y calle el hablador.»

Sí; callaremos, gritadores, que gritáis de miedo; callaremos; pero sólo callaremos *espontáneamente* cuando *hayamos* hablado.

El Pobrecito Hablador, n.º 5, octubre de 1832.

Literatura

Rápida ojeada sobre la historia e índole de la nuestra. Su estado actual. Su porvenir. Profesión de fe



La política, interés principal que absorbe y llena en el día todo espacio que a la pública curiosidad ofrecen en sus columnas los periódicos, nos ha impedido hasta ahora señalar en el nuestro a la literatura el lugar que de derecho le corresponde. Pero no hemos olvidado que la literatura es la expresión, el termómetro verdadero del estado de la civilización de un pueblo, ni somos de aquellos que piensan con los extranjeros que, al concluir nuestro Siglo de Oro, expiró en España la afición a las bellas letras. Sí pensamos que, aun en la época de su apogeo, nuestra literatura había tenido un carácter particular, el cual o había de variar con la marcha de los tiempos o había de ser su propia muerte, si no quería transigir con las innovaciones y el espíritu filosófico que comenzaba a despuntar en el horizonte de la Europa. Impregnada del orientalismo que nos habían comunicado los árabes, influida por la metafísica religiosa, puédesse asegurar que había sido más brillante que sólida, más poética que positiva. A esta sazón, y cuando nuestros ingenios no hacían ni podían hacer otra cosa que girar de continuo dentro de un mismo estrecho círculo, antes que se hubiese acabado de formar y fijar la lengua, una causa religiosa en su principio, y política en sus consecuencias, apareció en el mundo; y esa misma causa, que dio el impulso investigador a otros pueblos, reprimida y perseguida en España, fijó entre nosotros el *nec plus ultra* que había de volvernos estacionarios. La Reforma abrió un nuevo campo a los pueblos de Alemania y de Inglaterra, que la abrazaron ansiosos; y si en Francia no triunfó, tuvo el influjo bastante para templar y equilibrar el ciego impulso del fanatismo. Los que se atrevieron a luchar con ella abiertamente no osaron en cambio dejar toda su fuerza a la reacción religiosa, temerosos sin duda de que la falta de contemplación forzase a los pueblos, avizorados ya con el ejemplo, a lanzarse en la nueva senda que delante de sí veían abierta. De aquí la tolerancia que fue forzoso a los legisladores adoptar en política y en religión; la cual preparó en Francia un siglo de escritores filósofos, propagadores del germen de una revolución en las ideas que debía ser sangrienta, porque no la hacía allí la predicación, sino la violencia. La España estaba más lejana del foco de las ideas nuevas; las que en otros países caducaban ya eran nuevas todavía para ella, porque, recién salida de la larga dominación musulmana, veía todavía en el catolicismo el *paladium* que la había salvado. Siete siglos, además de guerras y rencores religiosos, debían haberla hecho más fanática. ¿Qué

mucho, pues, que el impulso de la Reforma se hiciese apenas sentir en sus habitantes, más bien ocupados en sus intestinas discordias que envueltos en el movimiento general, de que hacía tiempo la habían segregado sus intereses particulares? Ella fue por el contrario el refugio de los vencidos de otras partes; aquí se vinieron a hacer fuertes contra la invasión *reformista* los que habían sido por ella desarmados en sus patrios lares; y la persecución religiosa, amalgamada con el celo fundador y apostólico que nos llevaba a descubrir mundos nuevos que ofrecer al cielo, sofocó para largo espacio toda esperanza de progreso. Ni dejamos tampoco de tener disculpa. La gloria, poesía de las naciones conquistadoras, nos hacía más llevaderas unas cadenas de que podíamos hacer cirineos a tantos pueblos sometidos, y el metal precioso de la conquista nos las doraba. ¿Qué mucho que la España de entonces trocase su libertad interior por el dominio en lo exterior, si hemos visto en los tiempos modernos a una gran nación que se decía harto más adelantada, a una nación que parecía haber sacudido para siempre toda especie de tiranos por medio de la más sangrienta Revolución, si la hemos visto, decimos, coronar a un nuevo déspota, que no necesitó para ceñirse con una mano la corona imperial sino alargar con la otra a los republicanos más ardientes laureles perecederos y el oropel de una pasajera conquista?

En España causas locales atajaron el progreso intelectual, y con él indispensablemente el movimiento literario. La muerte de la libertad nacional, que había llevado ya tan funesto golpe en la ruina de las Comunidades, añadió a la *tiranía religiosa* la *tiranía política*; y si por espacio de un siglo todavía conservamos la preponderancia literaria, ni esto fue más que el efecto necesario del impulso anterior, ni nuestra literatura tuvo un carácter sistemático investigador, filosófico; en una palabra, *útil y progresivo*. Imaginación toda, debía prestar más campo a los poetas que a los prosistas; así que aun en nuestro Siglo de Oro es cortísimo el número de *escritores razonados* que podemos citar. Fuera de los escritos místicos y teológicos, y de los tratados sutilmente metafísico-morales de que podemos presentar una biblioteca antigua desgraciadamente más completa que ninguna otra nación, si queremos encontrar prosistas nos habremos de refugiar en la historia. Solís, Mariana y algunos otros ilustraron en verdad la musa de Tácito y de Suetonio. Nos es fuerza empero confesar que aun éstos se ofrecieron más bien como columnas de la lengua que como intérpretes del movimiento de su época; influidos por las creencias populares, no dieron un solo paso adelante; adoptaron los cuentos y las tradiciones fabulosas como verdaderas causas políticas; trataron más bien de lucir su claro ingenio en estilo florido que de desentrañar los móviles de los hechos que se veían llamados a referir. Más parecieron sus escritos una recopilación de materiales y fragmentos descosidos, una copia selecta de arengas verosímiles que una historia razonada. No sabiendo deslindar la crónica de la historia, la historia de la novela, llenaron muchos tomos sin llegar a hacer un solo libro.

La novela, hija toda de la imaginación, se vio mejor representada entre nosotros, y en una época en que no era sospechado siquiera el género en el resto de Europa, pues que hasta los mismos libros de caballerías tuvieron su origen en la península española. En ella podemos citar escritores excelentes, si contados. *El Ingenioso Hidalgo*, último esfuerzo del ingenio humano, bastaría a adjudicarnos la palma, aunque no tuviéramos otras que presentar en lugar privilegiado, si no tan eminente. Pero esta época fue de corta duración, y después de Quevedo la prosa volvió al olvido de que momentáneamente la habían sacado unos pocos, sólo al parecer para dar una muestra al mundo literario de lo que era permitido hacer en ese género a la lengua y al ingenio español.

Poco después, la literatura se refugió al teatro, y no fue por cierto para predicar ideas de progreso; no supo siquiera sostenerse; no hizo más que decaer.

A fines del siglo pasado volvió a brillar un destello de esperanza, una apariencia de resurrección, que se hubiera acaso llevado a cabo si los disturbios políticos no se hubieran apresurado a sofocar el germen sembrado durante el feliz reinado de Carlos III. Dado ya el impulso, sin embargo, era forzoso que algunos efectos siguieran a la causa. La larga paz que disfrutaba la Europa, el embrutecimiento y la servidumbre en que habían caído los pueblos, habían hecho menos recelosos a los tiranos; si bien los más perspicaces oían ya el rumor sordo de la próxima tempestad, no era seguramente en España donde debía de esperarse el estallido; era tan distinta nuestra

predisposición, que al verificarse aquél, ningún miedo de contagio infundió en el Gobierno español. Al contrario, él mismo había sido una de las causas de la propagación de las ideas nuevas, apoyando la rebelión de las primeras colonias americanas que se separaron de su metrópoli. A fines, pues, del siglo pasado apareció en España una juventud menos apática y más estudiosa que la de las anteriores generaciones; pero juventud que, al volver los ojos atrás para buscar modelos y maestros en sus antecesores, no vio sino una inmensa laguna; desesperando entonces de unir el cabo interrumpido y de continuar un movimiento paralizado dos siglos antes, creyó no poder hacer cosa mejor que saltar el vacío en vez de llenarle, y agregarse al movimiento del pueblo vecino, adoptando sus ideas tales cuales las encontraba. Viose entonces un fenómeno raro en la marcha de las naciones: entonces nos hallamos en el término de la jornada sin haberla andado.

Ayala, Luzán, Huerta, Moratín el padre, Meléndez Valdés, Jovellanos, Cienfuegos y algunos otros restauraron las bellas letras, es verdad; pero ¿cómo? Introduciendo en nuestro siglo XVIII el gusto francés, bien como en el XVI habían otros introducido el italiano. Fueron imitadores, sin saberlo las más veces, repugnándolo casi siempre. El espíritu de análisis, *disecador*, digámoslo así, y el espíritu filosófico francés hicieron sentir su influencia en nuestra regeneración literaria. Los agentes de ella, queriendo con todo creerse independientes, quisieron salvar de nuestro antiguo naufragio *la expresión*; es decir, que al adoptar las ideas francesas del siglo XVIII, quisieron representarlas con nuestra lengua del siglo XVI. Una vez puros, se creyeron originales. Así que, en poesía, vimos conservado el saber poético de nuestros buenos tiempos: parecíanos oír todavía la lira de Herrera y de Rioja; y en prosa fue declarado delito toda innovación en el lenguaje de Cervantes. Iriarte, Cadalso y otros se declararon a todo trance puristas, y persiguieron toda novedad con las armas de la sátira, al paso que Meléndez, Jovellanos, Huerta y Moratín sostenían la misma opinión con el ejemplo.

Éste es el lugar de hacer una observación esencialísima en la materia. Hemos dicho que la literatura es la expresión del progreso de un pueblo; y la palabra, hablada o escrita, no es más que la representación de las ideas, es decir, de ese mismo progreso. Ahora bien: marchar en ideología, en metafísica, en ciencias exactas y naturales, en política, aumentar ideas nuevas a las viejas, combinaciones de hoy a las de ayer, analogías modernas a las antiguas y pretender estacionarse en la lengua, que ha de ser la expresión de esos mismos progresos, perdonénnos los señores puristas, es haber perdido la cabeza. Quisiéramos, sin ir más lejos en la cuestión, ver al mismo Cervantes en el día, forzado a dar al público un artículo de periódico acerca «de la elección directa», «de la responsabilidad ministerial», «del crédito» o «del juego de bolsa», y en él quisiéramos leer la lengua de Cervantes. Y no se nos diga que el sublime ingenio no hubiera nunca descendido a semejantes pequeñeces, porque esas pequeñeces forman nuestra existencia de ahora, como constituían la de entonces las comedias de capa y espada; y porque Cervantes, que las escribía para vivir cuando no se escribían sino comedias de capa y espada, escribiría, para vivir también, artículos de periódico. Lo más que pueden los puristas exigir es que al adoptar voces y giros, frases nuevas, se respete, se consulte, se obedezca en lo posible el tipo, la índole, las fuentes, las analogías de la lengua.

He aquí verdades que no comprendieron los padres de nuestra regeneración literaria; quisieron adoptar ideas peregrinas, exóticas, y vestirlas con la lengua propia; pero esta lengua, desemejante de la túnica del Señor, no había crecido con los años y con el progreso que había de representar; esta lengua, tan rica antiguamente, había venido a ser pobre para las necesidades nuevas; en una palabra, este vestido venía estrecho a quien le había de poner. Acaso sea ésta una de las trabas que nuestros literatos tuvieron entonces para entrar más adentro en el espíritu del siglo. De esto sería una prueba la inculpación que a Cienfuegos se ha hecho de haber respetado poco la lengua. ¿Qué mucho, si Cienfuegos era el primer poeta que teníamos filosófico, el primero que había tenido que luchar con su instrumento, y que le había roto mil veces en un momento de cólera o de impotencia? Si nuestras razones no tuvieran peso suficiente, habría de tenerlo indudablemente el ejemplo de esas mismas naciones, a quienes nos vemos forzados a imitar, y que, mientras nosotros hemos permanecido estacionarios en nuestra lengua, han enriquecido las suyas con voces de todas partes. Porque nunca

preguntaron a las palabras que quisieron aceptar: «¿De dónde vienes?», sino: «¿Para qué sirves?». Y medítese aquí que el estar parado cuando los demás andan, no es sólo estar parado, es quedarse atrás, es perder terreno.

Además de esta causa, que opuso tantas trabas a nuestros adelantos, había otra, a saber: que el número de los que adoptaban el gusto francés, e importaban una nueva literatura, era reducido; eran entonces solamente unas cuantas avanzadas de la multitud, estacionaria todavía, tanto en literatura como en política. No queremos rehusarles por eso la gratitud que de derecho les corresponde; quisiéramos sólo abrir un campo más vasto a la joven España; quisiéramos sólo que pudiese llegar un día a ocupar un rango *suyo, conquistado, nacional*, en la literatura europea.

No es nuestra intención en esta reseña general entrar a analizar el mérito de los escritores que nos han precedido; esto fuera molesto, inútil a nuestro propósito, y poco lisonjero acaso para algunos que viven todavía. Después que algunos hombres caros a las musas hubieron, no levantado nuestra literatura, sino introducido en España la francesa, después que nos impusieron el yugo de los preceptistas del siglo ostentoso y compasado de Luis XIV, las turbulencias políticas vinieron a atajar ese mismo impulso, que llamaremos bueno a falta de otro mejor.

Muchos años hemos pasado de entonces acá sin podernos dar cuenta siquiera de nuestro estado, sin saber si tendríamos una literatura por fin nuestra o si seguiríamos siendo una posdata rezagada de la clásica literatura francesa del siglo pasado. En este estado estamos casi todavía: en verso, en prosa, dispuestos a recibirlo todo, porque nada tenemos. En el día, numerosa juventud se abalanza ansiosa a las fuentes del saber. ¿Y en qué momentos? En momentos en que el progreso intelectual, rompiendo en todas partes antiguas cadenas, desgastando tradiciones caducas y derribando ídolos, proclama en el mundo la *libertad moral*, a la par de la *física*, porque la una no puede existir sin la otra.

La literatura ha de resentirse de esta prodigiosa revolución, de este inmenso progreso. En política, el hombre no ve más que *intereses y derechos*, es decir, *verdades*. En literatura no puede buscar por consiguiente sino *verdades*. Y no se nos diga que la tendencia del siglo y el espíritu de él, analizador y positivo, lleva en sí mismo la muerte de la literatura, no. Porque las pasiones en el hombre siempre serán *verdades*, porque la imaginación misma ¿qué es sino una *verdad*, más hermosa?

Si nuestra antigua literatura fue en nuestro Siglo de Oro más brillante que sólida, si murió después a manos de la intolerancia religiosa y de la tiranía política, si no pudo renacer sino en andadores franceses, y si se vio atajado por las desgracias de la patria ese mismo impulso extraño, esperemos que dentro de poco podamos echar los cimientos de una literatura *nueva*, expresión de la sociedad *nueva* que componemos, toda de *verdad*, como de *verdad* es nuestra sociedad, sin más reglas que esa *verdad* misma, sin más maestro que la *naturaleza*, *joven*, en fin, como la España que constituimos. *Libertad* en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la conciencia. He aquí la divisa de la época, he aquí la nuestra, he aquí la medida con que mediremos; en nuestros juicios críticos preguntaremos a un libro: «¿Nos enseñas algo? ¿Nos eres la expresión del progreso humano? ¿Nos eres útil? Pues eres bueno». No reconocemos magisterio literario en ningún país; menos en ningún hombre, menos en ninguna época, porque el gusto es relativo; no reconocemos una escuela exclusivamente buena, porque no hay ninguna absolutamente mala. Ni se crea que asignamos al que quiera seguirnos una tarea más fácil, no. Le instamos al estudio, al conocimiento del hombre; no le bastará como al *clásico* abrir a Horacio y a Boileau y despreciar a Lope o a Shakespeare; no le será suficiente, como al romántico, colocarse en las banderas de Víctor Hugo y encerrar las reglas con Molière y con Moratín; no, porque en nuestra librería campeará el Ariosto al lado de Virgilio, Racine al lado de Calderón, Molière al lado de Lope; a la par, en una palabra, Shakespeare, Schiller, Goethe, Byron, Víctor Hugo y Corneille, Voltaire, Chateaubriand y Lamartine.

Rehusamos, pues, lo que se llama en el día literatura entre nosotros; no queremos esa literatura reducida a las galas del decir, al son de la rima, a entonar sonetos y odas de circunstancias, que

concede todo a la expresión y nada a la idea, sino una literatura hija de la experiencia y de la historia y faro, por tanto, del porvenir; estudiosa, analizadora, filosófica, profunda, pensándolo todo, diciéndolo todo en prosa, en verso, al alcance de la multitud ignorante aún; apostólica y de propaganda; enseñando *verdades* a aquellos a quienes interesa saberlas, mostrando al hombre, no *como debe ser*, sino *como es*, para conocerle; literatura, en fin, expresión toda de la ciencia de la época del progreso intelectual del siglo.

El Español, n.º 79, 18 de enero de 1836. Firmado: Fígaro.



[Nota editorial: Otras eds.: *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, ed. Alejandro Pérez Vidal, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 433-440; *Artículos de costumbres*, ed. Luis F. Díaz Larios, Madrid, Austral, 1998, pp. 419-428; *Artículos de crítica literaria y artística*, ed. José R. Lomba y Pedraja, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp. 158-169; *Obras completas de D. Mariano José de Larra (Fígaro)*, ed. Montaner y Simon, Barcelona, 1886, pp. 473-477.]

La educación de entonces

¿Tan fácil les parece a vuestas mercedes hinchar un perro?, decía el loco de Cervantes; y ¿tan fácil les parece a vuestas mercedes hinchar dos columnas de la *Revista* todos los domingos?, puedo decir yo con más razón.

No todo ha de ser *Teatros*, no ha de ser *Facciosos* todo. ¡*Costumbres*, pues, *Costumbres*! He aquí una exigencia más difícil de satisfacer de lo que parece. ¿Tiene en el día nuestro pueblo y tienen sus costumbres un carácter fijo y determinado, o tiene cada familia sus costumbres, según la posición que ha ocupado en este medio siglo anterior? Mucho me temo que sea ésta la verdad, y que nos hallemos en una de aquellas transiciones en que suele mudar un gran pueblo de ideas, de usos y de costumbres; el observador más perspicaz puede apenas distinguir las casi imperceptibles líneas que separan al pueblo español del año 8 del del año 20, y a éste del del año 33. Paréceme, por otra parte, que esta gran revolución de ideas y esta marcha progresiva se hace sólo por secciones; descártase hacia adelante en cada época marcada una gran porción de la familia española. ¿Queda, sin embargo, algún descarte que hacer? A esta pregunta pueden responder las gavillas que perturban todavía nuestra tranquilidad, en representación del tiempo antiguo. Cerca está el día, sin embargo, en que volveremos atrás la vista y no veremos a nadie; en que nos asombraremos de vernos todos de la otra parte del río que estamos en la actualidad pasando.

He aquí las ideas que revolvía en mi cabeza uno de estos días en que el mal humor, que habitualmente me domina, me daba todo el aspecto de un filósofo y me había sacado a pasear maquinalmente por la ronda.

Paseaban delante de mí dos figuras, de las cuales no tardé por su vestido en deducir la opinión y el partido. Los dos llevaban peluca rubia, caña de Indias por bastón, calzón y zapato con hebilla... Poco se ve de esto ya; pero se ve.

-¡Buen tiempo hemos alcanzado, y bravo siglo, señor don Lope de Antaño! -decía el uno cuando yo llegué a poderlos oír.

-¿Quién nos lo había de decir, señor don Pedro Josué de Arrierán? -reponía el otro-. ¡Qué furor de educación, y de luces y reformas! ¡Válgame Dios qué de ideítas nuevas de quita y pon, qué poca estabilidad en las cosas!...

-¡Ya! ¡Si hay hombres que tratan de persuadirnos a que no se puede vivir sin todos esos alifafes...!

-Ahí está, señor don Pedro. Se les figura a estos hombres de ahora que hasta que ellos han venido a abrirnos los ojos no había en nuestra patria cosa con cosa. Yo no me comprometeré a decir lo que había; pero yo me acuerdo, porque no hace tantos años, que no había en este país caminos, ni diligencias, ni barullos; había menos artes todavía que ahora, si cabe, y me tenía usted a mí y a otros con nuestros destinos en regla rebosando salud y alegría. Se distinguían las clases hasta en el vestir: que ahora no parece sino que todos somos hijos de un mismo padre. No había esa ilustración ni esa industria... ¡Mire usted qué pedrada! No había más fábricas que la de medias de Toledo, y la de navajas prohibidas en Albacete, como quien dice; pero éramos más españoles, aunque quieren decir que éramos más... ¡Qué tiempos aquéllos! Yo quiero referirle a usted la vida que hacía. En primer lugar, tenía yo veinte años y sabía leer y escribir y las cuatro cuentas: ya era un hombre; pues no había pensar que hubiese visto nunca risueña la cara de mi padre: le tenía más miedo que a una tempestad. Raro era el día que no llevaba yo un par de zurras por cualquier friolera, con lo cual andaba tan en punto que más parecía lana vareada que cuerpo de persona. ¡Qué tiempos aquéllos! Así me entró el latín. ¿Ir yo a tertulias? ¿Eh? ¿Como ahora, que cuenta un mocoso apenas dos

lustros y se entra de rondón en el mundo, y enamora a las muchachas como si tuviera sesenta años? ¡No señor! En una ocasión se me antojó galantear a una criada que enfrente de mi casa vivía, porque al fin los muchachos siempre han de ser muchachos, y ¿sabe usted lo que hacía? Como estaba recogido y encerrado ya a las ocho de la noche, tenía que atar mis sábanas y mi manta, y por la ventana de mi habitación me iba boníticamente descolgando hasta la calle, donde hablábamos y tal. Sí señor: como que una noche se soltó la sábana y me rompí este pie; desde entonces, ni él ha vuelto a entrar en caja, ni he dejado yo un solo momento de ser cojo. Tal porrazo me granjeó la vigilancia de mi padre. ¡Qué tiempos aquéllos, y cuánto tengo que agradecerle! ¿Había yo de haber hablado a sabiendas suyas con una joven? ¡Jesús! Mire usted: a los treinta años me casé. ¿Querrá usted creer que nunca le había visto la cara a la novia, ni ella, que tan recogida vivía como yo, me la había visto a mí? Ni conocíamos nuestro carácter, ni... Nos lo dieron todo hecho; así fue que después nos llevamos siempre muy mal mi mujer y yo. Por supuesto que luego que me casé sucedía en mi casa lo propio que en la de mi padre: ¡si viera usted qué tundas le pego a mi chico! La letra, con sangre entra; él podrá no salir bien enseñado, pero saldrá bien apaleado. ¡Eso es cariño; lo demás es cuento! ¡Nunca pude llevar en paciencia la inconstancia del siglo! Una sola oficina he tenido en toda mi vida; una sola peluca; un mismo sastre; un zapatero no más; una propia tertulia. Y he leído, sí señor; he sido muy aficionado a leer, aquí donde usted me ve. En casa tengo *El viajero universal*, a no ser once tomos que me faltan, y todos los *Mercurios* desde el año 70, y las gacetas y los diarios muy bien encuadernados, que nunca los dejaba de la mano como no fuese para reñir algún rato con mi Angelita, porque, eso sí; no era uno como esos maridos de ahora, que se dejan los días y las noches a sus mujeres a merced del primer boquirrubio que pasa y entra; nosotros siempre estábamos juntos como un juego de pendientes. En eso consistía el reñir, porque como no nos podíamos ver...

-Ésa es, señor don Lope, ésa es la vida arreglada que hay que hacer, y no la baraúnda ni la educación de ahora. Yo lo que sé decir a usted es que me acuerdo también de un tiempo en que no se encontraba un libro por un ojo de la cara, como no fuese el *Astete*, el *Observatorio rústico* de Salas (que es todo un libro) y otras cosillas sanas e instructivas al mismo tiempo; pues no se movía una paja en toda la Monarquía. Y ¡qué enseñanza! En aquellos tiempos ponía usted a su muchacho, si lo tenía, en la Escuela Pía o cosa semejante, y sabía usted que le enseñaban latín y su buen carácter de letra, que era un primor; y no le parezca a usted: todo esto, en poco menos de diez o doce años. ¡Ya ve usted! Pues ¿ahora? ¿Eh? Ha de saber el niño en un abrir y cerrar de ojos francés, inglés, italiano, matemáticas, historia, geografía, baile, esgrima, equitación, dibujo... ¡Qué sé yo! Sin conocer que eso no es para nuestro carácter. Sin ir más lejos, yo tengo un sobrino cuyo padre dio también en la flor de las reformas y de las ideas nuevas. Le puso al muchacho tanto divino ayo, y maestro, y pedagogo, que no tenía un momento en el día para rebullirse. Y ¿qué sucedió? ¿Qué había de suceder? Se quedó el muchacho pálido, seco como un esparto... Daba lástima verlo. ¡Y dale, que había de estudiar, y que había de...! Pues estudio fue, que... En fin, dos meses hace no más que murió.

-¿Qué dice usted? ¡Angelito! ¿Y murió de estudiar?

-No, señor; murió de un cólico; pero voy a lo que es...

-Por supuesto. ¡Qué lástima!

-Es claro. ¿Y para qué es toda esa prisa? Para que el niño sepa y alterne en una sociedad en cuanto le apunte el bozo, y baile y hable con el tiempo en público, y...

-¡Bravo, señor don Pedro, bravo! No se puede decir más.

-Pues, ¿y las muchachas, qué recogidas se criaban, en un santo temor de Dios, sin novelicas, ni óperas, ni zarandajas? Verdad es que eran un poco más hipócritas; pero ¡mire usted qué malo! A lo menos no daban que decir. En el día, los libricos empiezan a alborotarlas los cascós, se acaloran, y al primer querido que concluye la obra que empezaron los libros, ¡paf!, sólo el diablo sabe lo que anda: se le casa a usted, si es que se le casan, poco menos que sin pedirle licencia. Verdad es que yo

conocí aun en aquellos tiempos más de cuatro... de las cuales una se escapó con un mozalbete a quien quería, porque la tenían oprimida sus padres; otra cogió una pulmonía que la echó al hoyo en pocos días, de ver al cuyo a deshoras por la reja (porque no se entraban los hombres en las casas de honor con la facilidad que ahora); otra que se aficionó del criado de su casa más de lo que a su recato y buen nombre convenía, porque no veía a alma nacida, y hubo lo que Dios fue servido y se murieron sus padres de pesadumbre; y otra, por fin, se murió ella misma de tristeza en un convento, donde la metieron por fuerza sus padres, llenos de prudencia, por miedo de que se perdiese en el siglo... Sí señor, esto es verdad, porque la carne siempre ha sido flaca; pero tenía usted a lo menos el gusto de saber que no habían sido los libros los que le habían pervertido a aquellas inocentes criaturas.

-¡Oh, y qué bien dice usted, señor don Pedro! Yo le juro a usted por la verídica pintura que ante los ojos me acaba de poner, que he de emplear lo poco que valgo en hacer por que no sigan adelante estas ideas nuevas que se apoderan sin remedio de todas las cabezas, trastornando nuestras costumbres y nuestro modo de vivir, sino que volvamos a nuestro primitivo estado.

-A bien, señor don Lope, que el pandero está en buenas manos. ¿Le parece a usted que nuestros amigos se dormirán en las pajas? ¡Como ellos puedan!...

-Dios lo quiera, señor don Pedro, como usted y yo se lo rogaremos para paz nuestra, aumento de nuestros sueldos, educación de nuestras familias y bien general de nuestros compatriotas; por cuya verdadera felicidad entendida de este modo y no de otro alguno, me dejaría yo arrancar una a una todas las muelas, aun que no me han quedado en la boca sino dos, de resultas de las fluxiones que me han acometido desde estas malditas reformas...

Llegaba aquí el diálogo, y nosotros insensiblemente, ellos hablando y yo escuchando, llegábamos ya a las puertas del convento de Atocha; a este punto, fueme imposible porque se entraron devotamente en él mis dos interlocutores, y yo volví hacia Madrid diciendo para mí: «¡He aquí los hombres de entonces! ¡He aquí los viejos materiales con que quieren hacerse casas nuevas! ¡He aquí, en fin, un artículo de costumbres mejor que todos los que yo acertara a hacer!».

Revista Española, 5 de enero de 1834.

[Nota editorial: Otras eds.: *Artículos*, ed. de Enrique Rubio, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 250-256; *Artículos varios*, ed. E. Correa Calderón, Madrid, Castalia, 1984, pp. 420-426; *Artículos*, ed. Carlos Seco Serrano, Barcelona, Planeta, 1981, pp. 202-206.]

El café

*Neque enim notare singulos mens est mihi
verum ipsam vitam et mores hominum ostendere.*
Phaedr. *Fab.* Pról. I. III.

No sé en qué consiste que soy naturalmente curioso; es un deseo de saberlo todo que nació conmigo, que siento bullir en todas mis venas, y que me obliga más de cuatro veces al día a meterme en rincones excusados por escuchar caprichos ajenos, que luego me proporcionan materia de diversión para aquellos ratos que paso en mi cuarto y a veces en mi cama sin dormir; en ellos recapacito lo que he oído, y río como un loco de los locos que he escuchado.

Este deseo, pues, de saberlo todo me metió no hace dos días en cierto café de esta corte donde suelen acogerse a matar el tiempo y el fastidio dos o tres abogados que no podrían hablar sin sus anteojos puestos, un médico que no podría curar sin su bastón en la mano, cuatro chimeneas ambulantes que no podrían vivir si hubieran nacido antes del descubrimiento del tabaco: tan enlazada está su existencia con la nicotiana, y varios de estos que apodan en el día con el tontísimo y chabacano nombre de lechuguinos, alias, botarates, que no acertarían a alternar en sociedad si los desnudasen de dos o tres cajas de joyas que llevan, como si fueran tiendas de alhajas, en todo el frontispicio de su persona, y si les mandasen que pensaran como racionales, que accionaran y se movieran como hombres, y, sobre todo, si les echaran un poco más de sal en la mollera.

Yo, pues, que no pertenecía a ninguno de estos partidos, me senté a la sombra de un sombrero hecho a manera de tejado que llevaba sobre sí, con no poco trabajo para mantener el equilibrio, otro loco cuya manía es pasar en Madrid por extranjero; seguro ya de que nadie podría echar de ver mi figura, que por fortuna no es de las más abultadas, pedí un vaso de naranja, aunque veía a todos tomar *ponch* o café, y dijera lo que dijera el mozo, de cuya opinión se me da dos bledos, traté de dar a mi paladar lo que me pedía, subí mi capa hasta los ojos, bajé el ala de mi sombrero, y en esta conformidad me puse en estado de atrapar al vuelo cuanta necedad iba a salir de aquel bullicioso concurso.

Se hablaba precisamente de la gran noticia que la *Gaceta* se había servido hacernos saber sobre la derrota naval de la escuadra turcoegipcia. Quien decía que la cosa estaba hecha: «Esto ya se acabó; de esta vez, los turcos salen de Europa», como si fueran chiquillos que se llevan a la escuela; quien opinaba que las altas potencias se mirarían en ello, y que la gran dificultad no estaba en desalojar a los turcos de su territorio, como se había creído hasta ahora, sino en la repartición de la Turquía entre los aliados, porque al cabo decía, y muy bien, que no era queso; y, por último, hubo un joven ex militar de los de estos días, que cree que tiene grandes conocimientos en la estrategia y que puede dar voto en materias de guerra por haber tenido varios desafíos a primera sangre y haberle favorecido en no sé qué encrucijada con un profundo arañazo en una mano, no sé si Marte o Venus; el cual dijo que todo era cosa de los ingleses, que era muy mala gente, y que lo que querían hacía mucho tiempo era apoderarse de Constantinopla para hacer del Serrallo una Bolsa de Comercio, porque decía que el edificio era bastante cómodo, y luego hacerse fuertes por mar.

Pero no le parezca a nadie que decían esto como quien conjetura, sino que a otro que no hubiera estado tan al corriente de la petulancia de este siglo le hubieran hecho creer que el que menos se carteaba con el Gran Señor o, por el pronto, que tenía espías pagados en los Gabinetes de la Santa Alianza; riendo estaba yo de ver cómo arreglaba la suerte del mundo una copa más o menos de ron, cuando un caballero que me veía sin duda fuera de la conversación y creyó que el desprecio de las opiniones dichas era el que me hacía callar, creyéndome de su partido se arrimó con un tono tan

misterioso como si fuera a descubrirme alguna conjuración contra el Estado, y me dijo al oído, con un aire de importancia que me acabó de convencer de que también estaba tocado de la politicomanía:

—No dan en el punto, amigo mío; un niño que nació en el año II, y que nació rey, reinará sobre los griegos; las potencias aliadas le están haciendo la cama para que se eche en ella: desengañémonos (como si supiera que yo estaba engañado): el Austria no podrá ver con ojos serenos que un nieto suyo permanezca hecho un particular toda su vida. ¿Qué tal? —Como quien dice: ¿he profundizado? ¿He dado en el blanco?

Yo le dije que sí, que tenía razón, y, efectivamente, yo no tenía noticia alguna en contrario ni motivo para decirle otra cosa, y aun si no se hubiera separado de mí tan pronto, y con tanta frialdad como interés manifestó al acercarse, le hubiera aconsejado que no perdiese momentos y que hiciese saber sus intenciones a las altas potencias, las que no dejarían de tomarlas en consideración, y mucho más si, como era muy factible, no les hubiera ocurrido aún aquel medio tan sencillo y trivial de salir de rompimientos de cabeza con la Grecia.

Volví la cabeza hacia otro lado, y en una mesa bastante inmediata a la mía se hallaba un literato; a lo menos le vendían por tal unos anteojos sumamente brillantes, por encima de cuyos cristales miraba, sin duda porque veía mejor sin ellos, y una caja llena de rapé, de cuyos polvos, que sacaba con bastante frecuencia y que llegaba a las narices con el objeto de descargar la cabeza, que debía tener pesada del mucho discurrir, tenía cubierto el suelo, parte de la mesa y porción no pequeña de su guirindola, chaleco y pantalones. Porque no quisiera que se me olvidase advertir a mis lectores que desde que Napoleón, que calculaba mucho, llegó a ser emperador, y que se supo podría haber contribuido mucho a su elevación el tener despejada la cabeza, y, por consiguiente, los puñados de tabaco que a este fin tomaba, se ha generalizado tanto el uso de este estornudorífico, que no hay hombre, que discurra que no discurra, que queriendo pasar por persona de conocimientos no se atasque las narices de este tan precioso como necesario polvo. Y volviendo a nuestro hombre:

—¿Es posible —le decía a otro que estaba junto a él y que afectaba tener frío porque sin duda alguna señora le había dicho que se embozaba con gracia—, es posible —le decía mirando a un folleto que tenía en las manos—, es posible que en España hemos de ser tan desgraciados o, por mejor decir, tan brutos?

En mi interior le di las gracias por el agasajo en la parte que me toca de español, y siguió—: Vea usted este folleto.

—¿Qué es?

—Me irrita; eso es insufrible —y se levantó y dio un golpe tremendo en la mesa para dar más fuerza a la expresión; golpe que hubiera sido bastante a trastornar todos los vasos si alguno hubiera habido.

Mirele de hito en hito, creyéndole muy interesado en alguna desgracia sucedida o un furioso digno de atar por no saber explicarse sino a porrazos, como si los trastos de nadie tuviesen la culpa de que en Madrid se publiquen folletos dignos de la indignación de nuestro hombre.

—Pero, señor don Marcelo, ¿qué folleto es ése, que altera de ese modo la bilis de usted?

—Sí, señor, y con motivo; los buenos españoles, los hombres que amamos a nuestra patria, no podemos tolerar la ignominia de que la cubren hace muchísimo tiempo esas bandadas de pseudoautores, este empeño de que todo el mundo se ha de dar a luz, ¡maldita sea la luz! ¡Cuánto mejor viviríamos a oscuras que alumbrados por esos candiles de la literatura!

Aquí, todo el mundo reparó en la metáfora; pero nuestro hombre, que se creyó aplaudido tácitamente, y seguro de que su terminillo había tenido la felicidad de reasumir toda la atención de los concurrentes, prosiguió con más entereza:

—Jamás, jamás he leído cosa peor; abra usted, amigo, abra usted, la primera hoja; lea usted: «Carta de las quejas que da el noble arte de la imprenta, por lo que le degrada el señor redactor del *Diario de Avisos*». ¿Qué dice usted ahora?

—Hombre, la verdad: el objeto me parece laudable, porque yo también estoy cansado del señor diarista.

—Sí, señor, y yo también; no hay duda que el señor diarista da mucho pábulo a la sátira y a la cólera de los hombres sensatos; pero si el diarista, con su malísima impresión y sus disparatados avisos, degrada la imprenta, no sé qué es lo que hace el señor S.C.B. cuando emplea ese noble arte en indecencias como las que escribe; lea usted y verá el cuarto o quinto renglón «todo el auge de su esplendor», el sueldo de inválidas que deben gozar las letras, gracia que después nos repite en verso, el país de los pigmeos, los ojos de lince, el anteojo de Galileo para estrellas, los tatarabuelos de las letras, y otras mil chocarrerías y machadas, tantas como palabras, que ni venían al caso ni han hecho gracia a ningún lector, y que sólo prueban que el que las forjó tenía la cabeza más mal hecha que la peor de sus décimas, si es que hay alguna que se pueda llamar mejor; pues entre usted luego... vamos... yo me sofoco... El muy prosaico, ¿pues no se le antoja decir, después de habernos malzurcido un mediano pedazo de grana ajeno entre sus miserables retales, que tiene comercio con las musas, cuando en el Parnaso no le querrían ni para limpiar las inmundicias del Pegaso, no le darían entrada ni aun para recibir sus bien merecidas coces, y nos regala por muestra una cadena de décimas que no tienen más de verso que el estar partidos los renglones, y, después de mil insulseces y frías necedades, le da por imitar al señor Iriarte en el malísimo gusto de sus décimas disparatadas, como si tuviesen algo que ver los delirios de una cabeza enferma con la indolencia del señor diarista; y no ha leído la primera página del arte poética de Horacio, que hasta los chicos saben de memoria, donde hubiera visto retratado su plan antes de escribirle tan descabelladamente, que no parece sino que se hicieron aquellos versos después de haber leído el folleto, aunque tengo para mí que si el señor Horacio hubiera sabido que tales hombres habían de escribir con el tiempo tales cosas, no la hubiera hecho, porque no está la miel para... etcétera, y ¿hay quien haya dado cerca de un real (ocho cuartos, treinta y dos maravedís) por tal sarta de sandeces? ¿Por qué no le han de volver a uno su dinero? Señores, no puedo más: o ese hombre tiene mala la cabeza, o nació sin ella.

Aquí, el hombre pensó echar los bofes por la boca, y yo me lo temí cuando le interrumpió el que estaba con él.

—Efectivamente, señor don Marcelo, y yo, si fuera usted, escribiría contra esos folletistas y les cardaría las liendres muy a mi sabor.

—¿Qué dice usted? ¿Merece acaso ese hombre que se hable de él en letras de molde? Eso sería, como él dice, degradar aún más que él y el diarista el arte de la imprenta; además, que si yo me pusiera a escribir, ¿dónde habría papel? Pues qué, ¿es el único que merece semejante tratamiento? Hace mucho tiempo que nos infestan autores insulsos; digo, pues, la leccioncita de modestia... Y, vamos, que si quiera allí hay gracias, hay sales de trecho en trecho; es verdad que, como dice Virgilio, sin que parezca ganas de citar, *apparet rari nantes in gurgite vasto*. Sí, señor, pocas, pero las hay; también hay majaderías; tan pronto dice que no vale nada la comedia, como que es buena; las décimas son poco mejores que las del antidiarista; y, sobre todo, señores, yo no puedo ver con serenidad que haya hombres tan faltos de sentido que se empeñen en hacer versos, como si no se pudiera hablar muy racionalmente en prosa; al menos, una prosa mala se puede sufrir; pero, en materia de verso, lean lo que dice Boileau:

*Il est dans tout autre art des degrés différents,
on peut avec honneur remplir les seconds rangs,
mais dans l'art dangereux de rimer et d'écrire
il n'est point de degré du médiocre au pire.*

Y siguió:

—Si yo escribiera no dejaría tampoco en paz al autor del *Clavel histórico de mística fragancia, o ramillete de flores cogido en el jardín espiritual en el día de San Juan*, etc., siquiera por el título estrafalario, por esa hinchada e incomprensible metáfora, que hace cabeza de tanto disparate; y dale que ha de ser en verso, y que hasta los animales van a hablar en verso; y el autor petulante de la tragedia de Luis XVI. ¡Qué bien viene aquí el *Quid feret...*? de Horacio! ¿Se ha visto nunca modo más arrogante de alabarse a sí mismo en un cartel que forra los edificios de media calle?, y ¿para qué?, para producir versos prosaicos y una tragedia soporífera que debía hallarse en todas las boticas en lugar de opio; no digo nada, el de *Orruc Barbarroja*, cuyo autor se nos ha querido vender, y no menos petulantemente, por segundo Homero, con decir que es ciego; eso es una lástima; lo siento mucho; pero ¿qué culpa tienen las musas para que las asiente palos talmente de ciego? Pues ¿qué le parece a usted de otro título? No hace mucho tiempo que iba yo por la calle, pensando en cosa de muy poco valor, cuando levanto la cabeza y me hallo con un cartelón más grande que yo, que decía, con unas letras que dificulto se puedan escribir mayores: *El té de las damas*. ¿Querrán ustedes creer lo que voy a decir? Precisamente yo tengo una mujer demasiado afectada del histérico, y como este mal es tan común en las señoras, vea usted que el deseo mismo me hizo consentir en que sería alguna medicina para algún mal de las mujeres; de modo que me puse tan contento, creyendo haber encontrado la piedra filosofal, y sin leer más, ni dónde se vendía siquiera, pensando hallarlo en los cafés, me dirigí al primero que encontré, interiormente regocijado de ver los adelantos que hace la Medicina; pregunté por un té que acababa de descubrirse, exclusivamente para las señoras; respondiome el mozo: «Señor, yo le sacaré a usted té; pero hasta la presente, el que tenemos en estas casas puede servir, y ha servido siempre, para señoras y para caballeros». Creí, pues, hallarlo en alguna lonja, donde se rieron en mis hocicos; salí de aquí, y me sucedió otro tanto en una droguería, en una botica, y, por último, desesperado de encontrarlo, volví a mi cartel y distinguí, ¡necio de mí!, con la mayor admiración, que era un libro. ¡Oh, cabeza redonda, exclamé, la que produjo este título! En España, donde las señoras ni toman té, si no es cuando se desmayan y no hay por casualidad a mano manzanilla, flores cordiales, salvia o cosa semejante de las que dicen que son buenas para tales casos, ni, por consiguiente, hablan reunidas al tomarle; pues ya que quería poner un título de cosa de comer o de beber, ¿por qué no dijo *El chocolate de las damas*? ¡Como si fuera preciso que para hablar unas señoras estuviesen tomando algo! ¡Pues no andan por ahí mil títulos rodando, que, a lo menos, no hacen reír y no puede equivocarse lo que pueda dar de sí la obra, como *Tertulias en Chinchón*, *Noches de invierno*, y caso que fuese para hablar de personas muertas, llámáralas primero *Tertulias en los infiernos* o *Noches en el otro mundo*, y no *El té de las damas*, título que, después de habernos abierto el apetito, nos deja con una cuarta de boca abierta!

»Pues qué, ¿le parece a usted que si yo me pusiera a escribir dejaría a nadie en paz? No, señor; tengo ya llenas las medidas; y volviendo a la “Carta”, mire usted un asunto tan bonito, si podía haber criticado al señor diarista el no pasar la vista por los anuncios que le dan, para redactarlos de modo que no hagan reír, como cuando nos dice que se venden “zapatos para muchachos rusos” “pantalones para hombres lisos”, “escarpines de mujer de cabra” y “elásticas de hombre de algodón”. Cuando anuncia que el sombrerero Fulano de Tal, deseando acabar cuanto antes con su corta existencia, se propone dar sus sombreros más baratos; que “una señora viuda quisiera entrar en una casa en clase de doncella, y que sabe todo lo perteneciente a este estado”. Y hay más; aquí creo que he de traer una apuntacioncita que he tenido la curiosidad de hacer de varios avisos; lean ustedes:

»“El lunes 8 del corriente, por la tarde, se perdió un librito encuadernado en papel de poesías alemanas, titulado *Charitas*. 20 de octubre”.

»“En la posada de la Gallega Vieja, Red de San Luis, número 20, hay un coche que caben seis asientos para Vitoria, Bilbao, Bayona, etc.: 8 de noviembre.”

»“En la calle del Baño, número 16, cuarto segundo, se venden desde hoy hasta el 12 del corriente, desde las diez de la mañana hasta el anochecer, pinturas originales de los pintores más clásicos y de varios tamaños, a precios equitativos.”

»“Un matrimonio sin hijos, que saben servir perfectamente bien, y tienen quien les abonen, desean colocarse con un sacerdote u otros cualesquiera señores. 4 de octubre.”

»“El día 2 del corriente se han perdido unos papeles desde la calle del Carmen hasta la iglesia del Buen Suceso, que contienen unas fees de matrimonio y bautismo de las parroquias de Santa Cruz y San Ginés.”

»“El miércoles 10 del corriente se extraviaron del palco bajo número 8, en el teatro de la Cruz, unos anteojos dobles, su autor Lemiere, metidos en una caja de tafílete encarnado. 16 de octubre.”

»“Se venden medias negras inglesas de estambre lisas, de hombre y mujer de superior calidad. Ídem.”

»Y sería nunca acabar; esto sólo es de octubre y noviembre. Lo del dinero está bien criticado, que yo también he tenido que poner algún aviso que otro y lo sé por mí, que no me lo han contado; y aunque no me duele el dinero cuando es preciso gastarlo, no hallo la razón por qué he de mantener con mi sueldo al señor diarista, y que el tal señor se quede riendo de mí y de cuantos tenemos la desgracia de haber perdido lo que nos hacía falta.

—Dice usted muy bien, señor don Marcelo; ha hablado usted mucho y muy bueno.

—¡Oh, si hablo! Y dijera más si no me llamase mi obligación. (Esto dijo levantándose y sacando el reloj, y yo me hubiera alegrado que hubiera apuntado con una hora de adelanto, que ya me dolía la cabeza, al paso que me gustaba aquel hombre estrepitoso.) Amo —siguió—, amo demasiado a mi patria para ver con indiferencia el estado de atraso en que se halla; aquí nunca haremos nada bueno... y de eso tiene la culpa... quien la tiene... Sí, señor... ¡Ah! ¡Si pudiera uno decir todo lo que siente! Pero no se puede hablar todo... no porque sea malo, pero es tarde y más vale dejarlo... ¡Pobre España!... Buenas noches, señores.

Entre paréntesis, y antes que se me olvide, debo prevenir que la misma curiosidad de que hablé antes me hizo al día siguiente indagar, por una casualidad que felizmente se me vino a las manos, quién era aquel buen español tan amante de su patria, que dice que nunca haremos nada bueno porque somos unos brutos (y efectivamente que lo debemos ser, pues aguantamos esta clase de hipócritas); supe que era un particular que tenía bastante dinero, el cual había hecho teniendo un destino en una provincia, comiéndose el pan de los pobres y el de los ricos, y haciendo tantas picardías que le habían valido el perder su plaza ignominiosamente, por lo que vivía en Madrid, como otros muchos, y entonces repetí para mí su expresión «¡Pobre España!».

Y volviendo a mi café, levánteme cansado de haber reunido tantos materiales para mi libreta; pero quise echar un vistazo, antes de marcharme, por varias mesas: en una de ellas se hallaba un subalterno vestido de paisano, que se conocía que huía de que le vieran, sin duda porque le estaba prohibido andar en aquel traje, al que hacían traición unos bigotes que no dejaba un instante de la mano, y los torcía, y los volvía a retorcer, como quien hace cordón, y apenas dejaba el vaso en el platillo cuando acudía con mucha prisa a los bigotes, como si tuviese miedo de que se le escapasen de la cara; hablaba en tono bastante bajo y como receloso de que le escucharan, aunque estaba en un rincón bastante retirado con una que parecía joven, y en cuyo examen no me quise detener mucho porque me hice prudentemente el cargo de que sería prima suya o cosa semejante.

Otro estaba más allá, afectando estar solo con mucho placer, indolentemente tirado sobre su silla, meneando muy deprisa una pierna sin saber por qué, sin fijar la vista particularmente en nada, como hombre que no se considera al nivel de las cosas que ocupan a los demás, con un cierto aire de vanidad e indiferencia hacia todo, que sabía aumentar metiéndose con mucha gracia en la boca un enorme cigarro, que se quemaba a manera de tizón, en medio de repetidas humaradas, que más parecían salir de un horno de tejas que de boca de hombre racional, y que, a pesar de eso, formaba

la mayor parte de la vanidad del que le consumía, pues le debía haber costado el llenarse con él los pulmones de hollín más de un real.

Aparteme de él porque me fastidian los hombres vanos y no tenía gana de que me sofocara el humo que despedía; y en otra mesa reparé en otra clase de tonto que compraba los amigos que le rodeaban a fuerza de sorbetes, pagaba y bebía por vanidad, y creía que todos aquellos que se aprovechaban de su locura eran efectivamente amigos, porque por cada bebida se lo repetían un millón de veces; le habían hecho creer que tenía mucho talento, soltura, gracia, etcétera, y de este modo le hacían hacer un papel ridículo; él no conocía que nunca se granjea sino enemigos el que ofende el amor propio de los demás haciendo siempre el gasto, porque no hay uno que no quiera hallarse en el caso de hacerle para dar a los demás en cara; y como ésta es una situación envidiable, porque todos quieren ajar a los otros, sólo engendra odio hacia aquel que de este modo nos insulta, aunque saquemos partido por el pronto de su largueza; ni preveía que el día en que se le acabara el dinero serían aquellos mismos los primeros a ridiculizarle, a reírse en sus bigotes y a no hacerle más caso que si nunca le hubieran conocido. Vi que hacía ostentación de despreciar la vuelta que el mozo le dio, al mismo tiempo que una pobre anciana se le acercaba, pidiéndole alguno de aquellos cuartos que tanto despreciaba; y, efectivamente, vi que creyó cumplir con lo que debe a la humanidad el que tiene dinero, regalándola con un seco y repetido «Perdone usted, hermana»; y dándola un empujón al levantarse, añadió: «Vamos; ya se habrá empezado la sinfonía, y en esta ópera es preciso sacar todo el jugo posible a los doce reales y dos cuartos. También es desgracia que haya tanto pobre; a mí me parte el corazón; por todas partes no halla usted sino pobres».

Al fin, dije para mí, el otro tenía la cabeza huera, pero éste tiene el corazón en la lengua.

Púseme a mirar en seguida con bastante atención a otro mozalbete muy bien vestido, cuya fisonomía me chocó, y el mozo, que gusta de hablar a veces conmigo porque le suelo dar algunos cuartos siempre que tomo algo, y que conoce mi curiosidad, se acercó y me dijo:

—¿Está usted mirando a aquel caballero?

—Sí, y quisiera saber quién es.

—Es un joven, como usted ve, muy elegante, que viene a tomar todos los días café, ponche, ron en abundancia, almuerzos, jamón, aceitunas; que convida a varios, habla mucho de dinero y siempre me dice, al salir, con una cara muy amistosa y al mismo tiempo de imperio: «Mañana le pediré a usted la cuenta», o «pasado mañana te daré lo que te debo». Hace ya medio año que sucede esto; yo, todavía no he visto la cruz a la moneda, y le busco, y le hablo, y nada, no consigo nada, y lo peor es que tiene uno más vergüenza que él, porque no me atrevo a decirle: «Págume usted, o no le sirvo», y resulta que se luce con mi bolsillo; ¡oh!, y si fuera el único; pero hay muchos que, a trueque de conde, marqués, caballero, y a la capa de sus vestidos, nunca pagan si no es con muy buenas palabras. Y ¿qué ha de hacer usted?

—¡Bravo! ¿Y aquel otro que está ahora hablando con él?

—Sí, señor, ya sé... aquel, ¿eh?... Si supiera usted; sólo a usted se lo diría; pero, de todos modos, no le diré cómo se llama, ni quién es, que aunque usted me ve de mozo de café, también tengo mi poquito de miramiento y no quiero ajar la opinión de nadie.

—Diga usted, que si él no cuida de la suya, ¿por qué se la ha de conservar usted, importándole mucho menos?

—Pues aquel sujeto, ahí donde usted le ve tan bien vestido, suele traerme los días que hay apretura para ver la ópera algunos billetes, que le vendo por una friolera: al duplo o al triplo, según es aquélla; da una gratificación por una o dos docenas a quien se las proporciona a poco más del justo precio, y viene a sacar veinte, cuarenta o sesenta reales en luneta; estoy seguro que la *Semíramis* le ha valido más de tres onzas; luego suena que yo soy el vendedor, porque saca con mi mano el ascua, y él gana mucho y no pierde su opinión, y yo, de quien dicen que no la tengo porque

se le figura a la gente que un hombre mal vestido o que sirve a los otros por precisión está dispensado de tener honor, gana poco de dinero y no gana nada en crédito.

En esto salía yo ya, y al pasar por un pasillo me quedaba todavía que observar; tuve que hacer la vista gorda porque un mozo, creyendo que nadie le veía, estaba echando un poco de agua en una cafetera de leche, sin duda para quitarle la parte mantecosa, que siempre fastidia al paladar; y al tiempo de salir de un billar contiguo, que atravesé con mucha prisa por el humo del tabaco, la bulla y las malísimas trazas de los que pasan el día en dar tacazos a una bola al ronco y estrepitoso ruido del bombo, acompañado del continuo gritar «El 1, el 2, etc., y en herir los oídos de las personas sensatas con palabras tan superfluas como indecentes, tropecé, por desgracia, con un buen hombre a quien los años no dejan andar tan de prisa como él quisiera, y que, a pesar de eso, sé yo que no deja de ir hace la friolera de unos cuarenta años a su partida de billar o a ser espectador de la de los demás cuando el pulso no le permite jugar a él mismo; el tropezón fue fuerte por su natural torpeza, y no pude menos de exclamar, en la fuerza del dolor: «¿A qué vendrán estos hombres, cargados con tantos años como vicios, al billar, como si no hubiera iglesias en Madrid, o no tuviesen casa y mujer, sobrina o ama de quien despedirse para la otra vida?»

Seguí quejándome hasta mi casa, sin ninguna gana de reír de mis observaciones como otros días, aunque siempre convencido de que el hombre vive de ilusiones y según las circunstancias, y sólo al meterme en la cama, después de apagar mi luz, y al conciliar el sueño, confesé, como acostumbro: «Éste es el único que no es quimera en este mundo».

El Duende Satírico del Día, n.º I, 26 de febrero de 1828.

[Nota editorial: Otras eds.: *Artículos*, ed. de Enrique Rubio, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 111-126; *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, ed. Alejandro Pérez Vidal, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 650-662; *Artículos de costumbres*, ed. Luis F. Díaz Larios, Madrid, Austral, 1998, pp. 65-81; *Artículos varios*, ed. E. Correa Calderón, Madrid, Castalia, 1984, pp. 153-167; *Artículos de costumbres*, ed. José R. Lomba y Pedraja, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp. 7-19; *Artículos*, ed. Carlos Seco Serrano, Barcelona, Planeta, 1981, pp. 3-15.]

Las casas nuevas

«La constancia es el recurso de los feos», dice la célebre Ninón de Lenclos en sus lindas cartas al marqués de Sevigné; las personas de mérito, que saben que dondequiera han de encontrar ojos que se prenden de ellas, no se curan de conservar la prenda conquistada; los feos, los necios, los que viven seguros de que difícilmente podrán encontrar quien llene el vacío de su corazón, se adhieren al amor, que una vez por acaso encontraron, como las ostras a las peñas que en el mar las sostienen y alimentan.

Éstos son generalmente los que, temerosos de perder el bien, que conocen no merecer, preconizan la constancia, la erigen en virtud, y hacen con ella el tormento de una vida que deben llenar la variedad y la sucesión de sensaciones tan vivas como diferentes.

Aquella máxima de coqueta, al parecer ligera, si no es siempre cierta, porque no a todos les es dado el poder ser inconstantes, es, sin embargo, profunda y filosófica, y aun puede, fuera del amor, encontrar más de una exacta aplicación. Pero mi propósito no es hundirme en consideraciones metafísicas acerca del amor; tengamos lástima al que le ha dejado tomar incremento en su corazón, y pasemos como sobre ascuas sobre tan quisquilloso argumento. El hecho es que no tenía yo la edad todavía de querer ni de ser querido, cuando entre otras varias obras francesas que en mis manos cayeron, hacía ya un papel muy principal la de la famosa cortesana citada. Chome aquella máxima, y fuese pueril vanidad, fuese temor de que por apocado me tuviesen, adoptéla por regla general de mis aficiones. Tuve que luchar en un principio con la costumbre, que es en el hombre hija de la pereza y madre de la constancia. El hombre, efectivamente, se contenta muchas veces con las cosas tales cuales las encuentra, por no darse a buscar otras, como se figura acaso difícil encontrarlas; una vez resignado por pereza, se aficiona por costumbre a lo que tiene y le rodea; y una vez acostumbrado, tiene la bondad de llamar constancia a lo que es en él casi naturaleza. Pero yo luché, y al cabo de poco tiempo de ese empeño en cerrar mi corazón a las aficiones que pudieran llegar a dominarle, agregado esto a la necesidad de viajar y variar de objetos, en que las revoluciones del principio del siglo habían puesto a mi familia, lograron hacer de mí el ser más veleidoso que ha nacido. Pesándome de ver a las mismas gentes todos los días, no hay amigo que me dure una semana; no hay tertulia adonde pueda concurrir un mes entero; no hay hermosa que me lo parezca todos los días, ni fea que no me encante una vez siquiera al mes; esto me hace disfrutar de inmensas ventajas, porque sólo se puede soportar a las gentes los quince primeros días que se las conoce. ¡Qué de atenciones en ellos! ¡Qué de sinceros ofrecimientos! ¿Pasaron aquéllos? ¿Se intimó la amistad? ¡Adiós!, como ya de cualquier modo tienen cumplido con usted, todos son desaires, todas crudas y acedas respuestas. Pesándome de comer siempre los mismos alimentos, hoy como a la francesa, mañana a la inglesa, un día ceno y otro meriendo: ni tengo horas fijas, ni hago comida con concierto. Y esto tiene la ventaja de predisponerme para el cólera. Pesándome de hablar siempre en español, tengo amigos franceses sólo para hablar en francés una hora al día: me trato con los operistas para hablar una vez a la semana en italiano; aprendí griego por conocer una lengua que no habla nadie; y sufro las impertinencias de un inglés, a quien trato, por darme a entender en el idioma en que decía Carlos V que hablaría a los pájaros. Pesándome de que me llamen todos los días, desde el año 9 en que nací, por el mismo apellido, cien veces dejé aquel con que vine al mundo, y ora fui el «Duende satírico», ora el «Pobrecito hablador», ora el «Bachiller Munguía», ora «Andrés Niporesas», ora «Fígaro», ora... y qué sé yo los muchos nombres que me quedarán aún por tomar en los muchos años que, Dios mediante, tengo hecho propósito de vivir en este bajo suelo; porque si alguna cosa hay que no me canse es el vivir; y si he de decir la verdad, consiste esto en que, a fuerza de meditar, he venido a conocer que sólo viviendo podré seguir variando. Por último, y vengamos al asunto, pesándome de vivir todos los días en una misma casa, la vista de un cuarto

desalquilado hace en mi ánimo el mismo efecto que produce la picadura del pez en el corazón del anhelante pescador que le tiende el cebo. Corro a mi casa, pongo en movimiento a mi familia, hágame la ilusión de que emprendo un viaje, y de cuartel en cuartel, de calle en calle, de manzana en manzana, y hasta de piso en piso, recorro alegremente y reconozco los más recónditos escondrijos y rincones de esta populosa ciudad. Si la casa es grande: «¡Qué hermosura! —exclamo—: esto es vivir con desahogo, esto es lujo y magnificencia». Si es chica: «Gracias a Dios —me digo— que salí de esos eternos caserones que nunca bastan muebles para ellos; ésta es a lo menos recogida, reducida, propia, en fin, del hombre, tan reducido también y limitado». Si es cuarto bajo: «No tiene escalera —digo—, y el hombre no ha nacido para vivir en las estrellas». Si es alto el piso: «¡Bendito sea Dios, qué claridad, qué ventilación, y qué pureza de aires!». Si es caro: «¿Qué importa?, lo primero es tener buena habitación». Si es barato: «Mejor; con eso emplearé en galas lo que había de invertir en mi vivienda».

Nadie, pues, más feliz que yo, porque en cuanto a las habladurías y murmuraciones del mundo perecedero, así me cuido de ellas como de ir a la Meca. Pero es el caso que tengo un amigo que es de esos hombres que se dejan impresionar fácilmente por la última persona que oyen, de esos caracteres débiles, flojos, apáticos, irresolutos, de reata, en fin, que componen el mayor número en este mundo, que nacieron por consiguiente para obedecer, callar y ser constantemente víctimas, y cuya debilidad es la más firme columna de los fuertes.

Oyome este amigo las reflexiones que anteceden, y vean ustedes a mi hombre descontento ya con cuanto le rodea: ya que no lo puede mudar todo, quiere cuando menos mudar de casa, y hétele buscando conmigo papeles en los balcones de barrio en barrio, porque ésta es muy de antiguo la señal que distingue las habitaciones alquilables de esta capital, sin que yo haya podido dar hasta ahora con el origen de esta conocida costumbre, ni menos con la de poner los papeles en las esquinas de los balcones cuando la casa es sólo alquilable para huéspedes.

Las casas antiguas, dijimos, que van desapareciendo en Madrid rapidísimamente, están reducidas a una o dos enormes piezas y muchos callejones interminables; son demasiado grandes; son oscuras por lo general, a causa de su mala repartición y combinación de entradas, salidas, puertas y ventanas.

Dirigímonos, pues, a ver las casas nuevas; esas que surgen de la noche a la mañana por todas las calles de Madrid; esas que tienen más balcones que ladrillos y más pisos que balcones; esas por medio de las cuales se agrupa la población de esta coronada villa, se apiña, se sobrepone y se aleja de Madrid, no por las puertas, sino por arriba, como se marcha el chocolate de una chocolatera olvidada sobre las brasas. La población que se va colocando sobre los límites que encerraron a nuestros abuelos, me hace el efecto del helado que se eleva fuera de la copa de los sorbetes. El caso es el mismo: la copa es pequeña y el contenido mucho.

Muchas casas y muy lindas vimos. Mi amigo observó con razón que se sigue en todas el método antiguo de construcción: sala, gabinete y alcoba pegada a cualquiera de estas dos piezas; y siempre en la misma cocina, donde se preparan los manjares, colocado inoportuna y puercamente el sitio más deseado de la casa. ¿No pudiera darse otra forma de construcción a las casas, de suerte que este sitio quedase separado de la vivienda, como en otros países lo hemos visto constantemente observado? ¿No pudieran llegarse a desusar esos vidrios horribles, desiguales, pequeños, unidos por plomos, generalmente invertidos en las vidrieras? ¿No se les podrían sustituir vidrios de mejor calidad, de más tamaño, y unidos entre sí con sutiles listones de madera, que harían siempre mejor efecto a la vista y darían más entrada a la luz? ¿No convendría desterrar esas pesadas maderas que cierran los balcones, llenas de inútiles rebajos y costosas labores, sustituyéndoles puertas-ventanas de hojas más delgadas y lisas? ¿No pudiera introducirse el uso de las comodísimas chimeneas para las casas sobre todo más espaciosas, como se hallan adoptadas en toda Europa? ¿Tanto perderíamos en olvidar los mezquinos y miserables braseros que nos abrasan las piernas, dejándonos frío el cuerpo y atufándonos con el pestífero carbón, y que son restos de los sahumerios orientales introducidos en nuestro país por los moros? ¿Qué mal haríamos en desterrar los canalones salientes,

cuyo objeto parece ser el de reunir sobre el pobre transeúnte, además del agua que debía naturalmente caerle del cielo, toda la que no debía caerle, y en sustituirles los conductos vertederos semejantes a los de Correos, pegados a la pared?

Los caseros, más que al interés público consultan el suyo propio: «aprovechemos terreno»; ése es su principio; «apiñemos gente en estas diligencias paradas, y vivan todos como de viaje»; cada habitación es en el día un baúl en que están las personas empaquetadas de pie, y las cosas en la posición que requiere su naturaleza; tan apretado está todo, que en caso de apuro todo podría viajar junto sin romperse. Las escaleras son cerbatanas, por donde pasa la persona como la culebra que se roza entre dos piedras para soltar su piel. Un poco más de hombre o un poco menos de escalera, y serán una sola cosa hombre y escalera.

Pero sigamos la historia de mi amigo. No bien hubo visto la blancura de una de las casas nuevas, la monería de las acomodadas piecitas, el estado de novedad de las habitaciones del piso tercero, alborócese y:

—¡Este cuarto es mío! —exclama.

—Pero acabémosle de ver.

—Nada; inútil; quiero casa nueva, casa nueva; no hay remedio.

De allí a media hora estábamos ya en casa del casero. Inútil es decir que el casero tenía mala cara; todos la tienen: es la primera cosa que hacen en comprando casa; a lo menos tal nos parece siempre a los inquilinos, sin que esto sea decir que no pueda ser ilusión de óptica.

—¿Qué tiene usted que mandarme...?

—¿Usted es el dueño de la casa que se está haciendo?

—Sí, señor.

—Hay varios cuartos en la casa.

—Están dados.

—¡Cómo!, si no están hechos...

—Ahí verá usted.

—¿Pero no habría...?

—Un tercero queda.

—Bueno, he dicho que quiero casa nueva.

—No es tampoco de los más altos, caballero; no tiene más que noventa y tres escalones y un tramito.

—Ya se ve que no es mucho; se baja uno a Madrid en un momento; quiero casa nueva.

—¿Pagará usted adelantado?

—Hombre, ¿adelantado? A mí nadie me paga adelantado.

—Pues déjelo usted.

—¡Ah!, no, eso no; bien; pagaré, ¿un mes?

—Tres meses o seis.

—Pero, hombre...

—Dejarlo.

—No; bien, bien; ¿cuánto renta? Es tercero y tiene pocas piezas y estrechas, y...

—Diez reales diarios; dé usted gracias que no se le pone en doce.

- ¡Diez reales!
- Si no acomoda...
- Sí señor, sí. ¡Cómo ha de ser! ¡Casa nueva!
- Fiador.
- ¿Fiador?
- Y abonado.
- Bueno; ¡paciencia! Tengo amigos: el marqués de...
- ¿Marqués? No, no, señor.
- El coronel de...
- ¿Militar? Menos.
- Un mayordomo de semana.
- ¿Tiene fuero? No, señor.
- Pero, hombre, ¿adónde he de ir a buscar?
- Ha de tener casa abierta.
- Pero si yo no me trato con taberneros, ni...
- Pues dejarlo.
- ¡Voto va!

No hubo más remedio que buscar el fiador; ya daba mi amigo la mudanza a todos los diablos. Venciéronse, por fin, las dificultades; ya cogió las llaves, y cogió al celador, y cogió el padrón, y cogió... ¿qué había de coger por último? El cielo con las manos, lectores míos. Comenzó la mudanza; el sofá no cupo por la escalera; fue preciso izarle por el balcón, y en el camino rompió los cristales del cuarto principal, los tiestos del segundo, y al llegar al tercero, una de sus propias patas, que era precisamente la que le había estorbado; si se hubiera roto al principio, pleito por menos; fue preciso pagar los daños. El bufete entró como taco en escopeta, haciendo más allá la pared a fuerza de rascarle el yeso con las esquinas; la cama de matrimonio tuvo que quedarse en la sala porque fue imposible meterla en la alcoba; el hermano de mi amigo, que es tan alto como toda la casa, se levantó un chichón, en vez de levantar la cabeza, con el techo, que estaba hombre en medio con el piso. En fin, mal que bien, estuvo ya la casa adornada; pero ¡oh desgracia!, mi amigo tiene un suegro sumamente gordo; verdad es que es monstruoso, y es hombre que ha menester dos billetes en la diligencia para viajar; como a éste no se le podía romper pata como al sofá, no hubo forma de meterlo en casa. ¿Qué medio en este conflicto? ¿Reñir con él y separarse porque no cabe en casa? No es decente. ¿Meterlo por el balcón? No es para todos los días. ¡Santo Dios! ¡Que no se hagan las casas en el día para los hombres gordos! En una palabra, desde ayer están los trastos dentro; mi amigo en la escalera mesándose los cabellos, luchando entre la casa nueva y el amor filial; y el viejo en la calle esperando, o a perder carnes, o a ganar casa.

Revista Española, n.º 94, 13 de septiembre de 1833. Firmado: Fígaro.

[Nota editorial: Otras eds.: *Artículos*, ed. de Enrique Rubio, Madrid, Cátedra, 1982, pp. 241-249; *Artículos de costumbres*, ed. Luis F. Díaz Larios, Madrid, Austral, 1998, pp. 217-225; *Artículos varios*, ed. E. Correa Calderón, Madrid, Castalia, 1984, pp. 407-414; *Artículos de costumbres*, ed. José R. Lomba y Pedraja, Madrid, Espasa-Calpe, 1981, pp. 144-153; *Artículos*, ed. Carlos Seco Serrano, Barcelona, Planeta, 1981, pp. 152-158; *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, ed. Alejandro Pérez Vidal, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 114-120.]

La fonda nueva

Preciso es confesar que no es nuestra patria el país donde viven los hombres para comer: gracias, por el contrario, si se come para vivir. Verdad es que no es éste el único punto en que manifestamos lo mal que nos queremos: no hay género de diversión que no nos falte; no hay especie de comodidad de que no carezcamos. «¿Qué país es éste?», me decía no nace un mes un extranjero que vino a estudiar nuestras costumbres.

Es de advertir, en obsequio de la verdad, que era francés el extranjero, y que el francés es el hombre del mundo que menos concibe el monótono y sepulcral silencio de nuestra existencia española.

-Grandes carreras de caballos habrá aquí -me decía desde el amanecer-: no faltaremos.

-Perdone usted -le respondía yo-; aquí no hay carreras.

-¿No gustan de correr los jóvenes de las primeras casas? ¿No corren aquí siquiera los caballos?...

-Ni siquiera los caballos.

-Iremos a caza.

-Aquí no se caza: no hay dónde, ni qué.

-Iremos al paseo de coches.

-No hay coches.

-Bien, a una casa de campo a pasar el día.

-No hay casas de campo; no se pasa el día.

-Pero habrá juegos de mil suertes diferentes, como en toda Europa... Habrá jardines públicos donde se baile; más en pequeño, pero habrá sus *Tívolis*, sus *Ranelagh*, sus *Campos Elíseos*... habrá algún juego para el público.

-No hay nada para el público: el público no juega.

Es de ver la cara de los extranjeros cuando se les dice francamente que el público español, o no siente la necesidad interior de divertirse, o se divierte como los sabios (que en eso todos lo parecen), con sus propios pensamientos. Creía mi extranjero que yo quería abusar de su credulidad, y con rostro entre desconfiado y resignado:

-Paciencia -me decía por fin-: nos contentaremos con ir a los bailes que den las casas de buen tono y a las suarés...

-Paso, señor mío -le interrumpí yo-: ¿conque es bueno que le dije que no había gallinas y se me viene pidiendo...? En Madrid no hay bailes, no hay suarés. Cada uno habla o reza, o hace lo que quiere en su casa con cuatro amigos muy de confianza, y basta.

Nada más cierto, sin embargo, que este tristísimo cuadro de nuestras costumbres. Un día solo en la semana, y eso no todo el año, se divierten mis compatriotas: el lunes, y no necesito decir en qué: los demás días examinemos cuál es el público recreo. Para el pueblo bajo, el día más alegre del año redúcese su diversión a calzarse las castañuelas (digo calzarse porque en ciertas gentes las manos parecen pies), y agitarse violentamente en medio de la calle, en corro, al desapacible son de la agria voz y del desigual pandero. Para los elegantes todas las corridas de caballos, las partidas de caza, las

casas de campo, todo se encierra en dos o tres tiendas de la calle de la Montera. Allí se pasa alegremente la mañana en contar las horas que faltan para irse a comer, si no hay sobre todo gordas noticias de Lisboa, o si no dan en pasar muchos lindos talles de quien murmurar, y cuya opinión se pueda comprometer, en cuyos casos varía mucho la cuestión y nunca falta quehacer. -¿Qué se hace por la tarde en Madrid? -Dormir la siesta. -¿Y el que no duerme, qué hace? -Estar despierto; nada más. Por la noche, es la verdad, hay un poco de teatro, y tiene un elegante el desahogo inocente de venir a silbar un rato la mala voz del bufo caricato, o a aplaudir la linda cara de la *altra prima donna*; pero ni se proporciona tampoco todos los días, ni se divierte en esto sino un muy reducido número de personas, las cuales, entre paréntesis, son siempre las mismas, y forman un pueblo chico de costumbres extranjeras, embutido dentro de otro grande de costumbres patrias, como un cucurucho menor metido en un cucurucho mayor.

En cuanto a la pobre clase media, cuyos límites van perdiéndose y desvaneciéndose cada vez más, por arriba en la alta sociedad, en que hay de ella no pocos intrusos, y por abajo en la capa inferior del pueblo, que va conquistando sus usos, esa sólo de una manera se divierte. ¿Llegó un día de días? ¿Hubo boda? ¿Nació un niño? ¿Diéronle un empleo al amo de la casa, que en España ese es el grande alegrón que hay que recibir? Sólo de un modo se solemniza. Gran coche de alquiler, decentemente regateado; pero más gran familia: seis personas coge el coche a lo más. Pues entra papá, entra mamá, las dos hijas, dos amigos íntimos convidados, una prima que se apareció allí casualmente, el cuñado, la doncella, un niño de dos años y el abuelo; la abuela no entra porque murió el mes anterior. Ciérrase la portezuela entonces con la misma dificultad que la tapa de un cofre apretado para un largo viaje, y *a la fonda*. La esperanza de la gran comida, a que se va aproximando el coche mal que bien, aquello de andar en alto, el rubor de las jóvenes que van sentadas sobre los convidados, y la ausencia sobre todo del diurno puchero, alborotan a nuestra gente en tal disposición, que desde media legua se conoce el coche que lleva a la fonda a una familia de enhorabuena.

Tres años seguidos he tenido la desgracia de comer de fonda en Madrid, y en el día sólo el deseo de observar las variaciones que en nuestras costumbres se verifican con más rapidez de lo que algunos piensan, o el deseo de pasar un rato con amigos, pueden obligarme a semejante despropósito. No hace mucho, sin embargo, que un conocido mío me quiso arrastrar fuera de mi casa a la hora de comer.

-Vamos a comer a la fonda.

-Gracias; mejor quiero no comer.

-Comeremos bien; iremos a Genieys: es la mejor fonda.

-Linda fonda: es preciso comer de seis o siete duros para no comer mal. ¿Qué aliciente hay allí para ese precio? Las salas son bien feas; el adorno ninguno: ni una alfombra, ni un mueble elegante, ni un criado decente, ni un servicio de lujo, ni un espejo, ni una chimenea, ni una estufa en invierno, ni agua de nieve en verano, ni... ni Burdeos, ni Champagne... Porque no es Burdeos el Valdepeñas, por más raíz de lirio que se le eche.

-Iremos a *Los Dos Amigos*.

-Tendremos que salirnos a la calle a comer, o a la escalera, o llevar una cerilla en el bolsillo para vernos las caras en la sala larga.

-A cualquiera otra parte. Crea usted que hoy nos van a dar bien de comer.

-¿Quiere usted que le diga yo lo que nos darán en cualquier fonda adonde vayamos? Mire usted: nos darán en primer lugar mantel y servilletas puerkas, vasos puercos, platos puercos y mozos puercos: sacarán las cucharas del bolsillo, donde están con las puntas de los cigarros; nos darán luego una sopa que llaman de yerbas, y que no podría acertar a tener nombre más alusivo; estofado de vaca a la italiana, que es cosa nueva; ternera mechada, que es cosa de todos los días; vino de la

fuelle; aceitunas magulladas; frito de sesos y manos de carnero, hechos aquéllos y éstos a fuerza de pan; una polla que se dejaron otros ayer, y unos postres que nos dejaremos nosotros para mañana.

-Y también nos llevarán poco dinero, que aquí se come barato.

-Pero mucha paciencia, amigo mío, que aquí se aguanta mucho.

No hubo, sin embargo, remedio: mi amigo no daba cuartel, y estaba visto que tenía capricho de comer mal un día. Fue preciso, pues, acompañarle, e íbamos a entrar en *Los Dos Amigos*, cuando llamó nuestra atención un gran letrero nuevo que en la misma calle de Alcalá y sobre las ruinas del antiguo figón de Perona, dice: «Fonda del Comercio».

-¿Fonda nueva? Vamos a ver.

En cuanto al local, no les da el naipe a los fondistas para escoger local; en cuanto al adorno, nos cogen acostumbrados a no pagarnos de apariencias; nosotros decimos: ¡como haya que comer, aunque sea en el suelo! Por consiguiente, nada nuevo en este punto en la fonda nueva.

Choconos, sin embargo, la diferencia de las caras de ahora, y que hace medio año se veían en aquella casa. Vimos elegantes, y dionos esto excelente idea. Realmente hubimos de confesar que la fonda nueva es la mejor; pero es preciso acordarnos que la *Fontana* era también la mejor cuando se instaló: ésta será, pues, otra *Fontana* dentro de un par de meses. La variedad que hoy en platos se encuentra cederá a la fuerza de las circunstancias; lo que nunca podrá perder será el servicio: la fonda nueva no reducirá nunca el número de sus mozos, porque es difícil reducir lo poco: se ha adoptado en ella el principio admitido en todas; un mozo para cada sala, y una sala para cada veinte mesas.

Por lo demás no deja de ofrecer un cuadro divertido para el observador oscuro el aspecto de una fonda. Si a su entrada hay ya una familia en los postres, ¿qué efecto le hace al que entra frío y sereno el ruido y la algazara de aquella gente toda alborotada porque ha comido? ¡Qué miserable es el hombre! ¿De qué se ríen tanto? ¿Han dicho alguna gracia? No, señor; se ríen de que han comido, y la parte física del hombre triunfa de la moral, de la sublime, que no debiera estar tan alegre sólo por haber comido. Allí está la familia que trajo el coche... ¡Apartemos la vista y tapemos los oídos por no ver, por no oír!

Aquel joven que entra venía a comer de medio duro; pero se encontró con veinte conocidos en una mesa inmediata: dejase coger también por la negra honrilla, y sólo por los testigos pide de a duro. Si como son sólo conocidos fuera una mujer a quien quisiera conquistar la que en otra mesa comiera, hubiera pedido de a doblón: a pocos amigos que encuentre, el infeliz se arruina. ¡Necio rubor de no ser rico! ¡Mal entendida vergüenza de no ser calavera!

¿Y aquel otro? Aquél recorre todos los días a una misma hora varias fondas: aparenta buscar a alguien; en efecto, algo busca; ya lo encontró: allí hay conocidos suyos; a ellos derecho; primera frase suya:

-¡Hombre! ¿Ustedes por aquí?

-Coma usted con nosotros -le responden todos.

Excúsase al principio; pero si había de comer solo... Un amigo a quien esperaba no viene...

-Vaya, comeré con ustedes -dice por fin, y se sienta.

¡Cuán ajenos estaban sus convidadores de creer que habían de comer con él! Él, sin embargo, sabía desde la víspera que había de comer con ellos: les oyó convenir en la hora, y es hombre que come los más días de oídas, y algunos por haber oído.

¿Qué pareja es la que sin mirar a un lado ni a otro pide un cuarto al mozo, y...? Pero es preciso marcharnos: mi amigo y yo hemos concluido de comer; cierta curiosidad nos lleva a pasar por delante de la puerta entornada donde ha entrado a comer sin testigos aquel oscuro matrimonio..., sin duda... Una pequeña parada que hacemos alarma a los que no quieren ser oídos, y un portazo dado

con todo el mal humor propio de un misántropo nos advierte nuestra indiscreción y nuestra impertinencia. «Paciencia -salgo diciendo-: todo no se puede observar en este mundo; algo ha de quedar oscuro en un cuadro: sea esto lo que quede en negro en este artículo de costumbres de la *Revista Española*.»

Revista Española, n.º 88, 23 de agosto de 1833. Firmado: Fígaro.



La alabanza, o que me prohíban éste

Suponiendo que se escriba con principios, se puede escribir después con varios fines. O se escribe para sí, o se escribe para otros. Descifremos bien esto. Lo que se escribe en un libro de memorias se escribe evidentemente para sí. De modo que un *souvenir* es un monólogo escrito. No diré precisamente que sea necio el decirse uno las cosas a sí mismo, porque al cabo, ¿dónde habrían de encontrar ciertos hombres un auditorio indulgente si no hablasen consigo mismos? Lo que diré es que yo nací con buena memoria. ¡Ojalá fuera mentira! Y tengo reparado que las cosas que una vez me interesan, tarde o jamás se me olvidan; por lo tanto nunca las apunté; y las que no me interesaron siempre juzgué que no valían la pena de apuntarlas. Por otra parte, de diez cosas que en la vida suceden nueve son malas, sin que esto sea decir que la otra sea enteramente buena. Razón de más para no apuntar. ¡Cuánto más filosófico y más consolador sería sustituir al *souvenir* otro repertorio de anotaciones llamado «olvido»! «Cosas que debo olvidar», pondría uno encima; figúrese el lector si el tal librito necesitaría hojas, y si podría uno estar ocioso un solo instante, una vez comprometido a llenar sus páginas de buena fe. Siempre he abundado en la idea de que se hacen generalmente las cosas al revés; el *souvenir* es una idea inversa; en este sentido nunca he escrito para mí.

Continuemos echando una ojeada sobre los que escriben para sí.

El que escribe un memorial escribe sin duda para sí. Generalmente nadie lee los memoriales sino el que los escribe, que es el único a quien importan; la prueba de esto es que cuando el empleo se ha de dar, ya está dado antes de hacer el memorial; y cuando hay que hacer el memorial, es señal de que no hay que contar con el empleo. Apelo a los señores que están colocados y a los que se han de colocar. Es, pues, más necio escribir un memorial que un *souvenir*. En este sentido tampoco he escrito nunca para mí.

El que escribe un informe, un consejo, un parecer, escribe para sí; la prueba es que generalmente siempre se pide el consejo después de tomada la determinación, y que cuando el informe no gusta se desecha.

El que escribe a una querida, escribe para sí, por varias razones; por lo regular rara vez se encuentran dos amantes en igual grado de pasión, por consiguiente el calor del uno es griego para el otro, y viceversa. Además, desde el momento en que dejamos de querer a nuestra amada, dejamos de escribirla. Prueba de que no escribíamos para ella.

Los autores han dicho siempre en sus prólogos, y se lo han llegado a creer ellos mismos, que escriben para el público; no sería malo que se desengañasen de este error. Los no leídos y los silbados escriben evidentemente para sí; los aplaudidos y celebrados escriben por su interés, alguna vez por su gloria, pero siempre para sí.

¿Quién es, pues, me dirán, el que escribe para otro? Lo diré. En los países en que se cree que es dañoso que el hombre diga al hombre lo que piensa, lo cual equivale a creer que el hombre no debe saber lo que sabe, y que las piernas no deben andar; en los países donde hay censura, en esos países es donde se escribe para otro, y ese otro es el censor. El escritor que, lleno ya un pliego de papel, lo lleva a casa de un censor, el cual le dice que no se puede escribir lo que él lleva ya escrito, no escribe ni siquiera para sí. No escribe más que para el censor. Éste es el único hombre en que yo disculparía que escribiese un libro de memorias, y hasta que escribiese un memorial. A mayores tonterías puede obligar una prohibición.

Estoy muy lejos de querer decir que yo haya escrito nunca para otro, en este sentido, porque, aunque es verdad que he tenido relaciones con vanos señores censores, por otra parte muy

beneméritos, puedo asegurar que en cuanto he escrito nunca he puesto una sola palabra para ellos, no porque no crea que no son muy capaces de leer cualquier cosa, sino porque siempre acaban por establecerse entre el censor y el escritor etiquetillas fastidiosas y dimes y diretes de poca monta, y a decir verdad soy poco amigo de cumplimientos. Los de los censores me hacen el mismo efecto que le hacían al portugués los del casteçao. El cuento es hartito sabido para repetirlo. Esto sería no escribir para nadie.

Bien determinado como estoy a no escribir jamás para el censor, he tratado siempre de no escribir sino la verdad, porque al fin, he dicho para mí, ¿qué censor había de prohibir la verdad, y qué Gobierno ilustrado, como el nuestro, no la había de querer oír? Así es, que si en el reglamento de censura se prohíbe hablar contra la religión, contra las autoridades, contra los gobiernos y los soberanos extranjeros, y contra otra porción de materias, es porque se ha presumido, con mucha razón, que era imposible hablar mal de esas cosas, diciendo verdad. Y para mentir más vale no escribir. Todo esto es claro; es más que claro; casi es justo.

Lo que está permitido es alabar, sin que en eso haya límite ninguno; porque es probado que en la alabanza ni puede haber demasía, sobre todo para el alabado, ni puede dejar de haber verdad y justicia. Por esta razón yo me he propuesto alabarlos siempre todo, y a este principio debo la gran publicidad que se ha permitido a mis débiles escritos. Sistema que seguiré siempre, y que hoy más que nunca seguiré, porque efectivamente no hay motivo para otra cosa.

Al decidirme a este plan tuve presente otra consideración, por mejor decir, un principio de moral incontestable en todos los tiempos y países. El hombre no debe hacer cosa que no pueda confesar y publicar altamente. Es así que no puede decir ningún escritor que se le ha prohibido un artículo por la censura, porque eso lo prohíbe la ley, y la ley no puede ser mala; luego ¿cómo había yo de escribir artículos que se me pudiesen prohibir? Ni los he escrito, ni los he de escribir; ni lo dijera, si por algún evento los hubiera escrito, ni yo lo quiero decir, ni me dejaran tampoco, aunque yo quisiera. No hay medio. Por eso hago bien en no querer.

Persuadir ahora de las ventajas que me trae el no escribir para otro, y el alabar constantemente cuanto veo, paréceme un tanto inútil. Y tienen mis alabanzas lo que tienen pocas, y es que no me han valido ningún empleo; no porque yo no pudiera servir para él, sino porque ellos, que no lo dan, y yo, que no lo recibo, hemos querido sin duda que mis alabanzas sean del todo independientes.

De esta independencia nace el desembarazo con que he alabado francamente en distintas ocasiones, ora el amor de familia con que se ha solido colocar a los deudos y amigos de los gobernantes, cosa que ha variado ya enteramente; ora la prudente lentitud con que se han entregado y se entregan las armas a nuestros amigos; ora la oportunidad e idea con que se vistió a los señores Próceres, y en momentos de aprieto, fundados en que «más da el duro que el desnudo»; ora la perspicacia con que se han descubierto varias conspiraciones, y se ha salvado a la patria amenazada; ora la previsión con que se evitó que se interpretase mal la primera acometida del cólera; ora la precipitación con que se ha llevado a su término la guerra civil; ora... pero ¿a qué más?, yo no he dejado cosa apenas que no haya alabado; y si algo me he dejado, por mi vida que me pesa, y téngolo de alabar hoy.

Por todo lo que llevo dicho hay pocas cosas que me incomoden tanto como el oír el continuo clamoreo de esas gentes quejumbrosas, a quienes todo cuanto se hace, o parece mal, o parece por lo menos poco. Aquí me irrita, y les respondo:

—Poco, ¿eh? Vamos a ver: ¿cuántos meses llevamos?

—¿De qué? —me preguntan.

—¿De qué? De qué..., de... Estatuto Real.

—No llega a un año.

—Y en poco menos de un año —aquí es la mía— se han reunido dos estamentos; se han mudado dos ministros de la Guerra; se han visto tres ministros de lo Interior; no se ha visto más que un

ministro de Estado, pero se le ha oído más que si hubieran sido tres. Se ha visto un ministro de Hacienda, y la Hacienda también, y, como dice el refrán: «Hacienda, tu dueño te vea»; y si no se ha visto Marina, eso poco importa, que nada dice de marina el refrán. En menos de un año se ha abolido el voto de Santiago; ha habido también sus sesiones de Próceres alguna vez; y si en menos de un año se ha puesto la facción sobrado pujante, también en menos de un año han penetrado los primeros talentos de España, que era preciso, por fin, hacer un esfuerzo. En menos de un año ¡qué de generales famosos no se han estrellado! ¡Qué de facciosos no se han perdonado! ¡Qué de gracias no se han dicho por vanos insignes oradores! ¡Cómo en menos de un año ha dicho el uno un chascarrillo, y cómo le han contestado con otro y con otros! ¡Qué de insultillos ocultos del procurador al ministro, y del ministro al procurador!

Cien veces ciento,
mil veces mil.

¡Cuánta serenidad, pues, en menos de un año, para ocuparse en apuros de la patria hasta de los más pequeños dimes y diretes! ¡Cuánta conversación! Temístocles le decía a un general: «¡Pega, pero escucha!». Cada uno de nuestros oradores es un Temístocles; con tal que le dejen hablar, él le dirá también a la guerra civil, al Pretendiente, a toda calamidad: «¡Pega, pero escucha!». ¿Qué más cosas querrían ver esas gentes, qué más sobre todo querrían oír en poco menos de un año?

—No hay previsión —me decía uno días pasados.

—¡No hay previsión! —exclamé. Esto ya es mala fe. Y todo ¿por qué? Porque han sucedido cuatro lances desgraciados, que a pesar de haberse sabido no se pudieron prevenir. Pero esto, ¿qué importa? A buen seguro que en cuanto acabó de suceder lo de Correos bien se puso un centinela avanzada en medio de la Puerta del Sol, que antes no le había, el cual se está allí las horas muertas viendo si viene algo por la calle de Alcalá. ¡Que vuelvan ahora los del 18! ¿Y no hay previsión?

¡Maldicientes! Lo mismo que el entusiasmo. Mil veces he oído decir que han apagado el entusiasmo. ¿Y qué? Pongamos que sea cierto. ¿No se acaba de decidir ahora que se haga entusiasmo nuevo? ¿No se va a escribir a todos los señores gobernadores que fomenten el espíritu público y que hagan entusiasmo a toda prisa? ¿Y no lo harán por ventura? Y excelente y de la mejor calidad. El año pasado no hacía falta el entusiasmo; como que la facción era poca y el peligro ninguno, nos íbamos pandeando sin entusiasmo y sin espíritu público; y luego, que entonces estaba la anarquía cosida siempre a los autos del entusiasmo, y ahora ya no. Y el entusiasmo de ahora ha de ser un entusiasmo moderado, un entusiasmo frío y racional, un entusiasmo que mate facciosos, pero nada más; entusiasmo, señor, de quita y pon; y entusiasmo, en una palabra, sordomudo de nacimiento; entusiasmo que no cante, que no alborote el cotarro; que no se vuelva la casa un gallinero. Y éste es el bueno, el verdadero entusiasmo. No, sino volvamos a las canciones patrióticas. ¿Qué trajo la ruina del sistema? Unas veces dicen que fue la libertad de imprenta, otras que fue... No, señor, hoy estamos de acuerdo en que fueron las canciones. ¿Y esto no será de alabar?

Yo alabaré siempre; yo defenderé; reniego de la oposición. ¿Qué quiere decir la oposición?

He aquí un artículo escrito para todos, menos para el censor. La ALABANZA, en una palabra: ¡QUE ME PROHÍBAN ÉSTE!

Revista Mensajero, n.º 16, 16 de marzo de 1835. Firmado: Fígaro.

[Nota editorial: Otras eds.: Fígaro. *Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, ed. Alejandro Pérez Vidal, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 331-336; *Artículos políticos*, ed. Jorge Campos, Madrid, Taurus, 1979, pp. 209-215; *Artículos*, ed. Carlos Seco Serrano, Barcelona, Planeta, 1981, pp. 358-363; *Obras completas de D. Mariano José de Larra (Fígaro)*, ed. Montaner y Simon, Barcelona, 1886, pp. 404-406.]

Impresiones de un viaje

Última ojeada sobre Extremadura. Despedida a la patria



Por fin debía dejar la España, pero bien como el que se separa de una querida a quien ha debido por mucho tiempo su felicidad, no podía menos de volver frecuentemente la cabeza para dar una última ojeada a esa patria donde había empezado a vivir, porque en ella había empezado a sentir.

Uno de los puntos que antes de mi partida se ofrecieron a mi vista fue Alange, pueblecillo situado a la falda de una colina y en una posición sumamente pintoresca; esta villa, que dista pocas leguas de Mérida, posee una antigüedad sumamente curiosa: un baño romano de forma circular y enteramente subterráneo, cuya agua nace allí mismo, y que se mantiene en el propio estado en que debía de estar en tiempo de los procónsules; recibe su luz de arriba, y los habitantes, no menos instruidos en arqueología que los meridenses, le llaman también el «baño de los moros». (Véase nuestro artículo sobre antigüedades de Mérida.)

La colocación de este baño hace presumir que los romanos debieron de conocer las virtudes de las aguas termales de Alange. En el día son todavía muy recomendadas, y hace pocos años se ha construido en el centro de un vergel espesísimo de naranjos, a la entrada de la población, una casa de baños, donde los enfermos, o las personas que se bañan por gusto, pueden permanecer alojados y asistidos decentemente durante la temporada. El agua sale caliente, pero no se nota en su sabor, ni en su olor, ninguna diferencia esencial del agua común. Los naturales me refirieron una de sus primeras virtudes populares. Los arroyos y pequeñas charcas que se forman en el país de las aguas llovedizas crían infinitas sanguijuelas, las cuales se introducen muchas veces en la boca de las caballerías y las desangran; en tales casos parece que con sólo llevar el animal, acometido mal su grado del régimen brusista, al manantial termal y hacerle beber del agua, los bichos sanguinarios sueltan la presa y dejan libre al paciente. En una nación donde hay tanta sanguijuela que, como la de Horacio, no se separa de su empleo, *nisi plena cruoris*, no parece inútil la publicación de este sencillo modo de hacerles soltar la presa. Sólo es de temer que no haya en todo Alange agua bastante para empezar.

Este pueblo, de fundación árabe, posee además en lo alto de un cerro eminente los restos de un castillo moro, y a sus pies corre el Machel, riachuelo o torrente notable por la abundancia de adelfas que coronan sus márgenes.

Considerada la Extremadura históricamente, ofrece al viajero multitud de recuerdos importantes y patrióticos, y hace un papel muy principal en nuestras conquistas del Nuevo Mundo; de ella

salieron la mayor parte de nuestros héroes conquistadores. Hernán Cortés reconoce por patria a Medellín, y Pizarro a Trujillo. Este último pueblo conserva un carácter severo de antigüedad que llama la atención del viajero; los restos de sus murallas, y multitud de edificios particulares repartidos por toda la población, tienen un sello venerable de vejez para el artista que sabe leer la historia de los pueblos y descifrar en sus monumentos el carácter de cada época.

Pero considerada la Extremadura como país moderno en sus adelantos y en sus costumbres, es acaso la provincia más atrasada de España, y de las que menos interés ofrecen al pasajero.

Si se exceptúa la Vera de Plasencia y algún otro punto, como Villafranca, en que se cultiva bastante la viña y el olivo, la agricultura es casi nula en Extremadura. La riqueza agrícola de la provincia consiste en sus inmensos yermos, en sus praderas y encinares, destinados a pastos de toda clase de ganados. Antes de la guerra de la Independencia y del decaimiento de la cabaña española, las dehesas eran un manantial de riqueza para el país, y sobre esa base se han acumulado fortunas colosales. Aun en el día, produciendo más la tierra de las dehesas que la puesta a labor, fácilmente se concibe que la provincia debe de ser sumamente despoblada, y reasumida la poca riqueza en unos cuantos señores o capitalistas, resulta una desigualdad inmensa en la división de la propiedad. El sistema de las dehesas es sumamente favorable además a la caza, de suerte que el pobre no halla más recurso que ser guarda de una posesión, cuando tiene favor para ello, o darse a aquel ejercicio. Así es que hay pueblos enteros que se mantienen como las sociedades primitivas, y que están a dos dedos del estado de la naturaleza; ejercen su profesión así en los terrenos de los «propios» como en los de pertenencia particular; en ninguna provincia puede estar más desconocido el derecho de propiedad.

El hombre del pueblo en Extremadura es indolente, perezoso, hijo de su clima y en extremo sobrio. Pero franco y veraz, a la par que obsequioso y desinteresado. Se ocupa poco de intereses políticos y, encerrado en su vida oscura, no se presta a las turbulencias. Animada en el día la provincia del mejor espíritu por la buena causa, si no hará gran peso en la balanza liberal, tampoco ofrecerá un foco ni un asilo a los traidores.

La industria no existe más adelantada que la agricultura; alguna fábrica de cordelería, de cinta, de paño burdo, de bayeta, de sombreros y de curtidos (sobre todo en Zafra) para el consumo del país, son las únicas excepciones a la regla general; por lo demás tampoco sus habitantes echan mucho de menos sus productos; las casas, míseramente alhajadas, no admiten superfluidad ninguna; si se exceptúan las pocas habitaciones de algunas personas de dinero y gusto, que en los pueblos principales hacen venir de fuera a gran costa cuanto necesitan, se puede asegurar que la vivienda de un extremeño es una verdadera posada, donde el cristiano no puede menos de tener presente que hace en esta vida una simple peregrinación y no una estancia.

Una vez conocido el estado de la agricultura y de la industria, fácil es deducir de cuán poca importancia será el comercio. Encerrada entre Castilla la Nueva, Portugal y Andalucía, sin ríos navegables, sin canales, sin más caminos que los indispensables para no ser una isla en medio de España, sin carruajes, ni medios de conducción, ¿quién podría traer a una provincia despoblada, y acostumbrada a carecer de todo, sus productos, en cambio de los cuales sólo puede ofrecer a la exportación alguna lana (porque es sabido que los más de los ganados que gozan sus pastos no son extremeños), algún aceite que envía al Alentejo, algún cáñamo, miel, cera, piaras de cerdos y embuchados hechos de este precioso animal? El comercio de importación es casi nulo, y la exportación se podría reducir a la que se hace de ganados en la feria famosa de Trujillo, y a la que practican sus célebres choriceros en los mercados de Madrid. En el mismo Badajoz está muy expuesto el viajero a no encontrar nada de lo que necesite; si desgraciadamente no lleva consigo cuanto puede hacerle falta, ni encontrará un sombrero de buena calidad, ni calzado bien hecho, ni un sastre regular, ni unos guantes, en fin, cosidos en la capital. Algunas producciones excelentes de su suelo, como son las frutas, entre las cuales se distinguen las naranjas, el melón y la sandía, sólo pueden servir al consumo del país.

La carrera de Madrid a Badajoz, principal camino de Extremadura, es una de las más descuidadas e inseguras de España. En primer lugar no hay carruajes; una endeble empresa sostiene la comunicación por medio de galeras mensajerías aceleradas, que andan sesenta leguas en cinco días; es decir, que para llegar más pronto el mejor medio es apearse. Por otra parte son tales que, galeras por galeras, se les pudieran preferir las de los forzados. Sólo de quince en quince días sale una especie de *coche-góndola* con honores de Diligencia. Servida además esta empresa por criados medianamente selváticos e insolentes, no ofrece al pasajero los mayores atractivos; añádase a esto que por economía, o por otras causas difíciles de penetrar, durante todo el viaje paran sus carruajes en la posada peor de todo pueblo donde hay más de una.

En segundo lugar, esas posadas, fieles a nuestras antiguas tradiciones, son por el estilo de la que nos pinta Moratín en una de sus comedias; todas las de la carrera rivalizan en miseria y desagrado, excepto la de Navalcarnero, que es peor y campea sola sin émulo ni rival por su rara originalidad y su desmantelamiento; entiéndase que hablo sólo de la que pertenece a la empresa de las mensajerías; habrá otras mejores tal vez; no es difícil.

En tercer lugar suele haber ladrones, y entre otras curiosidades que se van viendo por el camino (como por ejemplo el árbol en que fue ahorcado por su misma tropa el general San Juan en una época de exaltación), mal pudiera olvidar los dos amenos sitios que se descubren antes de llegar a Mérida, comúnmente llamados «los confesonarios»: «el grande» y «el chico»; nombre verdaderamente original; él solo es la mejor pincelada con que el escritor de costumbres puede pintar a un pueblo; nombre lleno de poesía y de misterio; nombre que vale él solo más que una novela; nombre impregnado de un orientalismo singular, y a la vez terrible, sublime e irónico, dado por un pueblo religioso a un asilo de bandidos. Los confesonarios son dos hondonadas inmediatas, dos pequeños valles dominados por todas partes y protegidos de la espesura, donde los forajidos «confiesan» a los pasajeros, donde los «pecados» son el dinero y la vida, y donde un puñal hace a la vez de absolución y de penitencia. Niéguese a nuestro pueblo la imaginación. Otros países producen poetas. En España el pueblo es poeta.

Sobre la orilla izquierda del Guadiana, al oeste y a una legua de la frontera de Portugal, se encuentra a Badajoz, antigua capital de la Extremadura y residencia de sus reyezuelos moros. Esta plaza fuerte, cuyas fortificaciones ofrecen una rara mezcla de diversos sistemas de fortificación, ofrece al forastero en su mayor eminencia restos venerables de sus dominadores árabes: murallas, calles, casas y hasta torres enteras revelan otros tiempos y otras costumbres al viajero. A la parte del río se ve el palacio llamado de Godoy.

Por lo demás, Badajoz nada ofrece de curioso; ni una iglesia digna de ser vista, ni un cuadro en ellas de mediano pincel, ni una mala biblioteca, ni un colegio, ni un teatro, ni un paseo. No se puede llamar paseo a los árboles nacientes del campo de San Francisco, debidos al celo del general Anleo, ni al campo de San Juan, pequeña plazuela en medio de la ciudad, adornada de algunos árboles y bancos; ni teatro una especie de sala donde algunos aficionados, o tal cual compañía ambulante, dan de cuando en cuando sus originales representaciones. La alameda «de Palmas» está abandonada por malsana desde el cólera. El billar, el ejercicio de los urbanos en el campo de San Roque, la retreta y dos o tres cafés son las distracciones de la población. Hay una fonda llamada, si mal no me acuerdo, de *Las Cuatro Naciones*. *Menos naciones y mejor servicio*, puede uno decir al salir de ella.

La amabilidad, sin embargo, y el trato fino de las personas y familias principales de Badajoz compensan con usura las desventajas del pueblo, y si bien carece de atractivos para detener mucho tiempo en su seno al viajero, al mismo tiempo le es difícil a éste separarse de él sin un profundo sentimiento de gratitud por poco que haya conocido personas de Badajoz y que haya tenido ocasión de recibir sus obsequios y de ser objeto de sus atenciones.

La costumbre que en todos los pueblos se conserva de blanquear casi diariamente las fachadas de las casas les da un aspecto de novedad y de limpieza singulares; no hay edificio que parezca viejo; en una palabra, en Extremadura la casa es un ser animado que se lava la cara todos los días.

Para pasar a Portugal se sale de Badajoz por la puerta de Palmas, y se pasa el Guadiana sobre un magnífico puente. No llamándome la atención nada en Extremadura, me decidí por fin a partir.

Era el 27 de mayo; el sol empezaba a dorar la campiña y las altas fortificaciones de Badajoz; al salir saludé el pabellón español, que en celebridad del día ondeaba en la torre de Palmas. Media hora después volví la cabeza: el pabellón ondeaba todavía; el Caya, arroyo que divide la España del Portugal, corría mansamente a mis pies; tendí por última vez la vista sobre la Extremadura española: mil recuerdos personales me asaltaron; una sonrisa de indignación y de desprecio quiso desplegar mis labios, pero sentí oprimirse mi corazón, y una lágrima se asomó a mis ojos.

Un minuto después la patria quedaba atrás, y arrebatado con la velocidad del viento, como si hubiera temido que un resto de antiguo afecto mal pagado le detuviera, o le hiciera vacilar en su determinación, expatriado corría los campos de Portugal. Entonces el escritor de costumbres no observaba: el hombre era sólo el que sentía.

Revista Mensajero, n.º 141, 19 de julio de 1835. Firmado: Fígaro.

[Nota editorial: Otras eds.: *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, ed. Alejandro Pérez Vidal, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 414-419; *Artículos*, ed. Carlos Seco Serrano, Barcelona, Planeta, 1981, pp. 454-459; *Obras completas de D. Mariano José de Larra (Fígaro)*, ed. Montaner y Simon, Barcelona, 1886, pp. 449-451.]

Las palabras

No sé quién ha dicho que el hombre es naturalmente malo: ¡grande picardía por cierto! Nunca hemos pensado nosotros así: el hombre es un infeliz, por más que digan; un poco fiero, algo travieso, eso sí; pero en cuanto a lo demás, si ha de juzgarse de la índole del animal por los signos exteriores, si de los resultados ha de deducirse alguna consecuencia, quisiera yo que Aristóteles y Plinio, Buffon y Valmont de Baumare, me dijese qué animal, por animal que sea, habla y escucha. He aquí precisamente la razón de la superioridad del hombre, me dirá un naturalista; y he aquí precisamente la de su inferioridad, según pienso yo, que tengo más de natural que de naturalista. Presente usted a un león devorado del hambre (cualidad única en que puede compararse el hombre al león), preséntele usted un carnero, y verá usted precipitarse a la fiera sobre la inocente presa con aquella oportunidad, aquella fuerza, aquella seguridad que requiere una necesidad positiva que está por satisfacer. Preséntele usted al lado un artículo de un periódico el más lindamente escrito y redactado, háblele usted de felicidad, de orden, de bienestar, y apártese usted algún tanto, no sea que si lo entiende le pruebe su garra que su única felicidad consiste en comérselo a usted. El tigre necesita devorar al gamo, pero seguramente que el gamo no espera a oír sus razones. Todo es positivo y racional en el animal privado de la razón. La hembra no engaña al macho, y viceversa; porque como no hablan, se entienden. El fuerte no engaña al débil, por la misma razón; a la simple vista huye el segundo del primero, y éste es el orden, el único orden posible. Déseles el uso de la palabra: en primer lugar necesitarán una academia para que se atribuya el derecho de decirles que tal o cual vocablo no debe significar lo que ellos quieren, sino cualquiera otra cosa; necesitarán sabios por consiguiente que se ocupen toda una larga vida en hablar de cómo se ha de hablar; necesitarán escritores que hagan macitos de papeles encuadernados, que llamarán «libros», para decir sus opiniones a los demás, a quienes creen que importan; el león más fuerte subirá a un árbol y convencerá a la más débil alimaña de que no ha sido criada para ir y venir y vivir a su albedrío, sino para obedecerle a él; y no será lo peor que el león lo diga, sino que lo crea la alimaña. Pondrán nombre a las cosas, y llamando a una «robo», a otra «mentira», a otra «asesinato», conseguirán, no evitarlas, sino llenar de delincuentes los bosques. Crearán la vanidad y el amor propio: el noble bruto que dormía tranquilamente las veinticuatro horas del día, se desvelará ante la fantasma de una distinción; y al hermano a quien sólo mataba para comer, matarale después por una cinta blanca o encarnada. Déles usted, en fin, el uso de la palabra, y mentirán: la hembra al macho por amor; el grande al chico por ambición; el igual al igual por rivalidad; el pobre al rico por miedo y por envidia. Querrán gobierno como cosa indispensable, y en la clase de él estarán de acuerdo, ¡vive Dios!: éstos se dejarán degollar porque los mande uno solo, afición que nunca he podido entender; aquéllos querrán mandar a uno solo, lo cual no me parece gran triunfo; aquí querrán mandar todos, lo cual ya entiendo perfectamente; allí serán los animales nobles, de alta cuna, quiere decir... (o mejor, no sé lo que quiere decir), los que manden a los de baja cuna; allá no habrá diferencia de cunas... ¡Qué confusión! ¡Qué laberinto! Laberinto que prueba que en el mundo existe una verdad, una cosa positiva, que es la única justa y buena, que ésa la reconocen todos y convienen en ella: de eso proviene no haber diferencias.

En conclusión, los animales, como no tienen el uso de la razón ni de la palabra, no necesitan que les diga un orador cómo han de ser felices; no pueden engañar ni ser engañados; no creen ni son creídos.

El hombre, por el contrario, el hombre habla y escucha, el hombre cree, y no así como quiera, sino que cree todo. ¡Qué índole! El hombre cree en la mujer, cree en la opinión, cree en la felicidad... ¡Qué sé yo lo que cree el hombre! Hasta en la verdad cree. Dígale usted que tiene talento. «¡Cierto!», exclama en su interior. Dígale usted que es el primer ser del universo. «Seguro»,

contesta. Dígale usted que le quiere. «Gracias», responde de buena fe. ¿Quiere usted llevarle a la muerte? Trueque usted la palabra y dígale: «Te llevo a la gloria»; irá. ¿Quiere usted mandarle? Dígale usted sencillamente: «Yo debo mandarte». «Es indudable», contestará.

He aquí todo el arte de manejar a los hombres. ¿Y es malo el hombre? ¿Qué manada de lobos se contenta con un manifiesto? Carne pedirán, y no palabras. «El hambre, oh lobos –decidles–, se ha acabado: ahogado el monstruo para siempre...» «¡Mentira –gritarán los lobos–: ¡al redil, al redil!, el hambre se quita con cordero...» «La hidra de la discordia, oh ciudadanos –dice por el contrario un periódico a los hombres–, yace derribada con mano fuerte: el orden, de hoy más, será la base del edificio social; ya asoma la aurora de justicia por qué sé yo qué horizonte; el iris de paz (que no significa paz) luce después de la tormenta (que no se ha acabado); de hoy más la legalidad (que es la cuadratura del círculo) será el fundamento del procomún...», etc., etc. ¿Ha dicho usted «hidra de la discordia», «justicia», «procomún», «horizonte», «iris» y «legalidad»? Ved enseguida a los pueblos palmotear, hacer versos, levantar arcos, poner inscripciones. ¡Maravilloso don de la palabra! ¡Fácil felicidad! Después de un breve diccionario de palabras de época, tómese usted el tiempo que quiera: con sólo decir «mañana» de cuando en cuando y echarles palabras todos los días, como echaba Eneas la torta al Cancerbero, duerma usted tranquilo sobre sus laureles.

Tal es la historia de todos los pueblos, tal la historia del hombre... Palabras todo, ruido, confusión: positivo, nada. ¡Bienaventurados los que no hablan, porque ellos se entienden!

Revista Española, n.º 209, 8 de mayo de 1834. Firmado: Fígaro.

[Nota editorial: Otras eds.: *Fígaro. Colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres*, ed. Alejandro Pérez Vidal, Barcelona, Crítica, 2000, pp. 210-212; *Artículos*, ed. Carlos Seco Serrano, Barcelona, Planeta, 1981, pp. 232-234; *Obras completas de D. Mariano José de Larra (Fígaro)*, ed. Montaner y Simon, Barcelona, 1886, pp. 340-341.]